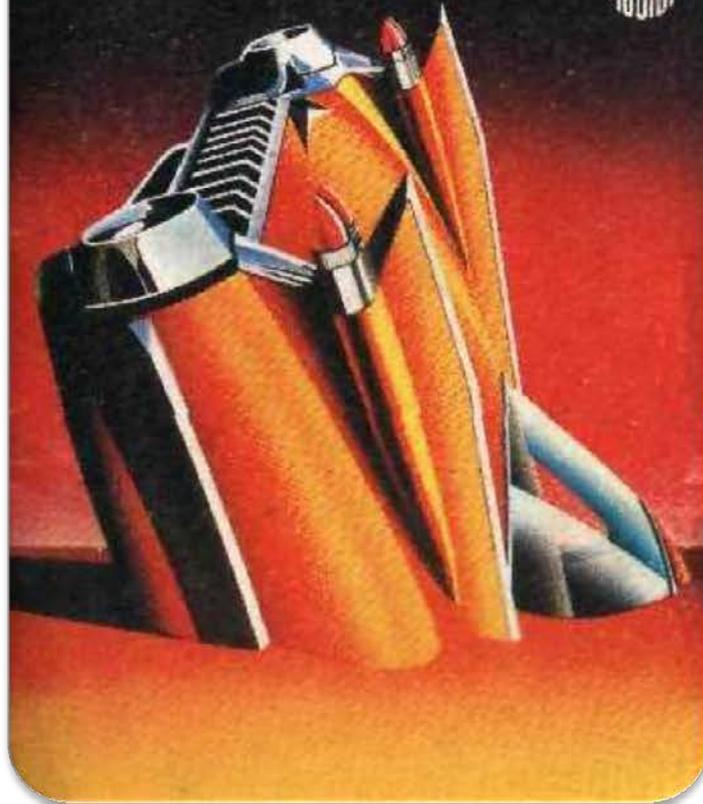


ROBERT A. HEINLEIN
**LA DESAGRADABLE PROFESION
DE JONATHAN HOAG**

SUPER
FICTION



Título original: 6xH
publicado por Pyramid Book, New York, 1963
Traducción de Amparo García Burgos

© 1959 by Robert A. Heinlein
© 1977, Ediciones Martínez Roca, S. A.
Avda. José Antonio 774, 7.º, Barcelona-13
ISBN 84-270-0430-3
Depósito legal: B. 34.161 - 1983
Impreso en Romanyá/Valls, Verdaguer, 1, Capellades (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

A Eugene R. Guild

Índice

LA DESAGRADABLE PROFESIÓN DE JONATHAN HOAG

EL HOMBRE QUE VENDÍA ELEFANTES

TODOS VOSOTROS ZOMBIES...

ELLOS

NUESTRA HERMOSA CIUDAD

...Y CONSTRUYÓ UNA CASA TORCIDA

La desagradable profesión de Jonathan Hoag

*...el fin no está bien.
Debido al amor exagerado a la vida,
y a la esperanza y el temor liberados
agradecemos con breves palabras de gratitud
a los dioses que puedan existir
el hecho de que ninguna vida dure para siempre;
de que los muertos no se levanten nunca;
y de que incluso el río más cansado
llegue al fin y con seguridad al mar.*

SWINBURNE

1

— ¿Es sangre, doctor?

Jonathan Hoag se humedeció los labios con la lengua, se inclinó hacia delante en la silla tratando de ver qué había escrito en la hoja de papel que el médico sostenía en las manos.

El doctor Potbury se acercó más el papel al chaleco y miró a Hoag por encima de las gafas. Preguntó:

— ¿Existe alguna razón en particular para que usted tenga sangre bajo las uñas?

—No. Es decir..., bien, no..., no la hay. Pero es sangre, ¿verdad?

—No —dijo Potbury tristemente—. No, no es sangre.

Hoag sabía que debía haberse sentido aliviado. Pero no lo estaba. Comprendió en ese momento que se había aferrado a la noción de que aquella porquería oscura bajo las uñas era sangre seca, para no entregarse a otras ideas aún más intolerables.

Sintió náuseas. Pero deseaba investigar...

— ¿Qué es, doctor? Dígamelo. Potbury le miró de arriba abajo.

—Usted me hizo una pregunta específica. Ya le he contestado. No me preguntó qué era esa sustancia. Me pidió que descubriera si era sangre o no. Pues no lo es.

—Pero... Usted está jugando conmigo. Enséñeme el análisis.

Hoag se levantó a medias de la silla y trató de coger el papel.

El doctor se lo impidió y luego partió cuidadosamente la hoja en dos. Uniendo los pedazos volvió a rasgarlos otra vez, y luego una vez más.

—Pero... ¡oiga!

—Vaya con sus trucos a otra parte —contestó Potbury—. Y no me importan mis honorarios. ¡Salga! Y no vuelva.

Hoag se encontró en la calle, caminando hacia la estación del tren elevado. Todavía se sentía trastornado por la grosería del doctor. Le acobardaban las groserías como a algunas personas les acobardaban las serpientes, o las grandes alturas, o las habitaciones claustrofóbicas. Los malos modales, aun cuando no estuvieran dirigidos a él personalmente sino a otro en su presencia, le enfermaban y le dejaban impotente y vencido por la vergüenza.

Y cuando él mismo era el blanco de una grosería no tenía más defensa que la huida.

Puso el pie en el primer peldaño de las escaleras que llevaban a la estación del tren elevado y vaciló. Un viaje en ese medio de transporte resultaba agotador, entre los empujones, los codazos, la suciedad asquerosa y las constantes groserías, y sabía que en este momento no estaba preparado para ello. Si se veía obligado a escuchar ese chirriar semejante a un chillido de los vagones al tomar la curva hacia el norte, sospechaba que también él empezaría a chillar.

Se volvió de pronto y se vio forzado a detenerse en seco, ya que acababa de tropezar de frente con un hombre que asimismo se disponía a subir. Se apartó apresuradamente.

—Mire por dónde va, amigo —dijo el hombre, y pasó junto a él empujándole.

—Lo siento —murmuró Hoag, pero el otro ya había pasado.

El tono de la voz de aquel hombre había sido más bien vivaz que grosero, y el incidente no tenía por qué haber turbado a Hoag. Pero así había ocurrido. Las ropas, el aspecto del hombre, su misino olor, le habían trastornado. Comprendía que no había nada malo en unos pantalones de pana viejos y una chaqueta de cuero, ni falta de virtud en un rostro algo grasiento debido al sudor acumulado en el curso de su trabajo. En el borde de la gorra de aquel tipo se veía una insignia ovalada, con un número de serie y unas letras. Hoag supuso que sería un camionero, un conductor, un mecánico, cualquiera de esos seres competentes y musculosos que mantienen los vehículos en funcionamiento. Probablemente un hombre de familia también, un padre cariñoso y un esposo ahorrador, cuyo mayor defecto consistiría quizás en una jarra extra de cerveza y una apuesta ínfima de vez en cuando.

Era puro infantilismo el dejarse turbar por aquel aspecto y «preferir una camisa almidonada, un sombrero decente y guantes. Sin embargo, si el hombre hubiese oído a loción de afeitar en vez de a sudor, el tropezón no le habría disgustado tanto.

Eso se dijo Hoag, acusándose de ser tonto y débil. Sin embargo..., un rostro tan rudo y brutal, ¿podía ser el reflejo exterior de un espíritu cálido y sensible? ¿Con aquella nariz informe, con aquellos ojos de cerdo?

Pero no importaba; se iría a casa en taxi, sin mirar a nadie. Había una parada un poco más adelante, delante de una tienda de embutidos y fiambres.

— ¿Dónde?

La puerta del taxi estaba abierta, la voz del taxista sonaba impersonalmente insistente.

Hoag captó su mirada, vaciló y cambió de opinión. Aquella brutalidad de nuevo..., unos ojos que nada expresaban, una cara llena de espinillas y poros abiertos...

—Ah..., perdone..., olvidé algo. —Se volvió rápidamente y hubo de detenerse en seco ya que notó algo aferrado a su cintura. Era un niño con patines que tropezara

con él. Hoag se afirmó sobre sus pies y asumió esa expresión de amabilidad paternal con que solía tratar a los niños.

— ¡Vaya, vaya, jovencito!

Cogió al niño por un hombro y se lo soltó suavemente.

— ¡Maurice! —chilló una voz junto a su oído, aguda e insensible. Surgía de los labios de una mujer grandota, gruesa, que saliera como una catapulta de la puerta de la tienda. Cogió al niño del otro brazo apartándolo bruscamente de Hoag y tratando a la vez de darle un tortazo en la oreja con la mano libre. Hoag empezó a hablar a fin de disculpar al niño cuando comprendió que la mujer le miraba furiosa a él. El pequeño, viendo o adivinando la actitud de su madre, pegó una patada a Hoag.

El borde metálico del patín le dio en la canilla. Le hizo daño. Salió corriendo, sin otro propósito que desaparecer de la vista. Se metió por la primera calle lateral, cojeando un poco a causa del dolor y con las orejas y el cuello muy colorados, como si en realidad le hubieran pescado maltratando al crío. Esa calle lateral no era mucho mejor que aquella de la que había huido. No estaba llena de tiendas, ni dominada por el túnel de acero de las vías del tren elevado, pero sí flanqueada de viviendas, edificios de cuatro pisos de altura y abarrotados, apenas otra cosa que casas de vecindad.

Los poetas han cantado la belleza y la inocencia de la infancia. Pero indudablemente no pensaban en esta calle, vista a través de los ojos de Hoag. Todos los chicos tenían, en su opinión, cara de rata, y eran más agudos de lo que correspondía a su edad, viciosos y malvados. Las niñas no parecían mucho mejor. Las de ocho o nueve años, esa edad de miembros huesudos y sin formas, tenían rostro de comadreja, almas mezquinas, nacidas para buscar líos, para el chismorreo cruel. Otras, apenas un poco mayores y con demasiado conocimiento de la vida del arroyo, parecían preocuparse únicamente de hacer propaganda de su arrogante sexo recién descubierto, y no en beneficio de Hoag, sino de los muchachos granujientos que holgazaneaban en torno al drugstore.

Incluso los crios en los cochecitos. Hoag siempre había pensado que le gustaban los niños, y en ocasiones se entretenía imaginándose en el papel de tío honorario, Pero no éstos. Con las narices sucias, oliendo a leche agria, escuálidos y gritones...

El pequeño hotel era uno de tantos miles, definitivamente de tercera clase y sin pretensiones, con un solo tubo de neón en el que se leía: «Hotel Manchester, Transeúntes y Permanentes», y un vestíbulo insignificante, alargado, estrecho y mal iluminado. No se ven con facilidad esos hoteles, a menos que uno los esté buscando. En ellos se alojan los viajantes que escatiman sus cuentas de gastos, y viven esos solteros que no pueden permitirse nada mejor. El único ascensor consta de una caja metálica apenas disimulada con pintura. El suelo del vestíbulo es de baldosas y las escupideras de latón. Aparte del mostrador de recepción no hay más que dos pobres macetas de palmeras sin vida y unos sillones de cuero. Hombres solitarios, que al parecer carecen de pasado, vienen a sentarse en esos sillones, viven en las habitaciones de arriba, y de vez en cuando se descubre que uno se ha ahorcado en su cuarto, atando la corbata a una viga del techo.

Hoag se metió en el hueco de la puerta del Manchester para evitar que le cogiera la corriente de niños que venía corriendo por la acera. Por lo visto se trataba de una especie de juego, pues llegó a sus oídos el final de una cantinela, algo como:

—...le daré una torta para cerrarle la boca, y el último que llegue a casa es un cochino japonés.

— ¿Busca a alguien, señor? ¿O desea una habitación?

Giró en redondo bruscamente, algo sorprendido. ¿Una habitación? Lo que él deseaba era su propio apartamento, tan cómodo, pero de momento deseaba una habitación, cualquier habitación en la que pudiera estar solo y con una puerta cerrada entre él y el mundo en torno.

—Sí, quiero una habitación.

El empleado le pasó el libro de registro.

— ¿Con baño o sin baño? Con baño, cinco cincuenta, sin baño, tres cincuenta.

—Con baño.

El empleado le observó mientras firmaba, pero no buscó la llave hasta que Hoag depositó cinco dólares y medio.

—Me alegro de tenerle con nosotros. ¡Bill! Acompaña al señor Hoag a la habitación cuatrocientos doce.

El único botones le metió en la jaula y le miró de arriba abajo subrepticamente, observando el magnífico corte de su abrigo y la ausencia de equipaje. Una vez en la habitación subió un poco la ventana, encendió la luz del baño y se quedó junto a la puerta.

— ¿Busca a alguien? —sugirió—. ¿Necesita ayuda?

Hoag le dio una propina.

—Salga —dijo bruscamente.

La sonrisita se borró en la cara del botones.

—Como guste —y se encogió de hombros.

La habitación contenía una cama de matrimonio, una cómoda con espejo, una silla y un sillón. Sobre el lecho había un grabado enmarcado y titulado *El Coliseo a la luz de la luna*. La puerta podía cerrarse con la llave, y la ventana daba a un patio alejado de la calle. Hoag se sentó en el sillón. Tenía un muelle roto, pero no le importó.

Se quitó los guantes y se miró las uñas. Estaban completamente limpias. ¿Habría sido todo aquello una alucinación? ¿Había ido siquiera a consultar al doctor Potbury? Un hombre que ha sufrido amnesia puede padecerla de nuevo, suponía, y alucinaciones también.

Incluso así no todo podía ser una alucinación. Recordaba el incidente con demasiada claridad. ¿O era posible que sí lo fuera? Se incorporó y se puso en tensión para recordar exactamente lo sucedido.

Hoy era miércoles, el día que tenía libre en su empleo. La víspera había vuelto a casa desde su trabajo, como siempre. Había empezado a vestirse para la cena, algo distraído, según recordaba, ya que en realidad se había puesto a pensar adonde iría a cenar, vacilando entre probar un nuevo restaurante italiano que le recomendaran sus amigos, los Robertson, o acudir como de costumbre a degustar el magnífico gulasch preparado por el cocinero del «Buda-Pesth».

Casi se había decidido por esto, lo más seguro, cuando sonó el teléfono. En realidad casi se le pasó la llamada, ya que tenía abierto el grifo del lavabo. Había creído oír algo y había cerrado el grifo y, claro, el teléfono sonó de nuevo.

Era la señora Pomeroy Jameson, una de sus anfitrionas favoritas, DO sólo porque era una mujer encantadora sino porque tenía una cocinera capaz de preparar una sopa clara que no pareciera agua del fregadero. Y unas salsas exquisitas.

Ella le había dado la solución del problema:

—Me han dejado colgada en el último momento, y necesito Contar con otro hombre para la cena. ¿Está usted libre? ¿Podría ayudarme, señor Hoag?

La idea le resultaba muy agradable, y no se había sentido en absoluto molesto porque le hubieran invitado como último recurso y con tan poco tiempo. Después de todo nadie debe esperar que le inviten a todas las cenas. Se había sentido encantado de poder hacer este favor a Edith Pomeroy, que acompañaba el pescado con un vino muy seco y que jamás cometía la vulgaridad de servir champaña en ningún momento. Una buena anfitriona; se alegraba de que tuviera la suficiente confianza como para pedirle ayuda. Para él casi era un tributo que ella pensara que aceptaría, aun no estando previsto de antemano.

Recordaba haberse entretenido en estos pensamientos mientras se vestía. Probablemente con las prisas, y habiendo venido la llamada telefónica a interrumpir su rutina habitual, se le había olvidado frotarse las uñas con el cepillo.

Debía haber sido eso. Porque desde luego no hubo la menor oportunidad de ensuciarse las uñas de un modo tan atroz de camino a casa de los Pomeroy, Después de todo, llevaba guantes.

Había sido la cuñada de la señora Pomeroy — ¡una mujer que él prefería evitar!— la que llamara la atención sobre las uñas. Había estado insistiendo —con esa autosuficiencia tan engreída que ahora se llama «modernismo»— que todo hombre llevaba grabada la profesión que ejercía en su propia persona.

—Miren a mi marido... ¿Qué otra cosa podría ser sino un abogado? Mírenle. Y usted, doctor Fitts... esos modales de médico de cabecera...

—No en la cena, supongo.

—No puede prescindir de ellos.

—Pero eso no prueba nada. Usted ya sabe lo que nosotros somos.

A lo cual aquella mujer insoportable había recorrido la mesa con la mirada, clavando al fin la vista en él.

—El señor Hoag puede ayudarme a demostrarlo. Yo no sé lo que él hace. Nadie lo sabe.

—Realmente, Julia...

La señora Pomeroy trató en vano de intervenir. Luego, con una sonrisa, se volvió al hombre que tenía a su izquierda.

—Julia ha estado estudiando psicología esta temporada.

Su interlocutor, Sudkins o Snuggins. Stubbins, eso es, Stubbins, había dicho:

— ¿Qué hace el señor Hoag?

—Es un pequeño misterio. Nunca habla de sus asuntos.

—No es eso —había empezado Hoag—. Es que yo no creo que...

— ¡No me lo diga! —le había interrumpido aquella mujer—. Lo averiguaré en un instante. Me parece que ya lo tengo: le veo con una cartera de documentos.

Claro que él no había tenido la menor intención de decírselo. Algunos temas eran adecuados para comentarlos durante la cena, otros no. Pero ella había continuado:

—Podría tratarse de finanzas. Podría ser un tratante de arte, o un bibliógrafo. O tal vez escritor... Permítame que vea sus manos.

Se había sentido algo molesto por la demanda, pero colocó las manos sobre la mesa sin el menor temor. Y entonces ella se había lanzado sobre él:

— ¡Ya lo tengo! ¡Es un químico!

Todo el mundo miró donde señalaba. Todo el mundo vio aquella raya de luto bajo sus uñas. El marido de la imprudente rompió el breve silencio diciendo:

—Tonterías, Julia. Hay docenas de productos que manchan las uñas. Tal vez Hoag sea aficionado a la fotografía, o al grabado. Esa deducción no tendría fuerza ante un tribunal.

— ¡Ahí tienen al abogado! Pero yo sé que tengo razón, ¿no es cierto, señor Hoag?

También él había estado contemplando sus manos sin poder creerlo. Verse cogido en una cena con aquellas uñas sucias ya resultaba molesto... aun en el caso de haber podido comprenderlo.

Pero es que no tenía la menor idea de cómo se le habían ensuciado de aquel modo, ¿En el trabajo? Indudablemente... pero ¿qué hacía él durante el día?

No lo sabía.

—Díganos, señor Hoag. ¿Verdad que tengo razón?

Apartó la vista de aquellas uñas horribles y dijo débilmente:

—Por favor, les suplico que me excusen.

Y con eso salió huyendo de la mesa. Consiguió llegar al lavabo y allí, venciendo una repugnancia irracional, se limpió aquella porquería color rojo oscuro con la punta de su navaja. La sustancia se pegaba a la hoja y de allí la retiró con una toallita de papel, luego dobló ésta y se la metió en un bolsillo del chaleco. Después se cepilló las uñas una y otra vez.

No podía recordar el instante en que se sintió plenamente convencido de que aquello era sangre, sangre humana.

Se las había arreglado para encontrar el sombrero, el abrigo, los guantes y el bastón sin tener que recurrir a la doncella. Y se había marchado, alejándose de la casa lo más aprisa posible.

Meditando en todo esto en su habitación del hotel se afirmó en la convicción de que su primer temor fue una repugnancia instintiva a la vista de la suciedad de color rojo oscuro bajo las uñas. Sólo al pensarlo de nuevo comprendió que no recordaba dónde se las había ensuciado porque no tenía la menor idea de dónde había estado ese día, ni el día anterior, ni ninguno de los días anteriores. No Sabía cuál era su profesión.

Era absurdo, pero resultaba aterrador.

Prefirió quedarse sin cenar antes que abandonar la tranquilidad de la habitación del hotel. A las diez llenó de agua caliente la bañera, todo lo más caliente que pudo soportar. Y se hundió en ella. El baño le relajó y sus pensamientos confusos fueron serenándose. En cualquier caso se consoló pensando que si no podía recordar su ocupación no podría, por supuesto, volver a ella. No había peligro de encontrarse de nuevo con aquella asquerosidad horrible bajo las uñas.

Se secó y se metió bajo las sábanas. A pesar del lecho extraño, consiguió dormir.

Le despertó una pesadilla, aunque al principio no la reconoció como tal, ya que cuanto le rodeaba parecía encajar en la misma. Al recordar dónde se hallaba, y el porqué de su estancia en el hotel, juzgó preferible la pesadilla, pero para ese momento ya había desaparecido; se le había borrado de la mente. El reloj indicaba que era su hora habitual de levantarse, Llamó al mozo y encargó que le trajeran el desayuno de la cafetería de la esquina.

Para cuando éste llegó ya estaba vestido con la única ropa que llevaba y se sentía más y más ansioso de ir a su casa. Se tomó sin sentarse dos tazas de un café malísimo, picoteó lo demás y dejó el hotel.

Tras entrar en su apartamento colgó el abrigo y el sombrero, se quitó los guantes y, como de costumbre, fue directo al lavabo. Se había fregoteado a conciencia las uñas de la mano izquierda, y estaba comenzando con las de la derecha cuando observó lo que hacía.

Las uñas de la mano izquierda estaban blancas y limpias, las de la derecha oscuras y sucias. Controlándose cuidadosamente se enderezó, dio unos pasos y fue a examinar su reloj donde lo había dejado, sobre el tocador; luego comparó la hora con la del reloj eléctrico de su dormitorio. Eran las seis y diez minutos de la tarde..., su hora habitual de regresar a casa después del trabajo.

Tal vez él no recordaba su profesión, pero desde luego su profesión no le había olvidado a él.

2

La firma Randall & Craig, Investigación Confidencial, recibía las llamadas telefónicas nocturnas en un dúplex. Lo cual resultaba muy conveniente, ya que Randall se había casado con Craig casi al principio de su asociación. La socio más joven acababa de meter los platos sucios de la cena en agua y jabón, y estaba tratando de decidir si deseaba conservar o no el libro del mes cuando sonó el teléfono. Extendió la mano, cogió el receptor y dijo en un tono que a nada comprometía:

—¿Sí? —y a esto añadió—: Sí.

El socio mayor dejó de hacer lo que estaba haciendo —cierta investigación científica en la que aparecían involucradas armas mortales, balística y algunos aspectos esotéricos de la aerodinámica. Es decir: que estaba tratando de perfeccionar su lanzamiento de los dardos utilizando una ilustración de la última belleza explosiva de las revistas pegada al tablón que era su blanco. Ya le había clavado un dardo en el ojo izquierdo, y ahora intentaba hacer lo mismo en el derecho.

—Sí —dijo su esposa de nuevo.

—Prueba a decir «no» —le sugirió.

Ella cubrió el receptor con la mano.

—Cállate y pásame un lápiz.

Alargó el brazo sobre la barra plegable donde tomaban las comidas y cogió un bloc de taquigrafía que colgaba de un gancho.

—Sí, adelante.

Tomando el lápiz trazó unas cuantas líneas de esos garabatitos que hacen los taquígrafos en vez de escribir.

—No me parece probable —dijo al fin—. El señor Randall no suele estar a esta hora, por lo general. Prefiere ver a los clientes en lloras de oficina. ¿El señor Craig? No, estoy segura de que el señor Craig no podría ayudarle. Segurísima. ¿Entonces? Espere un momento y lo averiguaré.

Randall hizo un nuevo intento por acertar en aquel blanco tentador; el dardo fue a dar en una pata del tocadiscos.

— ¿Qué pasa?

— Hay un tipo al otro extremo de la línea que desea verte urgentemente, esta misma noche. Se llama Hoag, Jonathan Hoag. Afirma que le resulta físicamente imposible venir a verte durante el día. No quería explicarme el asunto, y se armó un lío terrible cuando al fin intentó hacerlo.

— ¿Un caballero o un pelma?

— Un caballero.

— ¿Con dinero?

— Eso creo. A él no parecía importarle lo que pudiera costar. Será mejor que lo recibas, Teddy. El quince de abril está ya cerca.

— De acuerdo. Pásamelo.

Pero ella le rechazó con un gesto y habló de nuevo por teléfono.

— He conseguido localizar al señor Randall. Creo que podrá hablar con usted dentro de unos momentos. ¿Quiere retener la línea, por favor? — Apartando todavía a su marido del teléfono consultó el reloj, contó cuidadosamente treinta segundos y luego dijo—: Le pongo con el señor Randall. Adelante, señor Hoag —y le entregó a aquél el aparato, —Edward Randall al habla. ¿Qué ocurre, señor Hoag?

Y luego:

— La verdad, señor Hoag, creo que sería mucho mejor que viniera a verme por la mañana. Todos somos humanos y necesitamos descansar..., por lo menos yo.

Añadió:

— Debo advertirle, señor Hoag, que mis precios suben después de la puesta del sol...

Y al cabo de un instante:

— Está bien, déjeme pensar... Ahora me disponía a salir para casa. En realidad acabo de hablar con mi esposa, de modo que me está esperando. Ya sabe cómo son las mujeres, Pero si puede acudir a mi casa dentro de veinte minutos..., digamos a las ocho y diecisiete, podríamos hablar un momento. Muy bien, ¿tiene un lápiz a mano? Le doy la dirección...

Colgó el teléfono.

— ¿Qué soy esta vez? ¿Esposa, socio o secretaria?

— ¿Qué crees? Tú hablaste con él.

— Esposa, supongo. Por la voz parecía un tipo mojigato.

— De acuerdo.

— Me pondré un vestido más elegante. Y sería conveniente que quitaras tus juguetes de en medio, chico listo.

— Oh, no sé. Le da a esto un toque agradable de excentricidad.

— Tal vez te gustaría ponerte en zapatillas o fumar en pipa..., o cigarrillos Regie —iba recorriendo la habitación apagando las luces del techo y disponiendo la mesita y la lámpara de pie de modo que el sillón en el que se sentara el visitante quedase bien iluminado.

Sin contestar, Randall recogió los dardos y el blanco, deteniéndose al hacerlo para humedecerse el dedo y frotar el punto en que había acertado al tocadiscos; luego metió todo aquello en la cocina y cerró la puerta. Con la luz más baja, y ya fuera de la vista la cocina y la barra de las comidas, la salita tenía un aire sereno y opulento.

— ¿Cómo está usted, señor? El señor Hoag, querida. Señor Hoag..., la señora Randall.

—Encantado, señora.

Randall le ayudó a quitarse el abrigo, asegurándose en el proceso de que el señor Hoag no iba armado (o bien había encontrado otro lugar, aparte del sobaco y la cadera, para llevar un arma). Randall no era suspicaz, pero sí pragmáticamente pesimista.

—Siéntese, señor Hoag. ¿Un cigarrillo?

—No, no, gracias.

Randall nada dijo en respuesta. Se sentó, le observó a fondo, no con crudeza sino con suavidad, aunque sin perder detalle. El traje podía ser inglés, o confeccionado al menos en Brooks Brothers. Desde luego no era de percha, de Schaffner & Marx. Y aquello sí que era una auténtica corbata de calidad, aunque fuese tan modesta como una monja. Mentalmente subió los honorarios. El hombrecillo estaba nervioso..., no conseguía relajarse en el sillón. Probablemente la presencia de una mujer. Bien..., primero que se cociera un poco a fuego lento, que ya después le retiraría de las brasas.

—No tiene por qué preocuparle la presencia de la señora Randall —dijo de pronto—. Todo lo que yo deba oír puede oírlo ella también.

— ¡Oh, sí, sí, sí, claro! Me alegra que la señora Randall esté presente. —Pero no siguió hablando ni explicando el motivo de su visita.

—Bien, señor Hoag —añadió Randall de pronto—, usted quiere consultarme algo, ¿no?

— ¡Ah! sí.

—Entonces creo que será mejor que me lo diga.

—Sí, claro. Yo..., es decir... Señor Randall, todo este asunto es ridículo.

—La mayoría de los asuntos lo son. Pero, adelante. ¿Cuestión de faldas? ¿O es que alguien le ha enviado cartas amenazadoras?

— ¡Oh, no! Nada tan sencillo como todo eso, Pero tengo miedo.

— ¿De qué?

—No lo sé —contestó Hoag rápidamente, como falto de aliento—, y quiero que usted lo descubra.

—Un minuto, señor Hoag —dijo Randall—, creo que esto está enredándose cada vez más en lugar de aclararse. Dice que tiene miedo y que quiere que yo descubra de qué tiene miedo. Ahora bien, yo no soy psicoanalista, soy detective. ¿Qué hay en este asunto que pueda hacer un detective?

Hoag parecía anonadado. De pronto estalló:

—Quiero que descubra qué hago yo durante el día.

Randall le miró fijamente, luego repitió espaciando las palabras:

— ¿Quiere que *yo* descubra lo que hace *usted* durante el día?

—Sí, sí. Eso es.

—Vaya... ¿Y no sería más sencillo que usted me dijera lo que hace?

— ¡Oh, es que no puedo decírselo!

— ¿Por qué no?

—Porque no lo sé.

Randall empezaba a sentirse enojado.

—Señor Hoag —dijo—, generalmente cobro el doble por jugar a las adivinanzas. Si usted no quiere decirme lo que hace durante el día, será porque no tiene la

suficiente confianza en mí, y eso dificultará muchísimo el que yo pueda ayudarle. Vamos, sincérese conmigo, ¿qué hace durante el día, y qué tiene eso que ver con el caso? ¿Y cuál es el caso?

El señor Hoag se puso en pie.

—Debía haber sabido que sería incapaz de explicarlo —dijo con tristeza, hablando más consigo mismo que con Randall—. Lamento haberle molestado. Yo...

—Aguarde un minuto, señor Hoag —Cynthia Craig Randall intervenía por primera vez—, creo que ustedes dos confunden mutuamente sus palabras. ¿No es cierto que usted pretende decir que literalmente ignora lo que hace durante el día?

—Sí —dijo con expresión agradecida—. Sí, eso es exactamente.

—¿Y que quiere que nosotros descubramos lo que hace? ¿Que le sigamos, que averigüemos dónde va y luego le digamos lo que ha estado haciendo?

Hoag asintió vehementemente:

—Eso es lo que yo trataba de decir.

La mirada de Randall pasó de Hoag a su esposa, y de nuevo a éste.

—Que esto quede bien claro —dijo lentamente—. Usted ignora realmente lo que hace durante el día, y quiere que yo lo descubra. ¿Cuánto tiempo hace que le ocurre esto?

—Yo... no lo sé.

—Bien, y ¿qué es lo que sí sabe?

Hoag se las arregló para contar la historia con la ayuda de las preguntas del matrimonio. Sus recuerdos se remontaban a unos cinco años atrás, en la Casa de Reposo St. George, en Dubuque. Amnesia incurable..., lo cual ya no le preocupaba, pues se había considerado completamente rehabilitado. Ellos —las autoridades del hospital— le encontraron un trabajo cuando le dieron de alta.

—¿Qué clase de trabajo?

No lo sabía. Suponía que sería el mismo que tenía ahora, su ocupación actual. Le habían aconsejado con insistencia —al dejar la Casa de Reposo— que no se preocupara por su trabajo, que jamás se llevara a casa trabajo con él, ni siquiera en su mente.

—Verá —explicó Hoag—, ellos trabajan sobre la teoría de que la amnesia es el resultado del exceso de trabajo y preocupaciones. Recuerdo que el doctor Rennault me recalcó que jamás debía hablar de mis ocupaciones, que jamás debía repasar mentalmente el trabajo del día. Que cuando llegara a casa por la noche debía olvidarme de todo y ocuparme sólo de temas agradables. De modo que eso intenté hacer.

—Y por lo visto ha tenido mucho éxito, casi demasiado éxito para poder creerlo. Veamos, ¿utilizaron la hipnosis en su tratamiento?

—Pues en realidad no lo sé.

—Tienen que haberlo hecho. ¿Qué opinas, Cyn? ¿Te parece que encaja?

Su esposa asintió.

—Encaja. Poshipnosis. Después de cinco años de práctica le resultaría totalmente imposible pensar en su ocupación, después de las horas de trabajo, por mucho que lo intentara. Aunque me parece una terapia muy extraña.

Randall se sentía satisfecho. Ella sabía manejar los casos con psicología. Que sacara esas respuestas de sus estudios oficiales, bastantes extensos, o que

surgieran de pronto de su subconsciente, no lo sabía ni le importaba. El caso es que daban resultado.

—Todavía hay algo que me preocupa —dijo—. Durante cinco años usted parece habérselas arreglado muy bien, sin saber dónde o en qué trabaja, ¿Por qué este interés tan repentino por saberlo?

Hoag les contó la historia de la discusión a la hora de la cena, les habló de la sustancia extraña que hallara bajo sus uñas, y de aquel doctor nada cooperativo.

—Estoy aterrado —dijo tristemente—. Pensaba que era sangre. Y ahora sé que es algo... peor.

Randall le miró:

— ¿Por qué?

Hoag se humedeció los labios.

—Porque... —se detuvo con expresión de impotencia—. Me ayudarán, ¿verdad?

Randall se incorporó.

—Esto no entra en mi trabajo —dijo—. Usted necesita ayuda, ¡ya lo creo!, pero necesita la ayuda de un psiquiatra. La amnesia no es tema mío. Yo soy detective.

—Pero yo quiero un detective. Quiero que me vigile, y que descubra qué hago.

Randall empezaba a excusarse cuando su esposa le interrumpió.

—Estoy segura de que sí podemos ayudarle, señor Hoag. Quizá debiera ver a un psiquiatra...

— ¡Oh, no!

— Pero si desea que alguien le siga, lo haremos.

—No me gusta —dijo Randall—. No es a nosotros a quienes necesita.

Hoag dejó los guantes en la mesita auxiliar y metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Les compensaré bien por ello —y empezó a contar billetes—. Sólo llevo quinientos —dijo ansiosamente—. ¿Es suficiente?

—De momento —dijo Cynthia.

—Como adelanto —añadió Randall. Aceptó el dinero y se lo metió de cualquier modo en el bolsillo.

—A propósito —continuó—, si no sabe lo que hace durante las horas de trabajo, y no recuerda nada aparte de ese hospital, ¿de dónde saca el dinero?

Se esforzaba porque su voz sonara casual.

— ¡Oh!, me pagan cada domingo. Doscientos dólares en billetes.

Cuando se hubo ido, Randall entregó el dinero a su esposa. — ¡Qué billetitos tan lindos! —exclamó ella alisándolos y doblándolos muy aseaditos—. Teddy, ¿por qué intentaste pasarte de rosca?

— ¿Yo? En absoluto. Lo único que pretendía era subir el precio. Eso de «o me das más, o me largo».

—Ya me lo figuraba. Pero casi te pasaste.

— ¡Qué va! Sabía que podía confiar en ti. No le habrías dejado salir de la casa mientras le quedaran diez centavos.

Ella sonrió feliz.

—Eres un hombre estupendo, Teddy. ¡Y tenemos tanto en común! A los dos nos encanta el dinero. ¿Hasta qué punto te has creído la historia?

—Ni una maldita palabra de ella.

—Ni yo tampoco. Ese tipo es bastante repugnante... Me pregunto qué andará tramando.

—Lo ignoro, pero me propongo averiguarlo.

—No irás a seguirle personalmente, ¿verdad?

— ¿Por qué no? ¿Para qué pagar diez dólares al día a un ex pies planos para que le vigile?

—Teddy, no me gusta esa historia. ¿Por qué paga tantísimo? —Hizo un gesto con los billetes—. ¿Sólo para disfrutar de tu compañía?

—Eso es lo que voy a averiguar.

—Ten mucho cuidado. Recuerda *La Liga de la Cabeza Roja*.

—*La Liga de...* ¡Oh, Sherlock Holmes otra vez! Vamos, Cyn, que ya no eres una niña.

—No lo soy. Ni quiero que lo seas tú. Pero ese hombrecillo es malo.

Salió de la habitación llevándose el dinero. Cuando volvió, Randall estaba de rodillas junto al sillón en el que Hoag se había sentado, ocupado con un insuflador. Miraba en torno cuando ella entró.

— ¿Cyn?

—Dime, chico listo.

— ¿Has tocado este sillón?

—Claro que no. Le quité el polvo a los brazos, como de costumbre, antes de que llegara ese hombre.

—No es eso lo que pregunto. Quiero decir después que él se fue. ¿Se quitó los guantes en algún momento?

—Sí, estoy segura de que sí. Yo le miré las uñas cuando nos contó lo que le había ocurrido.

—Y yo también, pero quería asegurarme de que no estaba chiflado. Echa una mirada a esta superficie.

Ella examinó los brazos del sillón, antes impecables y ahora cubiertos con una fina película de polvo gris. La superficie estaba nítida..., no había huellas dactilares.

—Tal vez no los haya tocado... Pero sí, yo le vi. Cuando dijo «Estoy aterrado» se aferró a los brazos del sillón. Recuerdo que observé lo muy azules que aparecían sus nudillos.

— ¿Colodión, tal vez?

—No seas tonto. Ni siquiera hay rastro de él. Tú le diste la mano. ¿Crees que llevaba colodión en ellas?

—Creo que no. Lo habría observado. El Hombre Sin Huellas. Digamos que es un fantasma y olvidemos el asunto.

—Los fantasmas no pagan en efectivo para que se les vigile.

—No; es cierto. Por lo menos jamás lo he oído decir.

Se puso en pie y pasó tras la barra plegable, cogió el teléfono y pidió una conferencia.

—Quiero hablar con el hospital de Dubuque... —cubrió el auricular y llamó a su esposa—: Oye, encanto, ¿en qué Estado se encuentra Dubuque?

Al cabo de cinco minutos, y tras unas cuantas llamadas infructuosas, colgó rabioso el teléfono.

—Esto cierra el caso —anunció—. No existe ninguna Casa de Reposo St. George en Dubuque. Nunca la ha habido, y probablemente jamás la habrá. Y tampoco hay ningún doctor Rennault.

— ¡Ahí está! —Cynthia Randall dio en el codo a su marido.

Él seguía sosteniendo el «Tribune» delante del rostro, como si leyera.

—Ya lo veo —dijo en voz baja—. Contrólate. Cualquiera diría que jamás has seguido a nadie. Tómatelo con calma.

—Teddy, ten mucho cuidado, por favor.

—Lo tendré —miró por encima del periódico y vio que Jonathan Hoag bajaba la escalera ante la entrada de los elegantes Apartamentos Gotham, en los que vivía. Una vez salió del refugio del tol do sobre la entrada, se volvió hacia la izquierda. Eran exactamente las nueve menos siete minutos de la mañana.

Randall se puso en pie, dobló el periódico con cuidado y lo dejó en el banco de la parada de autobuses en la que habían estado esperándole. Luego se dirigió a la tienda que había tras él, y dejó caer una moneda en la ranura de la máquina de chicles que había en la puerta de la tienda. En el espejo situado sobre la máquina observó cómo avanzaba Hoag serenamente y sin prisas por el otro lado de la calle. Con la misma serenidad partió tras él sin cruzar la calzada.

Cynthia aguardó en el banco hasta que Randall tuviera tiempo suficiente para alejarse media manzana; luego se puso en pie y le siguió.

Hoag subió a un autobús en la segunda esquina. Randall aprovechó un cambio de luces en el semáforo, que detuvo al autobús en la esquina, cruzó en rojo y se las arregló para alcanzarlo justo cuando se apartaba de la acera. Hoag había subido a la parte superior; Randall se sentó abajo.

Cynthia llegó tarde para tomar el autobús, pero no demasiado para anotar su número. Llamó a gritos al primer taxi que pasó, le dijo al taxista el número del autobús y partieron en su búsqueda. Recorrieron doce manzanas antes de tenerlo a la vista, y otras tres manzanas más tarde una luz roja permitió que el taxista se arrimara al autobús. Cynthia vio a su marido en el interior; era todo cuanto necesitaba saber. Durante el resto del viaje se entretuvo en preparar la cantidad exacta que marcaba el contador, más la propina, todo contadito en la mano.

Cuando los vio bajar del autobús dijo al taxista que parara. Este se detuvo unos metros más allá de la parada del autobús. Por desgracia ambos caminaban en dirección al taxi, y Cynthia no deseaba bajar en seguida. Pagó al taxista la cantidad exacta de la tarifa mientras mantenía la vista fija, por el retrovisor, en los dos hombres. El taxista la miró con curiosidad.

— ¿Persigue usted a las mujeres? —preguntó de pronto.

—No señora, que yo tengo familia.

—Pues mi marido sí —dijo amargamente, mintiendo con toda deliberación—. Tome —y le entregó la propina.

Hoag y Randall caminaban ahora unos metros delante de ella. Cynthia bajó y se dirigió a una tienda al otro lado de la calle. Esperó. Con sorpresa vio que Hoag se volvía y hablaba con su marido. Estaba demasiado lejos para oír lo que decían.

Vaciló sobre la conveniencia de unirse a ellos. Aquello iba mal; algo la asustaba. Sin embargo, su marido no parecía preocupado. Escuchaba serenamente lo que Hoag tuviera que decirle. Luego entraron los dos en el edificio de oficinas ante el cual se habían detenido a hablar.

Ella entró inmediatamente después. El vestíbulo del edificio estaba tan abarrotado como era de esperar a esa hora de la mañana. Seis ascensores, en fila, cumplían su cometido a toda prisa. El número 2 acababa de cerrar las puertas. El

número 3 empezaba a cargar gente. No estaban en el número 3, se apostó junto al mostrador donde vendían tabaco y registró rápidamente el lugar con la vista.

No estaban en el vestíbulo. Ni tampoco, como se aseguró a toda prisa, en la barbería cuyas puertas se abrían al mismo. Probablemente habían sido los últimos pasajeros que tomaran el ascensor número 2 en ese viaje. Había estado vigilando el indicador del número 2 pero no le había servido de nada, ya que se había detenido en casi todos los pisos.

El número 2 estaba abajo otra vez. Se metió entre los pasajeros, ni la primera ni la última, una más entre la muchedumbre. No nombró ningún piso y aguardó hasta que todos hubieron salido.

El ascensorista alzó las cejas mirándola.

—Piso, por favor —dijo, como si fuera una orden.

Ella le enseñó un billete de un dólar.

—Quiero hablar con usted.

Cerró las puertas, lo que les permitió cierto aislamiento.

—Que sea rápido —dijo, mirando las señales en el tablero.

—Dos hombres subieron juntos en su último viaje. —Los describió rápidamente y con toda exactitud—. Quiero saber en qué piso salieron.

Agitó él la cabeza.

—No podría saberlo. Ésta es la hora punta.

Ella añadió otro billete.

—Piense. Probablemente fueron los dos últimos en entrar. Tal vez tuvieron que correrse a un lado para dejar salir a otros. Probablemente fue el más bajo el que le dijo a qué piso iban.

El ascensorista agitó la cabeza de nuevo.

—Aunque siguiera añadiendo billetes no sería capaz de decírselo. Durante la hora punta ni siquiera vería entrar en el ascensor a lady Godiva con caballo y todo. Y bien, ¿ahora, quiere salir aquí o baja?

—Bajo. —Le entregó uno de los billetes.

El lo miró, se encogió de hombros y se lo guardó.

No había otra cosa que hacer sino ocupar su puesto en el vestíbulo. Y eso hizo, pero encolerizada. Me han despistado, pensó, y despistado con el truco más viejo de los que se conocen para despistar a un seguidor. Te llamas detective y te dejas coger por ese viejo truco del edificio de oficinas. Probablemente ya habrán salido de él y se habrán ido, Y quizá Teddy estuviera preguntándose dónde estaba ella, echándola de menos tal vez para que le siguiera el juego.

¡Más te valiera hacer bolillos! ¡Maldita sea!

Se compró una botella de Pepsi-Cola en el puesto de cigarrillos y se la bebió lentamente, de pie. Estaba vacilando entre tomar otra o no, sólo por disimular su vigilancia, cuando apareció Randall.

Necesitó sentir aquella oleada de alivio que le invadió para comprender cuánto miedo había pasado. Sin embargo, no se traicionó. Volvióse de espaldas sabiendo que su marido la vería y la reconocería por la nuca lo mismo que por el rostro.

Pero él no se acercó ni le habló, de modo que comenzó a seguirle de nuevo. A Hoag no le veía por ninguna parte. ¿Es que lo había perdido o qué?

Randall se dirigió a la esquina, miró especulativamente a una parada de taxis, luego se dirigió a un autobús que acababa de llegar a la parada. Cynthia le siguió,

dejando que otras personas abordaran el autobús antes que ella. El vehículo inició la marcha. Desde luego Hoag no había subido, así que decidió alterar la rutina.

Randall alzó la vista cuando ella se sentó a su lado.

— ¡Cyn! Pensé que te habíamos perdido.

—Estuviste a punto —admitió ella—. Dime... ¿qué ocurre?

—Espera hasta que llegemos a la oficina.

No quería esperar, pero se aguantó. El autobús que tomaran les llevó directamente a su oficina, apenas a media docena de manzanas de distancia. Cuando estuvieron allí, él abrió la puerta del despachito y se dirigió inmediatamente al teléfono. El teléfono de la oficina estaba conectado con una agencia que les registraba las llamadas.

— ¿Alguna llamada? —preguntó. Escuchó un momento—. De acuerdo. Envieme los avisos. No hay prisa.

Dejó el teléfono y se volvió a su esposa.

—Bien, nena, creo que son los quinientos que hemos ganado con mayor facilidad.

— ¿Descubriste lo que hace?

—Por supuesto.

— ¿Qué hace?

—Adivínalo.

Le miró furiosa:

— ¿Te gustaría un tortazo?

—No te sulfures. No lo adivinarías, aunque es bastante sencillo. Trabaja para una firma de joyeros. Pule las gemas. ¿Sabes ese material que encontró bajo las uñas y que le tenía tan preocupado?

—Sí.

—No es nada. El colcotar de los joyeros. Con esa imaginación enfermiza que tiene llegó a la conclusión de que era sangre seca. Así que hemos terminado.

—Y el lugar en que trabaja estará en Edificio Acme, supongo.

—Habitación mil trescientos diez. O más bien suite mil trescientos diez. ¿Por qué no nos seguiste?

Vaciló un instante antes de responder. No quería admitir cuan torpemente había actuado, pero el hábito de la completa sinceridad mutua venció al fin.

—También yo me sentí confusa cuando Hoag te habló ante el Edificio Acme. Y os perdí en el ascensor.

—Ya comprendo. Bien, yo Oye, ¿qué has dicho? ¿Dijiste que Hoag habló conmigo?

—Sí, claro.

—Pero es que él no me habló. Ni siquiera me vio. ¿De qué estás hablando?

— ¿Que de qué estoy hablando? ¿De qué hablas tú? Justo antes de que entrarais los dos en el Edificio Acme, Hoag se detuvo, se giró y te habló. Los dos estuvisteis unos momentos secreteando, que fue lo que me desconcertó, Luego os metisteis juntos en el vestíbulo, prácticamente cogiditos del brazo.

Él seguía sentado sin decir nada, mirándola cariñosamente. Al fin dijo ella:

— ¡No te quedes ahí mirándome como un pazguato! Eso es lo que pasó.

—Cyn, escucha mi historia. Yo salí del autobús detrás de él, y le seguí hasta el vestíbulo. Utilicé ese truco de esperar ante el ascensor y entrar justo detrás de él, de modo que no me viera al volverse. Cuando salió me quedé rezagado, como indeciso, medio dentro medio fuera, haciendo preguntas tontas al ascensorista y dándole

tiempo para que se alejara un poco. Cuando doblé el ángulo del corredor él se metía en la mil trescientos diez. Nunca habló conmigo. Nunca llegó a verme la cara. Estoy seguro de eso.

Ella se puso pálida, pero todo lo que dijo fue:

—Continúa.

—Cuando entras en ese lugar hay una gran partición de cristal a tu derecha, con mostradores junto a ella. Se puede mirar por el cristal y ver a los joyeros, o artesanos, o como se llamen, trabajando. Muy buenos, lo que hacen es magnífico. Hoag se metió directamente allí, y cuando yo recorrí el pasillo él ya estaba al otro lado y sin la chaqueta; se había puesto una especie de guardapolvo y uno de esos lentes de aumento acoplado al ojo. Pasé ante él hasta llegar a la mesa del fondo. Hoag no alzó la vista. Pregunté por el director.

Apareció de pronto un tipo como un pajarito y yo le pregunté si trabajaba allí un hombre llamado Jonathan Hoag. Me dijo que sí, y me preguntó si quería hablar con él. Le dije que no, que era un investigador de una compañía de seguros. Quiso saber si es que ocurría algo malo y le dije que no, que se trataba sencillamente de una investigación de rutina debido a lo que Hoag había dicho en su solicitud para un seguro de vida, y que ¿cuánto tiempo llevaba trabajando allí? Cinco años, me respondió. Añadió que Hoag era uno de los empleados más responsables y que mejor trabajaban. Yo dije que muy bien, y le pregunté si creía que el señor Hoag podía permitirse pagar hasta diez mil. Me dijo que por supuesto que sí, y que siempre se alegraba de ver que sus empleados invertían en seguros de vida. Que era lo que yo me había figurado cuando le conté esa historia.

«Cuando salía me detuve delante del mostrador de Hoag y le miré a través del cristal. De pronto alzó él la cabeza y me miró, y la bajó de nuevo. Si me hubiera reconocido, me hubiera dado cuenta, estoy seguro. Es un caso de completa esquizofrenia, ¿cómo se pronuncia?»

—Esquizofrenia. Personalidades separadas. Pero mira, Teddy. — ¿Sí?

—Tú sí que hablaste *con él*. *Yo os vi*.

—Vamos, vamos, nena. Tal vez lo creas así pero tienes que haber estado mirando a otros dos hombres. ¿A qué distancia estabas?

—No a tanta distancia. Yo estaba de pie delante de la zapatería Beecham. Luego viene «Chez Louis», y a continuación la entrada del Edificio Acme. Tú estabas de espaldas al quiosco que hay en la acera y prácticamente frente a mí. Hoag me daba la espalda, pero no pude haberme equivocado, ya que le vi perfectamente de perfil cuando los dos entrasteis juntos en el edificio. Randall parecía exasperado.

—Yo no hablé con él. Ni entré con él. Te digo que le seguí. —Edward Randall, ¡no me vengas con ésas! Admito que os perdí a los dos, pero eso no es razón para que insistas en dejarme en ridículo.

Randall llevaba casado demasiado tiempo, y se sentía demasiado feliz en su matrimonio, para no respetar las señales de peligro. Se levantó, fue a su lado y le pasó un brazo por los hombros.

—Mira, nena —dijo, grave y amablemente—, no me proponía tomarte el pelo. Por lo visto ha habido un cruce en nuestros respectivos circuitos, pero yo te he contado lo sucedido con toda claridad y tal como lo recuerdo.

Ella le miró fijamente a los ojos, luego le besó de pronto y se puso en pie.

—Muy bien. Los dos estamos en lo cierto; y eso es imposible. Vamos.

— ¿Vamos? ¿Dónde?

—A la escena del crimen. Si no consigo averiguar la verdad, nunca podré dormir tranquila.

El Edificio Acme seguía exactamente donde lo habían dejado. Y la zapatería en el mismo sitio, así como «Chez Louis» y el quiosco de prensa. Teddy se situó en el lugar en que ella estuviera antes y comprobó a su plena satisfacción que su mujer no podía haberse equivocado en su identificación, a menos que se hubiese hallado borracha. Pero también tenía la misma seguridad con respecto a lo que él había hecho.

—No tomarías una o dos copas por el camino, ¿verdad? —sugirió con cierta esperanza.

—Por supuesto que no.

—Y ¿qué hacemos ahora?

—No lo sé. ¡Sí, claro que lo sé! Hemos terminado con Hoag, ¿no? Tú le has seguido y eso es todo.

—Sí... pero, ¿por qué?

—Llévame a ese lugar donde trabaja. Quiero preguntar a su «personalidad diurna» si te habló o no al bajar del autobús.

Se encogió de hombros.

—De acuerdo, cariño. Como tú quieras.

Entraron y tomaron el primer ascensor libre. Se puso en marcha el motor con el chasquido habitual, y el ascensorista cerró las puertas y dijo:

—Pisos, por favor.

Seis, tres y nueve. Randall aguardó hasta que los demás salieran antes de pedir el piso trece.

El ascensorista giró en redondo.

—Puedo dejarles en el doce y en el catorce, amigos. Elijan.

—¿Cómo?

—Que no hay piso trece. Si lo hubiera, nadie querría vivir en él.

—Debe equivocarse. Yo estuve en ese piso esta misma mañana.

El chico le lanzó una mirada de agotamiento.

—Compruébelo usted mismo. —Hizo subir el ascensor y lo detuvo—. Doce. —Lo hizo subir lentamente y la cifra 12 desapareció de la vista rápidamente, reemplazada por otra—. El catorce. ¿Cuál de los dos prefieren?

—Lo siento —admitió Randall—. He cometido una equivocación estúpida. La verdad es que estuve aquí esta mañana y creí haber bajado en ese piso.

—Tal vez fuera el dieciocho —sugirió el chico—. A veces un ocho puede parecer un tres. ¿Qué busca usted?

—Detheridge & Co, Son joyeros, fabricantes de joyas.

El ascensorista agitó la cabeza.

—No en este edificio. No hay joyeros y, desde luego, ningún Detheridge.

—¿Está seguro?

En vez de contestar, el muchacho hizo bajar el ascensor hasta el piso diez.

—Pruebe en el mil uno. Es la oficina del edificio.

No. No tenían ningún Detheridge. Ni joyeros, ya fueran fabricantes o vendedores. ¿No sería el Edificio Apex el que buscaba el caballero, en vez de el Acme? Randall les dio las gracias y salió de allí considerablemente trastornado.

Cynthia se había mantenido en completo silencio durante el proceso. Ahora dijo:

—Cariño...

—Sí, ¿qué hay?

—Podríamos subir al último piso e ir bajando.

—Y ¿para qué molestarse? Si estuvieran allí, los de la oficina del Edificio tendrían que saberlo.

—Por supuesto, pero a lo mejor no quieren decirlo. Hay algo raro en todo este asunto. Si pensamos en ello, la verdad es que podría escamotearse todo un piso en un edificio de oficinas haciendo que la puerta pareciera una pared.

—No, eso es una bobada. Creo que estoy perdiendo la cabeza. Será mejor que me lleves a un médico.

—Ni es una bobada ni tú estás perdiendo la cabeza. ¿Cómo adviertes la altura subiendo en ascensor? Por los pisos. Si no vieras el número del piso, no te darías cuenta de que allí había uno más. Podemos estar tras la pista de algo grande.

En realidad no tenía fe en sus propios argumentos, pero sabía que él necesitaba algo que hacer.

Randall empezaba a asentir, pero luego se corrigió:

— ¿Y las escaleras? Por fuerza has de notar si hay un piso más si vas por las escaleras.

—Tal vez hayan hecho algún truco con las escaleras también. Si es así, lo encontraremos. Vamos.

Pero no hallaron nada. Había exactamente el mismo número de escalones — dieciocho— entre los pisos doce y catorce que entre cualquier otro par de pisos. Fueron bajando desde el último y examinaron las letras de cada puerta de cristales. Eso les llevó mucho rato, ya que Cynthia no quiso aceptar la sugerencia de su marido de que se dividieran y repasaran medio piso cada uno. Quería tenerle a la vista.

Ni había piso trece, ni existía en todo el edificio puerta alguna que anunciara una firma de joyeros fabricantes, ni Detheridge & Co. ni ningún otro nombre. Sólo tenían tiempo de leer los nombres de las firmas en las puertas; haber entrado en cada oficina con un pretexto u otro les habría llevado mucho más de un día.

Randall miró pensativamente una puerta en la que se leía: «Pride, Greenway, Hamilton, Steinbolt, Cáster & Greenway, Abogados».

—Para este momento podrían haber cambiado el letrero de la puerta —dijo en voz baja.

—No el de ésa —señaló ella—. De todas formas, si era un decorado, habrían cambiado todo el interior también.

Sin embargo miró pensativamente aquellas letras, aparentemente inocentes. Un edificio de oficinas era un lugar terriblemente remoto y secreto. Paredes a prueba de ruidos, persianas herméticas... y el nombre de una firma carente de todo significado. Cualquier cosa podría suceder en ese lugar..., cualquier cosa. Nadie lo sabría. A nadie le importaría. Nadie lo advertiría jamás. No circulaban policías por los pasillos, no había vecinos cerca, ni siquiera limpiadoras si el inquilino no lo deseaba. Mientras pagara puntualmente el alquiler, la dirección dejaría en paz al inquilino. Podía cometerse cualquier tipo de crimen... y esconder los cadáveres en un armario.'

Tembló.

—Vámonos, Teddy. Larguémonos a toda prisa.

Estudiaron las puertas de los pisos restantes lo más rápidamente posible y salieron al fin al vestíbulo. Cynthia se sintió agradecida a la vista de los rostros y la luz del sol, aunque no hubiera hallado la firma misteriosa, Randall se detuvo en los escalones y miró en torno.

— ¿Crees que podemos haber estado en un edificio distinto? —preguntó con aire de duda.

—En absoluto, ¿Ves ese puesto de tabaco? Prácticamente he vivido ahí. Me conozco hasta todas las manchitas de mosca del mostrador.

—Entonces, ¿cuál es la respuesta?

—El almuerzo es la respuesta. Vamos.

—De acuerdo. Pero el mío va a ser una copa.

Ella se las arregló para persuadirle de que se tomara un plato de ternera después del tercer whisky. Eso y dos tazas de café le dejaron completamente sobrio, pero muy triste.

—Cyn...

—Dime, Teddy.

— ¿Qué me ocurrió?

Contestó lentamente:

—Creo que te hicieron víctima de un hipnotismo sorprendente.

—Y yo también... O eso o es que estoy loco. Así que llamémosle hipnotismo. Pero quiero saber por qué.

Ella jugueteaba con el tenedor.

—Yo no estoy segura de que quiera saberlo. ¿Sabes lo que me gustaría hacer, Teddy?

— ¿Qué?

—Me gustaría enviarle los quinientos dólares al señor Hoag con el mensaje de que no podemos ayudarle y de que por eso se los devolvemos.

Se la quedó mirando.

— ¿Devolverle el dinero? ¡Santo cielo!

En el rostro de Cynthia se reflejaba una expresión extraña, como si la hubieran pescado haciendo una proposición indecente; sin embargo, continuó con aire terco:

—Lo sé. Lo sé, Y sin embargo eso es exactamente lo que me gustaría hacer. Ganamos lo suficiente para comer con los casos de divorcio, o siguiendo a sospechosos. No tenemos por qué meternos en un caso como éste.

— ¡Hablas de quinientos dólares como si fuera la propina que sueles dar a un camarero!

—No. Pero es que no creo que valgan tanto como para arriesgar el cuello... o ponerte en peligro de volverte loco. Mira, Teddy, alguien está tratando de jugar sucio con nosotros, y antes de seguir adelante quiero saber por qué.

—También yo quiero saber por qué. Y por eso no estoy dispuesto a abandonar el caso. Maldita sea, no me gusta que me hagan trampas.

— ¿Qué vamos a decirle al señor Hoag?

Se pasó la mano por los cabellos, cosa que apenas se advirtió porque ya los llevaba muy revueltos.

—No sé. ¿Y si hablaras tú con él? Dale una excusa.

—Una magnífica idea. Una idea estupenda. Le diré que te has roto la pierna pero que mañana ya estarás bien.

—No seas así, Cyn. Sabes que tú puedes manejarle.

—De acuerdo. Pero tienes que prometerme algo, Teddy.
— ¿Prometerme qué?
—Mientras estemos en este caso, lo haremos todos juntos.
— ¿No lo hacemos siempre?
—Quiero decir realmente juntos. No quiero perderte de vista en ningún momento.
— ¡Pero bueno, Cyn!, tal vez eso no sea práctico.
—Prométemelo.
—De acuerdo, de acuerdo, lo prometo.
—Eso está mejor. —Se relajó; parecía casi feliz—. ¿No sería mejor que volviéramos a la oficina?
— ¡Al diablo la oficina! Vámonos al cine. Un programa triple.
—De acuerdo, chico listo.
Recogió los guantes y el bolso y salieron.

Las películas no consiguieron divertir a Randall, aunque habían elegido un programa de *westerns*, películas a las que él era muy aficionado. Sin embargo, hoy el héroe parecía tan malo como el peor, y los jinetes misteriosos y enmascarados resultaban, por una vez, realmente siniestros. Aparte de eso seguía viendo aquel piso trece del Edificio Acme, con la larga partición de cristal tras la cual trabajaban los artesanos y el hombrecillo que dirigía Detheridge & Co. Maldita sea, ¿era posible que se hipnotizara a un hombre hasta hacerle creer que había visto algo tan detallado?

Cynthia apenas vio las películas. Estaba preocupada con la gente que les rodeaba. Descubrió que no podía por menos de mirarles al rostro subrepticamente en cuanto se encendían las luces. Si tenían ese aspecto cuando estaban divirtiéndose, ¡cómo sería cuando estuvieran tristes! Con raras excepciones, los espectadores parecían, todo lo más, impassibles y hoscos. En muchos advirtió señales de descontento, de dolor físico, de una soledad amarga, de frustración, de mezquindad; pero apenas un rostro feliz. Incluso Teddy, cuya alegría habitual era una de sus principales virtudes, parecía amargado..., y con razón, hubo de admitir ella. Se preguntó cuáles serían las razones de aquellas otras máscaras del dolor.

Recordó haber visto en una ocasión un cuadro titulado *El Metro*. Se veía en él una muchedumbre saliendo por las puertas de un tren subterráneo mientras otra muchedumbre intentaba entrar a la fuerza. Evidentemente, tanto si salían como si entraban, todos tenían prisa; sin embargo, ello no parecía procurarles el menor placer. El cuadro no tenía belleza en sí: resultaba evidente que el único propósito del artista consistía en plasmar una crítica amarga de un estilo de vida.

Cuando terminó el espectáculo escaparon a la libertad relativa de la calle. Randall llamó a un taxi y partieron hacia casa.

—Teddy...
—Dime.
— ¿Observaste los rostros de la gente en el cine?
—No, no especialmente. ¿Por qué?
—Ninguno de ellos parecía obtener la menor diversión de la vida.
—Tal vez no.
—Pero ¿por qué no? Mira..., nosotros sí nos divertimos, ¿verdad?
—Puedes estar bien segura.

—Siempre nos hemos divertido. Incluso cuando estábamos sin blanca, y tratando de poner en marcha el negocio, nos divertíamos. Íbamos a la cama sonriendo y nos levantábamos felices. Y aún seguimos haciéndolo. ¿Cuál es la respuesta?

Él sonrió por primera vez desde la búsqueda del piso trece y le dio un pellizco.

—Es que es divertido vivir contigo, nena.

—Gracias. Lo mismo te digo. ¿Sabes?, cuando era pequeña tuve una idea muy curiosa.

—A ver.

—Yo era una personita muy feliz, pero en cuanto fui creciendo pude comprobar que mi madre no lo era. Ni mi padre tampoco Ni mis profesores... La mayoría de los adultos que me rodeaban no eran felices. Se me metió la idea en la cabeza de que, al crecer uno descubriría algo que le impedía ser feliz de nuevo. Ya sabes cómo se trata a un crío, todo eso de: «Aún no eres bastante mayor para entenderlo», y «Espera a crecer, y entonces lo entenderás». Yo solía preguntarme cuál sería ese secreto que estaban ocultándome, y escuchaba detrás de las puertas para ver si lograba descubrirlo.

— ¡Un detective nato!

—Calla. Pero comprendí que, fuera lo que fuera, eso no hacía feliz a los adultos sino que los entristecía. Entonces solía rezar para no descubrirlo nunca. —Se encogió de hombros—. Y supongo que jamás lo descubrí.

Él se rió.

—Ni yo tampoco. Un Peter Pan profesional, eso soy yo. Tan feliz como si tuviera sentido común.

Ella enlazó su brazo con una manecita enguantada.

—No te rías, Teddy. Eso es lo que me asusta en este caso Hoag. Me temo que si seguimos adelante con él, llegaremos a descubrir realmente qué es eso que saben los adultos. Y entonces ya no nos reiremos de nuevo.

Randall soltó una carcajada, luego la miró intensamente:

— ¡Vaya!, creo que lo dices en serio, ¿verdad? —Le acarició la barbilla—. ¡Que ya no eres una niña, preciosa! Lo que tú necesitas es la cena... y una copa.

4

Después de cenar, mientras Cynthia repasaba mentalmente lo que le diría al señor Hoag cuando le telefonara, sonó el zumbador de la portería. Fue a la entrada de su apartamento y cogió el teléfono interior.

— ¿Diga?

Casi inmediatamente se volvió a su marido y le dijo sólo con los labios:

—Es el señor Hoag.

El alzó las cejas, se llevó cuidadosamente el dedo a los labios y se alejó caminando de puntillas y con exageradas precauciones hacia el dormitorio. Ella asintió.

—Un momento, por favor... Ahora está mejor. Por lo visto esta conexión funciona mal. A ver, ¿quién es, por favor?... Oh..., señor Hoag. Suba, señor Hoag. —Oprimió el botón que controlaba la entrada del portal.

Entró él en la casa saludando nerviosamente.

—Confío en que no lo tome como una intrusión por mi parte, pero estaba tan preocupado que no he podido esperar a recibir el informe.

No le invitó a sentarse.

—Siento mucho —dijo dulcemente— tener que desilusionarle. El señor Randall no ha llegado todavía.

— ¡Oh! —parecía patéticamente desolado, tanto que Cynthia sintió una simpatía repentina. Luego recordó lo que le había pasado a su marido esa mañana, y se puso seria de nuevo. Él continuó—: ¿Sabe usted cuándo estará en casa?

—No podría decirle. Las esposas de los detectives, señor Hoag, aprenden a no cansarse de esperar.

—Sí, ya lo supongo. Bien, me parece que no debo molestarla más con mi presencia. Pero es que estoy ansioso por hablar con él.

—Se lo diré. ¿Hay algo en particular que pensara decirle? ¿Algunos datos nuevos, quizá?

—No —repuso lentamente—. No, supongo... ¡Parece todo tan tonto!

— ¿A qué se refiere, señor Hoag?

La miró fijamente al rostro.

—Me pregunto... Señora Randall, ¿cree usted en la posesión?

— ¿Posesión?

—Posesión del espíritu humano... por el diablo.

—No puedo decir que haya pensado mucho en ello —contestó con cautela. Se preguntaba si Teddy estaría escuchando, y si podría acudir a toda prisa en el caso de que ella chillara.

Hoag buscaba algo desmañadamente en la parte delantera de la camisa. Consiguió al fin desabrochar un botón y hasta ella llegó un olor desagradable y acre; luego vio que sostenía algo en la mano, algo que llevaba pendiente de un cordel en torno al cuello y bajo la camisa.

Se obligó a mirar y, con intenso alivio, reconoció lo que era..., unos cuantos dientes de ajo, como si fuera un collar.

— ¿Para qué lleva eso? —preguntó.

—Parece tonto, ¿verdad? —admitió él—. Ceder así a la superstición..., pero esto me conforta. Tengo la impresión aterradora de que me vigilan.

—Naturalmente. Nosotros... El señor Randall le ha estado siguiendo, según sus instrucciones.

—No me refiero a eso. Un hombre en un espejo... —vaciló.

— ¿Un hombre en un espejo?

—Cuando usted mira a un espejo, su imagen le contempla, pero eso es lo que espera ver y no le preocupa. Esto es algo distinto, como si estuvieran tratando de cogerme, esperando una oportunidad. ¿Cree usted que estoy loco? —concluyó bruscamente.

Cynthia sólo prestaba atención a medias a sus palabras, pues había observado algo cuando Hoag levantara en alto los ajos para que ella los viera. Las puntas de sus dedos tenían huellas dactilares con curvas y arcos, como todo el mundo; y desde luego no estaban cubiertas de colodión esta noche. Decidió tomar ese juego de huellas en beneficio de Teddy.

—No, no creo que usted esté loco —dijo en tono tranquilizador—, pero sí que ha permitido que este asunto le obsesione demasiado. Debería relajarse. ¿Quiere algo de beber?

—Le agradecería un vaso de agua.

Agua o licor, lo que le interesaba era el vaso. Se excusó y fue a la cocina donde eligió un vaso alto de cristal sin decoración alguna. Lo pulió cuidadosamente y sirvió hielo y agua, teniendo la precaución de no humedecer el exterior. Y se lo ofreció sosteniéndolo por la parte inferior.

Ya fuera intencionadamente o no, Hoag se le había anticipado. Estaba de pie delante del espejo, junto a la puerta; evidentemente se había estado arreglando la corbata y demás después de devolver los ajos a su escondite. Cuando de nuevo se volvió hacia ella, Cynthia comprobó que ya se había puesto los guantes.

Le invitó a sentarse pensando que así se los quitaría de nuevo. Pero él dijo:

—Ya la he molestado demasiado.

Se bebió medio vaso de agua, le dio las gracias y salió.

Apareció Randall.

—¿Se ha ido?

Cynthia se volvió rápidamente.

—Sí, se ha ido, Teddy. Ojalá te encargaras personalmente del trabajo. Ese hombre me pone nerviosa. Estaba deseando chillar para que salieras.

—Tranquila, nena.

—Sí, todo eso está muy bien, pero ojalá no hubiera puesto jamás los ojos en él.

Se acercó a una ventana y la abrió de par en par.

—Demasiado tarde. Ya estamos metidos en ello. —Miraba el vaso—. Oye, ¿conseguiste sus huellas?

—No hubo suerte. Creo que me leyó la mente.

—Una lástima.

—Teddy, ¿qué te propones hacer ahora al respecto?

—Tengo una idea, pero primero he de hacer mis planes. ¿Qué era todo ese cuento que te estaba largando sobre el diablo y un hombre en el espejo que parecía vigilarle?

—Eso no fue lo que dijo.

—Quizá fuera yo el hombre del espejo. Le estuve vigilando desde un espejo esta mañana.

—Que no, que no era más que una metáfora. Está histérico. —Se volvió de pronto, como si hubiera visto por el rabillo del ojo que algo se movía. Pero no había nada, aparte de los muebles y la pared. Probablemente habría sido un reflejo en el espejo, decidió, y no dijo nada al respecto—. Y yo también —añadió—. Y en cuanto a los diablos, para mí que él ya lo es bastante. ¿Sabes lo que me gustaría?

—¿Qué?

—Un copazo y a la cama en seguida.

—Buena idea. —Se metió en la cocina y empezó a mezclar la receta—. ¿Quieres un sandwich también?

Randall se hallaba de pie y en pijama en la salita de su apartamento, frente al espejo que colgaba junto a la puerta exterior. Su imagen... pero no su imagen, ya que aquélla estaba correctamente vestida con las ropas más adecuadas para un hombre de negocios; aquella imagen, pues, le habló:

—Edward Randall.

—¿Cómo?

—Edward Randall, usted ha sido llamado. Vamos, coja mi mano. Acerque una silla y descubrirá que puede entrar con toda facilidad.

Parecía algo completamente natural, en realidad lo único que podía hacer. Colocó una silla bajo el espejo, tomó la mano que se le ofrecía y pasó por él. Había un estante bajo el espejo, al otro lado; de modo que pudo apoyarse en él para bajar. Randall y su acompañante se hallaban de pie en una especie de servicio de caballeros de muros de ladrillo blanco, como los que suelen encontrarse en las oficinas.

—Aprisa —dijo su compañero—. Los demás ya están reunidos.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Phipps —respondió el otro con una ligera inclinación—. Por aquí, por favor.

Abrió la puerta de los servicios y dio a Randall un suave empujón. Éste se halló en una habitación que era, indudablemente, una sala de juntas. Y además en plena reunión, pues la larga mesa estaba rodeada por una docena de hombres. Todos tenían la mirada clavada en él.

—Acérquese, señor Randall.

Otro empujón no tan amable y quedó sentado en el centro de la superficie de la mesa. Advertía la dureza del tablero contra el delgado algodón de los pantalones del pijama.

Se apretó la chaqueta en torno y tembló.

—No digan tonterías y bájenme de aquí. No estoy vestido.

Intentó levantarse, pero no fue capaz de realizar este sencillo movimiento.

Alguien a sus espaldas se rió. Una voz dijo:

—No está muy gordo.

Y otra contestó:

—Eso no importa para este trabajo.

Estaba empezando a reconocer la situación; la última vez había estado en el bulevard Michigan y sin pantalones. Más de una vez se había visto de nuevo en la escuela, y no sólo desnudo sino con las lecciones sin preparar, y además bien pasada la hora de llegada. Bueno, ya conocía el remedio: uno cierra apretadamente los ojos, se aferra a la sábana y se despierta en la seguridad de su cama.

Cerró los ojos.

—De nada le servirá tratar de esconderse, señor Randall. Nosotros sí le vemos, y no hace más que perder el tiempo.

Abrió los ojos.

—¿Qué se proponen? —gritó salvajemente—. ¿Dónde estoy? ¿Por qué me han traído aquí? ¿Qué es todo esto?

Frente a él, en la cabecera de la mesa, había un hombre muy grande. De pie bien habría podido medir más de dos metros, y sus hombros eran anchos, su osamenta proporcionada. Además estaba muy grueso, una mole grasienta. Pero sus manos eran esbeltas, bien formadas y delicadamente cuidadas; sus rasgos no eran grandes, y aún parecían más pequeños al estar enmarcados por aquella colección de mofletes y barbillas. Los ojos eran pequeños y alegres, la boca muy sonriente. De vez en cuando proyectaba hacia delante los labios y los apretaba.

—Las preguntas de una en una, señor Randall —contestó jovialmente—. En lo que se refiere al lugar en que se halla, éste es el piso trece del Edificio Acme, ya recuerda —y se rió como si compartieran una bromita particular—. En cuanto a qué ocurre, ésta es una reunión de la junta de Detheridge & Co. Yo —consiguió

inclinarse un poco incorporándose sobre la barriga— soy R. Jefferson Stoles, presidente de la junta y a su servicio, señor.

—Pero

—Por favor, señor Randall, las presentaciones primero. A mi derecha, el señor Townsend.

—Encantado, señor Randall.

—Encantado —contestó éste mecánicamente—. Mire, esto ya ha ido demasiado lejos

—A continuación el señor Gravesby, el señor Wells, el señor Yoakum, el señor Printems, el señor Jones y el señor Phipps, a quien ya conoce. Es nuestro secretario. Junto a él está sentado el señor Reifsnider y el señor Synder, que no son parientes. Y, finalmente, el señor Parker y el señor Creves. El señor Potiphar, lamento decirlo, no ha podido asistir, pero tenemos quórum.

Randall intentó levantarse de nuevo, pero la superficie de la mesa parecía extraordinariamente resbaladiza.

—No me importa que tengan quórum o que se peleen —dijo amargamente—. Déjenme salir de aquí.

—Basta, señor Randall, basta. ¿No quiere que conteste a sus preguntas?

—No de este modo, ¡maldita sea! Déjenme

—Pero es que debo contestarlas. Ésta es una reunión de negocios, y usted es el negocio que tenemos entre manos.

—¿Yo?

—Sí, usted. Digamos que no es uno de los puntos más importantes de la agenda, pero sí uno que hay que aclarar. No nos gustan sus actividades, señor Randall, y tiene que abandonarlas.

Antes de que Randall pudiera contestar, Stoles alzó la mano hacia él.

—No se apresure, señor Randall. Permítame continuar No todas sus actividades. No nos importa cuántas rubias pueda meter en las habitaciones del hotel para que actúen como cómplices voluntarias en casos de divorcio, ni los micrófonos ocultos que ponga, ni las cartas que abra. Sólo una de sus actividades nos molesta. Me refiero al señor Hoag —y escupió esta última palabra.

Randall advirtió que una cierta inquietud general invadía la sala.

—¿Qué pasa con el señor Hoag? —exigió. Comprobó la inquietud de todos. El rostro de Stoles ya no simulaba sonreír.

—A partir de este momento nos referiremos a él como «su cliente» —dijo—. Todo se resume en esto, señor Randall. Nosotros tenemos otros planes para el señor..., para su cliente. Tiene que dejarle en paz. Debe olvidarle, y no volver a verle jamás.

Randall le sostuvo la mirada sin acobardarse.

—Nunca le he fallado a un cliente. Primero le veré a usted en el infierno.

—Eso es muy posible —admitió Stoles sacando los labios—, se lo concedo, pero es una posibilidad en la que ni usted ni yo deseamos pensar, aparte de citarla metafóricamente. Seamos razonables. Usted es un hombre razonable, lo sé, y mis colegas y yo somos razonables también. En vez de tratar de coaccionarle o forzarle, deseo contarle una historia para que comprenda mis razones.

—No tengo el menor interés por escuchar sus historias. ¡Me voy!

—¿De verdad? Yo creo que no. ¡Y va a escucharme!

Apuntó con un dedo a Randall, Éste intentó contestar y descubrió que no podía. «Esto es la pesadilla más absurda que he tenido en la vida —se dijo—. No debería haber comido antes de acostarme..., he de ser más prudente.»

—En el Principio hubo el Ave —declaró Stoles.

De pronto se cubrió el rostro con las manos y todos los demás reunidos en torno a la mesa hicieron lo mismo.

El Ave... Randall tuvo una visión repentina de lo que significaban aquellas dos simples palabras cuando surgían de unos labios gruesos y repulsivos. No un pajarillo de plumas suaves y sedosas, sino un ave de presa, de alas fuertes, rapaz, de ojos fríos e incoloros clavados en su víctima, de barbas púrpura..., pero sobre todo vio sus patas cubiertas de escamas amarillas sin carne, sucias, obscenas y terribles.

Stoles descubrió su rostro.

—El Ave estaba solo. Sus grandes alas batían en las inmensas profundidades del espacio donde no había aún nada que ver. Pero en lo más hondo de su ser estaba el Poder, y el Poder era la Vida. Miró al norte cuando aún no había norte; miró al sur cuando aún no había sur, al este y al oeste miró, y arriba y abajo. Y entonces, de la nada y de su Voluntad, surgió el nido.

»El nido era amplio, profundo y resistente. En el nido el Ave puso cien huevos. Se mantuvo posado sobre el nido y los cuidó meditando en sus pensamientos durante diez millones de años. Cuando llegó el momento dejó el nido y lo rodeó de luces, para que las crías pudieran ver. Y siguió vigilando y esperando.

»De cada uno de los cien huevos nacieron cien Hijos del Ave, diez mil fuertes. Sin embargo, tan amplio y profundo era el nido que había lugar y sitio para cada uno de ellos, un reino para cada uno, y cada uno era un rey..., rey sobre las cosas que reptan y se arrastran, que nadan y vuelan y caminan a cuatro patas, cosas que habían crecido en las grietas del nido, del calor y de la espera.

«Sabio y cruel era el Ave, y sabios y crueles eran los Hijos del Ave. Durante dos veces diez millones de años lucharon y gobernaron, y el Ave se sintió complacido. Luego hubo algunos que decidieron que ellos eran tan sabios y fuertes como el mismo Ave. Del material del nido hicieron surgir criaturas como ellos mismos y les inspiraron su aliento, pues querían tener hijos que les sirvieran y lucharan por ellos, pero los hijos de los Hijos no eran sabios, fuertes y crueles, sino débiles, blandos y estúpidos. El Ave no estaba satisfecho.

«Entonces condenó a sus propios Hijos y permitió que fueran encadenados por los blandos y estúpidos... ¡Deje de revolverse, señor Randall! Sé que esto es un poco difícil para su mente pequeña pero, por una vez al menos, quiero que piense en algo más largo que su nariz y más ancho que su boca, ¡créame!

«Los estúpidos y los débiles no pudieron vencer a los Hijos del Ave; por tanto el Ave colocó entre ellos, aquí y allá, a otros más poderosos, más crueles y más sabios que, mediante su poder, su crueldad y sus engaños, pudieran vencer los intentos repetidos de los Hijos por liberarse. Entonces el Ave descansó feliz y aguardó a que el juego se desarrollara ante él.

»Y ahora se está jugando esa partida. Por tanto no podemos permitir que usted se entrometa con su cliente, ni que le ayude de ningún modo. Lo comprende, ¿verdad?

— ¡No comprendo ni una maldita palabra! —gritó Randall—. ¡Al diablo todos ustedes! Esta broma ya ha durado bastante. —Tonto, débil y estúpido —suspiró Stoles—. Enséñele, señor Phipps.

Phipps se levantó, colocó una cartera en la mesa, la abrió y Sacó algo de ella, algo que puso bajo la nariz de Randall: un espejo.

—Por favor, mire aquí, señor Randall —dijo cortésmente.

Randall se miró en el espejo.

— ¿En qué piensa, señor Randall?

La imagen se desvaneció y él se halló contemplando su propio dormitorio como si lo viera desde una gran altura. La habitación estaba oscura, pero veía con toda claridad la cabeza de su esposa Sobre la almohada. Y su propia almohada vacía.

Cynthia se agitó y se volvió suspirando suavemente. Sus labios estaban entreabiertos y sonreían débilmente, como si soñara con algo agradable.

— ¿Comprende, señor Randall? —dijo Stoles—. No le gustaría que le ocurriera algo malo a ella, ¿verdad?

—Asqueroso y repugnante...

—Calma, señor Randall. Ya no queremos oír nada más de usted. Recuerde sus propios intereses... y los de ella. —Stoles se apartó de él—. Lléveselo, señor Phipps.

—Vamos, señor Randall.

De nuevo sintió aquel empujoncito en el trasero que le privaba de toda dignidad; luego creyó volar por el aire viendo que la escena se hacía pedazos en torno suyo.

Estaba despierto en su propia cama, tumbado de espaldas y cubierto de sudor. Cynthia se incorporó.

— ¿Qué ocurre, Teddy? —preguntó soñolienta—. Te he oído gritar.

—Nada. Pesadillas, supongo. Siento haberte despertado.

—No importa. ¿Te duele el estómago?

—Un poco quizá.

—Toma bicarbonato.

—Sí.

Se levantó, fue a la cocina y se preparó una dosis pequeña. Advirtió, ahora que estaba despierto, que tenía un gusto amargo en la boca. El bicarbonato le alivió.

Cynthia dormía ya cuando regresó y se deslizó calladamente en la cama. Ella se le acercó sin despertarse, su cuerpo calentando el suyo, y Randall quedó rápidamente dormido también.

—Buenos días guapa —saludó Teddy. Y empezó a canturrear una canción.

Cynthia estaba de pie en la puerta del cuarto de baño, frotándose un ojo y mirándole fijamente con el otro.

—Buenos días. Estos tipos que cantan antes del desayuno...

— ¿Y por qué no había de cantar? Es un día precioso, y he dormido maravillosamente. ¿Quieres que te cante otra?

—No, gracias. Sólo quiero que salgas de la ducha y que me dejes entrar a mí.

— ¡Qué pocas veces se aprecia el arte! —dijo. Pero salió del baño.

Tenía ya el café y el zumo de naranja preparado para cuando ella apareció en la cocina. Le entregó un vaso de zumo.

—Teddy, eres un encanto. ¿Qué quieres a cambio de estos mimos?

—A ti. Pero no ahora. No sólo soy un encanto. Soy muy listo.

— ¡Ah!, ¿sí?

—Sí. Mira..., ya he pensado lo que vamos a hacer con el amigo Hoag.

— ¿Hoag?

— ¡Cuidado, vas a derramar el zumo! —Le quitó el vaso de la mano y lo dejó en la mesa—. No seas tonta, nena. ¿Qué te ha pasado?

—No lo sé, Teddy. Pero esto me parece como luchar contra un tigre feroz con un rifle de aire comprimido.

—No debería haber hablado de cosas serias antes del desayuno. Tómate el café y te sentirás mejor.

—De acuerdo. Pero sin tostadas. Dime, Teddy, ¿cuál es tu brillante idea?

—Ésta —explicó mientras comía—. Ayer intentamos mantenernos alejados de su vista para evitar que se transformara en su «personalidad nocturna», ¿no?

—Eso es.

—Bien, pues hoy no tenemos por qué hacerlo. Nos pegaremos a él como una lapa, los dos, prácticamente cogidos de su brazo. Si eso trastorna esa parte de su ser que llamamos «personalidad diurna», no importa, ya que podemos llevarle al Edificio Acme. Una vez allí, la costumbre hará que vaya donde suele ir. ¿Tengo razón o no?

—No lo sé, Teddy. Tal vez. Esas personalidades amnésicas son algo curioso. Tal vez se sienta muy confuso.

— ¿No crees que vaya a salir bien?

—Quizá sí, quizá no. Pero mientras tu plan incluya el que los dos estemos juntos, me atrevo a intentarlo..., si es que no quieres abandonar todo este asunto.

No hizo caso de la condición que implicaban sus palabras.

—Magnífico. Telefonaré a ese viejo chivo y le diré que nos espere en su apartamento.

Extendió el brazo sobre la mesa del desayuno y cogió el teléfono, marcó el número y habló con Hoag.

—Desde luego es un tipo muy raro —dijo al dejar el receptor—. Al principio no conseguía reconocermé, en absoluto. De pronto pareció que lo encajaba y todo fue bien. ¿Dispuesta a salir, Cyn?

—Un segundo.

—De acuerdo.

Se puso en pie y entró en la salita silbando suavemente.

El silbido se cortó. De pronto volvió corriendo a la cocina.

— ¿Cyn?

— ¿Qué ocurre, Teddy?

— ¡Ven a la salita..., por favor!

Corrió allá, repentinamente asustada a la vista de su rostro. Randall señaló una silla que alguien había corrido hasta situarla directamente bajo el espejo, junto a la puerta de entrada.

—Oye, Cyn, ¿cómo ha llegado aquí esto?

— ¿La silla? Bien, yo acerqué ahí una silla para enderezar el espejo justo antes de acostarme. Puede que me olvidara de volverla a su sitio.

—Hum..., supongo que será eso. Pero es curioso que no lo observara cuando apagué la luz.

— ¿Por qué te preocupas? ¿Crees que pudiera entrar alguien esta noche en el apartamento?

—Sí, sí, claro..., eso es lo que pensaba.

Pero seguía frunciendo el ceño.

Cynthia le miró y regresó al dormitorio. Allí cogió el bolso, lo repasó rápidamente y luego abrió un cajón pequeño y oculto en su tocador.

—Si es que alguien consiguió entrar, no se llevó mucho. ¿Tienes la cartera? ¿No falta nada? ¿Y tu reloj?

También él hizo un rápido examen y repuso:

—Todo está bien. Sin duda te dejaste allí la silla y yo no lo advertí. ¿Dispuesta a salir?

—En un minuto estaré contigo.

Randall no volvió a mencionarlo. En su interior pensaba en las muchas complicaciones que podrían derivarse de unos recuerdos del subconsciente más un buen sandwich justo antes de meterse en la cama. Sin duda él había advertido la silla antes de apagar la luz, de ahí su aparición en la pesadilla. Rechazó el asunto de su mente.

5

Hoag les esperaba.

—Pasen —dijo—. Pasen. Bienvenida a mi pequeño refugio, señora. ¿Quieren sentarse? ¿Tienen tiempo para tomar una taza de té? Me temo que no tengo café en casa —añadió en tono de disculpa.

—Supongo que tenemos tiempo —dijo Randall—. Ayer salió de casa a las ocho cincuenta y tres, y sólo son las ocho treinta y cinco. Creo que deberíamos salir al mismo tiempo.

—Bien.

Hoag se fue para volver en seguida con un servicio de té en una bandeja, que colocó sobre la mesa, muy cerca de Cynthia.

— ¿Quiere servirlo, señora Randall? Es té chino mezclado expresamente para mí —añadió.

—Encantada.

No parecía tan siniestro esta mañana, hubo de admitir a pesar suyo. Sólo era un solterón remilgado, con arrugas de preocupación en torno a los ojos y un apartamento exquisito. Los cuadros eran buenos; parecían originales. Y tampoco había demasiados, observó con aprobación. Los solterones amantes del arte eran aún peores que las solteronas, por lo general, en lo que respecta a abarrotar demasiado una habitación.

No así el piso del señor Hoag. A su estilo era tan agradablemente perfecto como un vals de Brahms. Hubiera querido preguntarle dónde compró aquellas cortinas.

Él aceptó la taza de té que Cynthia le entregó, la mantuvo unos instantes en la mano y aspiró el aroma antes de beberlo. Luego se volvió a Randall:

—Me temo, señor, que esta mañana vamos a una cacería absurda.

—Tal vez. ¿Por qué lo dice?

—Verá, realmente no tengo la menor idea de lo que he de hacer a continuación. Su llamada telefónica... Yo estaba preparándome el té de la mañana, como de costumbre, cuando usted llamó. Supongo que a primera hora del día estoy más o menos como envuelto en la niebla, distraído, ya sabe, haciendo mecánicamente todo

eso que uno hace cuando se levanta, el aseo personal y demás, con los pensamientos en otra parte. Cuando usted telefoneó me sentí confuso y necesité algún tiempo para recordar quién era usted y qué negocios teníamos entre manos. En cierto modo la conversación me despejó la cabeza, es decir, me obligó a tener conciencia de mí mismo, pero ahora... —se encogió de hombros con gesto de impotencia—, ahora no tengo la menor idea de lo que he de hacer a continuación.

Randall asintió.

—Ya había pensado en esa posibilidad cuando le telefoneé. No es que presuma de psicólogo, pero juzgué probable que la transición de su «personalidad nocturna» a su «personalidad diurna» tuviera lugar cuando saliera del apartamento, y que cualquier interrupción en la rutina podría trastornarle.

—Entonces, ¿por qué?

—Es que no importa. Verá, nosotros le seguimos ayer y sabemos dónde fue usted.

—¿De verdad? ¡Dígamelo, señor, dígamelo!

—No tan aprisa. Le perdimos en el último momento. Lo que he pensado es esto: podemos guiarle por el mismo camino justo hasta el punto en que le perdimos ayer. En ese punto confío en que la rutina habitual le llevará hasta el fin..., y nosotros iremos exactamente a sus talones.

—¿Dice usted «nosotros»? ¿Es que la señora Randall colabora en esto?

Randall vaciló, comprendiendo que se había dejado coger en un pequeño embuste. Cynthia se adelantó y se hizo cargo de la situación.

—No suelo hacerlo, señor Hoag, pero nos pareció éste un caso excepcional. Pensamos que a usted no le gustaría que cualquier investigador que pudiésemos contratar anduviera examinando sus asuntos privados, de modo que el señor Randall se ha propuesto encargarse personalmente de su caso, con mi ayuda cuando sea necesario.

—Bueno, ¡qué amabilidad tan extraordinaria por su parte!

—En absoluto.

—Pues claro que sí, claro que sí. Pero, en ese caso, eh, me pregunto si les habré pagado bastante. ¿No son algo más caros los Servicios del jefe de la firma?

Hoag miraba a Cynthia. Randall le dijo por señas y enfáticamente que sí, pero ella prefirió ignorarlo.

—Lo que nos ha pagado, señor Hoag, me parece suficiente. Si más tarde hay gastos adicionales, ya podremos discutirlo entonces.

—Supongo que sí. —Se detuvo, tirándose del labio inferior—. Aprecio mucho su amabilidad al reservarse este asunto sólo para ustedes. No me gustaría... —se volvió de pronto a Randall—: Dígame, ¿cuál sería su actitud si resultara que mi vida durante el día es... escandalosa?

La palabra parecía herirle.

—Puedo guardar el secreto de ese escándalo.

—Supongamos que fuera incluso peor. Supongamos que fuera criminal. Bestial.

Randall se tomó tiempo para elegir sus palabras.

—El Estado de Illinois me ha concedido la licencia. Según esta licencia estoy obligado a considerarme como un oficial de policía especial y en un sentido limitado. Desde luego no puedo ocultar un crimen de importancia. Pero no tengo la obligación de entregar a mis clientes por algún pecadillo vulgar y corriente. Puedo

asegurarle que habría de ser muy grave para que yo entregara un cliente a la policía.

—Pero ¿no puede asegurarme que no lo haría?

—No —repuso lisa y llanamente.

Hoag suspiró.

—Supongo que habré de confiar en su buen juicio. —Alzó la mano derecha y se miró las uñas—. No, no, no puedo correr el riesgo. Señor Randall, supongamos que descubriera algo que desaprobaba..., ¿no podría llamarme y decirme que abandonaba el caso?

—No.

Se cubrió los ojos sin replicar de inmediato. Cuando lo hizo su voz era apenas audible.

— ¿No ha encontrado nada... todavía?

Randall meneó la cabeza.

—Entonces quizá sea mejor dejar el asunto ahora. Hay cosas que es mejor no saberlas nunca.

Su preocupación e impotencia tan evidentes, combinadas con la impresión favorable que le había causado su apartamento, despertaron en Cynthia una simpatía que no habría juzgado posible la noche anterior. Se inclinó hacia él.

— ¿Por qué está tan preocupado, señor Hoag? No tiene razones para pensar que haya hecho algo aterrador..., ¿verdad?

—No. Realmente ninguna. Sólo que siento un temor invencible.

—Pero ¿por qué?

—Señora Randall, ¿ha oído alguna vez un ruido a sus espaldas y ha sentido miedo de volverse? ¿Se ha despertado alguna vez durante la noche sin atreverse a abrir los ojos por temor a descubrir lo que le había despertado? Hay veces en que la maldad sólo alcanza todo su poder cuando uno se enfrenta a ella y la reconoce. Y yo no me atrevo a enfrentarme con esto —añadió—. Creí que sí, pero me equivocaba.

—Vamos —dijo ella amablemente—. La realidad nunca es tan terrible como nosotros tememos...

— ¿Por qué dice eso? ¿Por qué no habría de ser mucho peor?

— ¡Vaya, pues porque no! —se detuvo repentinamente, consciente de que aquellas palabras carecían de todo fundamento y no eran sino el tipo de observación que utilizaban los adultos para calmar a los niños. Pensó en su propia madre que había ido al hospital temiendo una apendicitis (y que sus amigos y parientes, a pesar de quererla mucho, diagnosticaban como hipocondría) y allí murió de cáncer.

No, la realidad era con frecuencia peor que nuestros temores.

Sin embargo, no podía mostrarse de acuerdo con él.

—Supongamos el peor de los casos —sugirió—. Supongamos que sí ha estado cometiendo actos criminales mientras vive esos lapsos de memoria. Ningún Tribunal del Estado le haría legalmente responsable de sus actos.

La miró con terror salvaje.

—No, quizá no lo harían. Pero ¿sabe lo que sí harían? Lo sabe, ¿verdad? ¿Tiene idea de lo que hacen con los criminales perturbados?

—Claro que sí —contestó con toda seguridad—. Reciben el mismo tratamiento que cualquier paciente mental. No hay discriminación alguna en su contra. Lo sé. He trabajado en el Hospital del Estado.

—Suponiendo que lo haya hecho..., lo ha visto desde el exterior. ¿Tiene idea de lo que significa experimentarlo en el interior? ¿Se ha visto alguna vez atado como un fardo? ¿Le ha llevado alguna vez un guardián a la cama? ¿O le ha obligado a comer a la fuerza? ¿Sabe lo que es advertir que una llave gira en la cerradura cada vez que usted hace un movimiento? ¿Y no estar nunca solo, por mucho que lo necesite?

Se levantó y empezó a recorrer la habitación.

—Pero eso no es lo peor. Sino los demás pacientes. ¿Cree usted que un hombre, por el hecho de que su mente le juegue malas pasadas, no reconoce la locura de los demás? Algunos babeaban incluso, algunos tienen hábitos demasiado repugnantes para que se los cuente. Y hablan, hablan y hablan. ¿Imagina lo que es estar acostado con las sábanas atadas en torno y una cosa en la cama de al lado repitiendo una y otra vez: «El pajarito alzó las alas y se alejó volando; el pajarito alzó las alas y se alejó volando; el pajarito alzó las alas y se alejó...»

— ¡Señor Hoag! —Randall se había puesto en pie y le cogía por el brazo—, Señor Hoag..., ¡contrólese! Eso no es modo de conducirse. Hoag se detuvo con aire desconcertado. Pasó la vista de un rostro a otro, y una expresión de profunda vergüenza cubrió sus rasgos.

—Yo... Lo siento mucho, señor Randall —dijo—. Perdí el control. Hoy no soy el mismo. Con tantas preocupaciones...

—Está bien, señor Hoag —dijo ella secamente. Porque su repulsión anterior volvía con más fuerza.

—No del todo bien —corrigió Randall—. Creo que ha llegado el momento de aclarar un gran número de cosas. Hay demasiados puntos en este caso que no entiendo, y creo que ya es hora de que usted, señor Hoag, me dé unas cuantas respuestas sencillas.

El hombrecillo pareció sinceramente desconcertado.

—Pues claro que sí, señor Randall, si es que puedo contestarlas. ¿Cree acaso que no he sido franco con usted?

—Desde luego. En primer lugar: ¿cuándo estuvo usted en un hospital para criminales perturbados?

—Pero es que nunca estuve en uno. Por lo menos no creo que haya estado. No recuerdo haber estado en uno.

—Entonces ¿a qué viene toda esa jerigonza histérica que nos ha ofrecido durante los últimos cinco minutos? ¿Es que se lo estaba inventando?

—Oh, no. Eso..., eso se refería a la Casa de Reposo St. George. No tenía nada que ver con... con unos de esos manicomios.

—La Casa de Reposo St. George, ¿eh? Ya volveremos a eso. Señor Hoag, dígame qué pasó ayer.

— ¿Ayer? ¿Durante el día? Pero, señor Randall, usted sabe que no puedo decirle lo que pasó durante el día.

—Yo creo que sí puede. Veo bastante juego sucio en esto, y usted se halla involucrado en ello. Cuando usted me detuvo delante del Edificio Acme..., ¿qué me dijo?

— ¿El Edificio Acme? Yo no sé nada del Edificio Acme. ¿Es que estuve allí?

—Puede estar condenadamente seguro de que estuvo allí, de que me hizo trampas, me drogó o me hipnotizó, o algo por el estilo. ¿Por qué?

Hoag pasó la vista del rostro implacable de Randall al de su esposa. Pero ella le miraba impasible; no iba a ayudarlo. De modo que se volvió con gesto de impotencia a Randall.

—Señor Randall, créame, no sé de qué está hablando. Tal vez estuviera en el Edificio Acme. Si estuve allí, y si le dije algo, no sé nada al respecto.

Sus palabras eran tan graves, y tan llenas de solemne sinceridad, que Randall sintió que se tambaleaban sus propias convicciones. Y sin embargo..., ¡maldita sea!, alguien le había tomado el pelo. Trató de enfocarlo de otro modo:

—Señor Hoag, si ha sido tan sincero conmigo como afirma, no le importará lo que voy a hacer a continuación. —Sacó del bolsillo interior de la chaqueta una pitillera de plata, la abrió y limpió la superficie interior con un pañuelo hasta dejarla como un espejo—. Vamos, señor Hoag, por favor.

— ¿Qué quiere?

—Quiero sus huellas dactilares.

Hoag pareció sobresaltarse, tragó saliva un par de veces y dijo en voz muy baja:

—Y ¿para qué ha de querer mis huellas dactilares?

— ¿Por qué no? Si no ha hecho nada, no le hará ningún mal, ¿verdad?

— ¿Va a entregarme a la policía?

—No tengo razones para hacerlo. No tengo nada contra usted. Bien, a ver, sus huellas.

— ¡No!

Randall se puso en pie, se adelantó hacia Hoag y se enfrentó con él.

— ¿Le gustaría que le rompiera los dos brazos? —dijo en tono amenazador.

Hoag le miró y se encogió, pero no le ofreció las manos para que tomara las huellas. Se mantenía encogido sobre sí mismo, apartando el rostro, las manos apretadas contra su pecho.

Randall sintió que le tocaban el brazo.

—Ya basta, Teddy. Salgamos de aquí.

Hoag alzó la vista.

—Sí —dijo roncamente—, salgan. Y no vuelvan.

—Vamos, Teddy.

—Saldré en un momento. ¡No hemos terminado, señor Hoag!

Éste le miró a los ojos como si le costara un gran esfuerzo.

—Señor Hoag, usted ha mencionado la Casa de Reposo St. George en dos ocasiones, como si fuera su antigua *alma mater*. Sólo quería que supiera que *yo sé* que no existe tal lugar.

De nuevo pareció Hoag genuinamente desconcertado.

—Sí que existe —insistió—. ¿Acaso no estuve allí durante...? Por lo menos ellos me dijeron que ese era su nombre —añadió con aire de duda.

— ¡Un cuerno! —Randall se volvió hacia la puerta—. Vamos, Cynthia.

Una vez estuvieron a solas en el ascensor, su esposa se enfrentó con él.

— ¿Cómo llegaste a actuar de ese modo?

—Porque si bien no me importa la oposición —repuso con amargura—, me subleva que mi propio cliente trate de engañarme. Nos largó un puñado de mentiras, obstruyó el caso y me hizo algún juego de manos en ese Edificio Acme. No me gusta que los clientes me traten así. No necesito tanto su dinero. —Bien —

suspiró ella—, por lo que a mí respecta, me sentiré muy feliz de devolvérselo. Me alegro de que todo haya terminado.

— ¿Qué pretendes insinuar con eso de devolvérselo? No voy a devolvérselo. Voy a ganármelo.

El ascensor había llegado ya a la planta baja, pero ella no tocó la puerta.

—Teddy, ¿qué quieres decir?

—Me contrató para descubrir lo que hace. Muy bien, ¡maldita sea!, voy a descubrirlo, con o sin su cooperación.

Esperaba que ella contestara, pero Cynthia nada dijo.

—Bien —continuó a la defensiva—, no tienes por qué mezclarte en ello.

—Si tú sigues adelante, yo también, desde luego. Recuerda lo que me prometiste.

— ¿Qué te prometí? —preguntó, con aire de la mayor inocencia.

—Tú lo sabes.

—Pero escucha, Cyn..., lo único que voy a hacer es esperar a que él salga y entonces seguirle. Tal vez me lleve todo el día. O tal vez él decida no salir de casa...

—De acuerdo, yo esperaré contigo.

—Alguien ha de cuidarse de la oficina.

—Pues tú te cuidas de la oficina —sugirió ella— y yo sigo a Hoag.

— ¡Vamos, eso es ridículo! Tú... —El ascensor empezó a subir—. Esto es alguien que quiere utilizarlo. —Apretó el botón de parada, y luego el de la planta baja de nuevo. Esta vez no esperaron dentro, abrieron inmediatamente las dos puertas y salieron.

Junto a la entrada del edificio de apartamentos había un pequeño vestíbulo o sala de espera. Randall la guió hacia allí.

—Ahora vamos a decidir la cosa —comenzó.

—Ya *está* decidida.

—De acuerdo, tú ganas. Vamos a buscar un sitio.

— ¿Qué te parece este mismo? Podemos sentarnos y es imposible que salga sin que le veamos.

—De acuerdo.

El ascensor había vuelto a subir en cuanto lo dejaron, y pronto oyeron el cambio de marchas típico que anunciaba su regreso a la planta baja.

—De pie, nena.

Ella asintió y se retiró hacia el fondo de la sala. Randall se colocó de modo que pudiera ver la puerta del ascensor reflejada en un espejo ornamental que había en un muro.

— ¿Es Hoag? —susurró Cynthia.

—No —contestó él en voz baja—, es un hombre más grande. Se parece a

De pronto se calló y la cogió por la muñeca.

Ante la puerta que daba al vestíbulo vieron pasar a Jonathan Hoag que caminaba apresuradamente. Aquella extraña figura no volvió la vista en su dirección, sino que cruzó inmediatamente la puerta exterior. Cuando ésta se cerró, Randall dejó de apretar la muñeca de su esposa.

—Casi metí la pata —admitió.

— ¿Qué pasó?

—No lo sé. Debió ser un reflejo en ese espejo. Distorsión. Adelante, nena.

Cruzaron la puerta cuando su presa llegaba a la acera y, como la víspera, giraba hacia la izquierda.

Randall se detuvo, inseguro.

—Creo que correremos el riesgo de que nos vea. No quiero perderle.

— ¿No podríamos seguirle con la misma efectividad en taxi? Si sube a un autobús como hizo ayer, será mejor que tratar de subir tras él.

No quería admitir, ni siquiera ante sí misma, que sólo quería que ambos estuvieran alejados de Hoag.

—No, porque quizá no tome un autobús. Vamos.

No tuvieron la menor dificultad para seguirle. Avanzaba por la calle con un paso brioso, pero no demasiado rápido. Al llegar a la parada donde tomara el autobús la vispera, compró un periódico y se sentó en el banco. Randall y Cynthia pasaron tras él y se refugiaron a la entrada de una tienda.

Cuando llegó el autobús, Hoag subió al segundo piso, como el día anterior; ellos también lo abordaron y se quedaron abajo.

—Parece que va exactamente al mismo sitio que ayer —comentó Randall—. Hoy sí que lo cogemos, nena.

Ella no contestó.

Al acercarse el autobús a la parada más próxima al Edificio Acme, ambos estaban dispuestos y esperando, pero Hoag no apareció en la escalerilla. El autobús inició la marcha con una sacudida y se sentaron de nuevo.

— ¿Qué crees que se propone? —gruñó Randall—. ¿Será que nos ha visto?

—Tal vez se nos haya escapado —sugirió Cynthia con cierta esperanza.

— ¿Cómo? ¿Saltando desde la parte superior del autobús? ¡Vamos!

—No así exactamente, pero casi has acertado. Si en un semáforo se colocó un autobús a nuestro lado, ha podido pasarse a él saltando la barandilla. En una ocasión se lo vi hacer a un hombre. Si saltas hacia la parte de atrás, tienes muchas probabilidades de conseguirlo.

Meditó en ello.

—Estoy casi seguro de que no se ha detenido ningún autobús junto a nosotros. Sin embargo, bien puede haberlo hecho también sobre el techo de un camión, aunque sólo Dios sabe cómo habrá bajado luego. —Estaba poniéndose nervioso—. Mira voy a subir **las** escaleras y echar una mirada.

— ¿Y tropezarte con él si baja? ¡Que no eres un novato, chico listo!

Cedió. El autobús continuó adelante unas cuantas manzanas.

—Estamos llegando a nuestra esquina —observó.

Ella asintió, pues por supuesto también había advertido —como su marido— que se acercaban a la esquina más próxima al edificio en el que se hallaba su propia oficina. Sacó la polvera y se pasó la borla por la nariz, procedimiento realizado ocho veces desde que subieran al autobús. El espejito era un periscopio de mano en el que observar a los pasajeros que bajaban por la parte trasera del autobús.

—Ahí está, Teddy.

Randall se puso en pie de inmediato y corrió por el pasillo haciendo gestos al revisor. Éste pareció enojarse pero le indicó al conductor que no arrancara.

— ¿Por qué no se fijan en las calles? —preguntó.

—Lo siento, amigo, pero somos forasteros en esta ciudad. Vamos, Cyn.

El hombre acababa de entrar por la puerta del edificio donde Randall y Craig tenían la oficina. Aquél se detuvo.

—Hay algo raro en esto, nena.

— ¿Qué hacemos?

—Seguirle —decidió.

Se apresuraron, pero ya no estaba en el vestíbulo. El Midway Copton no tenía más que dos ascensores. Uno estaba abajo y vacío. El otro acababa de arrancar.

Randall se detuvo junto al que estaba abierto, pero no entró.

—Jimmie. ¿Cuántos pasajeros han subido en el otro? —preguntó.

—Dos —contestó el ascensorista.

—¿Seguro?

—Sí. Estaba charlando con Bert cuando cerró la puerta. El señor Harrison y otro tipo. ¿Por qué?

Randall le dio una propina.

—No importa —dijo, manteniendo la vista clavada en la flecha del indicador que giraba lentamente—. ¿A qué piso va el señor Harrison?

—Al siete.

La flecha acababa de detenerse en éste.

—Muy bien.

La flecha se movió de nuevo hacia arriba, pasó lentamente ante el ocho y el nueve y se detuvo en el diez. Randall metió a Cynthia en el ascensor.

—A nuestro piso, Jimmie —dijo bruscamente—, y rápido.

Se recibió una llamada desde el piso cuarto, Jimmie fue a darle al control, pero Randall le cogió el brazo:

—Sáltatelo esta vez, Jim.

El ascensorista se encogió de hombros y aceptó la propuesta

Ante los ascensores, el corredor del décimo piso estaba vacío Randall lo advirtió en seguida y se volvió a Cynthia.

—Echa una mirada rápida por el otro lado, Cyn —y se dirigió hacia la derecha, en dirección a su oficina.

Cynthia le obedeció sin ningún temor en especial. Estaba segura en su interior de que, habiendo llegado tan lejos, Hoag se dirigía desde luego a su oficina. Pero tenía la costumbre de seguir las órdenes de Teddy cuando hacían algo juntos. Si él quería que se examinara el otro corredor, le obedecería, por supuesto.

El plano del piso tenía la forma de una H mayúscula, con los ascensores colocados en la barra central. Giró a la izquierda para llegar a la otra ala y luego miró a la izquierda... Nadie por aquella parte. Giró y se enfrentó con el otro extremo... Nadie tampoco. Se le ocurrió la posibilidad de que Hoag hubiera salido por la escalera de incendios. En realidad, la escalera de incendios estaba en el extremo que ella examinara primero, hacia la parte posterior del edificio... pero la costumbre le engañó. Estaba acostumbrada a la otra ala, donde se hallaba su oficina y en la que, naturalmente, todo estaba invertido, de derecha a izquierda, con relación a su situación en esta parte.

Había dado tres o cuatro pasos hacia el final del corredor que daba a la calle cuando comprendió su error... Aquella ventana abierta no tenía, desde luego, salida de emergencia. Con una exclamación de impaciencia ante su propia estupidez giró en redondo.

Hoag estaba justo a sus espaldas.

Lanzó un chillido de lo menos profesional.

La sonrisa de Hoag era muy falsa.

— ¡Ah, señora Randall!

No dijo nada..., no se le ocurría nada qué decir. Llevaba una pistola en el bolso y sintió el salvaje impulso de sacarla y disparar. En dos ocasiones, en la época en que trabajaba como señuelo para la escuadra de narcóticos, la habían premiado oficialmente por su valor y serenidad en momentos de peligro..., pero no sentía tal serenidad ahora.

Hoag dio un paso hacia ella.

—Quería verme, ¿verdad?

Se retiró un poco.

—No —dijo sin aliento—. ¡No!

— ¡Ah, pero yo creo que sí! Esperaba verme en su oficina, pero yo preferí encontrarla ¡aquí!

El corredor estaba desierto. Ni siquiera se escuchaba el ruido de las máquinas de escribir ni de conversación tras las puertas de las oficinas que les rodeaban. Aquellas puertas de cristal parecían Carentes de vida; lo único que se oía, aparte de sus propias palabras, era el ruido de la calle a diez pisos más abajo, ahogado, remoto e inútil.

Se acercó más.

—Querían tomar mis huellas dactilares, ¿no es cierto? Querían comprobarlas y descubrir cosas sobre mí. Usted y el entrometido de su marido.

— ¡Apártese de mí!

Él seguía sonriendo.

—Vamos, vamos. ¿No querría mis huellas...? Pues las tendrá.

Alzó los brazos hacia ella y extendió sus dedos. Cynthia se retiró ante aquellas garras. Ya no le parecía pequeño; aquel hombre era más alto, y más ancho de hombros..., más grande que Teddy. Y sus ojos la miraban como desde una altura.

Sus pies tropezaron con algo. Sabía que había retrocedido hasta el mismo fin del pasillo..., y no había salida. No tenía salida.

Las manos de Hoag se acercaron más aún.

— ¡Teddy! —chilló—. ¡Oh, Teddy!

Teddy se inclinaba sobre ella dándole bofetones.

— ¡Ya está bien! —dijo indignada—. ¡Que me haces daño!

Él lanzó un suspiro de alivio.

— ¡Caray, cielo! —dijo con ternura—. ¡Vaya si me has asustado! Has estado desmayada mucho rato.

— ¿Sí?

— ¿Sabes dónde te encontré? ¡Allí! —señalaba un lugar justo bajo la ventana abierta—, Si no te hubieras caído al suelo, estarías hecha picadillo ahora. ¿Qué sucedió? ¿Es que te asomaste a mirar y te mareaste?

— ¿Le has cogido?

La miró con admiración.

—Siempre tan profesional. No, pero casi le cogí. Le vi desde el extremo del corredor. Le vigilé un momento hasta ver qué se proponía. Si no llegas a gritar, le habría cogido.

— ¿Si no llego a gritar?

—Claro. Estaba delante de la puerta de nuestra oficina, al parecer tratando de forzar la cerradura, cuando...

— ¿Quién estaba allí?

La miró con auténtica sorpresa.

—Pues Hoag, naturalmente. ¡Nena!, ¿qué te pasa? No irás a desmayarte otra vez, ¿verdad?

Inspiró profundamente.

—Estoy bien... —dijo secamente—, ahora. Mientras estés conmigo. Llévame a la oficina.

—¿Quieres que te lleve?

—No, dame sólo la mano. —La ayudó a levantarse y le sacudió el vestido—. No importa eso ahora —dijo Cynthia, pero sí se detuvo a humedecer inútilmente una larga carrera que se había hecho en unas medias hasta ese momento nuevas e impecables.

La hizo entrar en la oficina y la sentó cuidadosamente en un sillón, luego fue a buscar una toalla húmeda que le pasó por el rostro.

—¿Te encuentras mejor?

—Estoy bien, físicamente Pero quiero que esto quede bien claro Dices que viste a Hoag tratando de entrar en esta oficina

—Sí Y es una gran suerte que tengamos este tipo de cerradura especial.

—Y entonces fue cuando yo chille'

—Sí, claro

Se aferró a los brazos del sillón

—Pero, ¿que te pasa, Cyn?

—Nada, Nada en absoluto, aparte de esto si yo empecé a chillar fue porque Hoag estaba intentando estrangularme

Necesito unos instantes para conseguir decir tan solo

—¿Como?

—Sí, lo se, cariño Es la verdad, aunque parezca una locura De un modo u otro nos ha hecho un truco de nuevo Pero te juro que el estaba a punto de ahogarme O al menos eso creí —Le contó su experiencia con todo detalle— ¿Adonde nos conduce esto?

—Ojala lo supiera —respondió su marido pasándose la mano por el rostro— Ojala lo supiera Si no hubiera sido por aquel asunto del Edificio Acme, diga que te mareaste, que sufriste un desmayo y que al volver en si estabas algo chiflada Pero ahora no se cual de los dos es el chiflado Desde luego, yo creí verle

—Quizás estemos locos los dos Tal vez fuera buena idea acudir a un psiquiatra

—¿Los dos? ¿Es que dos personas pueden volverse locas a la vez? ¿No seria mas bien uno u otro?

—No necesariamente Es un caso raro, pero a veces sucede Se llama «*folie a deux*»

—¿Foliados?

—Locura contagiosa Encajan sus puntos más débiles y los dos se trastornan mutuamente

Pensó en los casos que había estudiado y recordó que, por lo general, uno era la personalidad dominante y otro la subordinada, pero decidió no sacar esto a relucir, ya que tenía su propia opinión sobre quien era la personalidad dominante en la familia, y prefería guardársela en secreto

—Tal vez lo que necesitamos son unas vacaciones —dijo Randall pensativamente— Quizás allá en el Golfo, donde podamos tumbarnos al sol

—Eso es una idea magnífica —dijo ella— Por qué demonios va a querer vivir nadie en una ciudad tan aburrida, tan sucia y tan fea como Chicago, es algo que no entiendo

— ¿Cuánto dinero tenemos?

—Unos ochocientos dólares después de pagar facturas e impuestos Y están los quinientos de Hoag, si quieres contar con ellos

—Yo creo que nos los hemos ganado bien —dijo Randall amargamente—. Oye, pero ¿tenemos ese dinero? Tal vez eso fue también una burla.

— ¿Pretendes decir que ni siquiera existe ese tal señor Hoag, y que pronto vendrá la enfermera a traernos nuestra cenita?

—Hum..., ésa es la idea general. ¿Los tienes?

—Creo que sí. Espera un minuto. —Abrió el bolso, y luego un compartimiento cerrado con cremallera, y metió allí la mano—. Sí, están aquí. Unos lindos billetes verdes. Cojamos esas vacaciones, Teddy. Nada se nos ha perdido en Chicago.

—El negocio está aquí —dijo él en tono práctico—. Ello me recuerda que, chiflados o no, lo mejor será comprobar qué llamadas se han recibido.

Extendió la mano sobre la mesa para coger el teléfono, y sus ojos cayeron sobre una hoja de papel puesta en la máquina de escribir. Guardó silencio por un instante y luego dijo con voz tensa:

—Ven, Cyn. Echa una mirada a esto.

Ella se levantó en seguida, se le acercó y miró por encima de su hombro. Lo que vio era uno de sus propios papeles de escribir metido en la máquina, y en él únicamente se leía esta línea:

LA CURIOSIDAD MATO AL GATO

No dijo nada y trató de controlar el temblor.

Randall preguntó:

—Cyn, ¿has escrito tú esto?

—No.

— ¿Segura?

—Sí —extendió la mano y se inclinó para quitarlo de la máquina, pero él la detuvo.

—No la toques. Huellas dactilares.

—De acuerdo —dijo ella—. Pero tengo la idea de que no encontrarás ninguna ahí.

—Tal vez no.

Sin embargo sacó su equipo del cajón inferior de la mesa y echó el polvo sobre el papel y la máquina..., con resultados negativos en ambos casos. Ni siquiera había huellas de Cynthia, para confundir más aún el caso. Y ella tenía la costumbre de limpiar a fondo la máquina de escribir al finalizar cada jornada.

Ella observó:

—Al parecer le viste *salir*, más que tratar de *entrar*.

— ¿Qué? ¿Cómo?

—Supongo que logró forzar la cerradura.

—Ésta no. Te olvidas, cariño, de que esa cerradura es una de los mejores logros del señor Yale. Se la podrá romper quizá, pero nunca forzarla.

Ella no respondió... No podía pensar en una respuesta. Randall miró tristemente la máquina de escribir como si ésta hubiera de explicarle lo sucedido, luego se enderezó, recogió el equipo y lo guardó de nuevo en su cajón.

—Todo el asunto huele mal —dijo, y comenzó a pasear por la habitación.

Cynthia cogió un paño y limpió el polvo de la máquina, luego se sentó y observó a su marido. Se mantuvo callada mientras él reflexionaba en el caso. Pero en su rostro se leía la preocupación, una preocupación por los dos.

—Cyn —dijo él de pronto—, ¡hay que acabar con esto!

—De acuerdo —aceptó—. Démoslo por terminado.

—¿Cómo?

—Tomemos esas vacaciones.

Él meneó la cabeza.

—No puedo huir de ello. Tengo que saber la verdad.

Cynthia suspiró:

—Yo preferiría ignorarla. ¿Qué hay de malo en huir de algo demasiado grande para luchar contra ello?

Él se detuvo y la miró:

—Pero ¿qué te ha ocurrido, Cyn? Jamás has sido cobarde.

—No —contestó lentamente—, nunca. Pero es que nunca tuve razones para serlo. Mírame, Teddy, Sabes que no soy una mujercita demasiado femenina. No espero que te lances a pegar a nadie en un restaurante porque me inviten a bailar. No chilló a la vista de la sangre, ni me horrorizo ante tus juramentos y expresiones poco delicadas. En cuanto al trabajo, ¿te he defraudado alguna vez en algún caso? ¿Por timidez, quiero decir?

—Diablos, no. No puedo decir que me hayas defraudado.

—Pero éste es un caso distinto. Yo tenía un arma en el bolso, hace unos minutos, y no pude utilizarla, No me preguntes por qué. Pero *no pude*.

Él se lanzó a jurar entonces, con gran énfasis y con todo detalle:

— ¡Ojalá le hubiera pescado entonces! ¡Habría usado la mía!

— ¿De verdad, Teddy? —Viendo su expresión, se levantó de un Salto y le besó de pronto en la punta de la nariz—. No quiero decir que tuvieras miedo. Y tú sabes que no me refería a eso. Eres valiente y fuerte, y *yo* creo que muy listo también, Pero mira, cariño, ayer él te hizo creer que veías cosas que no existen. ¿Por qué no echaste mano de la pistola entonces?

—No dio ocasión para ello.

—Eso es exactamente lo que quiero decir. Tú viste lo que él se proponía que vieras. ¿Cómo luchar si no puedes creer a tus propios ojos?

—Pero, ¡maldita sea!, no puede hacernos esto.

— ¿Que *no*? Te diré lo que sí puede hacer —y empezó a contar con los dedos—: Puede estar en dos lugares a la vez, puede hacerte ver una cosa a ti y otra a mí al mismo tiempo..., delante del Edificio Acme, ¿recuerdas? Puede hacerte creer que subiste a un complejo de oficinas que no existe y en un piso que no existe. Puede pasar por una puerta cerrada a fin de escribir algo en una máquina que está al otro lado. Y no dejar huellas. ¿A qué se reduce todo esto?

Él hizo un gesto de impaciencia.

—A una locura. O a magia. Y yo no creo en la magia.

—Ni yo tampoco.

—Entonces estamos locos los dos.

Se echó a reír pero no era una risa alegre.

—Quizá. Si es magia, tal vez sería mejor que viéramos a un sacerdote...

—Te dije que no creo en la magia.

—De acuerdo. Y si es lo otro de nada servirá que tratemos de seguir al señor Hoag. Un hombre con delirium tremens no puede coger las serpientes que cree ver y llevarlas a un zoológico. Necesita un doctor, y tal vez nosotros también.

Randall se sintió alerta de pronto:

— ¡Oye!

—Oye ¿qué?

—Acabas de recordarme algo que se me había olvidado. El médico de Hoag. Nunca lo comprobamos.

—Sí, ya lo creo. ¿No te acuerdas? No existía tal médico.

—No me refiero al doctor Rennault, sino al doctor Potbury, ese al que fue a ver cuando se descubrió la porquería bajo sus uñas.

— ¿Crees realmente que lo hiciera? Pensé que formaría parte de todo ese hatajo de mentiras que nos contó.

—Y yo también. Pero deberíamos comprobarlo.

—Te apuesto algo a que no existe tal doctor.

—Probablemente tienes razón, pero deberíamos estar seguros. Dame la lista de teléfonos, —Ella se la entregó y Randall empezó a repararla buscando la P—. Potbury, Potbury Hay media columna. Pero, sin embargo, ninguno es médico. —anunció de pronto—. Pásame las páginas amarillas; a veces los médicos no quieren que figure su domicilio.

Cynthia se la pasó y él comenzó a mirar en «Estudios de Cultura Física» y luego en «Médicos y Cirujanos».

— ¡Qué cantidad! Hay más médicos que salas de baile. La mitad de la ciudad debe estar siempre enferma. Aquí lo tenemos: Potbury, P. T., M. D.

—Ése podría ser —admitió ella.

— ¿Qué esperamos? Vamos a averiguarlo.

— ¡Teddy!

— ¿Por qué no?—dijo a la defensiva—. Potbury no es Hoag.

—No estoy yo tan segura.

— ¿Cómo? ¿Qué quieres decir? ¿Pretendes insinuar que Potbury podría estar mezclado en este lío?

—No lo sé. Sólo que me gustaría olvidarme de todo lo referente al señor Hoag.

—Pero no hay ningún mal en esto, ojitos lindos. Cogeré el coche, me llegaré allí, le haré al buen doctor unas cuantas preguntas pertinentes y estaré de regreso a tiempo de recogerte para ir a almorzar.

—El coche está en el taller por una válvula; ya lo sabes.

—De acuerdo. Cogeré el tren elevado. Es más rápido de todos modos.

—Si insistes en ir, los dos cogeremos el tren elevado. Seguimos juntos, Teddy.

Apretó los labios.

—Tal vez tengas razón. No sabemos donde está Hoag. Si lo prefieres.

—Desde luego que sí. Sólo me separé de ti unos minutos hace poco, y mira lo que sucedió.

—Sí, creo que es mejor. Tampoco yo quisiera que te pasara nada, nena.

Ella rechazó sus palabras:

—No se trata de mí, sino de nosotros. Si algo nos sucede, quiero que sea lo mismo.

—De acuerdo —dijo él, muy serio—; a partir de ahora no nos separaremos para nada. Incluso podemos esposarnos juntos, si así lo prefieres.

—No serán necesarias las esposas. No pienso soltarte la mano.

6

La consulta de Potbury estaba hacia el sur, más allá de la universidad. Las vías del tren elevado corrían entre casas de apartamentos. Era una vista que suele contemplarse sin que por lo general se registre en el cerebro con una impresión peculiar, Pero hoy Cynthia no sólo la contemplaba sino que la veía a través de su propio estado de ánimo.

Casas de apartamentos de cuatro y cinco pisos, sin ascensor, la parte trasera dando a las vías; al menos diez familias en un edificio, generalmente veinte o más, y los edificios casi incrustados unos en otros. Porches traseros de madera que denunciaban la trampa en que aquellas conejeras se convertirían en caso de incendio, a pesar de las fachadas de ladrillo. Y, en esos porches, la colada familiar tendida, y cubos de basura y desperdicios. Pobreza carente de belleza y de dignidad.

Y sobre todo ello, una capa de porquería, vieja e ineludible, como la suciedad que cubría la ventanilla junto a la cual estaba sentada.

Pensó en aquellas vacaciones, aire fresco bajo el sol. ¿Por qué quedarse en Chicago? ¿Por qué había de justificar la ciudad su existencia? Una avenida decente, un distrito decente hacia el norte, para ricos, dos universidades y un lago. En cuanto al resto, una extensión interminable de calles deprimentes y sucias. Toda la ciudad era un inmenso patio trasero.

Los apartamentos daban paso a las estaciones del tren elevado; el tren giró a la izquierda y se dirigió hacia el este. Unos cuantos minutos después bajaron en la estación de Stoney Island, y Cynthia se alegró de haberse liberado, de haber dejado atrás aquella visión tan cruel y sincera de la vida diaria de aquellas gentes, aun cuando la cambiara por el ruido y el mercantilismo andrajoso de, la calle Sesenta y Tres.

El despacho de Potbury daba a la calle, con una vista excelente del tren elevado y los trenes. Era aquél el típico ambiente en el que un doctor en medicina general podía tener la seguridad de contar con práctica abundante, pero también con la certeza de que jamás vendrían a turbarle las riquezas ni la fama. La salita de espera estaba abarrotada, pero el turno corría rápido; no tuvieron que esperar mucho.

Potbury les miró al entrar.

— ¿Cuál de ustedes es el paciente? —preguntó. Sus modales evidenciaban una ligera irritación.

Tenían planeado sacar a relucir el tema de Hoag utilizando como excusa para la consulta el desmayo de Cynthia. Pero las siguientes palabras de Potbury echaron por tierra el plan, al menos desde el punto de vista de Cynthia.

—Porque aquí sólo va a quedarse el paciente, y el otro esperará fuera. No me gusta tener aquí una reunión.

—Mi esposa... —comenzó Randall.

Ella se cogió a su brazo.

—Mi esposa y yo queremos hacerle un par de preguntas, doctor —continuó serenamente.

—Bien. Hablen.

—Usted tiene un paciente..., un tal señor Hoag.

Potbury se levantó a toda prisa, fue a la puerta que daba a la sala de espera y se aseguró de que estuviera bien cerrada. Luego, todavía de pie ante ellos, y dando la espalda a la única salida, preguntó con aire truculento:

— ¿Qué pasa con Hoag?

Randall le mostró sus credenciales.

—Puede comprobar por sí mismo que soy investigador autorizado —dijo—. Y mi esposa también tiene esta licencia.

—Y ¿qué tiene eso que ver con..., con el nombre que mencionó?

—Estamos llevando a cabo una investigación en favor suyo. Puesto que también usted es un profesional, comprenderá que prefiera hablar con toda franqueza...

— ¿Que ustedes trabajan para él?

—Sí y no. Específicamente le diré que tratamos de descubrir ciertas cosas acerca de él, pero que nuestro cliente lo sabe, es decir: que no actuamos a espaldas suyas. Si lo desea puede telefonarle y él se lo corroborará.

Randall hacía esta sugerencia porque le parecía lo más adecuado, pero confiando en que Potbury la rechazara.

Y así lo hizo, pero de un modo nada tranquilizador.

— ¿Hablar con él? ¡No, si puedo evitarlo! ¿Qué quieren saber de él?

—Hace unos días Hoag le trajo una sustancia para que la analizara —continuó Randall cautelosamente—. Deseo averiguar qué era esa sustancia.

— ¡Ya! Hace un instante me recordó usted que ambos éramos profesionales. Por lo tanto me sorprende que me salga ahora con esa petición.

—Aprecio su punto de vista, doctor, y sé que lo que un médico sabe de sus pacientes es secreto profesional. Pero en este caso hay...

— ¡No les gustaría nada saberlo!

Randall meditó en sus palabras.

—Doctor, he visto en muchas ocasiones el aspecto más sórdido de la vida, y creo que ya no hay nada que pueda impresionarme. ¿Teme acaso decirlo en presencia de mi esposa?

Potbury lo examinó dudoso, luego miró a la señora Randall.

—Creo que ustedes son personas decentes —concedió—, y supongo que creen de verdad que nada podrá impresionarles. Pero permítanme un consejo. Parece ser que están relacionados en cierto modo con ese hombre. ¡Manténganse alejados de él! Rompan todo contacto con él. Y no me pregunten qué tenía bajo las uñas.

Cynthia ahogó una exclamación. No quería intervenir en la conversación, si bien la siguió con todo cuidado. Y recordaba perfectamente que Teddy todavía no había mencionado las uñas.

— ¿Por qué, doctor? —continuó Randall apremiándole.

Potbury empezaba a dar señales de enojo.

—Es usted bastante torpe, señor. Y voy a decirle algo: si no sabe de esa persona más de lo que parece saber, entonces es que no tiene idea de hasta qué

punto puede llegar el mal en este mundo. En esto tiene usted suerte; es mucho mejor ignorarlo.

Randall vaciló, consciente de que las circunstancias estaban en su contra. Luego insistió:

—Suponiendo que tenga razón, y si ese hombre es tan malvado..., ¿cómo es que no ha denunciado a Hoag a la policía?

— ¿Cómo sabe que no lo he hecho? Pero contestaré a esa pregunta, señor. No, no lo he entregado a la policía por la sencilla razón de que no serviría de nada. Las autoridades no tienen inteligencia ni imaginación suficientes para concebir la posibilidad de la maldad que se halla aquí involucrada. Ninguna ley puede alcanzarle, no en esta época y en nuestros días. — ¿Qué quiere decir con eso de «en esta época y en nuestros días»?

—Nada. Olvidelo. No volveré a hablar de este tema. Usted dijo algo acerca de su esposa cuando entraron. ¿Quería consultarme algo?—No era nada —dijo Cynthia a toda prisa—. Nada importante.

—Sólo un pretexto, ¿eh? —sonreía casi jovialmente—. ¿De qué se trataba?

—Nada. Me desmayé hoy a primera hora, Pero ya estoy completamente bien.

—Hum... No estará embarazada, ¿verdad? No me lo parece, a juzgar por sus ojos. Y tiene un aspecto sano. Algo anémica, quizás. El aire libre y el sol serían lo más conveniente para usted. —Se alejó de ellos, fue hacia la pared y abrió un armario blanco, registrando por unos momentos entre las botellas. De pronto regresó con un vaso lleno de un líquido de color ambarino—. Vamos, tómese esto.

— ¿Qué es?

—Un tónico. Con la dosis suficiente de Aquello que Hizo Bailar al Predicador, para que le guste al beberlo.

Todavía vaciló ella mirando a su marido. Potbury lo observó y dijo:

—No le gusta beber sola, ¿verdad? Bien, tampoco a nosotros nos hará ningún daño. —Volvió al armario y regresó con otros dos vasos de medicina, uno de los cuales entregó a Randall—. Vamos a olvidar los asuntos desagradables —dijo—. ¡Arriba ya! —Se llevó el vaso a los labios y lo apuró.

Randall bebió también y Cynthia siguió su ejemplo. No estaba malo, pensó. Había allí algo amargo, pero el whisky —porque era whisky, decidió— *disimulaba el mal gusto. Una botella de ese tónico* tal vez no curara a nadie, pero desde luego hacía que uno se sintiera mejor.

Potbury los acompañó a la salida.

—Si sufre otro desmayo, señora Randall, vuelva a verme y le haremos un examen completo. Mientras tanto, no se preocupe por unos asuntos en los que nada puede hacerse.

Al volver tomaron el último vagón del tren, y tuvieron la suerte de encontrar asiento lo bastante alejados de los demás pasajeros, para hablar con toda libertad.

— ¿Qué has sacado en limpio? —preguntó él en cuanto estuvieron sentados.

Ella frunció el ceño.

—En realidad no lo sé. Desde luego el señor Hoag no le gusta, pero se ha negado a decir el porqué, ¿Y tú qué has sacado en limpio, Teddy?

—Primero: Potbury conoce a Hoag. Segundo: Potbury está muy ansioso de que no sepamos nada acerca de nuestro cliente. Y tercero: Potbury odia a Hoag... ¡y le tiene miedo!

— ¿Por qué te imaginas eso?

Sonrió, una sonrisa enloquecedora.

—Utiliza las pequeñas células grises, cariño. Creo que voy a cultivar la amistad de Potbury..., pero si éste cree que va a asustarme para que no averigüe lo que hace Hoag en su tiempo libre, ¡va a llevarse una buena sorpresa!

Cynthia decidió prudentemente no discutir con él precisamente entonces... llevaban algún tiempo casados.

A petición suya se fueron a casa en vez de regresar a la oficina.

—No tengo ganas de volver, Teddy. Si él quiere jugar con mi máquina de escribir, que lo haga.

— ¿Aún te sientes mareada por esa copa que has tomado? —preguntó ansiosamente.

—Algo así.

Estuvo adormilada la mayor parte de la tarde. Ese tónico que le diera el doctor Potbury, reflexionó, no le había sentado precisamente bien... En todo caso había conseguido marearla y dejarla con mal sabor de boca.

Randall la dejó dormir. Durante algún tiempo fue de un lado a otro por el apartamento, colocó el blanco de los dardos y trató de perfeccionar su tiro; luego desistió al pensar que podía despertar a Cynthia. Fue a verla y descubrió que descansaba pacíficamente. Decidió que tal vez le gustara tomarse una lata de cerveza cuando se levantara... era una buena excusa para salir. También él deseaba una cerveza. Tenía algo de jaqueca, no mucha, pero no se había sentido del todo normal desde que salieran de la consulta del médico. Un par de cervezas lo arreglarían todo.

Había una cervecería justo al lado de la tienda vecina. Randall decidió detenerse a tomar una en el mostrador antes de volver a casa. De pronto se halló explicando al propietario por qué la amalgamación que pretendía la reforma nunca mejoraría a esta ciudad.

Al salir de allí recordó su intención original. Cuando regresó a su apartamento cargado de cervezas y fiambres, Cynthia estaba levantada, y se escuchaban sonidos domésticos en la cocina.

— ¡Hola, nena!

— ¡Teddy!

La besó antes de dejar los paquetes.

— ¿Te asustaste al despertar y ver que yo me había ido?

—En realidad no, Pero hubiera preferido que dejaras una nota. ¿Qué llevas ahí?

—Cervezas y fiambres, ¿te gusta?

—Estupendo, no tenía ganas de salir a cenar, y estaba averiguando qué podría preparar. Pero no teníamos carne en casa.

Le cogió los paquetes.

— ¿Llamó alguien?

—No. Llamé yo a la centralita cuando desperté. Nada de importancia. Sin embargo, sí que ha llegado el espejo.

— ¿El espejo?

—No te hagas el inocente. Ha sido una sorpresa muy bonita, Teddy. Ven a ver la prestancia que le da al dormitorio.

—Aclaremos esto —dijo él—. Yo no sé nada de un espejo.

Cynthia se detuvo desconcertada.

—Pensé que me lo habías comprado como una sorpresa. Venía pagado ya.

— ¿A nombre de quién venía? ¿Al tuyo o al mío?

—Pues no presté mucha atención; estaba medio dormida. Sólo firmé un papel y ellos lo desempaquetaron y lo colgaron.

Era un hermoso espejo biselado, sin marco y de gran tamaño. Randall convino en que mejoraba mucho el tocador.

—Si quieres un espejo así, cariño, te lo compraré. Pero éste no es nuestro. Supongo que será mejor llamarles para que se lo lleven. ¿Dónde está la etiqueta?

—Ellos la quitaron, creo. De todas formas ya son más de las seis.

Él sonrió con indulgencia.

—Te gusta, ¿no es cierto? Bien, parece ser que es tuyo por esta noche, y mañana iré a comprarte otro.

Era un espejo precioso, el azogado perfecto, y parecía tan transparente como el aire. Cynthia pensó que casi sería posible atravesarlo con la mano.

Randall se durmió en cuanto se acostaron, mucho rato antes que ella. , sin duda por la siesta. Cynthia se apoyó sobre el codo y le estuvo contemplando por algún tiempo cuando su respiración era ya regular. ¡El bueno de Teddy! Desde luego, era muy bueno para ella. Mañana le diría que no se molestara en comprar otro espejo..., no lo necesitaba. Todo lo que quería en realidad era estar con él, que nada los separara nunca. Las cosas no importaban, el hecho de vivir tan unidos era lo que sí le importaba en realidad.

Miró el espejo. Desde luego era precioso. Tan deliciosamente claro... como una ventana abierta. Pensó que sería capaz de atravesarlo como Alicia a Través del Espejo.

Él despertó al escuchar su nombre:

— ¡Vamos, Randall, levántese! ¡Ya llega tarde!

Desde luego no era Cynthia, de eso estaba seguro. Se frotó los ojos para alejar el sueño y enfocar la visión.

— ¿Qué ocurre?

—Usted —insistió Phipps inclinándose desde el espejo—. ¡En marcha! No nos haga esperar.

Instintivamente miró hacia la otra almohada. Cynthia había desaparecido.

¡Desaparecido! Saltó inmediatamente de la cama, totalmente despierto, tratando frenéticamente de registrarlo todo a la vez. En el cuarto de baño no estaba.

— ¡Cyn!

Ni en la salita, ni en la cocina-comedor.

— ¡Cyn! ¡Cynthia! ¿Dónde estás?

Abrió como un loco todos los armarios.

— ¡Cyn!

Volvió al dormitorio y quedó allí en pie sin saber dónde registrar a continuación. Tenía el aspecto de una figura trágica, descalza, con el pijama arrugado y el pelo revuelto.

Phipps apoyó una mano en el borde inferior del espejo y saltó con facilidad al interior de la habitación.

—En este dormitorio tenía que haber habido sitio para instalar un espejo de cuerpo entero —observó secamente mientras se arreglaba la chaqueta y se enderezaba la corbata—. En todas las habitaciones debía haber un espejo de cuerpo entero. Pronto lo exigiremos, ya me cuidaré yo de ello.

Randall clavó la mirada en él como si lo viera por primera vez.

— ¿Dónde está ella? —le gritó—. ¿Qué han hecho con mi esposa? —y avanzó amenazador hacia Phipps.

—No es asunto suyo —contestó éste. Inclino la *cabeza* hacia el espejo—. Crúcelo.

—¿Dónde está ella? —chilló, tratando de coger a Phipps por el cuello.

Nunca llegó a comprender claramente lo que sucediera a continuación. Phipps alzó una mano., y Randall se vio arrojado contra un lado de la cama. Intentó luchar de nuevo; en vano. Sus esfuerzos tenían esa impotencia característica de las pesadillas.

— ¡Señor Crewes! —gritó Phipps—, ¡Señor Reifsnider, necesito su ayuda!

Otros dos rostros, vagamente familiares, aparecieron en el espejo.

—Pase aquí, señor Crewes, si me hace el favor —le ordenó Phipps. El señor Crewes atravesó el espejo—. Estupendo. Le obligaremos a pasar. Los pies por delante, creo.

Randall fue incapaz de hacer nada al respecto. Trató de resistirse, pero sus músculos parecían agua. Apenas podía forzarlos a realizar unos débiles movimientos. Intentó morder una muñeca que se le puso a tiro y recibió en recompensa un fuerte bofetón con el dorso de la mano, unos nudillos muy duros, un golpe brutal más que un bofetón.

—Y aún no he terminado con usted —le prometió Phipps.

Le pasaron por el espejo y le dejaron caer sobre una mesa..., *la* mesa. Era la misma habitación en la que ya estuvieron otra vez, la sala de juntas de Detheridge & Co. Con los mismos rostros helados y Serenos en torno a la mesa y el mismo hombre grueso y jovial de ojos porcinos en la cabecera. Sin embargo, había una diferencia: en el largo muro colgaba un espejo grande que no reflejaba esta habitación, sino que mostraba su dormitorio, el de Randall y Cynthia, como visto en un espejo, con todo cuanto había en él, en posición invertida de derecha a izquierda.

Pero no prestó demasiado interés a este fenómeno de poca importancia. Trató de incorporarse, descubrió que no podía y se vio obligado a alzar tan sólo la cabeza. —¿Dónde se la han llevado? —exigió al presidente.

Stoles sonrió con aire de simpatía.

— ¡Ah, señor Randall! De modo que ha venido a vernos otra vez. Es usted un hombre muy activo. Demasiado activo.

— ¡Maldita sea! ¡Dígame qué han hecho con ella!

—Tonto, débil y estúpido —musitó Stoles—. Pensar que mis propios hermanos y yo no pudimos crear nada mejor que seres como ustedes. Bien, pagarán por ello. ¡El Ave es cruel!

A esta última observación enfática se cubrió el rostro por unos instantes. Los demás siguieron su ejemplo. Alguien extendió una mano y cubrió con ella bruscamente los ojos de Randall. Luego la apartó.

Stoles hablaba de nuevo. Randall trató de interrumpirle pero el otro volvió a apuntarle con un dedo y dijo con firmeza:

— ¡Basta!

Entonces se halló incapaz de hablar; la garganta se le contraía hasta producirle náuseas cada vez que lo intentaba. Stoles continuó cortésmente:

—Uno supondría que, incluso siendo tan estúpidos, habrían de entender los consejos que se les dieran, y seguirlos. —Se detuvo por un momento y frunció los labios, apretándolos luego duramente—. A veces pienso que mi única debilidad consiste en no comprender plenamente hasta qué punto puede llegar la debilidad y la *torpeza* de los hombres. Como yo soy una criatura razonable, tengo al parecer la

infortunada tendencia a esperar que los seres tan distintos a mí sean también razonables.

Se detuvo. Desviando su atención de Randall, se enfrentó con uno de sus colegas.

—No se haga ilusiones, señor Parker —dijo sonriendo dulcemente—. No le subestimo a usted, Y si quiere luchar por el derecho a ocupar el lugar que yo ocupo, ya le daré gusto más tarde. Me preguntó a qué sabrá su sangre —añadió pensativamente.

El señor Parker se mostró igualmente cortés:

—Poco más o menos como la suya, supongo, señor presidente. Es una idea agradable, pero me siento satisfecho con las circunstancias actuales.

—Lamento saberlo. Yo le aprecio, señor Parker, y había confiado en que fuera ambicioso.

—Soy paciente, como nuestro Antepasado.

— ¿De verdad? Bien, volvamos a nuestro asunto. Señor Randall, intenté convencerle anteriormente de la necesidad de que se mantuviera alejado de su cliente. Ya sabe a qué cliente me refiero. ¿Qué cree que podría convencerle para siempre de que los Hijos del Ave no tolerarán interferencia alguna con sus planes? Hable, dígame.

Randall había escuchado muy poco de lo que se dijera allí y no había comprendido nada. Todo su ser estaba dominado por un único pensamiento terrible. Al descubrir que podía hablar de nuevo se lanzó bruscamente a ello:

— ¿Dónde está? —repitió con un susurro ronco—. ¿Qué han hecho con ella?

Stoles hizo un gesto de impaciencia

—A veces resulta casi imposible conversar con uno de ellos —dijo quejumbrosamente—, apenas tienen inteligencia. ¡Señor Phipps!

—Sí, señor.

— ¿Quiere encargarse de que traigan a la otra?

—Desde luego, señor Stoles. —Con un gesto Phipps llamó a un ayudante, y los dos salieron de la habitación para volver poco después con una carga que dejaron caer sobre la mesa junto a Randall. Era Cynthia.

La oleada de alivio que le inundó fue casi más de lo que podía soportar. Amenazaba con ahogarle, le ensordecía, le cegaba los ojos con las lágrimas y de momento le imposibilitaba para captar todo el peligro de la situación. Pero gradualmente fue menguando el latir furioso de su corazón y comprendió que algo iba mal: ella estaba muy quieta. Aunque hubiera estado dormida cuando ellos la entraron, aquel trato tan brusco que recibiera habría bastado para despertarla.

La alarma que le dominó casi le inutilizó tanto como su gozo anterior.

— ¿Qué le han hecho? —suplicó—. ¿Es que está...?

—No —dijo Stoles con gesto de disgusto—, no está muerta. Contrólese, señor Randall. —Con un gesto de la mano ordenó a sus colegas—: Despiértenla.

Uno de ellos le dio un golpecito en las costillas con el índice.

—No se molesten en envolverla —observó—. Me la comeré por el camino.

Stoles sonrió.

—Muy ingenioso, señor Printemps, pero dije que la despertaran. No me hagan esperar.

—Desde luego, señor presidente —y le dio a Cynthia un bofetón en el rostro. Randall lo sintió en su propia carne..., y la impotencia que vencía sus miembros casi le hizo perder la razón—. ¡En nombre del Ave, despierta!

Vio que el pecho de su esposa se agitaba bajo la seda del camisón, los ojos parpadearon y dijo una sola palabra:

— ¿Teddy?

— ¡Cyn! ¡Estoy aquí, cariño, aquí!

Ella volvió la cabeza para mirarle y exclamó:

— ¡Teddy! —Luego añadió—. Tuve una pesadilla tan horrible ¡Oh!

Acababa de ver a los demás que la miraban ansiosamente. Pasó la vista lentamente en torno, con los ojos muy abiertos y graves, luego se volvió de nuevo a Randall. —Teddy, ¿sigue siendo esto una pesadilla?

—Me temo que no, cariño. Sé valiente. De nuevo miró a los reunidos y se enfrentó con él.

—No tengo miedo —dijo con firmeza—. Adelante con tu juego, Teddy, que no te fallaré esta vez.

A partir de ese momento mantuvo la vista clavada en él,

Randall echó una mirada al gordo presidente; éste los observaba, al parecer muy divertido por el espectáculo y sin demostrar deseos de intervenir.

—Cyn —dijo en un susurro urgente—, no sé qué me han hecho, pero no puedo moverme. Estoy paralizado. Así que no cuentes demasiado conmigo. Si tienes la oportunidad de huir, aprovéchala.

—No puedo moverme tampoco —susurró ella a su vez—. Tendremos que esperar. —Vio la expresión angustiada de su marido y añadió—: «Sé valiente», dijiste. Pero ¡ojalá pudiera tocarte! —Los dedos de su mano derecha temblaron ligeramente, vacilaron sobre la superficie pulida de la mesa e iniciaron un lento y penoso progreso a lo largo de los pocos centímetros que les separaban.

Randall descubrió que también podía agitar un poco los dedos, y puso en movimiento la mano izquierda para llegar hasta ella, centímetro a centímetro, Al fin se tocaron; Cynthia enterró la mano en la de su marido con una débil presión. Sonrió.

Stoles dio unos fuertes golpes en la mesa.

—Esta escenita ha resultado conmovedora —dijo en tono agradable—, pero tenemos asuntos que tratar. Hemos de decidir el mejor curso a seguir con ellos.

— ¿No sería mejor que los elimináramos por completo? —sugirió el que golpeara a Cynthia en las costillas.

—Eso me causaría un gran placer —concedió Stoles—, pero debemos recordar que estos dos no son más que un incidente en nuestros planes para, para el cliente del señor Randall. ¡Él es quien debe ser destruido!

—No comprendo. .

— ¡Claro que no comprende, y por eso soy yo el presidente! Nuestro propósito inmediato ha de ser inmovilizar a estos dos y de tal modo que no despierte las sospechas de él. Sólo se trata ahora de discurrir el método y la selección del sujeto.

El señor Parker habló:

—Sería muy divertido devolverlos tal como están —sugirió—. Se morirían de hambre lentamente, incapaces de llegar hasta la puerta, de contestar al teléfono, impotentes en suma.

—Sí, lo sería —concedió Stoles con aprobación—. Ésa es poco más o menos la sugerencia que yo esperaba de usted. Supongamos que él intentara verlos y les descubriera así. ¿Cree usted que no entendería su historia? No, debe ser algo que los calle para siempre. Me propongo devolverlos a su casa, ¡con uno de ellos muerto en vida!

Todo aquello resultaba tan absurdo, tan improbable, tan ridículo, que Randall se había estado diciendo que no podía ser real. Estaba vencido por una pesadilla. Si pudiera arreglárselas únicamente para despertar, todo se arreglaría, Esa inmovilidad total... ya la había experimentado antes en sueños. Luego se despertaba uno de pronto de la pesadilla y descubría que las sábanas se le habían enredado en torno al cuerpo, o que había dormido con las dos manos bajo la almohada. Intentó morderse la lengua a fin de que el dolor le despertara, pero de nada le sirvió. Las últimas palabras de Stoles llamaron agudamente su atención a lo que estaba sucediendo en torno a él, no porque las comprendiera —significaban muy poco para Randall, aunque sí estaban cargadas de horror—, sino por la atmósfera de anticipación y aprobación que crearon en torno a la mesa.

La presión de la mano de Cynthia en la suya aumentó débilmente.

—¿Qué van a hacer, Teddy? —preguntó en un murmullo.

—No lo sé, cariño.

—El hombre, naturalmente —sugirió Parker.

Stoles le miró. Randall tuvo la impresión de que Stoles se había propuesto también realizar... lo que quiera que fuese, con el hombre, con él, en tanto Parker lo sugiriera. Pero ahora Stoles contestó:

—Como siempre, le agradezco mucho sus consejos. De ese modo es tan fácil saber exactamente lo que uno ha de hacer...

Y volviéndose a los otros dijo:

—Preparen a la mujer.

«Ahora —pensó Randall—, tiene que ser ahora.» Haciendo acopio de toda la voluntad de que pudo echar mano, trató de alzarse de la mesa, alzarse y luchar.

Lo mismo hubiera dado renunciar al esfuerzo.

Dejó caer la cabeza, agotado por su intento.

—Es inútil, nena —dijo tristemente.

Cynthia le miró. Si sentía algún temor, éste quedaba oculto por la preocupación que demostraba por él.

—Sé valiente, chico listo —contestó, y la presión de su mano aumentó apenas imperceptiblemente en la de él.

Printemps se puso en pie y se inclinó sobre ella.

—La verdad es que este trabajo es cosa de Potiphar —objetó.

—Él nos dejó una botella preparada —contestó Stoles—. ¿La tiene usted, señor Phipps?

Éste contestó metiendo la mano en su cartera y sacándola. Al asentir Stoles, se la entregó, Printemps la aceptó.

—La cera —añadió.

—Aquí la tiene —contestó Phipps, metiendo de nuevo la mano en la cartera.

—Gracias, señor. Ahora si alguien quiere quitar a eso de en medio y al hablar indicaba a Randall—, creo que ya estamos dispuestos.

Media docena de manos arrastraron salvajemente y con todo gusto a Randall al extremo más alejado de la mesa. Printemps se inclinó sobre Cynthia con la botella en la mano.

—Un momento —intervino Stoles—. Quiero que los dos comprendan lo que está sucediendo, y el porqué. Señora Randall —continuó con una galante inclinación de cabeza—, en nuestra breve entrevista previa creo que dejé bien claro que los Hijos del Ave no van a sufrir interferencia alguna de gentes como ustedes dos. Lo comprendió, ¿no es cierto?

—Le entendí —contestó ella, Pero sus ojos le desafiaban.

—Bien. Insisto en que es nuestro deseo que su marido no vuelva a relacionarse con., cierto sujeto. A fin de asegurarnos de este resultado, estamos a punto de dividirla a usted en dos partes. La parte que le permite vivir, esa que ustedes graciosamente llaman el alma, vamos a meterla en esta botella y nos la llevaremos. En cuanto al resto, bien, su marido puede llevárselo y guardarlo como recuerdo de que los Hijos del Ave se la han quedado como rehén. ¿Entendido?

Cynthia no hizo caso de la pregunta. Randall intentó contestar y descubrió que la garganta se le resistía de nuevo.

—Escúcheme, señora Randall, Si quiere ver de nuevo a su marido, es imperativo que él nos obedezca. So pena de que usted muera, él no debe ver más a su cliente. Y, por la misma causa, ha de cerrar la boca en lo referente a nosotros y a todo lo que aquí ha sucedido. Si no lo hace bien, haremos que su muerte sea muy interesante, se lo aseguro.

Randall trató de gritar que prometería cualquier cosa que le pidieran para salvarla, pero su voz seguía silenciada. Stoles, al parecer, quería oír primero lo que Cynthia tuviera que decir. Ésta agitó la cabeza.

—Mi marido hará lo que él juzgue más conveniente.

Stoles sonrió.

—Magnífico —dijo—. Ésa es la respuesta que yo quería. Y usted, señor Randall, ¿lo promete?

Quería decir que sí, estaba a punto de decir que sí, pero Cynthia seguía diciendo « ¡no!» con los ojos. Por su expresión comprendió que era ella la que no podía hablar ahora. Pero en su interior, y con la misma claridad que si conversaran, le parecía oírla decir:

—Es un truco, chico listo, ¡no prometas nada!

Guardó silencio.

Phipps le clavó el pulgar en un ojo:

— ¡Conteste cuando se le pregunte!

Tuvo que vencer el dolor para volverse a mirar a Cynthia, pero su expresión seguía aprobándole. Mantuvo la boca cerrada.

De pronto Stoles dijo:

—No importa. Adelante con ello, caballeros.

Printemps colocó la botella bajo la nariz de Cynthia, manteniéndola pegada al agujero izquierdo.

— ¡Ahora! —ordenó.

Otro de los presentes le dio un golpe violento en las costillas, de modo que se vio obligada a expeler el aliento bruscamente. Gimió:

— ¡Teddy! ¡Me están desgarrando...! ¡Ah!

El proceso fue repetido, poniendo la botella bajo el otro agujero de la nariz. Randall sintió que aquella mano cálida que retenía en la suya se relajaba. Printemps mantenía la botella en la mano tapándola con el pulgar.

—A ver, la cera —dijo alegremente.

Habiéndola sellado, se la entregó a Phipps.

Stoles señaló con el pulgar hacia el gran espejo.

—Devuélvanlos.

Phipps dirigió el paso de Cynthia por el cristal. Luego se volvió a Stoles:

— ¿No podríamos darle algo a él para que se acordara de nosotros? —preguntó.

—Como quieran —contestó Stoles con indiferencia, levantándose para marcharse—. Pero traten de no dejar señales permanentes.

—Magnífico —Phipps sonrió y le dio a Randall tal golpe con el dorso de la mano que le aflojó los dientes—. Tendremos cuidado.

Randall permaneció consciente durante gran parte del proceso, aunque, naturalmente, no había modo de juzgar hasta qué punto. Se desmayó una o dos veces, sólo para volver en sí de nuevo bajo el estímulo de un dolor todavía mayor. El método tan original que halló Phipps de vencerle sin dejar señales en él fue lo que le hizo desmayarse por última vez.

Estaba en una pequeña habitación totalmente llena de espejos, los cuatro muros, el suelo, el techo. Se veía repetido en todas direcciones, imágenes de sí mismo, imágenes que le odiaban pero de las que no podía escapar.

— ¡Dadle más fuerte! —gritaban ellos / gritaba él, y se daba en los dientes con el puño cerrado. Ellos / él se reían.

Todos cargaban contra él y no podía correr con suficiente rapidez. Sus músculos no le obedecían por intensa y urgentemente que lo intentara. Y era porque estaba esposado, esposado a la rueda de molino en la que le habían colocado. Y tenía los ojos vendados también y las esposas le impedían quitarse la venda con las manos, Pero había de continuar subiendo. Cynthia estaba en la parte superior de esa rueda y debía llegar hasta ella.

Sólo que, naturalmente, no hay parte superior cuando uno se halla sujeto a una rueda de molino.

Estaba terriblemente agotado, pero cada vez que aflojaba un poco el paso ellos le pegaban otra vez. Y además le pedían que contara los escalones de la rueda, o no le dejarían en paz: diez mil noventa y uno, diez mil noventa y dos, diez mil noventa y tres, arriba y abajo, arriba y abajo Si pudiera *ver* dónde iba...

Vaciló, le cogieron por detrás y sintió que le tiraban de bruces al suelo. Cuando despertó, tenía el rostro incrustado contra algo duro, frío y con protuberancias. Se incorporó y descubrió que todo su cuerpo estaba rígido. No podía valerse de los pies. Investigó a la débil luz que entraba por la ventana y descubrió que tenía los tobillos enredados en la sábana, que pendía en más de la mitad de la cama.

Aquel objeto duro y frío era el radiador; había caído encogido en un montón contra él. Empezó a recuperar el sentido de la orientación. Estaba en su propio dormitorio familiar. Debía haber caminado en sueños..., algo que no hiciera desde que era un crío. Se habría levantado en sueños y tropezado, yendo a dar de cabeza contra el radiador. Y debía haberse desvanecido, quedándose allí aterido de frío, y menos mal que no se había matado.

Con esfuerzo empezaba a ponerse penosamente en pie cuando observó algo poco familiar en la habitación: aquel espejo grande y nuevo. A su vista recordó instantáneamente el resto de la pesadilla y saltó hacia la cama:

— ¡Cynthia!

Pero ella estaba allí, en su lugar habitual, sana y salva. No se había despertado con su grito, de lo que se alegraba. No quería asustarla. Se alejó de puntillas del lecho y entró cautelosamente en el cuarto de baño, cerrando la puerta tras él antes de encender la luz.

« ¡Vaya espectáculo! », se dijo. La sangre le corría de la nariz, es decir, había dejado de correr hacía tiempo y ahora estaba coagulada. Pero había una mancha de sangre en la parte delantera de la chaqueta del pijama, Además de eso, al parecer también se había herido en el carrillo derecho, y la sangre se había extendido, con

lo que parecía mucho más herido de lo que estaba, como descubrió una vez se hubo lavado el rostro.

En realidad no se había hecho demasiado daño, aunque — ¡ay!— todo el lado derecho de su cuerpo estaba rígido y entumecido; probablemente se habría golpeado ahí al caer y luego se había enfriado. Se preguntó cuánto tiempo habría estado desmayado.

Se quitó la chaqueta pero decidió que le supondría un esfuerzo excesivo lavarla entonces; hizo con ella una pelota y la metió tras el inodoro. No quería que Cynthia la viera hasta tener la oportunidad de explicarle lo que había sucedido.

(—Pero, Teddy, ¿qué diablos te ha ocurrido? / —Nada, nena, nada en absoluto, sólo que tropecé con un' radiador / Eso sonaba peor que la vieja historia de haber tropezado con una puerta.)

Aún estaba mareado, mucho más mareado de lo que creyera. Casi se le había ido la cabeza cuando se inclinara a esconder la chaqueta, y se había visto forzado a enderezarse apoyándose en la parte superior del depósito, Y la cabeza le resonaba como un tambor. Anduvo buscando en el armario de las medicinas, localizó las aspirinas y se tomó tres tabletas, luego miró pensativamente una caja de Amital que Cynthia comprara pocos meses antes. Nunca había tomado nada por el estilo, ya que siempre dormía profundamente..., pero este era un caso especial. Pesadillas dos noches seguidas y levantarse dormido, y casi romperse el cuello...

Tomó una de las cápsulas y al hacerlo pensó que su esposa tenía mucha razón al insistir en que necesitaban unas vacaciones, porque ahora se sentía acabado.

Sin encender la luz del dormitorio era difícil encontrar un pijama limpio, de modo que se metió en la cama como iba, esperó un momento por si Cyn se agitaba, y luego cerró los ojos y trató de relajarse. Al cabo de unos minutos las drogas empezaron a vencerle, fue menguando el furioso latir de su cerebro y pronto quedó profundamente dormido.

7

La luz del sol en el rostro le despertó; fijó la vista en el reloj del tocador y comprobó que eran más de las nueve, por lo que a toda prisa saltó de la cama. Pero descubrió que no había sido una idea muy brillante: el costado derecho le dolía espantosamente. Luego vio la mancha oscura junto al radiador y recordó el accidente.

Con toda cautela volvió la cabeza y echó una mirada a su esposa. Seguía durmiendo serenamente y no daba la menor señal de ir a despertarse. Lo cual estaba muy bien, pensó, ya que sería mejor contarle lo sucedido después que le hubiera preparado el zumo de naranja. No había por qué asustarla.

Se puso las zapatillas y se echó la bata de baño, ya que tenía frío en los hombros desnudos, y los músculos entumecidos. Seguía notando un regusto amargo en la boca aun después de haberse cepillado los dientes, de modo que la idea del desayuno comenzó a apetecerle.

Su mente repasaba de modo distraído la noche anterior, saltando de un recuerdo a otro sin analizarlos a fondo. Estas pesadillas, se dijo mientras exprimía las naranjas, no eran nada bueno. Quizá no una locura, pero definitivamente nada

bueno, algo neurótico. Era preciso acabar con ellas. Un hombre no puede trabajar si se pasa la noche persiguiendo mariposas aunque *no* llegue a caerse de cabeza y casi se rompa el cuello. Un hombre necesita dormir con un sueño tranquilo..., desde luego.

Se bebió un vaso de zumo y llevó otro lleno al dormitorio.

—Vamos, ojitos lindos, ¡despierta! —Como no se moviera en seguida, empezó a cantar—: Arriba, botoncito de oro, vamos, ¡arriba!

Pero ella continuaba inmóvil. Dejó el vaso cuidadosamente en la mesilla de noche, se sentó en el borde de la cama y le tocó en el hombro.

—Despierta, nena, que los diablos se cambian de casa..., que ya se han llevado dos camiones...

No se movía. Y aquel hombro estaba frío.

— ¡Cyn! —gritó—. ¡Cyn! ¡Cyn! —la agitó violentamente.

Cayó sin vida sobre la almohada. La agitó de nuevo.

—Cyn, querida... ¡Oh, Dios mío!

De pronto, la misma conmoción le serenó, le hizo recuperar el juicio, por así decirlo, y Randall se sintió dispuesto, con una especie de calma mortal, a hacer cuanto fuera necesario. Estaba convencido, aun sin saber por qué, sin comprenderlo realmente del todo, que estaba muerta. Pero trató de asegurarse de ello por cuantos medios conocía. No podía encontrarle el pulso..., tal vez fuera él demasiado torpe, se dijo, o tal vez el pulso era demasiado débil. Mientras tanto, allá en el fondo de su mente, un coro parecía repetir: «Está muerta..., muerta..., muerta..., y tú la dejaste morir».

Se inclinó hasta ponerle la oreja sobre el corazón. Creyó oírlo latir pero no podía estar seguro; quizás escuchaba tan sólo el sonido de su propio corazón. Abandonó el intento y buscó un espejo pequeño.

Halló lo que buscaba en el bolso de Cynthia, una pequeña polvera. Lo limpió cuidadosamente en la manga de la bata y sostuvo el espejito ante la boca entreabierta.

Se empañó débilmente.

Lo apartó confuso, sin hacerse demasiadas ilusiones, lo limpió de nuevo y volvió a ponérselo sobre la boca. De nuevo se empañó, ligera pero definitivamente.

Estaba *viva...*, ¡estaba *viva!*

Un momento después se preguntaba por qué no conseguía verla con claridad y descubría que su propio rostro estaba húmedo. Se secó los ojos y continuó con lo que debía hacer. También estaba esa prueba de la aguja..., si es que podía encontrar una aguja. La encontró en un alfilerero en el tocador de su esposa. Volvió a la cama y tomó ligeramente un pellizco en su antebrazo.

—Perdona, nena —dijo con un susurro, y se la clavó.

El pinchazo hizo salir una gota de sangre y luego se cerró... Estaba viva. Hubiera querido ponerle el termómetro pero no tenían ninguno, ambos estaban demasiado sanos. Sin embargo, recordaba algo que leyera en una ocasión no sabía dónde, algo sobre la invención del estetoscopio. Se enrollaba una hoja de papel...

Encontró una hoja de tamaño adecuado e hizo con ella un tubo de unos dos centímetros de diámetro, que colocó sobre la piel desnuda, justo sobre el corazón. Puso el oído en el otro extremo y escuchó:

Glub..., *glub...*, *glub...*, *glub...*, débil, pero constante y firme. No había dudas esta vez, estaba viva, le latía el corazón.

Hubo de sentarse por un momento.

Randall se obligó a pensar en lo que debía hacer a continuación. Indudablemente llamar a un médico. Cuando alguien se ponía enfermo lo normal era llamar a un médico. No había pensado en ello hasta este momento, porque ni Cyn ni él lo habían hecho jamás; nunca lo habían necesitado. No recordaba que hubieran tenido que llamarlo por ninguno de los dos desde su matrimonio.

¿Tal vez llamar a la policía y pedir una ambulancia? No; enviarían a un médico de la policía más acostumbrados a los casos de accidentes y de disparos que a una enfermedad como ésta. Y él quería el mejor.

Pero, ¿quién? No tenían un médico familiar. Conocía a Smyles, un borrachín que no valía para nada. Y a Harfwick..., ¡diablos! Harfwick estaba especializado en operaciones quirúrgicas privadas para gentes de la alta sociedad. Cogió el listín de teléfonos.

¡Potbury! No sabía nada de aquel tipo raro, pero parecía competente. Miró el número, se equivocó tres veces al marcar y al fin consiguió que la operadora hiciera la llamada por él.

—Sí, aquí Potbury. ¿Qué quiere? ¡Hablen, por favor!

—Dije que soy Randall. Randall. Randall, Mi esposa y yo fuimos a verle ayer, recuerda. Sobre...

—Sí, recuerdo. ¿Qué ocurre?

—Mi esposa está enferma.

—¿Qué le sucede? ¿Es que se ha desmayado otra vez?

—No. Bueno, sí. Es decir, está inconsciente. Se despertó inconsciente; quiero decir: no llegó a despertarse. Está inconsciente ahora y parece muerta.

—¿Y está muerta?

—No lo creo..., pero está muy mal, doctor. Estoy aterrado. ¿Puede venir en seguida?

Hubo un breve silencio, luego Potbury dijo de mala gana:

—Iré ahora mismo.

—¡Oh, estupendo! Oiga..., ¿qué debo hacer antes de que llegue usted?

—No haga nada. No la toque. Voy en seguida —y colgó.

Randall dejó el teléfono y regresó corriendo al dormitorio. Cynthia seguía exactamente igual. Empezó a tocarla, recordó las instrucciones del médico y se enderezó rápidamente. Pero vio el papel con el que improvisó un estetoscopio y no pudo resistir la tentación de comprobar los resultados anteriores.

El tubo volvió a tranquilizarle con aquel *glub...*, *glub...* Lo apartó en seguida y lo dejó.

Diez minutos de permanecer a su lado mirándola, sin poder hacer nada más constructivo que morderse las uñas, le dejaron demasiado nervioso para continuar allí. Se fue a la cocina y sacó una botella de whisky del estante superior, de la que se sirvió unos buenos tres dedos en un vaso. Contempló el líquido ambarino por unos instantes, luego lo tiró por la pila y volvió al dormitorio.

Cynthia continuaba inconsciente.

De pronto se le ocurrió que no había dado su dirección a Potbury. Corrió a la cocina y levantó el teléfono. Controlándose con esfuerzo consiguió marcar el número correctamente. Una voz femenina contestó al teléfono:

—No, el doctor no está en su despacho. ¿Algún mensaje?

—Me llamo Randall. Y...

— ¡Oh, señor Randall! El doctor salió hacia su casa hace unos minutos. Llegará ahí en cualquier momento.

— ¡Pero es que no tiene mi dirección!

— ¿Cómo? Oh, estoy segura de que la tiene, si no ya me habría telefoneado.

Dejó el receptor. Era condenadamente curioso..., bien, le daría diez minutos más a Potbury y, si no llegaba, probaría con otro.

Sonó el teléfono interior, y él saltó de la silla como un muñeco de su caja:

— ¿Sí? —dijo por el comunicador.

—Soy Potbury. ¿Es usted Randall?

— ¡Sí, sí, suba!

Apretó el botón que abría la puerta del patio a la vez que hablaba.

Le aguardaba con la puerta abierta cuando Potbury llegó.

—Pase, doctor. Pase, pase.

Potbury asintió y pasó junto a él.

— ¿Dónde está la paciente?

—Aquí. —Randall le dirigió con prisa nerviosa al dormitorio y se apoyó en el otro lado de la cama mientras Potbury echaba una primera ojeada a la figura inconsciente—. ¿Cómo está? ¿Se pondrá bien? Dígame, doctor...

Potbury se enderezó un poco, gruñendo al hacerlo y dijo:

—Si quiere hacerme el favor de apartarse de la cama y dejar de agobiarme, tal vez lo averigüe.

— ¡Oh, lo siento!

Randall se retiró al umbral. Potbury sacó el estetoscopio de su maletín, escuchó un instante con una expresión inescrutable en el rostro —que Randall intentó en vano descifrar—, pasó el instrumento de un lado a otro y escuchó de nuevo. Luego volvió a guardarlo en el maletín y Randall se adelantó ansiosamente.

Pero Potbury no le hizo el menor caso. Levantó un párpado con el pulgar y examinó la pupila de Cynthia; le levantó un brazo de modo que colgara por encima del borde de la cama y le golpeó cerca del codo; luego se enderezó y se quedó mirándola unos minutos.

Randall estaba a punto de chillar.

Potbury continuó todavía con todos esos actos extraños y casi rituales que llevan a cabo los médicos, algunos de los cuales creyó entender Randall, si bien otros no. Al fin dijo repentinamente:

— ¿Qué hizo ella ayer, después que salieran de mi despacho?

Randall se lo explicó. Potbury asintió comprensivamente.

—Eso es lo que esperaba, todo está relacionado con la conmoción que sufriera por la mañana. Y por su culpa, si me permite que se lo diga.

— ¿Por mi culpa, doctor?

—Ya le avisé. Nunca debió permitir que se acercara a un hombre así.

—Pero... pero... usted no me avisó hasta después que él la asustara.

Potbury pareció un poco molesto al oír esto.

—Tal vez no, tal vez no. Aunque usted me dijo que alguien les había avisado ya antes que yo. De todos modos usted debía haber sido más prudente con un hombre así.

Randall decidió hacer caso omiso a aquella observación.

—Pero ¿cómo está, doctor? Se pondrá bien, ¿no es cierto?

—Tiene a una mujer muy enferma en sus manos, señor Randall.

—Sí, lo sé, pero ¿qué ocurre?

—*Lethargica gravis*, producida por un trauma psíquico.

— ¿Es... grave?

—Muy grave, sí. Si usted la cuida de modo adecuado espero que lo supere.

—Lo que sea, doctor, lo que sea. El dinero no importa. ¿Qué hacemos ahora?
¿La llevamos a un hospital?

Potbury rechazó de plano la sugerencia.

—Eso sería lo peor para ella. Si se despertara en un ambiente extraño, podría desvanecerse otra vez. Manténgala aquí. ¿Puede arreglar usted sus asuntos a fin de vigilarla personalmente?

—Desde luego, doctor.

—Pues hágalo. Permanezca a su lado noche y día. Si se despierta, lo más conveniente es que se encuentre en su propio lecho y con usted despierto y a su lado.

— ¿No debería tener una enfermera?

—No lo creo necesario. No hay mucho que se le pueda hacer, a excepción de mantenerla tapada y abrigada. Que los pies estén un poco más altos que la cabeza. Ponga un par de libros bajo las patas inferiores de la cama.

—Sí, doctor.

—Si continúa en este estado durante más de una semana, habremos de recurrir a las inyecciones de glucosa o algo semejante. —Potbury se inclinó, cerró el maletín y lo recogió—. Telefonéeme si **hay** algún cambio en su estado.

—Descuide. Yo —Randall se detuvo de pronto, las últimas palabras del doctor le habían recordado algo que olvidara—. Doctor, ¿cómo encontró el camino hasta aquí?

Potbury pareció desconcertado.

— ¿Qué quiere decir? Su casa no es tan difícil de encontrar.

—Pero yo no le di la dirección.

— ¿Eh? ¡Pues claro que me la dio!

—No lo hice. Lo recordé pocos minutos más tarde y llamé a su despacho, pero usted ya había salido.

—No dije que me la diera hoy —dijo Potbury, enojado—. Me la dio ayer.

Randall lo pensó bien. Le había enseñado sus credenciales a Potbury la víspera, pero en ellas sólo figuraba la dirección de su oficina. Ciertamente, el teléfono de su casa figuraba en el listín, pero sólo como un número para llamadas nocturnas, y sin dirección, ni en sus credenciales ni en el listín telefónico. Quizá Cynthia...

Pero no podía preguntárselo a Cynthia, y ese pensamiento apartó de su mente cualquier otro detalle de menor importancia.

— ¿Está seguro de que no puedo hacer nada más, doctor? —preguntó ansiosamente.

—Nada. Quédese aquí y vigüela.

—Lo haré. Pero le aseguro que desearía poder desdoblarme en dos por un ratito —añadió vehementemente.

— ¿Por qué? —preguntó Potbury mientras recogía los guantes y se dirigía hacia la puerta.

—Ese tipo, Hoag. Tengo que arreglar una cuestión personal con él. No importa..., ya pondré alguien a vigilarle hasta que tenga la oportunidad de hacerle polvo personalmente.

Potbury había girado en redondo y le miraba amenazador.

—No hará nada de eso. Su lugar está aquí.

—Claro, claro..., pero quiero reservármelo para mí. Uno de estos días voy a desmontarle pieza a pieza hasta averiguar qué tiene en lugar de corazón.

—Joven —dijo Potbury lentamente—, quiero que me prometa que no tendrá nada que ver en absoluto con..., con este hombre que mencionó.

Randall miró hacia el lecho.

—En vista de lo que ha sucedido —dijo con furia—, ¿cree que voy a dejarle que se vaya de rositas?

—En nombre de... Mire, soy más viejo que usted y he aprendido a esperar de todos torpeza e incomprensión. Sin embargo, ¿qué más necesita usted para aprender que hay cosas demasiado peligrosas para involucrarse en ellas? —Hizo un gesto hacia Cynthia—. ¿Cómo puede esperar que yo me responsabilice de su recuperación, si insiste en hacer algo que puede ser catastrófico?

—Pero... escuche, doctor Potbury, ya le he dicho que me propongo seguir sus instrucciones acerca de mi esposa. Sin embargo, no puedo olvidar lo que ha hecho él. Si ella muere..., le despedazaré con un hacha.

Potbury no contestó en seguida. Cuando al fin habló, dijo simplemente:

— ¿Y si no muere?

—Si no muere, mi obligación primordial será estar aquí cuidándola. Pero no espere que le prometa olvidarme de Hoag. No voy a hacerlo..., y esto es definitivo.

Con gesto brusco, Potbury se puso el sombrero.

—Bien, dejémoslo así... y confiemos en que no se muera. Pero debo decirle, joven, que es usted un idiota.

Y salió violentamente del apartamento.

El alivio que sintiera por aquel enfrentamiento de voluntades con Potbury se disipó a los pocos minutos de la marcha del doctor, y una terrible depresión se apoderó de él. No había nada que hacer, nada que distrajera su mente de los temores que sentía por Cynthia. Siguió las instrucciones de Potbury en lo referente a levantar un poco las patas de la cama, pero eso fue tan sencillo que apenas le llevó unos minutos, y de nuevo quedó sin nada en qué ocuparse.

Al levantar las patas de la cama tuvo mucho cuidado, sobre todo al principio, de evitar un movimiento brusco del lecho por temor a despertarla; luego comprendió que despertarla era precisamente lo que más deseaba. Sin embargo no logró decidirse a hacerlo con brusquedad y rudeza: le parecía tan impotente, tendida allí.

Acercó una silla a la cama y se sentó. Podía así cogerle una mano, y observarla detenidamente por si había algún cambio. Manteniéndose rígidamente inmóvil y vigilante creía advertir cómo se alzaba el seno de Cynthia al respirar, y eso le tranquilizaba un poco. Pasó mucho tiempo observándola: inhalaba casi imperceptiblemente, luego exhalaba el aliento con mayor rapidez.

Su rostro estaba pálido y espantosamente mortal, pero hermoso. Le destrozaba el corazón mirarla. Tan frágil... Ella había confiado en él por completo, y ahora no había nada que pudiera hacer por Cynthia. Si le hubiera escuchado, si hubiera escuchado lo que ella le decía, no habría pasado esto. Cynthia había tenido miedo, pero hizo cuanto él le pidiera.

Ni siquiera los Hijos del Ave habían podido asustarla...

¡Un momento! ¿Qué estás diciendo? Vamos, contrólate..., eso no sucedió, sólo fue parte de tu pesadilla. Sin embargo, de haber sucedido algo semejante, esto sería exactamente lo que ella habría hecho: mantenerse firme y apoyarle en su juego, por mal que fueran las cosas.

Le dio cierta satisfacción melancólica la idea de que, incluso en sueños, estaba seguro de ella, seguro de su valor y de la devoción que sentía por él. Cynthia tenía más arrestos que muchos hombres. Recordaba la ocasión en que ella arrebatara la botella de ácido de manos de aquel loco cobarde que él prendiera en el caso Midwell. De no haber sido tan rápida y valiente entonces, probablemente él llevaría ahora gafas oscuras y necesitaría un perro lazarillo. Levantó un poco las sábanas y contempló la cicatriz que ella conservaba en el brazo desde aquel día. Porque a él no le había alcanzado el ácido, pero una parte sí había caído sobre Cynthia, y aún se veía su huella, y siempre se vería, Pero a ella no parecía importarle. — ¡Cynthia! ¡Oh, Cyn, cariño mío!

Llegó un momento en que ni siquiera podía mantenerse quieto. Penosamente — entumecimiento de sus músculos después del accidente de la noche anterior le producía horribles dolores al mover las piernas— se levantó y se dispuso a atender a sus necesidades. La idea de la comida le resultaba repugnante, pero sabía que debía alimentarse si quería conservar las fuerzas para seguir vigilándola y esperando cuanto fuera necesario.

Rebuscando en los estantes de la cocina y en la nevera halló algunas cosas de comer, lo que solían desayunar, y unas latas de conserva, y una lechuga algo mustia. No tenía estómago para prepararse una comida complicada, y una lata de sopa le pareció lo mejor. Abrió una de caldo de carne, la puso en un cazo y le añadió agua. Cuando hubo hervido unos minutos la retiró del fuego y se la tomó en el mismo cazo, de pie. Sabía a cartón húmedo.

Volvió al dormitorio y se sentó de nuevo, reanudando aquella vigilia interminable. Sin embargo pronto comprendió que sus sentimientos con respecto a la comida tenían más fuerza que los argumentos lógicos; corrió al cuarto de baño y vomitó durante algunos minutos, luego se lavó la cara, se enjuagó la boca y regresó a la silla, débil y pálido, pero sintiéndose físicamente mejor.

Empezaba a oscurecer en el exterior. Encendió la lamparita del tocador, la inclinó para que no le diera directamente a Cynthia en los ojos y volvió a sentarse. Ella no había sufrido la menor alteración.

Sonó el teléfono.

Le asustó casi de modo irracional. Había estado allí sentado y *vigilando a solas con su dolor y durante tanto tiempo que apenas* podía comprender que hubiera alguna otra cosa en el mundo. Pero se dominó y fue a contestar.

— ¿Diga? Randall al habla.

— Señor Randall, he tenido mucho tiempo para pensarlo y creo que le debo una disculpa... y una explicación.

— ¿Que me debe qué? ¿Quién habla?

— Pues Jonathan Hoag, señor Randall, Cuando usted...

— ¡Hoag! ¿Ha dicho usted «Hoag»?

— Sí, señor Randall. Quiero disculparme por mis modales tan perentorios de ayer por la mañana, y pedirle que me perdone. Confío en que la señora Randall no se sintiera demasiado trastornada por mi...

Para este momento Randall ya se había recuperado lo suficiente de la sorpresa para poder hablar. Y se expresó a gusto, extensamente, utilizando palabrotas y figuras de dicción recogidas durante sus años de asociación con ese tipo de personas con los que es inevitable que se relacione un detective privado. Cuando hubo terminado se escuchó un sonido ahogado al otro extremo de la línea, y luego un silencio mortal.

No estaba satisfecho. Quería que Hoag le hablara para poder interrumpirle de nuevo y continuar con sus insultos.

— ¿Está usted ahí, Hoag?

— Sí, sí.

— Quería decirle algo más: tal vez a usted le parezca una broma acorralar a una mujer que está sola en un corredor y asustarla a morir. ¡Pues a mí no! Pero no voy a entregarle a la policía, ¡desde luego que no! En cuanto la señora Randall se ponga bien me encargará de usted personalmente y entonces, ¡que Dios le ayude, Hoag! Porque va a necesitarlo.

Siguió ahora un silencio tan largo que Randall quedó convencido de que su víctima había colgado. Pero por lo visto Hoag estaba haciendo acopio de valor.

— Señor Randall, esto es terrible...

— ¡Ya puede decirlo!

— ¿Pretende insinuar que yo atacé a la señora Randall y que la asusté?

— ¡Como si no lo supiera!

— Pero es que no lo sé, le aseguro que no lo sé. — Hizo una pausa *y* luego continuó con voz insegura—: Esto es precisamente lo que me ha asustado siempre, señor Randall; descubrir que, durante mis lapsos de memoria, podía hacer algo tan horrible, Pero atacar a la señora Randall... que fue tan buena, tan amable conmigo... ¡Es horrible!

— ¡Y me lo dice a mí!

Hoag suspiró como si estuviera agotado al extremo de sus fuerzas.

— ¿Señor Randall? — Éste no contestó—. Señor Randall..., de nada sirve engañarme a mí mismo, sólo hay una cosa que podemos hacer. Tiene que entregarme a la policía.

— ¿Cómo?

— Lo supe desde nuestra última conversación. Pensé en ello durante todo el día de ayer, pero no tuve valor. Confiaba en haber terminado ya con mi..., con mi otra personalidad, pero hoy sucedió de nuevo. Ignoro lo que he hecho durante todo el día; sólo he recobrado la conciencia de mí mismo esta tarde, al volver a casa. Entonces he comprendido que era imprescindible tomar una decisión, y le he telefoneado para pedirle que reanudara sus investigaciones, Pero jamás podía sospechar que hubiera atacado a la señora Randall. — Parecía vencido por la conmoción (y el tono era convincente) ante la idea—. ¿Cuándo..., cuándo sucedió eso, señor Randall?

Éste callaba, totalmente desconcertado ahora, indeciso entre el ansia absurda de meterse por aquel teléfono e ir a retorcerle el cuello a quien hacía responsable del estado desesperado de su esposa, y la necesidad de permanecer donde estaba para cuidarla. Aparte de ello le preocupaba el hecho de que Hoag se negara a hablar como un malvado. Conversando con él, escuchando sus afables respuestas y aquella voz abrumada, le resultaba difícil seguir viéndolo como un monstruo horrible, un Jack el Destripador, aunque sabía perfectamente que los peores rufianes pueden tener modales exquisitos.

Por tanto se limitó a exponer un simple hecho:

— A las nueve y media de la mañana, poco más o menos.

— ¿Dónde estaba yo a las nueve y media de esta mañana?

— No de esta mañana, hijo de perra. Ayer por la mañana.

— ¿Ayer? Pero es imposible, ¿No recuerda? Yo estuve en casa ayer por la mañana.

—Claro que lo recuerdo, y yo le vi salir. Tal vez usted no sepa eso.

Ahora no actuaba con demasiada lógica. Los demás sucesos de la mañana le habían convencido de que Hoag sabía que ellos le seguían, pero el estado de su mente ya no le permitía mostrarse lógico.

—Pero no pudo haberme visto a mí. Ayer por la mañana fue el único día, aparte de los miércoles, del que tengo plena seguridad de dónde me hallaba. Me quedé en casa, en mi apartamento. No salí hasta casi la una y entonces fui a mi club.

—Mire, eso es una...

— ¡Espere un momento, señor Randall, por favor! Estoy tan confundido y preocupado por esto como usted, pero tiene que escucharme. Ustedes interrumpieron mi rutina, ¿recuerda?, y mi otra personalidad no se afirmó. Después que se marcharon yo continué con..., con mi auténtica personalidad. Por eso tuve la esperanza de haber sido liberado al fin.

— ¡Un cuerno! ¿Qué le hace pensar que así ocurrió?

—Sé que mi propio testimonio no cuenta mucho —dijo Hoag suavemente—. Pero es que no estuve solo. La asistenta llegó poco después que ustedes se marcharan y permaneció en mi apartamento toda la mañana.

—Es muy curioso que no la viéramos subir.

—Es que trabaja en el edificio —explicó Hoag—. Es la esposa del portero, se llama señora Jenkins, ¿Quiere hablar con ella? Creo que podré localizarla y hacer que le llame por teléfono.

—Pero...

Randall estaba más y más confuso y empezaba a comprender que se hallaba en desventaja. En primer lugar nunca debía haber discutido este asunto con Hoag, en absoluto; debía haberle rehuido hasta tener la ocasión de vengarse de él. Potbury tenía razón: Hoag era un personaje elusivo e insidioso. ¡Salir ahora con tina coartada!

Además estaba poniéndose terriblemente nervioso, y temía haber permanecido demasiado rato lejos del dormitorio. Hoag le había retenido en el teléfono por lo menos unos diez minutos, y desde donde estaba, junto a la barra de la salita, no podía ver a Cynthia.

— ¡No, no quiero hablar con esa mujer! —dijo groseramente— ¡Estoy harto de sus mentiras!

Colgó de golpe el teléfono y volvió corriendo al dormitorio.

Cynthia seguía exactamente igual que la había dejado; sencillamente parecía dormida, y tan hermosa que le destrozaba el corazón. Respiraba, según comprobó inmediatamente; su respiración era débil pero regular. El estetoscopio casero le recompensó con el dulce sonido del latir de su corazón.

Se sentó y la observó un rato, dejando que la tristeza de aquella situación fuera empapándole como un vino cálido y amargo. No quería olvidar su dolor, quería entregarse a él, aprendiendo lo que otros muchos hombres habían aprendido antes que él: que incluso el dolor más profundo por el ser amado es preferible a la liberación de la muerte.

Después se reconvinó, comprendiendo que se estaba dejando abrumar de un modo que tal vez redundara en detrimento de ella. Porque era imprescindible, en primer lugar, disponer de comida en la casa, y tomar algo y retenerlo en el estómago. Mañana habría de dedicarse a telefonar para que el negocio siguiera adelante, aun sin ocuparse personalmente de él. La Agencia de Vigilancia Nocturna

podría encargarse de aquellos asuntos que no admitían demora; tenía confianza en ellos, y le debían algunos favores. Pero eso podía esperar a mañana.

Llamó a la tienda vecina e hizo unos encargos rápidos por teléfono. Autorizó al propietario para que añadiera a la lista cualquier cosa que tuviera buen aspecto y que sirviera para mantener a un hombre por un día o dos. Luego le encargó que buscara a alguien que quisiera ganarse una buena propina para llevárselo a su apartamento.

Hecho esto se metió en el cuarto de baño y se afeitó cuidadosamente, pues recordaba con insistencia la relación entre el aseo personal y la moral. Dejó abierta la puerta para no perder de vista la cama. Luego cogió un paño, lo humedeció y limpió la mancha bajo el radiador. Y guardó la chaqueta del pijama, con su rastro de sangre, en la bolsa de ropa sucia en el armario.

Se sentó y aguardó a que llegara el pedido de la tienda. Durante todo ese tiempo estuvo pensando en su conversación con Hoag. Sólo había una cosa clara con respecto a aquel hombre, decidió, y era que todo lo suyo resultaba confuso. Su historia original ya había sido bastante floja. ¡Qué idea, venir a ofrecer un pago excesivo para que le siguieran! Pero los sucesos posteriores hicieron que aquel incidente pareciera totalmente razonable. Estaba la cuestión del piso trece..., ¡maldita sea! Él vio aquel piso trece, estuvo en él y vio trabajar a Hoag con una lente de aumento de joyero metida en el ojo.

Y, sin embargo, eso era imposible.

¿A qué se reducía todo entonces? ¿A hipnotismo, quizá? Randall no era tan ignorante; sabía que existía el hipnotismo, sí, pero sabía también que no era tan potente como ciertos escritores se empezaban en convencer a sus lectores. Y en lo que respecta a hipnotizar a un hombre en una fracción de segundo y en una calle llena de gente para que creyera y recordara claramente una secuencia de sucesos que jamás había tenido lugar..., bien, sencillamente no lo creía. Sí eso fuera cierto, entonces el mundo entero no sería más que un fraude y una ilusión.

Tal vez lo era.

Tal vez el mundo entero conservaba su ser sólo cuando uno tenía la atención centrada en él, y creía en él. Si uno observaba las discrepancias y se dejaba arrastrar por las dudas, todo se desmoronaba. Tal vez fuera eso lo que le había sucedido a Cynthia, porque ella había dudado de su realidad. Si él cerrara los ojos y creyera que ella estaba viva y bien, lo estaría...

Lo intentó. Dejó de pensar en el resto del mundo y se concentró en Cynthia... Cynthia viva y bien, con aquella mueca burlona en los labios cuando se reía de algo que él había dicho... Cynthia caminando por la casa por la mañana, con los ojos aún llenos de sueño y tan hermosa... Cynthia con su traje sastre y un sombrerito coquetón dispuesta a acompañarle a cualquier parte. Cynthia...

Abrió los ojos y miró la cama. Ahí seguía ella, inconsciente, como muerta. Lloró sin control unos momentos; luego se sonó y fue a echarse agua en la cara.

El comunicador del patio sonó de nuevo. Randall fue a la puerta del vestíbulo y apretó el botón sin molestarse en contestar por el teléfono interior. No quería hablar

con nadie; desde luego no quería saber siquiera a quién habían encargado que le trajera el pedido de la tienda.

Tras un intervalo razonable se escuchó una suave llamada en la puerta del piso. La abrió diciendo:

—Métalo ahí.

Luego se detuvo en seco.

Hoag estaba en el descansillo, ante la puerta.

Ninguno de los dos habló al principio. Randall estaba atónito. Hoag parecía incómodo y aguardaba a que el otro dijera algo. Al fin comenzó tímidamente:

—Tenía que venir, señor Randall. ¿Puedo... entrar?

Le miró, realmente incapaz de pronunciar una palabra. El muy bestia..., ¡el muy cínico!

—Vine porque quería demostrarle que yo no le haría daño a la señora Randall —dijo con sencillez—. Si lo he hecho inconscientemente, deseo hacer cuanto pueda para compensarla por ello.

—Es demasiado tarde para esa compensación.

—Pero, señor Randall, ¿por qué cree que yo le he hecho algo a su esposa? No sé cómo hubiera podido..., no ayer por la mañana. —Se detuvo y miró impotente el rostro pétreo de Randall—. Usted no mataría ni a un perro sin un juicio justo, ¿verdad?

Randall se mordió los labios, angustiado ante su propia indecisión. Si escuchaba a aquel hombre le parecía tan condenadamente sincero. Abrió la puerta de par en par.

—Entre —gruñó.

—Gracias, señor Randall.

Hoag entró tímidamente, Randall se dispuso a cerrar la puerta.

— ¿Es usted Randall?

Otro hombre, un desconocido, estaba en el descansillo y cargado de paquetes.

—Sí —contestó, buscando cambio en el bolsillo—. ¿Cómo entró en la casa?

—Entré con él —dijo el hombre, señalando a Hoag— pero me equivoqué de piso. La cerveza está fría, patrón —añadió para congraciarse—, recién sacada del hielo.

—Gracias.

Randall añadió diez centavos más al medio dólar, y cerró la puerta. Recogió los paquetes y se dirigió hacia la cocina. Tomaría una cerveza ahora, decidió; en ningún otro momento la había necesitado más. Después de dejar los paquetes en la cocina sacó una de las latas, buscó un abridor en el cajón y se dispuso a abrirla.

Un movimiento captó su visión. Hoag apoyaba el peso de su cuerpo ora en un pie, ora en el otro. Randall no le había invitado a sentarse y aún seguía de pie.

—Siéntese.

—Gracias.

Hoag se sentó.

Randall volvió a su cerveza. Pero el incidente le recordó la presencia del otro, y se encontró vencido por el hábito de los buenos modales. Le era casi imposible tomarse una cerveza sin ofrecerle otra a un huésped, aunque no fuera bien acogido.

Vaciló un instante, luego pensó: « ¡Caray! No puede hacernos daño a Cynthia ni a mí el que se beba una lata».

— ¿Quiere cerveza?

—Sí, gracias.

En realidad Hoag casi nunca la tomaba, prefiriendo reservar el paladar para la exquisitez de los buenos vinos, pero en ese momento habría aceptado incluso ginebra sintética o agua de un pozo si Randall se la hubiera ofrecido.

Éste sacó los vasos y los dejó en la mesa, luego entró en el dormitorio abriendo apenas la puerta, lo suficiente para deslizarse en él. Cynthia estaba exactamente como había esperado que estuviera. La cambió un poco de posición, convencido de que cualquier posición llega a cansar incluso a una persona inconsciente; luego alisó el cubrecama. La miró y pensó en Hoag, y en los consejos de Potbury contra Hoag. ¿Era éste tan peligroso como el médico parecía creer? ¿Acaso sería ahora el mismo Randall un juguete en sus manos?

No, Hoag no podía hacerle daño ya. Cuando lo peor ha sucedido, cualquier cambio supone una mejora. La muerte de los dos..., porque si Cyn moría él estaba decidido a seguirla. Había tomado tal decisión mucho antes, ese mismo día, ¡y no le importaba que lo calificasen como una cobardía!

No; si Hoag era responsable de esto, al menos ahora lo tenía con él. Volvió a la salita.

Hoag aún no había tocado la cerveza.

—Beba —invitó Randall extendiendo la mano y cogiendo su propio vaso. Hoag obedeció teniendo el buen sentido de no ofrecer un brindis, ni siquiera de alzar el vaso en un gesto similar. Randall le examinó con una curiosidad cargada de agotamiento—: No le comprendo a usted, Hoag.

—Ni yo me comprendo a mí mismo, señor Randall.

— ¿Por qué vino aquí?

Extendió las manos en gesto de impotencia.

—Para interesarme por la señora Randall, Para averiguar qué le he hecho. Para compensarlo, si puedo.

— ¿Admite que lo hizo?

—No, señor Randall. No comprendo que pudiera hacerle nada a la señora Randall ayer por la mañana.

—Olvida que yo lo vi.

—Pero..., ¿qué fue lo que hice?

—Acorraló a la señora Randall en un corredor del Edificio Midway-Copton y trató de ahogarla.

— ¡Oh, Dios mío! ¿Usted..., usted me vio hacer eso?

—No, no exactamente. Yo estaba... —Randall se detuvo, comprendiendo lo absurdo que sonaría si ahora le decía a Hoag que no le había visto en esa parte del edificio porque estaba ocupado vigilando a Hoag en otra parte del mismo.

—Siga, señor Randall, por favor.

Randall se puso nerviosamente en pie.

—Es inútil —gruñó—. No sé lo que usted hizo. ¡No sé que usted hiciera nada! Todo cuando sé es esto: desde el primer día que usted atravesó esta puerta nos han estado sucediendo cosas muy extrañas a mi esposa y a mí, cosas diabólicas, y ahora ella está acostada y como si estuviera muerta. Está... —se detuvo y se cubrió el rostro con las manos.

—Señor Randall..., por favor, señor Randall. Lo siento muchísimo y me gustaría ayudar.

—No sé cómo puede ayudarnos nadie a menos que usted conozca algún modo de despertar a mi esposa. ¿Lo conoce, señor Hoag?

Éste agitó la cabeza lentamente.

—Me temo que no. Pero dígame..., ¿qué le ocurre? No lo sé todavía.

—No hay mucho que decir. No se ha despertado esta mañana. Y parece como si jamás fuera a despertarse.

— ¿Está seguro de que no ha... muerto?

—No, no está muerta.

—Llamaría a un doctor, naturalmente, ¿Qué dijo él?

—Me dijo que no la moviera y que la vigilara estrechamente.

—Claro, pero ¿qué dijo que tenía?

—Lo describió *como lethargica gravis*.

— ¡*Lethargica gravis!* ¿Es eso todo lo que dijo?

—Sí..., ¿por qué?

— ¿No hizo el menor intento por diagnosticarlo?

—Ése fue su diagnóstico: *lethargica gravis*.

Hoag parecía desconcertado.

—Pero, señor Randall, eso no es un diagnóstico, no es más que un modo pomposo de decir «un sueño pesado». En realidad no significa nada. Es como decirle a un hombre que tiene problemas en la piel que sufre de *dermatitis*, o a otro que tiene problemas de estómago que padece *gastritis*. ¿Qué pruebas le hizo?

—Yo... no sé. Yo...

— ¿Le tomó una muestra del estómago con una sonda?

—No.

— ¿Rayos equis?

—No. No había modo de hacerlo.

—¿Pretende decirme, señor Randall, que el médico se limitó a entrar, a echarle una mirada, y que luego se largó sin hacerle nada, ni aplicarle pruebas ni pedir una consulta? ¿Era su doctor familiar?

—No —repuso Randall tristemente—. Me temo que no sé mucho de doctores. Jamás necesitamos uno, Pero usted debería saber si es bueno o no... Fue Potbury.

— ¡Potbury! ¿Se refiere al doctor Potbury a quien yo consulté? Y ¿cómo fue que le eligiera a él?

—Bien, no conocía a ningún médico y habíamos ido a verle para comprobar lo que usted nos contara. ¿Qué tiene usted contra Potbury?

—Nada en realidad. Pero fue muy grosero conmigo..., al menos eso pensé.

—Bien, entonces, ¿qué tiene él contra usted?

—No sé por qué habría de tener nada contra mí —contestó Hoag en tono desconcertado—. Sólo le he visto una vez. Excepto, naturalmente, la cuestión del análisis. Aunque ignoro por qué habría de... —se encogió de hombros en gesto de impotencia.

— ¿Se refiere a lo que usted tenía bajo las uñas? Pensé que eso era sólo un pretexto.

—No.

—De todas formas no pudo ser sólo eso. Con todas las cosas que él dijo de usted.

—Pues ¿qué dijo acerca de mí?

—Dijo... —Se detuvo comprendiendo de pronto que Potbury no había dicho nada específico contra Hoag; era cuestión más bien de lo que no dijera—. No fueron tanto sus palabras como sus sentimientos contra usted. Él le odia, Hoag..., y le tiene miedo.

— ¿Miedo de mí?

Hoag sonrió débilmente, como si estuviera seguro de que Randall bromeaba.

—No es que lo confesara, pero estaba tan claro como la luz del día.

Hoag agitó la cabeza.

—No lo entiendo. Estoy más acostumbrado a temer a la gente que a que los demás me teman. Espere..., ¿le dijo acaso el resultado del análisis que me había hecho?

—No. Oiga, eso me recuerda la cosa más extraña con respecto a usted, Hoag.

—Se interrumpió pensando en la imposibilidad de su aventura en el piso trece—. ¿Es usted un hipnotizador?

— ¡Santo cielo, no! ¿Por qué me lo pregunta?

Randall le contó la historia de su primer intento por seguirle. Hoag se mantuvo callado durante el relato, el rostro tenso y desconcertado.

—Y ése es el resultado —concluyó Randall enfáticamente—. No hay piso trece, ni Detheridge & Co., ni nada. Y sin embargo yo recuerdo todos los detalles con la misma claridad con que ahora veo su rostro.

— ¿Eso es todo?

— ¿No es bastante? Sin embargo sí hay algo más que podría añadir. No es que tenga verdadera importancia, a no ser para demostrar el efecto que me produjo esa experiencia.

— ¿Qué es?

—Espere un minuto.

Randall se levantó y entró de nuevo en el dormitorio. No tuvo tanto cuidado esta vez de abrir sigilosamente la puerta, aunque la cerró tras él. Por un lado le ponía nervioso el no poder estar constantemente junto a Cynthia; sin embargo, de haberse visto obligado a contestar con toda honradez, habría tenido que admitir que incluso la presencia de Hoag era compañía, y suponía cierto alivio a su ansiedad. Se excusó conscientemente ante sí mismo, achacando esa conducta a su intento por llegar al fondo del asunto.

Escuchó de nuevo el latir de su corazón. Satisfecho al ver que aún seguía en este mundo, le arregló la almohada y le retiró los cabellos del rostro. Se inclinó y la besó ligeramente en la frente, luego salió a toda prisa de la habitación.

Hoag le aguardaba.

— ¿Sí? —preguntó.

Randall se sentó pesadamente y enterró la cabeza entre las manos.

—Continúa igual.

Hoag no trató de decir nada trivial. De pronto Randall se lanzó con voz ahogada a contarle las pesadillas que sufriera durante las dos últimas noches.

—Mire, no quiero decir que tengan significado alguno —añadió al terminar—, yo no soy supersticioso.

—Me pregunto... —musitó Hoag.

— ¿Qué quiere decir?

—No me refiero a nada sobrenatural, pero, ¿no es posible que los sueños no fueran totalmente accidentales, motivados por sus experiencias? Quiero decir, si hay alguien capaz de hacer que usted soñara las cosas que soñó en el Edificio Acme y a plena luz del día, ¿por qué no podrían forzarle a soñar por la noche también?

— ¿Cómo?

— ¿Hay alguien que le odie, señor Randall?

—Pues no, que yo sepa. Naturalmente en mi negocio se actúa a veces de un modo con el que no se hace uno con amigos precisamente, pero siempre se actúa

así por cuenta de otro. Hay uno o dos rufianes que no me aprecian demasiado pero..., bueno, no serían capaces de hacer nada parecido, Esto no tiene lógica. ¿Ya usted? ¿Le odia alguien? Aparte de Potbury.

—No, que yo sepa. Y no sé tampoco por qué habría de odiarme él. Hablando de Potbury, usted consultará a otro médico, ¿no?

—Sí. Supongo que no fui muy listo. Pero es que no sé exactamente qué hacer, aparte de coger el listín telefónico y probar otro número.

—Hay un modo mejor. Llame a uno de los grandes hospitales y pida una ambulancia.

—Eso es lo que voy a hacer —afirmó Randall poniéndose en pie.

—Puede esperar hasta mañana. De todas formas no conseguiría resultados útiles hasta mañana. Y mientras tanto, ella podría despertarse.

—Bien..., sí, eso supongo. Creo que le echaré otra mirada.

— ¿Señor Randall?

— ¿Qué hay?

—Eh..., ¿le importaría...? ¿Puedo verla?

Randall le miró. Se habían acallado sus sospechas más de lo que juzgara posible ante los modales y palabras de Hoag, pero esta sugerencia las volvió a la vida, haciendo que recordara vividamente los consejos de Potbury.

—Preferiría que no lo hiciera —dijo secamente.

En el rostro de Hoag se reflejó la desilusión, aunque trató de disimularla.

—Desde luego, desde luego. Lo comprendo muy bien, señor.

Cuando Randall volvió, Hoag estaba de pie junto a la puerta con el sombrero en la mano.

—Creo que será mejor que me vaya —dijo. Como Randall no contestara, añadió—: Me sentaré con usted y le haré compañía hasta mañana si lo prefiere.

—No. No es necesario. Buenas noches.

—Buenas noches, señor Randall.

Una vez se hubo ido Hoag, paseó sin propósito por la casa durante unos minutos, volviendo de vez en cuando junto al lecho de su esposa. Los comentarios de Hoag acerca de los métodos de Potbury le habían dejado más inquieto de lo que quería admitir. Además de «so, y al arrojar sus sospechas sobre el médico, Hoag se había librado de su condición de culpable, cosa que no le agradaba demasiado.

Se preparó una cena fría acompañada de cerveza, y quedó muy satisfecho al ver que conseguía retenerla en el estómago. Luego arrastró un sillón hasta el dormitorio, puso un taburete ante el mismo, cogió una manta y se dispuso a pasar así la noche. No había nada que pudiera hacer y no tenía ganas de leer; lo probó y no dio resultado. De vez en cuando se levantaba y sacaba una lata de cerveza de la nevera. Cuando terminó con ella se sirvió whisky. Esto pareció tranquilizarle un poco los nervios; aparte de eso no le hizo más efecto. No quería emborracharse.

Se despertó con un terrible sobresalto convencido por un instante de que Phipps estaba en el espejo y a punto de llevarse a Cynthia. La habitación estaba a oscuras y creyó que el corazón iba a estallarle en el pecho mientras trataba de encontrar el conmutador y se aseguraba de que nada había ocurrido, de que su amada, pálida como la cera, seguía sobre la cama.

Tuvo que examinar el gran espejo y asegurarse de que reflejaba la habitación, y que no era una ventana hacia algún lugar horrible, antes de sentirse dispuesto a

apagar la luz. Al resplandor difuso proveniente de la calle se sirvió una copa para sus nervios agitados.

Creyó captar un movimiento en el espejo, giró en redondo y descubrió que era su propia imagen, Se sentó de nuevo y se estiró, resuelto a no dormirse otra vez.

¿Qué fue aquello?

Se lanzó a la cocina en persecución de lo que fuera... nada..., nada que pudiera encontrar. Otra oleada de pánico le hizo correr al dormitorio..., podía haber sido un truco para apartarle del lado de Cynthia.

Ellos se reían de él, se burlaban, trataban de conseguir que hiciera un movimiento en falso. Lo sabía..., ellos llevaban días tramando en su contra, tratando de destrozarle los nervios. Le observaban desde todos los espejos de la casa, escondiéndose cuando él trataba de pescarlos. Los Hijos del Ave...

— ¡El Ave es Cruel!

¿Había dicho él esas palabras? ¿O se las habría gritado alguien?

El Ave es Cruel. Tratando de recuperar el aliento fue hacia la ventana abierta del dormitorio y miró a la calle. Todo estaba oscuro aún como boca de lobo. Nadie se movía en la ciudad a sus pies. En dirección al lago sólo se veía un banco de niebla. ¿Qué hora era? Las seis de la mañana según el reloj de la mesilla de noche. ¿No iba a hacerse nunca de día en aquella ciudad olvidada de Dios?

Los Hijos del Ave. De pronto tuvo un chispazo brillante de inteligencia. Ellos pensaban que ya le habían cogido, pero él les engañaría... no podían hacerle esto a él y a Cynthia. Destrozaría todos los espejos de la casa, Corrió a la cocina donde guardaba el martillo en un cajón. Lo cogió y regresó al dormitorio. Primero éste, el más grande.

Vaciló cuando estaba a punto de dar el golpe, A Cynthia no le gustaría; significaba siete años de mala suerte. No era supersticioso, pero, a Cynthia no le gustaría. Se volvió hacia la cama con la idea de explicárselo a ella; parecía tan obvio..., sólo con romper los espejos quedarían libres de los Hijos del Ave.

Pero se detuvo en seco ante su rostro inmóvil.

Pensó en otro modo de hacerlo. Ellos tenían que utilizar un espejo. Y ¿qué era un espejo? Un trozo de cristal que refleja la imagen. Muy bien..., se las arreglaría de modo que no reflejaran nada. Además, ahora ya sabía cómo hacerlo. En el mismo cajón del que sacara el martillo había visto tres o cuatro latas de esmalte, y un pequeño pincel, restos de un ataque de decoración casera que Cynthia sufriera en una ocasión.

Los cogió, y también un pequeño cazo para mezclarlos. Todos juntos formaban una mezcla espesa y oscura, lo suficiente, se dijo, para su propósito. Atacó en primer lugar el gran espejo biselado, lanzando a golpes el esmalte contra él, sin el menor cuidado. El líquido espeso le corría por las muñecas y caía sobre el tocador, pero no le importaba. Ahora los otros.

Hubo suficiente, aunque muy justo, para terminar el espejo de la salita. No importaba, ya era el último de la casa, a excepción de los pequeños que Cynthia llevaba en los bolsos, y ya había decidido que éstos no contaban. Demasiado pequeños para que un hombre pasara a través de ellos y, además, estaban fuera de la vista.

Había mezclado aquel esmalte con una pequeña cantidad de negro y quizás una lata y media de rojo. Tenía ahora las manos empapadas en él, parecía la figura central de un crimen sangriento. Pero ¿qué más daba? Se lo quitó, al menos en parte, con una toalla, y volvió a su silla y a su botella.

¡Que lo intentaran ahora! ¡Que probaran de nuevo su asquerosa magia negra!
El los había vencido.

Se dispuso a esperar el amanecer.

El sonido del comunicador del patio le hizo levantar de la silla muy atontado pero convencido de que no había cerrado los ojos. Cynthia estaba bien, es decir: seguía dormida, que era lo mejor que podía esperarse. Cogió el estetoscopio casero y se aseguró del latir de su corazón.

El zumbido del comunicador continuaba..., o volvía a empezar, no lo sabía. Automáticamente lo contestó.

—Potbury —dijo una voz—. ¿Qué ocurre? ¿Estaba dormido? ¿Cómo sigue la paciente?

—No ha habido cambios, doctor —contestó, tratando de controlar la voz.

— ¿Que no? Bien, déjeme entrar.

Potbury le echó a un lado cuando abrió la puerta y fue directamente hacia Cynthia. Se inclinó sobre ella un instante y luego se enderezó.

—Parece poco más o menos lo mismo —dijo—. No pueden esperarse demasiados cambios en un día o dos. Probablemente hará crisis el miércoles. —Miró a Randall con curiosidad—: ¿Qué diablos ha estado haciendo? Parece un deshollinador.

—Nada —dijo Randall—. ¿Por qué no quiso que la enviara a un hospital, doctor?

—Eso sería lo peor que podríamos hacer por ella.

—Pero ¿qué sabe usted de esto? En realidad ni la ha examinado. Usted no sabe qué le ocurre, ¿verdad?

— ¿Está loco? Si ya se lo dije ayer.

Randall agitó la cabeza.

—Eso no eran más que camelos. Está intentando engañarme al respecto. Y quiero saber por qué.

Potbury dio un paso hacia él.

—Usted está loco..., y borracho además. —Miró ahora con curiosidad el gran espejo—. Quiero saber qué ha ocurrido aquí —y tocó con un dedo el azogue cubierto ahora de esmalte.

— ¡No lo toque!

Potbury se echó atrás.

— ¿Para qué es eso?

Randall le miró con astucia.

—Les he vencido.

— ¿A quién?

—A los Hijos del Ave. Ellos penetran por los espejos, pero yo se lo he impedido.

Potbury le miró.

—Ya les conozco —continuó Randall—, y no me engañarán de nuevo. El Ave es Cruel.

Potbury se cubrió el rostro con las manos.

Ambos permanecieron totalmente inmóviles unos segundos, el tiempo necesario para que la comprensión se abriera paso en la mente confusa de Randall. Cuando al fin lo vio claro, dio a Potbury una patada brutal en la entrepierna. Los sucesos se desarrollaron con rapidez en los segundos siguientes. El doctor no abrió la boca, pero trató de devolver el golpe. Y Randall no hizo intento alguno por jugar limpio; al primer golpe bajo siguieron otros aún peores.

Cuando todo acabó, Potbury estaba encerrado en el cuarto de baño y Randall estaba en el dormitorio con la llave de la puerta del baño en el bolsillo. Respiraba pesadamente y sin prestar la menor atención a los daños de poca importancia que había sufrido.

Cynthia seguía durmiendo.

—Señor Randall, ¡déjeme salir de aquí!

Randall había vuelto a la silla y trataba de hallar alguna salida de su situación. Estaba ahora completamente sereno, y no deseaba acudir de nuevo a la botella. Trataba de convencerse a sí mismo de que sí existían en realidad los Hijos del Ave, y de que tenía a uno de ellos encerrado ahora y en su propia casa.

Y en este caso Cynthia seguía inconsciente porque... ¡Dios mío!, los Hijos le habían robado el alma. Diablos..., habían caído en manos de unos diablos...

Potbury seguía golpeando en la puerta.

— ¿Qué significa todo esto, señor Randall? ¿Es que se ha vuelto loco? ¡Déjeme salir de aquí!

—Y ¿qué hará entonces? ¿Le devolverá la vida a Cynthia?

—Haré todo lo que un médico puede hacer por ella. ¿Por qué ha hecho esto?

—Usted ya conoce la razón. ¿Por qué se cubrió el rostro?

— ¿Qué quiere decir? Iba a estornudar y usted me golpeó.

—Tal vez debiera haberle dicho « ¡*Gesundheit!*», ¿no? Es usted diablo, Potbury. ¡Usted es un Hijo del Ave!

Hubo un breve silencio.

— ¿Qué bobada es ésa?

Randall pensó en ello. Tal vez sí era una bobada; tal vez Potbury había estado a punto de estornudar. ¡No! Esta era la única explicación que tenía sentido. Diablos, y magia negra. Stoles, y Phipps, y Potbury y los otros.

¿Hoag? Eso explicaría el... ¡Un momento! Potbury odiaba a Hoag. Stoles odiaba a Hoag. Todos los Hijos del Ave odiaban a Hoag. Muy bien, fuera o no un diablo, él y Hoag estaban en el mismo bando.

Potbury golpeaba de nuevo la puerta, pero ya no con los puños, pues los golpes eran más pesados y menos frecuentes, lo que significaba que los daba con el hombro y echando todo el peso del cuerpo contra la madera. La puerta no era más fuerte de lo que suelen ser esas puertas interiores en un apartamento, y era evidente que no resistiría mucho más semejante trato.

Randall dio unos golpes por su lado.

— ¡Potbury! ¡Potbury! ¿Me oye?

—Sí.

— ¿Sabe lo que voy a hacer ahora? Me propongo llamar a Hoag y pedirle que venga aquí. ¿Me oye bien, Potbury? Él le matará, Potbury, ¡él le matará!

No hubo respuesta, pero de pronto se reanudaron los golpes. Randall cogió la pistola.

— ¡Potbury! —No hubo respuesta—. ¡Potbury, deje de dar golpes o dispararé!

Ni siquiera se interrumpió el golpeteo.

Entonces tuvo una inspiración repentina.

—Potbury..., *en Nombre del Ave...* ¡aléjese de esa puerta!

El ruido se detuvo en seco.

Randall escuchó y luego prosiguió aprovechando su ventaja:

—En Nombre del Ave, no vuelva a tocar esa puerta. ¿Me oye, Potbury?

No hubo respuesta; tan sólo el silencio.

Era temprano. Hoag todavía estaba en casa. Evidentemente se sintió algo confundido por las explicaciones incoherentes de Randall, pero aceptó su petición. Iría inmediatamente; más aprisa aún.

Randall volvió al dormitorio y mantuvo su doble guardia. Retenía la mano de su esposa serena y fresca, con la mano izquierda; en la derecha tenía la pistola dispuesta para el caso de que la invocación perdiera su extraña fuerza. Pero no volvieron a reanudarse los golpes, y hubo un silencio mortal en ambas habitaciones durante algunos minutos. Luego oyó Randall —o imaginó oír— un sonido sibilante, como si rasparan algo, en el cuarto de baño..., un sonido que no conseguía explicarse.

No se le ocurría qué podía hacer al respecto, de modo que continuó inmóvil. Aquel ruido siguió por unos minutos más y se detuvo. Luego... nada.

Hoag se echó atrás a la vista de la pistola.

— ¡Señor Randall!

—Hoag —exigió aquél—, ¿es usted un diablo?

—No le entiendo.

—El Ave es Cruel.

Hoag *no* se cubrió el rostro; se limitó a mirarle confuso, quizás un poco más temeroso de él.

—De acuerdo —decidió Randall—. Pase. Si es un diablo, es del tipo que me gusta. Entre aquí. Tengo a Potbury encerrado y quiero que usted se enfrente *con él*.

— ¿Yo? ¿Por qué?

—Porque él sí es el diablo, uno de los Hijos del Ave. Y ellos le temen a usted. ¡Vamos! —y le animó a entrar en el dormitorio mientras seguía hablando—. El error que yo cometí fue negarme a creer en lo que me estaba sucediendo. *Aquellos no fueron sueños*. —Golpeó en la puerta con la culata del arma—. ¡Potbury! Hoag está aquí. Haga lo que voy a decirle y tal vez salga vivo de ésta.

— ¿Qué quiere usted de él? —preguntó nerviosamente Hoag.

—La quiero *a ella*, naturalmente.

—Oh...

Randall golpeó de nuevo, luego se volvió a Hoag y susurró:

—Si abro la puerta ¿se enfrentará con él? Yo estaré a su lado.

Hoag tragó saliva, miró a Cynthia y contestó:

—Naturalmente.

—Pues ahí va.

El baño estaba vacío. No tenía ventanas ni salida alguna, pero era evidente el método utilizado por Potbury para escapar. La superficie del espejo había quedado libre del esmalte, rascada con una hoja de afeitar.

Se arriesgaron a los siete años de mala suerte y rompieron el espejo. De haber sabido cómo hacerlo, Randall habría entrado por él para luchar con todos. Pero como no lo sabía, juzgó más adecuado cerrar aquella brecha.

Y ahora ya no había nada más a hacer. Lo discutieron junto a la forma inmóvil de la esposa de Randall, pero no podían hacer nada. No eran magos. Hoag se fue al poco rato a la salita, ya que no quería turbar a Randall en su desesperación, aunque tampoco deseaba abandonarle por completo. Entraba pues a verle de vez en

cuando. En una de esas ocasiones observó un pequeño maletín negro casi metido bajo la cama y reconoció en él lo que era..., el maletín de un médico. Se acercó y lo levantó.

—Señor Randall, ¿ha mirado esto? —preguntó.

—¿Qué?

Randall alzó unos ojos muy tristes y leyó la inscripción, en letras doradas sobre la piel:

POTIPHAR T. POTBURY, M. D.

— ¡Vaya!...

—Debe habérselo dejado.

—No tuvo oportunidad de cogerlo.

Randall lo tomó y lo abrió: un estetoscopio, fórceps, pinzas, agujas, una colección de ampollas en una caja; los instrumentos de trabajo habituales en un médico. Había también una botella con su etiqueta. Randall la cogió y la leyó:

—Hoag, mire esto.

¡VENENO!

Envase no rellenable

SEÑORA RANDALL.

TÓMESE SEGÚN PRESCRIPCIÓN

Farmacia de Bonton Cutrate

—¿Acaso intentaba envenenarla? —sugirió Hoag.

—No lo creo... Esas advertencias son corrientes en los narcóticos. Pero quiero ver lo que es.

La agitó. Parecía vacía. Empezó a romper el sello.

— ¡Cuidado! —le aconsejó Hoag.

—Descuide.

La apartó de su rostro para abrirla; luego trató de olerla cuidadosamente. Salía una fragancia sutil y extraordinariamente dulce.

—¿Teddy?

Éste giró en redondo dejando caer la botella. Sí, era Cynthia que agitaba los párpados.

—No les prometas nada, Teddy.

Suspiró y sus ojos se cerraron de nuevo.

—El Ave es Cruel —susurró Cynthia finalmente.

—Sus fallos de memoria son la clave de todo el asunto —insistía

Randall—. Si supiéramos lo que hace usted durante el día, si conociéramos su profesión, sabríamos por qué van detrás de usted los Hijos del Ave. Más aún: sabríamos cómo luchar contra ellos..., pues indudablemente le tienen miedo.

Hoag se volvió a Cynthia.

— ¿Qué opina usted, señora Randall?

—Creo que Teddy tiene razón. Si yo tuviera conocimientos suficientes de hipnotismo lo probaría con usted..., pero no es así, de modo que la escopolamina será lo mejor. ¿Está usted dispuesto a intentarlo?

—Si usted lo desea, sí.

—Trae el equipo, Teddy.

Se bajó de un salto del lugar en que estuviera sentada, en el borde de la mesa. Él extendió una mano para cogerla.

—Deberías tomártelo con calma, nena —se quejó.

—Tonterías. Estoy perfectamente... ahora.

Se fueron a la oficina tan pronto como Cynthia se despertara. Estaban aterrados, aterradísimos, pero no estúpidamente aterrados. El apartamento ya no les parecía un lugar seguro. Aunque tampoco juzgaban mucho mejor la oficina. Randall y Cynthia habían decidido *salir de la ciudad...* Esta detención en la oficina no era más que la penúltima parada para celebrar una conferencia de guerra.

Hoag no sabía qué hacer.

—Olvídese de que ha visto este equipo —le avisó Randall mientras preparaba la jeringuilla—. No siendo médico, ni anestesista, yo no debería tenerlo. Pero resulta conveniente a veces. —Frotó una zona en el brazo de Hoag con un algodón empapado en alcohol—. Ahora tranquilo..., ¡ya! —y clavó la aguja.

Esperaron a que la droga hiciera efecto.

— ¿Qué tratas de conseguir? —susurró Randall a Cynthia.

—No lo sé, Si tenemos suerte, las dos personalidades se encajarán de nuevo en una sola. Entonces tal vez descubramos muchas cosas.

Poco más tarde la cabeza de Hoag cayó hacia delante y empezó a respirar pesadamente. Ella se adelantó y le sacudió por el hombro.

—Señor Hoag..., ¿me oye?

—Sí.

— ¿Cuál es su nombre?

—Jonathan... Hoag.

— ¿Dónde vive?

—Apartamentos Gotham... Seiscientos dos.

— ¿Qué hace?

—Yo... no lo sé.

—Intente recordarlo. ¿Cuál es su profesión?

No hubo respuesta. Lo intentó de nuevo.

— ¿Es un hipnotizador?

—No.

— ¿Es usted... un mago?

La respuesta se retrasó un poco pero al fin llegó:

—No.

— ¿Qué es usted, Jonathan Hoag?

Él abrió la boca, pareció a punto de hablar; luego se incorporó repentinamente alerta, totalmente libre de esa actitud de lasitud general inherente a la droga.

—Lo siento, querida mía, pero esto ha de terminar de momento.

Se puso en pie, caminó hacia la ventana y miró al exterior.

—Malo —dijo, mirando arriba y abajo de la calle—. ¡Qué malo!

Parecía hablar más consigo mismo que con ellos. Cynthia y Randall le miraron, luego se miraron como buscando ayuda.

— ¿Qué es lo que anda mal, señor Hoag? —preguntó Cynthia tímidamente.

No acababa de comprender su propia impresión, pero aquel hombre le parecía ahora otra persona..., más joven, más enérgico.

— ¿Eh? ¡Oh, lo siento! Les debo una explicación. Me vi forzado a... rechazar la droga.

— ¿Rechazarla?

—Librarme de ella, ignorarla, reducirla a la nada. Verá, querida, mientras ustedes estaban hablando recordé mi profesión.

Les miraba alegremente, pero sin ofrecer más explicaciones.

Randall fue el primero en recuperarse:

— ¿Cuál es su profesión?

Hoag le sonrió casi tiernamente.

—De nada serviría decírselo —dijo—. Ahora no, por lo menos. —Se volvió a Cynthia—: Querida mía, ¿podría prestarme un papel y un lápiz?

—Pues... claro.

Se los trajo. Él los aceptó amablemente y, sentándose, empezó a escribir.

Como no dijese nada para explicar su conducta, Randall empezó:

—Oiga, Hoag... —Éste volvió hacia él su rostro sereno. Randall quiso hablar, pareció desconcertado por lo que veía en el rostro de Hoag, y concluyó simplemente—: Eh..., señor Hoag..., ¿de qué se trata? ¿No está dispuesto a confiar en mí?

Randall se mordió los labios un momento, mirándole. Hoag se mostraba paciente y sereno.

—Sí... supongo que sí —dijo al fin—. Bien, estoy haciendo una lista de las cosas que quiero que compren por mí. Yo estaré muy ocupado durante las próximas dos horas o así.

— ¿Es que va a dejarnos?

—Ustedes están muy preocupados por los Hijos del Ave, ¿no es cierto? Olvídenlos. Ya no les harán daño, se lo prometo.

Siguió escribiendo. Unos minutos más tarde entregó la lista a Randall.

—He anotado al final el lugar en que han de reunirse conmigo. Una estación de gasolina en las afueras de Waukegan.

— ¿Waukegan? Y ¿por qué Waukegan?

—No hay una razón demasiado importante. Quiero hacer una vez más algo que me gusta muchísimo y que no creo poder hacer de nuevo. Ustedes me ayudarán, ¿verdad? Tal vez les resulte difícil conseguir alguna de las cosas que he anotado, pero, ¿lo intentarán?

—Supongo que sí.

—Muy bien.

Y se marchó inmediatamente.

Randall pasó la vista de la puerta cerrada a la lista que tenía en la *mano*.

— ¡Vaya, que me...! Cyn, ¿qué supones que debemos comprarle? ¡Ultramarinos!

— ¿Ultramarinos? Déjame ver esa lista.

Iban en coche hacia el norte desde las afueras de la ciudad, con Randall al volante, Se dirigían al lugar en que habían de reunirse con Hoag. Tras ellos, en el maletero, llevaban todo cuanto él les encargara.

— ¿Teddy?

— ¿Sí, nena?

— ¿Puedes girar aquí en redondo?

—Claro..., si no me coge la policía. ¿Por qué?

—Porque eso es lo que me gustaría hacer. Déjame terminar —continuó a toda prisa—. Tenemos el coche, llevamos encima todo el dinero con que contamos, no hay nada que nos impida dirigirnos al sur si queremos.

— ¿Sigues pensando en esas vacaciones? Pero si nos las tomaremos... en cuanto le entreguemos todo esto a Hoag.

—No me refiero a unas vacaciones, quiero decir marcharnos definitivamente... ¡y ahora!

— ¿Con toda esta comida tan exquisita que Hoag nos encargó, que vale ochenta dólares y que no ha pagado todavía? ¡Ni hablar!

—Podríamos comérmola nosotros.

—Hum. Caviar y alas de colibrí. No podemos permitirnoslo, nena. Nosotros somos del tipo de las clásicas hamburguesas. De todas formas, aunque pudiéramos, yo quiero ver a Hoag otra vez. Para que me hable con sinceridad y me dé explicaciones.

Ella suspiró.

—Exactamente lo que me figuraba, Teddy; por eso me gustaría dar la vuelta y salir corriendo. No quiero explicaciones, estoy satisfecha con mi mundo tal como es. Sólo tú y yo... y sin complicaciones. No quiero saber nada de la profesión del señor Hoag, ni de los Hijos del Ave, ni de nada de todo eso.

Con cierta dificultad él sacó un cigarrillo y frotó una cerilla bajo el panel de instrumentos mientras la miraba furioso por el rabillo del ojo: afortunadamente el tráfico era escaso.

—Creo tener más o menos la misma impresión al respecto, nena, pero yo lo enfoco de modo distinto. Si no lo aclaramos, toda la vida estaré nervioso e inquieto pensando en los Hijos del Ave, e incluso habré de dejar de afeitarme por temor a mirarme en un espejo. Pero hay una explicación lógica, tiene que haberla, de todo este asunto, y me propongo averiguarla. Luego podremos dormir.

Sin contestar, Cynthia se acurrucó en el asiento.

—Míralo de este modo —continuó Randall, algo irritado—. Todo lo sucedido podría haberse desarrollado a partir de circunstancias normales, sin recurrir a lo sobrenatural. Eso de unos agentes sobrenaturales..., bueno, aquí, al aire libre, a la luz del sol, y con el tráfico en torno, es bastante difícil tragárselo. Hijos del Ave..., ¡narices!

Tampoco obtuvo contestación, y continuó:

—El primer punto significativo es que Hoag es un actor consumado. En vez de ser el solterón gazmoño y encogido que creíamos, es una auténtica personalidad

dominante. Mira cómo le obedecí yo con un: «Sí, señor», cuando él simuló rechazar la droga y nos pidió que le compráramos todo esto.

— ¿Simuló?

—Claro. Alguien sustituyó por un líquido inofensivo mis inyecciones para dormir..., probablemente a la vez que nos dejaron aquella advertencia metida en la máquina de escribir. Pero, a lo que iba, te repito que tiene una personalidad extraordinaria y que es, casi con seguridad, un hipnotizador. El hecho de que me convenciera de lo del piso trece y Detheridge & Co. demuestra lo muy hábil que es..., él o alguien. Probablemente utilizaron drogas conmigo, como sin duda hicieron contigo.

— ¿Conmigo?

—Claro. ¿Recuerdas aquel potingue que bebiste en la consulta de Potbury? Sería algo de efecto retardado.

—Pero tú lo bebiste también.

—No necesariamente lo mismo, Potbury y Hoag estaban confabulados, y así crearon ese ambiente en el que todo nos ha parecido posible. Porque lo demás han sido cosas insignificantes, si las analizas de una en una.

Cynthia tenía sus propias ideas al respecto, pero se las guardó para sí. Sin embargo, había algo que la turbaba.

— ¿Y cómo salió Potbury del cuarto de baño? Me dijiste que estaba encerrado.

—Ya he pensado en eso. Forzó la cerradura mientras yo telefoneaba a Hoag, se ocultó en el armario y allí aguardó la oportunidad para largarse de la casa.

— ¡Vaya!

Cynthia volvió a guardar silencio unos minutos. Randall calló también, ya que estaba bastante ocupado con el tráfico en Waukegan.

Giró hacia la izquierda y empezó a salir de la ciudad.

—Teddy, si estás tan seguro de que todo el asunto fue un fraude y de que no existe nada semejante a los Hijos, entonces, ¿por qué no podemos dejarlo así e irnos al sur? No necesitamos cumplir con esta cita.

—Por supuesto que estoy bien seguro de lo que digo —insistió él, evitando cuidadosamente a un muchacho en bicicleta que parecía querer suicidarse—, en líneas generales; pero no estoy seguro de los motivos, y por eso tengo que ver a Hoag. Es curioso, sin embargo —continuó pensativamente—, porque yo no creo que Hoag tenga nada contra nosotros. Estoy convencido de que él actuaba por motivos personales y que nos pagó quinientos pavos para que aguantáramos ciertas incomodidades en su lugar mientras él llevaba a cabo sus planes. Pero ya veremos. De todas formas ahora es demasiado tarde para volver; ahí está la gasolinera que mencionó... y ahí tenemos a Hoag.

Éste subió al coche con una simple reverencia y una sonrisa. Randall se sintió de nuevo dominado por él, obligado a obedecerle como ocurriera unas dos horas antes. Hoag le indicó dónde debía dirigirse.

El camino se extendía por la campiña, y pronto abandonaron incluso la carretera. A su debido tiempo llegaron a las verjas de una granja rodeada de pastos, y Hoag le indicó que abriera y atravesara la entrada con el coche.

—Al propietario no le importa —dijo—. He estado aquí muchas veces, en mis miércoles libres. Un lugar precioso.

Sí que lo era, en realidad. El camino, un sendero de carros ahora, subía gradualmente hasta una cumbre cubierta de árboles. Hoag le indicó que aparcara a la sombra de un árbol, y bajaron. Cynthia se quedó inmóvil un instante inspirando

y saboreando a bocanadas el aire puro. Hacia el sur se veía Chicago y, más allá y al este, el brillo plateado del lago.

— ¿No es precioso, Teddy?

—Lo es —admitió éste. Pero se volvió hacia Hoag—: Lo que quiero saber es qué hacemos aquí.

—De picnic —dijo Hoag—. Elegí este lugar para mi despedida.

— ¿Despedida?

—La comida primero. Después, si insiste, hablaremos.

Era un menú muy extraño para un picnic; en lugar de los alimentos sencillos y habituales en esos casos, disponían de una docena de delicias de sibarita: jaleas, carnes condimentadas, té preparado por Hoag sobre un infiernillo, delicados barquillos en un paquete de nombre exótico, etc. Sin embargo, tanto Randall como Cynthia descubrieron que se lo comían con gusto. Hoag fue tomando de todos los platos sin pasar uno, pero Cynthia observó que en realidad comía muy poco, apenas si lo probaba.

A su debido tiempo Randall consiguió hacer el suficiente acopio de valor para enfrentarse con Hoag. Ya empezaba a parecerle que éste no tenía intenciones de abordar el asunto.

—Hoag...

—Dígame, señor Randall.

— ¿No es hora ya de que se quite esa careta y deje de burlarse de nosotros?

—Yo no me he burlado de usted, amigo mío.

—Ya sabe a lo que me refiero..., a todo este juego sucio que lleva durante varios días. Usted está mezclado en él, y sabe mucho más al respecto que nosotros..., eso resulta evidente. Por supuesto, no es que le acuse de nada —añadió a toda prisa—, pero quiero saber qué significa.

—Pregúntese a sí mismo lo que significa.

—De acuerdo —respondió Randall aceptando el desafío—, lo haré.

Se lanzó a repetir las explicaciones que antes diera a Cynthia. Hoag le animó a desarrollarlas pero, cuando hubo terminado, nada dijo.

—Bien, así es como sucedió, ¿no es cierto? —preguntó Randall nerviosamente.

—Parece una buena explicación.

—Ya lo decía yo. Pero usted tiene que aclararnos algunas cosas. ¿Por qué lo hizo?

Hoag sacudió la cabeza pensativamente.

—Lo siento, señor Randall. De ninguna manera puedo explicarle mis motivos.

—Pero, ¡maldita sea!, esto no es justo. Lo menos que podría...

— ¿De verdad ha confiado usted alguna vez en encontrar justicia, señor Randall?

—Bien..., yo esperaba que usted jugara limpio con nosotros. Nos ha animado a que le tratáramos como a un amigo. Ahora nos debe una explicación.

—Eso les prometí, es cierto. Pero piense, señor Randall, ¿desea realmente esa explicación? Le aseguro que ya no tendrá más problemas, ni más visitas de los Hijos.

Cynthia le tocó en el brazo.

— ¡No pidas explicaciones, Teddy!

Él la rechazó, no bruscamente pero sí con decisión.

—Tengo que saber. Adelante, oigamos sus explicaciones.

—No le gustarán.

—Correré el riesgo.

—Muy bien. —Hoag se retrepó en el árbol—. ¿Quiere servir el vino, querida? Gracias. Primero habré de contarle una pequeña historia. En parte será alegórica, ya que no existen las... palabras, los conceptos necesarios. En un tiempo existió una raza muy diferente a la raza humana. No puedo describirles su aspecto, ni su estilo de vida, pero todos tenían una característica que ustedes sí pueden entender: eran creativos. La creación y el disfrute de las obras de arte era su ocupación, y la razón de su existencia. Intencionadamente les he dicho «arte», ya que el arte es indefinido, indefinible e ilimitado. Puedo utilizar esa palabra sin temor a tergiversarla, ya que no tiene un significado concreto y exacto. Hay tantos significados de la palabra arte como artistas existen. Pero recuerden que los artistas a que me refiero no son humanos, ni es humano su arte.

»Piensen en uno de esta raza..., un joven según los términos de ustedes. Él crea una obra de arte bajo la mirada y la dirección de su maestro. Tiene gran talento, y su creación, en consecuencia, tiene muchos rasgos curiosos y extraños. El maestro le anima a seguir adelante y a terminar la obra para que ésta sea juzgada. Por supuesto hablo en metáforas, como si se tratara de un artista humano que prepara sus lienzos para que los juzguen en un concurso.

Se detuvo y preguntó repentinamente a Randall:

— ¿Es usted un hombre religioso? ¿Se le ha ocurrido alguna vez que todo esto —y el ademán de su brazo incluía toda aquella campiña tan serena y hermosa— pudiera haber tenido un Creador? ¿Que debe haber tenido un Creador?

Randall le miró y enrojeció.

—No soy exactamente uno de los que más asisten a la iglesia —estalló—, pero..., sí, supongo que creo.

— ¿Y usted, Cynthia?

Ella asintió, tensa y muda.

—El Artista creó este mundo a Su Propio estilo, y según los postulados que Él juzgara mejores. Su maestro aprobó el conjunto, pero...

—Un momento —le interrumpió Randall con intensidad—, ¿está tratando de describir la creación del mundo..., del Universo?

— ¿Pues qué, si no?

—Pero ¡maldita sea, esto es ridículo! Yo le pedí explicaciones de lo que acababa de ocurrirnos a *nosotros*.

—Ya le dije que no le gustaría mi explicación. —Aguardó un instante, luego continuó—: Los Hijos del Ave eran el rasgo dominante del mundo, al principio.

Randall le escuchaba, pero la cabeza amenazaba con estallarle. Comprendió con horror que el razonamiento que él formulara en el camino a esta cita había sido una serie de tópicos de los que echara mano para acallar sus temores. Los Hijos del Ave, reales y horribles, potentes. Comprendió que ahora sabía la clase de raza a la que Hoag se refería. Y por el rostro tenso y horrorizado de Cynthia comprendió que ella lo sabía también..., y que nunca habría paz para ninguno de los dos.

—En el Principio hubo el Ave...

Hoag le miró con ojos libres de malicia, pero sin piedad.

—No —dijo serenamente—, nunca existió el Ave. Ésos que se denominan a sí mismos Hijos del Ave sí existen. Pero son estúpidos y arrogantes. Su sagrada historia no es más que superstición. Pero a su modo, y según las reglas de este mundo, son poderosos. Usted, señor Randall, sí vio las cosas que creyó ver.

— ¿Quiere decir que...?

—Espere, déjeme terminar. Debo apresurarme. Usted vio todo lo que creyó ver con una excepción. Hasta hoy sólo me ha visto a mí en su apartamento, o en el mío. Las criaturas que usted siguió, la criatura que asustó a Cynthia..., Hijos del Ave todos ellos. Stoles y sus amigos.

»El maestro no dio su aprobación a los Hijos del Ave, y sugirió ciertas mejoras en la creación. Pero el Artista era descuidado, precipitado: en vez de suprimirlos por completo se limitó sencillamente... a pintar sobre ellos, para que parecieran las nuevas creaciones con las que Él pobló Su mundo.

»Y tal vez todo esto no habría tenido importancia de no ser porque su obra se seleccionó para ser juzgada. Como era inevitable, los críticos sí los observaron; eran..., eran un arte malo, y desfiguraban la obra final. En la mente de los críticos surgió la duda de si era conveniente o no conservar la creación. Por eso estoy yo aquí.

Se detuvo, como si ya no hubiera más que decir. Cynthia le miró temerosamente.

— ¿Es usted..., es usted...?

Él le sonrió.

—No, Cynthia, no soy el Creador de su mundo. Usted me preguntó una vez cuál era mi profesión.

»Soy un crítico de arte.

A Randall le hubiera gustado no creerle, Pero le resultaba imposible. La verdad resonaba en sus oídos, no podía negarla. Hoag continuó:

—Les dije que tendría que hablar con ustedes en los términos que les son habituales. Deben saber que juzgar una creación tal como ésta, su mundo, no es como acercarse a un cuadro para examinarlo. Este mundo está habitado por hombres, y a través de los ojos de los hombres era como habría que mirarlo. Yo soy un hombre.

Cynthia parecía todavía más preocupada.

—No le comprendo. ¿Actúa a través del cuerpo de un hombre?

—Soy un hombre. Repartidos por el mundo y entre la raza humana están los Críticos..., hombres. Cada uno es la proyección de un Crítico, pero cada uno es también un hombre..., un hombre en todos los conceptos, y sin saber que también es un Crítico.

Randall se asió a esta discrepancia como si su razón dependiera de ello, y tal vez era ése el caso.

—Pero *usted* sabe... o dice que lo sabe. Eso es una contradicción.

Hoag asintió sin turbarse.

—Hasta hoy, en el momento en que las preguntas de Cynthia acabaron con la conveniencia de continuar tal como era, esta persona —y se dio un golpecito en el pecho— no tenía ni idea de por qué estaba aquí, Era un hombre, y nada más. Incluso ahora he ampliado mi persona actual sólo hasta donde ha sido necesario para mis propósitos. Hay preguntas que yo no podría contestar... como Jonathan Hoag.

«Jonathan Hoag surgió a la vida como hombre con el fin de examinar, de *saborear* ciertos aspectos artísticos de este mundo. En el curso de los acontecimientos se juzgó conveniente utilizarlo para examinar algunas de las actividades de esas criaturas rechazadas, sobre las que se había pintado otra cosa, que se llaman a sí mismos los Hijos del Ave. Dio la casualidad que ustedes dos se involucraron en esas actividades, aunque inocentes e ignorantes, como los pichones

que utilizan los ejércitos. Pero así sucedió que pude observar otra cosa de valor artístico mientras estaba en contacto con ustedes, y ésa es la razón de que nos tomemos la molestia de darles explicaciones.

— ¿Qué quiere decir?

—Permítame que le hable primero de todo aquello que observé como crítico. Su mundo encierra diversos placeres. Está la comida. —Extendió la mano, tomó de un racimo de uvas, gruesas y dulces, y comió apreciativamente—. Un placer extraño éste. Y muy notable. Antes nadie había pensado en hacer un arte de la simple cuestión de obtener las energías necesarias. Su artista tiene auténtico talento.

»Y está el sueño Un terreno desconocido en el que las creaciones del Artista pueden crear sus mundos propios. ¿No es cierto que ahora comprenden por qué el crítico ha de ser en verdad un *hombre...* ya que de lo contrario no podría soñar como hace un hombre?

»Y está la bebida... que combina la comida y el sueño.

»Y está el placer exquisito de la conversación, de la charla entre amigos, como estamos haciendo ahora nosotros. Esto no es nuevo, pero hay que darle todo el mérito al Artista por haberlo incluido.

»Y está el sexo. El sexo es ridículo. Como crítico yo lo habría rechazado enteramente de no ser porque ustedes, amigos míos, me hicieron ver algo que no había llamado la atención de Jonathan Hoag; algo que, en mis propias creaciones artísticas, jamás había tenido el ingenio de inventar. Como dije, su Artista tiene talento. —Les miraba casi con ternura—. Dígame, Cynthia, ¿qué es lo que más ama en este mundo, y qué es lo que odia y teme?

Ella no trató de contestarle; se limitó a acercarse más a su marido. Y Randall le pasó un brazo protector en torno. Hoag le habló entonces a él.

— ¿Y usted, señor Randall? ¿Hay algo en este mundo por lo que entregaría su vida y su alma si fuera necesario? No tiene que contestarme..., lo vi en su rostro y en su corazón anoche, cuando se inclinó sobre la cama. Buen arte, buen arte..., ustedes dos. He encontrado diversas clases de arte bueno y original en este mundo, lo suficiente para que esté justificado el que animemos a su Artista a intentarlo de nuevo. Pero había tanto que era malo, amateur, de diseño infame, que nada me hubiera movido a aprobar la obra como conjunto hasta que encontré y saboreé esto: la tragedia del amor humano.

Cynthia le miró totalmente desconcertada:

— ¿Tragedia? ¿Dijo usted «tragedia»?

Él la miró con unos ojos que no eran compasivos, sino serenamente apreciativos.

—Y ¿qué otra cosa podría ser, querida mía?

También Cynthia le miró y luego se volvió y enterró el rostro en el hombro de su marido. Randall le dio unos golpecitos cariñosos en la cabeza.

— ¡Basta, Hoag! —dijo salvajemente—. ¡La ha asustado otra vez!

—No era eso lo que deseaba.

—Pues lo ha conseguido. Y voy a decirle lo que pienso de su historia. Hay en ella tantas lagunas..., agujeros por los que podría pasar un gato. Usted se la ha inventado.

—Eso no lo cree ni usted.

Era cierto. Randall no lo creía. Pero continuó valientemente mientras seguía abrazando a su esposa.

—Lo que tenía bajo las uñas..., ¿qué hay de eso? He observado que lo pasó por alto. Y sus huellas dactilares.

—Lo que había bajo mis uñas tiene muy poco que ver con la historia. Sirvió a su propósito, que no era más que el de asustar a los Hijos del Ave. Ellos sabían lo que era.

—Pero ¿qué era?

—El icor de los Hijos..., puesto allí por mi otra persona. Pero ¿qué tienen que ver las huellas dactilares? Jonathan Hoag sentía auténtico temor de que se las tomaran. Jonathan Hoag es un hombre, señor Randall. Debe recordarlo.

Randall se lo explicó y Hoag asintió.

—Comprendo. En realidad no lo recuerdo ni siquiera hoy, aunque mi persona completa sí lo sabe. Jonathan Hoag tenía la nerviosa costumbre de limpiar las cosas con el pañuelo; quizá limpió los brazos de su sillón.

—No lo recuerdo.

—Ni yo tampoco.

Randall se dispuso a seguir luchando.

—Pero eso no es todo, aún no hemos aclarado ni la mitad. ¿Qué me dice de esa casa de reposo en la que dijo que había estado? ¿Y quién le paga? ¿De dónde saca el dinero? ¿Por qué Cynthia sintió siempre tanto pánico de usted?

Hoag miró hacia la ciudad. La niebla subía del lago.

—Hay muy poco tiempo para estas cosas —dijo—, y no es importante, ni siquiera para usted, que me crea o no. Pero sí me cree..., no puede evitarlo. Sin embargo ha sacado a relucir otro asunto. Mire. —Sacó del bolsillo un grueso rollo de billetes y se lo entregó a Randall—. Puede llevárselos, yo ya no voy a necesitarlos. Me dispongo a dejarles a ustedes dentro de unos minutos.

— ¿Dónde se va?

—Vuelvo a mí mismo. En cuanto yo me vaya han de hacer esto: métanse en el coche y salgan en seguida hacia el sur, cruzando la ciudad. Por nada del mundo deben abrir la ventanilla del coche hasta que estén lejos de la ciudad.

— ¿Por qué? No me gusta esto.

—Hágalo sin embargo. Habrá ciertos... cambios, reajustes, en marcha.

— ¿Qué quiere decir?

— ¿No le he dicho ya que estamos ajustando las cuentas a los Hijos del Ave? A ellos y a todas sus obras.

— ¿Cómo?

Hoag no contestó, sino que miró de nuevo la niebla. Ésta iba extendiéndose sobre la ciudad.

—Creo que debo irme ahora. Hagan como les he dicho.

Empezó a incorporarse. Cynthia alzó el rostro y le habló:

— ¡No se vaya! Todavía no. Debe decirme una cosa: ¿estaremos Teddy y yo juntos?

Él la miró a los ojos y respondió:

—Comprendo lo que quiere decir. No lo sé.

— ¡Pero *debe* saberlo!

—No lo sé. Si los dos son criaturas de este mundo, entonces tal vez sus esquemas sean similares. Pero están los Críticos, ya sabe.

— ¿Los Críticos? Y ¿qué tienen que ver *ellos* con *nosotros*?

—Uno de los dos, o ambos, pueden *ser* Críticos. A mí me sería imposible saberlo. Recuerden: los Críticos son hombres... aquí. Ni siquiera supe yo que era

uno de ellos hasta hoy. —Miró a Randall pensativamente—. Tal vez *él* lo sea. He llegado a sospecharlo hoy.

— ¿Y yo?

—No tengo modo de saberlo. No es probable. Verá, nosotros no podemos reconocernos mutuamente, ya que eso echaría a perder nuestro juicio artístico.

—Pero..., pero... si no *somos* lo mismo, entonces...

—Eso es todo —dijo Hoag, sin énfasis pero con un tono tan definitivo que ambos se asustaron. Se inclinó sobre los restos del banquete y aún eligió una uva más. Se la comió y cerró los ojos.

Ya no los abrió. De pronto Randall dijo:

— ¿Señor Hoag? —No hubo respuesta—. ¡Señor Hoag! —Seguía sin responder. Él se separó de Cynthia, se puso en pie y se acercó al lugar en que se hallaba sentada aquella figura inmóvil. La agitó—. ¡Señor Hoag!

— ¡Pero no podemos dejarle ahí! —insistía Randall pocos minutos más tarde.

—Teddy, él sabía lo que hacía. A nosotros nos toca únicamente seguir sus instrucciones.

—Bien, podemos detenernos en Waukegan y notificarlo a la policía.

— ¿Y decirles que dejamos a un hombre muerto aquí, en la ladera de una colina? ¿Crees que dirían: «Muy bien», y nos dejarían continuar el viaje? No, Teddy. Haremos únicamente lo que él nos indicó.

—Cariño..., no creerás todas esas bobadas que nos ha estado contando, ¿verdad?

Ella le miró a los ojos, los suyos nublados de lágrimas, y preguntó a su vez:

— ¿Y tú? Sé sincero conmigo, Teddy.

Aguantó él su mirada por un instante, luego bajó la vista y dijo:

— ¡Oh, no importa! Haremos lo que dijo, Sube al coche.

La niebla que parecía haber envuelto la ciudad no era visible cuando bajaron de la colina para regresar a Waukegan, ni volvieron a verla hasta después que giraron en dirección al sur y corrieron hacia la ciudad. El día era brillante y soleado, tal y como había amanecido, aunque el aire era lo bastante fresco para que la sugerencia de Hoag —de que mantuvieran bien cerradas todas las ventanillas— les pareciera acertadísima.

Tomaron la ruta del lago hacia el sur, saltándose así el paso elevado, y con intenciones de continuar hacia el sur hasta haber salido por completo de la ciudad. El tráfico era ahora mucho más considerable de lo que fuera a media mañana, y Randall se vio forzado a prestar mucho más atención al volante. Ninguno de ellos tenía ganas de hablar, y eso les daba una excusa para prolongar el silencio.

Habían salido ya del área del paso elevado cuando Randall habló:

—Cynthia...

— ¿Qué?

—Deberíamos decírselo a alguien. Voy a pedirle al primer policía que veamos que llame a la comisaría de Waukegan.

— ¡Teddy!

—No te preocupes. Le contaré una historia que les obligue a investigar sin que por eso vayan a sospechar de nosotros. Algo que nos llamó la atención..., ya sabes.

Cynthia sabía que la inventiva de su marido era lo bastante fértil para imaginar una historia así, y no volvió a protestar. A unas manzanas de distancia Randall vio a un patrullero de pie en la acera, tomando el sol y observando a unos niños que jugaban al fútbol. Aparcó junto a la acera a su lado.

—Baja la ventanilla, Cyn.

Ella obedeció; de pronto dio un respingo y ahogó un chillido. Randall no chilló, pero no le faltaban ganas.

Fuera de la ventanilla abierta no había luz del sol, ni policía ni niños..., nada. Nada más que una niebla gris e informe que parecía latir sordamente, como si tuviera vida. No veían nada de la ciudad a través de la niebla, y no porque fuera demasiado densa sino porque estaba... vacía. De ella no salía el menor sonido, ni se advertía movimiento alguno.

Pareció fundirse con el marco de la ventanilla y empezó a colarse en el interior. Randall gritó:

— ¡Sube la ventanilla!

Cynthia intentó obedecer pero las fuerzas le habían abandonado. Entonces él extendió el brazo por delante de su mujer y la cerró, alzándola hasta el límite.

Reapareció la soleada escena. A través del cristal vieron al policía, el juego bullicioso, la acera, las casas más allá. Cynthia se aferró a su brazo.

— ¡Sigue adelante, Teddy!

—Espera un minuto —dijo él, muy tenso, y se volvió hacia la ventanilla de su lado. Con toda cautela la bajó, solo una rajita, apenas un centímetro.

Fue suficiente. La niebla informe y gris estaba allí también. A través del cristal se veía el tráfico de coches, la calle llena de sol; a través de la niebla..., nada.

— ¡Sigue adelante, Teddy! ¡Por favor!

Pero no hacía falta que le animara; ya había metido la marcha y arrancado con un rugido del motor.

Su casa no está exactamente en el Golfo, pero desde una colina cercana pueden ver el océano. En el pueblo donde hacen sus compras no viven más que ochocientas personas, pero al parecer eso es más que suficiente para ellos. De todas formas tampoco buscan la compañía de los demás: se bastan a sí mismos. Y siempre están juntos. Cuando él sale a su pequeña huerta, o a los campos, ella le acompaña llevándose alguna labor que pueda hacer en su regazo. Y, cuando van a la ciudad, van juntos, de la mano..., siempre.

Él lleva barba, no tanto por gusto cuanto por necesidad, ya que no hay ni un espejo en toda la casa. Y tienen una peculiaridad que, de saberse en la comunidad en que viven, los tacharían de chiflados. Pero esta peculiaridad es de tal tipo que nadie *puede* conocerla.

Cuando se van a la cama por la noche, y antes de apagar la luz, él toma unas esposas y las cierra sobre una de sus muñecas y sobre una muñeca de su esposa.

El hombre que vendía elefantes

La lluvia corría por el cristal de la ventanilla del autobús. John Watts miró hacia las colinas cubiertas de bosques, feliz a pesar del mal tiempo. Mientras estuviera viajando, yendo de un lado a otro, el dolor de la soledad se calmaba un poco. Podía cerrar los ojos e imaginar que Marta iba sentada junto a él.

Siempre habían viajado juntos; ya en la luna de miel habían cubierto todo su territorio de ventas. Y con el tiempo habían recorrido todo el país: la Ruta 66 con los puestos indios junto a la carretera; la Ruta 1, por todo el distrito, con la Barrera de Portazgo de Pennsylvania; entrando y saliendo de los túneles de las montañas, él inclinado sobre el volante, y Marta, a su lado, teniendo a su cargo los mapas y el cálculo de la distancia hasta la próxima parada.

Recordaba que una de las amigas de Marta le había dicho:

— ¿No te cansa todo eso, siempre lo mismo?

Y aún podía oír la risa alegre de Marta.

— ¿Cansarme, con cuarenta y ocho estados amplios y maravillosos que ver? Además, que siempre hay algo nuevo: ferias, exposiciones y cosas así.

—Pero, cuando se ha visto una feria, se han visto todas.

— ¿Crees que no hay diferencia alguna entre la Fiesta de Santa Bárbara y la Exposición de Ganado de Fort Worth?

—Habla con sensatez, Marta.

Y aquella mujer se había vuelto hacia él.

—John, ¿no es hora ya de que los dos os establezcáis y llevéis una vida normal?

Ese tipo de personas le desesperaban.

—Es por los oposums —había respondido con toda solemnidad—. Les gusta viajar.

— ¿Los oposums? ¿De qué diablos está hablando, Marta?

Marta le había lanzado una mirada de reojo y había seguido la broma con gran seriedad

— ¡Oh, lo siento! Veras, es que Johnny cría bebés de oposum en su ombligo

—Estoy equipado para ello —había confirmado él, acariciándose el grueso vientre, eso había dejado estupefacta a la entrometida. Nunca pudo soportar a esas personas tan aficionadas a dar consejos «por tu propio bien»

Marta había leído en alguna parte que una carnada de oposums recién nacidos cabían perfectamente en una cucharilla de te, y que a veces se quedaban huérfanos hasta seis por falta de facilidades en la bolsa de la madre para cuidarse de todos

Inmediatamente había formado la Sociedad para el Rescate y Mantenimiento de los Otros Seis Oposums, y Johnny había sido elegido unánimemente —por Marta— como el mejor lugar para establecer la Ciudad de los Oposums del Padre John

Temán también algunos otros ammahtos domésticos imaginarios Marta y el habían confiado en tener hijos Como estos no llegaran, habían formado una familia de ammahtos invisibles *mister Jenkins*, el pequeño burro gris que les aconsejaba

acerca de los moteles, *Chipmink*, la ardilla charlatana que habitaba la guantera Y *Ratoncito Sígueme*, el ratón viajero que nunca decía nada y que a veces mordía inesperadamente, en especial las rodillas de Marta

Todos habían desaparecido ahora, se habían ido desvaneciendo gradualmente al faltar el alegre y contagioso espíritu de Marta que los mantenía vivos Ni siquiera *Bindlestiff*, que no era invisible, estaba ya con el *Bindlestiff* era un perro que recogieron un día junto a la carretera, allá en el desierto, al que habían dado agua y comida, recibiendo a cambio todo el amor de su corazón grande y generoso *Bindlestiff* viajó siempre con ellos a partir de entonces aunque también el había sido llamado a la otra vida poco después de Marta

John Watts meditaba acerca de *Bindlestiff* ¿Correría libremente por el Paraíso de los Perros en una tierra rebotante de conejos y de cubos de basura destapados? Lo más probable es que estuviera con Marta sentado a sus pies como siempre En eso confiaba él.

Suspiro y dedico su atención a los demás pasajeros Una mujer escuálida y muy vieja se inclinó hacia él desde el otro lado del pasillo y dijo

— ¿Va a la Feria jovencito?

Se sobresaltó Hacia más de veinte años que nadie le había llamado «jovencito»

— ¿Como? Si desde luego

Todos iban a la Feria aquel era un autobús especial

— ¿Le gusta ir a las ferias? Mucho

Sabía que aquellas observaciones triviales no eran más que el típico gambito para iniciar una conversación, Pero no le importaba. Las viejas solitarias suelen sentir necesidad de hablar con los desconocidos..., y él también. Además, le gustaban las viejas emprendedoras. En su opinión eran la representación del espíritu de América, y le recordaban esas Sociedades de las Iglesias, y las cocinas de las granjas..., e incluso las primeras carretas cubiertas.

—A mí me gustan mucho las ferias —continuó ella—. También yo he concursado en ellas, con mi jalea de membrillo, y mi diseño especial que se llamaba «El Paso del Jordán».

—Con cintas azules, supongo.

—Algunas —admitió ella—, pero la verdad es que sencillamente me gustaba asistir a las ferias. Soy la señora Alma Hill Evans. El señor Evans era también un entusiasta. Por ejemplo, en la exposición celebrada cuando la inauguración del canal de Panamá..., pero usted no puede recordar eso.

John Watts admitió que no había estado allí.

—No fue nada extraordinario, después de todo. La Feria del noventa y tres, esa sí que fue buena. Jamás habrá una que pueda compararse con ella.

—Hasta ésta, quizá.

— ¿Ésta? ¡Qué tontería! El tamaño no lo es todo. —La Exposición de Toda América sería por supuesto la más grande celebrada hasta entonces, y la mejor. Si Marta estuviera aún a su lado, sería perfecta. La vieja cambió de tema—. Usted es viajante de comercio, ¿verdad?

Vaciló, luego contestó:

—Sí.

—Siempre soy capaz de adivinarlo. Y, ¿qué vende usted, jovencito?

De nuevo vaciló; pero al fin respondió simplemente:

—Elefantes.

Ella le miró con suspicacia y Johnny sintió deseos de explicárselo, pero su lealtad para con Marta le obligó a cerrar la boca. Marta había insistido en que se tomara su vocación en serio sin explicarla jamás, sin disculparse nunca. Se les había ocurrido cuando él planeaba retirarse. Primero pensaron en comprar un acre de tierra y dedicarse a criar rábanos, o conejos, o cosas así. Luego, durante el último recorrido por su ruta de ventas, Marta había anunciado tras un largo silencio:

—John, no deberías dejar eso de viajar.

—¿Que no? ¿Quieres decir que deberíamos conservar la zona de ventas?

—No, eso se acabó. Pero tampoco nos estableceremos en un punto fijo.

—Y ¿qué quieres que hagamos? ¿Viajar nada más, como gitanos?

—No exactamente. Creo que necesitamos un artículo nuevo que vender.

—¿Utensilios de cocina? ¿Zapatos? ¿Ropa de señora?

—No. —Se quedó pensativa—. Habríamos de vender *algo*. Eso da interés a los viajes. Creo que habría de ser un artículo que no tuviera una salida demasiado rápida; así tendríamos un territorio mucho más amplio, digamos todos los Estados Unidos.

—¿Barcos de guerra, quizá?

—Los barcos de guerra están ya anticuados, pero algo semejante, sí. —En este momento pasaban ante un granero en el que aún se veía el anuncio destrozado de un circo—. ¡Ya lo tengo! —había gritado ella—. ¡Elefantes! ¡Venderemos elefantes!

—Elefantes, ¿eh? Será un poco difícil llevar muestras.

—No las necesitamos. Todo el mundo sabe lo que es un elefante, ¿no es verdad, mister Jenkins?

El burro invisible se había mostrado de acuerdo con Marta, como siempre, de modo que todo quedó decidido.

Marta se había lanzado a organizar el negocio.

—Lo primero, una buena inspección. Hay que repasar los Estados Unidos de una punta a otra antes de estar dispuestos a aceptar pedidos.

Y durante diez años habían llevado a cabo esa inspección. Era una excusa para visitar todas las Ferias, Zoológicos, exposiciones y concursos de ganado que se realizaran en cualquier parte, pues, ¿no eran todos ellos clientes en perspectiva? Incluyeron también en su estudio los parques naturales y otras maravillas de la naturaleza, ya que no podían estar seguros de dónde surgiría la urgente necesidad de un elefante. Marta había enfocado el asunto con toda seriedad, llevando incluso sus notas: «La Brea Tar Pits, Los Ángeles. Un excedente de elefantes en estas partes, pero de tipo anticuado, hace unos veinticinco mil años.» «Filadelfia: Vende seis al menos a la Liga de la Unión.» «Zoo Brookfield, Chicago: elefantes africanos muy escasos.» «Gallup, Nuevo México: elefantes de piedra al este de la ciudad, muy hermosos.» «Riverside, California, Barbería Elefante: persuadir al propietario a comprar una mascota.» «Portland, Oregón: Investigar en la Asociación Douglas. Recitar *Camino a Mandalay*. Lo mismo para el grupo Pine Southern. Nota: esto exige un viaje a la Costa del Golfo, en cuanto terminemos con el rodeo en Laramie.»

Diez años, y habían disfrutado de cada instante de ellos. La investigación aún estaba por terminar cuando Marta murió. John se preguntaba si ella también le habría interrogado a san Pedro sobre la situación de los elefantes en la Ciudad Santa. Apostaría cualquier cosa a que sí.

Pero no podía confesar a esta desconocida que la venta de los elefantes no era más que la excusa de su esposa para viajar por todo aquel país que ambos amaban.

La vieja no insistió en el tema.

—Conocí en una ocasión a un hombre que vendía mangostas —dijo alegremente—, ¿o son mangostos? Se había dedicado a la exterminación y... ¿pero qué hace este conductor?

El gran autobús había avanzado hasta entonces con toda facilidad a pesar de la lluvia constante. Ahora patinaba... perdía el control... Se inclinó espantosamente de costado... y chocó.

John Watts se golpeó en la cabeza contra el asiento de delante. Estaba incorporándose lentamente, mareado y no demasiado seguro de dónde se hallaba, cuando una voz fina y serena de soprano le tranquilizó:

—No hay por qué asustarse, amigos. Esto era previsible..., y ya ven que no ha sido tan malo.

John Watts admitió que él no estaba herido. Miró con cuidado en torno y luego empezó a buscarse las gafas en el bolsillo. Las encontró, pero rotas. Se encogió de hombros y las guardó otra vez; en cuanto llegaran podría sacar el par de repuesto de la maleta.

—Ahora veamos qué ha sucedido —continuó la señora Evans—. Vamos, jovencito.

Él la siguió obediente.

La rueda derecha del autobús se inclinaba peligrosamente contra el bordillo de la entrada de un puente. El conductor estaba de pie bajo la lluvia, limpiándose un corte en la mejilla.

—No pude evitarlo —decía—. Un perro cruzó el camino y no quise herirle.

— ¡Podía habernos matado a todos! —se quejó una pasajera.

—No se queje hasta tener motivos —le aconsejó la señora Evans—. Ahora volvamos al autobús mientras el conductor telefona para que alguien nos recoja.

John Watts miró por el borde del cañón que cruzaba el puente. El terreno presentaba un profundo declive; casi a sus pies había unas rocas impresionantes, de muy mal aspecto. Temblando regresó al vehículo.

Los recogieron casi inmediatamente... o había estado durmiendo. Sería esto último, decidió, ya que ahora ya no llovía y el sol brillaba entre las nubes. El conductor del autobús de rescate asomó la cabeza por la puerta y gritó:

— ¡Vamos, amigos! Estamos perdiendo el tiempo. Bajen de ahí y suban a mi coche.

Con las prisas, John tropezó al subir. El nuevo conductor le ayudó.

—Cuidado, abuelo. ¿Le ha trastornado esto?

—Estoy bien, gracias.

—Claro que sí. Mejor que nunca.

Encontró un asiento junto a la señora Evans, que sonrió y dijo:

— ¿No le parece un día divino?

Él se mostró de acuerdo. Sí era un hermoso día, ahora que **la** tormenta había pasado. Grandes nubes suaves como la espuma corrían por el cielo cálido y azul; le llegaba el olor a tierra limpia y húmeda, a los campos inundados en los que crecían toda suerte de cosas... Se recostó en el asiento, deleitándose en la postura. Mientras iba dejando que aquella sensación de paz le inundara, un gran arco iris doble se formó en el cielo del este. Lo miró y formuló dos deseos, uno por sí mismo y otro por Marta. Los colores del arco iris se reflejaban en todo cuanto veía. Incluso los demás pasajeros parecían más jóvenes, más felices, mejor vestidos, ahora que había salido el sol. Johnny se sentía muy animado, casi liberado de su dolorosa soledad.

Estuvieron allí en un abrir y cerrar de ojos; este nuevo conductor les había compensado de sobra los minutos perdidos. Un gran arco se extendía de un lado a otro de la carretera: CELEBRACIÓN Y EXPOSICIÓN DE LAS ARTES DE TODA AMÉRICA, y debajo: PAZ Y BUENA VOLUNTAD A TODOS. Pasaron bajo el arco y se detuvieron al fin.

La señora Evans se puso en pie de un salto.

—Tengo una cita..., he de apresurarme —y salió trotando hacia la puerta. Luego se volvió a gritar—: ¡Le veré en la avenida central, jovencito! —y desapareció entre la multitud.

John Watts bajó el último y se volvió a hablar con el conductor:

—Oiga, mi equipaje. Yo necesito...

Éste había puesto ya el motor en marcha.

— ¡No se preocupe por el equipaje! —gritó—. Ya se cuidarán de usted. —Y el enorme autobús arrancó.

—Pero...

John Watts se detuvo. El autobús había desaparecido. Sí. De acuerdo, pero..., ¿qué iba a hacer él sin las gafas?

Sin embargo los ruidos de la Feria a sus espaldas acabaron con sus dudas. Después de todo, se dijo, tanto da no tenerlas hasta mañana. Si hay algo que no vea bien por estar demasiado lejos, siempre puedo acercarme más. Se unió a la cola ante la puerta y entró.

Indudablemente era la Exposición más importante del mundo. Todo reunido allí para asombro y maravilla de las gentes. Era el doble de grande que cualquier otra celebrada al aire libre, más espléndida que las luces más brillantes, más nueva que cualquier novedad, estupenda, magnífica, insuperable, aterradora incluso, supercolosal, increíble... y muy divertida. Todas las comunidades de Estados Unidos habían enviado lo mejor y más característico a esta notable exposición. Las maravillas de P. T. Barnum, de Ripley y de todos los ahijados de Tom Edison, se hallaban reunidas en un solo lugar. De todos los puntos se habían llevado allí los productos de una tierra tan ricamente dotada, más todo lo fabricado por un pueblo inteligente e industrial; y sus festivales folklóricos, sus fiestas anuales, sus celebraciones, sus tradiciones tan atesoradas. El resultado era tan americano como la tarta de fresas, y tan alegre como un árbol de Navidad, y todo se extendía ante él, lleno de ruidos y de vida, y abarrotado de gentes felices en vacaciones.

Johnny Watts inspiró profundamente y se lanzó al mismo centro.

Empezó con la Exposición de Fort Worth y la Feria de Ganado, y se pasó una hora admirando magníficos novillos, limpios y cepillados, con las crines muy bien repartidas desde el cráneo hasta la base de la espina dorsal; y luego corderitos encantadores de un día, con sus patitas temblorosas, demasiado novatos para saber siquiera lo que eran; y ovejas de anchos lomos que unos muchachos de ojos graves adornaban con cintas azules. Luego recorrió la Feria de Pomona, con sus fuertes percherones y los lindos palominos del Rancho Kellog.

Y carreras de caballos. A Marta y a él siempre les habían encantado las carreras. Distinguió una hermosa jaca, probablemente de la famosa estirpe Dan Patch; apostó y ganó. Luego siguió adelante. ¡Había tantas cosas que ver! Más allá se distinguían otras ferias: la de manzanas de Yakima, el festival de las cerezas de Beaumont y Banning, la de los melocotones de Georgia... En algún punto lejano una banda entonaba la canción de: *¡Iowa, Iowa, ahí es donde crece el maíz!*

Directamente enfrente de él había un puesto de algodón de azúcar.

A Marta siempre le había encantado. Ya estuvieran en Madison Square Garden, o en los terrenos de la Feria Imperial, ella siempre se dirigía en primer lugar al puesto de algodón de azúcar. «El más grande, cariño», murmuró él para sí mismo. Y le pareció que, si se volvía, la vería a su lado asintiendo.

—El más grande, por favor —dijo al vendedor.

Éste era un hombre viejo, vestido con chaqué y con camisa almidonada. Le entregó aquella pirámide de color rosa, con gracia y dignidad.

—Por supuesto, señor, no hay otro tamaño.

Hizo girar la cornucopia de papel y se la ofreció. Johnny le entregó medio dólar. El hombre abrió los dedos y la moneda desapareció. Como si el trato hubiera terminado.

—¿Es que vale cincuenta centavos? —preguntó Johnny.

—De ningún modo, señor. —El viejo pareció sacar ahora la moneda de la solapa de Johnny y se la devolvió—. Invita la casa. Ya sé que usted está al corriente. De todas formas, ¿qué es el dinero?

—Bueno, gracias, pero yo no estoy realmente al corriente, ¿sabe?

El vendedor se encogió de hombros.

—Si usted quiere seguir de incógnito, ¿quién soy yo para discutirlo? Pero su dinero no sirve de nada aquí.

—Ya... Si usted lo dice...

—Ya lo verá.

Sintió que algo le rozaba la pierna. Era un perro de la misma raza (es decir sin raza alguna) que Bindlestiff. Y se le parecía muchísimo. El perro alzó los ojos y todo su cuerpo pareció agitarse.

—¡Vaya, vaya, mi viejo amigo! —Le dio unos golpecitos, luego se le nublaron los ojos. Incluso al tocarlo parecía Bindlestiff—. ¿Te has perdido, pequeño? Pues yo también. Tal vez será mejor que sigamos juntos, ¿eh? ¿Tienes hambre?

El perro le lamió la mano. Se volvió al vendedor de algodón de azúcar.

—¿Dónde puedo comprar perritos calientes?

—Ahí enfrente, señor.

Le dio las gracias, silbó al perro y cruzó al otro puesto.

—Media docena de salchichas, por favor.

—Al momento. ¿Sólo con mostaza, o le pongo de todo?

—¡Oh, lo siento! Las quiero crudas; son para un perro.

—Comprendo. Un segundo.

De pronto le entregaron seis salchichas envueltas en papel.

—¿Cuánto es?

—Invita la casa.

—¿Cómo dice?

—A cada perro le llega su día. Éste es el suyo.

—¡Ah!, bien, gracias.

Advirtió que el ruido y la excitación aumentaban en torno a él, y se volvió justo a tiempo de ver la primera carroza de los Sacerdotes de Pallas de la ciudad de Kansas, aproximándose por la avenida. Su amigo el perro la vio también y empezó a ladrar.

—¡Cállate, amigo!

Desenvolvió el paquete de salchichas. Alguien silbó al otro lado de la avenida, el perro cruzó como un rayo entre las carrozas y desapareció. Johnny intentó seguirle, pero le dijeron que tenía que esperar hasta que hubiera pasado el desfile.

Entre el paso de las carrozas distinguía de vez en cuando al perro que daba saltos junto a una señora allá enfrente de él. Con las luces deslumbradoras de las carrozas, y al no llevar gafas, no conseguía verla claramente, pero era indudable que el perro la conocía, pues la saludaba con ese pleno entusiasmo que sólo un perro es capaz de expresar.

Alzó el paquete de salchichas y trató de gritarle algo; también ella le hizo un gesto con la mano, pero la música de la banda y el estruendo de la gente imposibilitaban todo entendimiento. Decidió disfrutar del desfile, cruzar después y buscar al perro y a su dueña en cuanto hubiera pasado la última carroza.

Aquél le pareció el mejor desfile que viera en su vida. Hacía muchísimos años que no se celebraba el desfile de carrozas de los Sacerdotes de Pallas. Debían haberlo resucitado sólo para esta ocasión.

Era típico de una gran ciudad como Kansas City. No conocía ninguna que le gustara tanto. O probablemente Seattle. Y Nueva Orleans, claro.

Y Duluth... Duluth era magnífica. Y lo mismo Memphis. Algún día le gustaría ser el propietario de un autobús que fuera de Memphis a San José, de Natchez a Mobile, donde soplan los vientos salvajes...

Mobile... ¡esa sí que era una ciudad!

El desfile había terminado ahora; sólo un puñado de niños venía en su seguimiento. Corrió al otro lado.

La señora no estaba allí. Ni ella ni el perro. Y buscó a conciencia. Nada. Ni un perro. Ni una señora con un perro.

Siguió caminando, muy alerta ante las maravillas que veían sus ojos, pero con la mente en el perro. Realmente se parecía muchísimo a Bindlestiff..., y él quería conocer a la señora a quien pertenecía. Cualquiera capaz de amar a aquel tipo de perro debía ser estupenda también. Tal vez pudiera invitarla a un helado, o persuadirla para que fuera con él a la avenida central de la Feria. Marta lo aprobaría, estaba seguro. Marta sabría que no se proponía nada malo.

De todas formas nadie se tomaba en serio a un hombrecillo gordo.

Pero había demasiadas cosas a su alrededor para preocuparse ahora. Se encontró de pronto en el carnaval de invierno de Sao Paulo, maravillosamente realizado con aquel tiempo de verano. Durante cincuenta años se había celebrado en enero; sin embargo ahí lo tenía casi al lado del Rodeo de Pendleton, el Festival de las Viñas de Fresno, y la Semana Colonial de Annapolis. Se puso a la cola del espectáculo de hielo pero llegó a tiempo de ver una de sus actuaciones favoritas, las de los Viejos Smoothies que —aunque jubilados— actuaban especialmente en esta ocasión y seguían patinando tan perfectamente como siempre a los sonos de *Brilla, luna de la cosecha*.

Sus ojos se empañaron de nuevo, y no era esta vez por falta de gafas.

Siguiendo adelante pasó ante un gran anuncio:

DÍA DE SADIE HAWKINS. PUNTO DE PARTIDA PARA SOLTEROS.

Se sintió tentado de tomar parte; quizá la señora con el perro estuviera entre las solteras. Pero estaba un poco cansado ahora. Delante de él había una feria infantil al aire libre, y un instante después estaba ya subido al tiovivo, dejándose mecer agradecido en una de esas góndolas de cisne que tanto aprecian los padres. Encontró en ella a un joven sentado y leyendo un libro.

—Oh, perdone —dijo Johnny—. ¿Le importa?

—En absoluto —contestó el joven, y dejó el libro—. Quizá sea usted el hombre que ando buscando.

— ¿Está buscando a alguien?

—Sí, verá, soy detective. Siempre quise serlo y ahora lo soy.

— ¿De verdad?

—Ya lo creo. Todo el mundo se sube al tiovivo alguna vez; por eso me quedo aquí y me ahorro muchas molestias. Aunque, por supuesto, a veces voy a Hollywood, o a Times Square, o a Canal Street, pero aquí puedo sentarme a leer.

—Y ¿cómo puede estar leyendo mientras vigila a alguien?

— ¡Ah!, es que me sé el libro de memoria, —Lo alzó en el aire, era *la caza del bribón*—. Por eso mis ojos están alerta para la vigilancia.

A John empezaba a gustarle este joven.

— ¿Hay ladrones por aquí?

—No, porque no nos hemos desvanecido suave y silenciosamente. Pero ¿lo notaríamos en caso de hacerlo? He de pensar en ello. ¿Es usted detective también?

—No. Yo... vendo elefantes.

—Una profesión magnífica. Pero aquí no hay negocio para usted. Tenemos jirafas —alzó la voz sobre la música del carrusel y fue examinándolo con la vista—, camellos, cebras, muchos caballos, pero ningún elefante. Sin embargo, no se pierda el Gran Desfile. Allí habrá elefantes.

— ¡Por nada del mundo me gustaría perdérmelo!

—No debe perderselo. Será el desfile más sorprendente de todos los tiempos, porque nunca pasará de un punto dado, y todo estará abarrotado de maravillas cada vez mejores que las últimas. ¿Está seguro de no ser el hombre que yo ando buscando?

—No lo creo. Pero mire..., ¿qué le parece si entre esta multitud me busca a una señora con un perro?

—Bien, si viene por aquí, se lo haré saber. Será mejor que vaya por Canal Street. Sí, creo que, si yo fuera una señora con un perro, me pasearía por Canal Street. A las mujeres les gusta disfrazarse, eso significa que pueden quitarse la máscara.

Johnny se puso en pie.

— ¿Cómo puedo llegar a Canal Street?

—Baje por Central City pasando ante la Ópera, luego gire a la derecha en el Rose Bowl. Tenga cuidado entonces porque estará pasando por la sección de Nebraska, con Ak-Sar-Ben en pleno. Cualquier cosa puede suceder. Después de eso viene el Distrito Calaveras, ¡cuidado con las ranas!, y luego Canal Street.

—Muchas gracias.

Siguió las indicaciones, siempre tratando de distinguir a una señora con un perro. Pero no dejó de mirar atónito todo cuanto veía mientras cruzaba entre la alegre muchedumbre. Vio un perro, pero era un perro lazarillo, y aquello resultaba asombroso también porque los ojos sin vida del dueño del perro sí podían ver y veían todo cuanto ocurría a su alrededor, y sin embargo hombre y perro caminaban juntos, aquél dejando que el animal dirigiera el camino, como si no hubiera otro modo de circular concebible o deseable para ninguno de los dos.

Se encontró de pronto en Canal Street, y la ilusión era tan completa que le resultaba difícil creer que no hubiera sido transportado a Nueva Orleans. El carnaval estaba en su punto culminante, era el Martes de Carnaval aquí, y todos iban disfrazados. Compró un antifaz en un puesto callejero y siguió adelante.

La búsqueda parecía inútil. La calle estaba abarrotada de gente rebotante de alegría que observaba el desfile de los Seguidores de Venus. Incluso resultaba difícil respirar; mucho más moverse e investigar. Se metía por Bourbon Street —todo el Barrio Francés había sido reproducido— cuando vio al perro.

Estaba seguro de que era el perro. Iba guarnecido de payaso, y con un sombrero puntiagudo, pero parecía su perro. Se corrigió: parecía Bindlestiff.

Le aceptó una de las salchichas con aire agradecido. — ¿Dónde está ella, amiguito?

El perro ladró una vez, luego se volvió a meter entre la gente. Intentó seguirlo pero no podía, no había sitio. Sin embargo ya no se sentía desanimado; si había encontrado al perro una vez, lo encontraría de nuevo. Además, fue en un baile de máscaras donde conociera a Marta, ella una preciosa Pierrette, él un Pierrot gordo. Vieron amanecer después del baile, y antes de que saliera el sol ya estaban de acuerdo en que querían casarse.

Empezó ahora a buscar Pierrettes entre la multitud; sin saber por qué estaba seguro de que así iría vestida la dueña del perro.

Todo en esta feria le hacía pensar en Marta y con mayor intensidad todavía, si eso fuera posible. Recordaba cómo recorrieron juntos toda su zona de ventas, y la siempre buena disposición para ir a cualquier parte en que hubiera una fiesta. Metía una guía Duncan y unas maletas en el coche, y partían. Marta sentada junto a él mientras la carretera se extendía como una cinta ante el coche y cantando su canción favorita para los viajes, *América la hermosa*, a la vez que impedía que él desentonara. «Tus ciudades de alabastro brillan, no turbadas por lágrimas humanas...»

Una vez le dijo mientras circulaban por..., ¿por dónde? ¿Las Montañas Negras? ¿Las Ozarks? ¿Los Poconos? No importaba. Ella dijo:

—Johnny, tú nunca serás presidente, ni yo seré nunca la primera dama, pero estoy segura de que conocemos los Estados Unidos mucho mejor de lo que los ha conocido nunca ningún presidente. Esas personas tan ocupadas y tan útiles, en realidad jamás tienen tiempo para *verlos*.

—Es un país maravilloso.

—Lo es. Me pasaría toda la eternidad viajando por él... y vendiendo elefantes, Johnny, contigo.

Él había extendido la mano y le había acariciado la rodilla. Aún recordaba el contacto.

Los juguistas de aquel Barrio Francés duplicado iban disminuyendo ahora; se habían alejado mientras él soñaba despierto. Detuvo a un diablo rojo.

— ¿Adonde va todo el mundo?

—Pues, al desfile.

— ¿Al Gran Desfile?

—Sí, ahora lo están formando.

Y el diablo rojo siguió adelante y él también.

Alguien le cogió de la manga.

— ¿La encontró?

Era la señora Evans, apenas disfrazada con un dominó negro y cogida del brazo de un Tío Sam altísimo y viejo,

— ¿Cómo? ¡Hola, señora Evans! ¿Qué quiere decir?

—No sea tonto. ¿La encontró?

— ¿Cómo sabe usted que busco a alguien?

—Pues claro que sí. Bien, siga buscando. Debemos irnos.

Y se marcharon tras la multitud.

El Gran Desfile estaba pasando ya para cuando él llegó a su camino. No importaba. Todavía quedaba muchísimo más por venir. Estaban pasando los Boosters de Colorado, y a ellos siguió el equipo que ganara el premio Shriner. Luego venían el Profeta Velado de Korasan y su Reina del Amor y la Belleza desde su cueva en el fondo del Mississippi... y el Desfile del Día del Aniversario de Brooklyn, los niños de las escuelas con banderitas americanas... y el Desfile de la Rosa de Pasadena, miles de carrozas cubiertas de flores... y el Powwow indio de Flagstaff, con la representación de veintidós naciones, y ninguno de los que desfilaban llevaban joyas de artesanía por un valor inferior a los mil dólares. Tras los indígenas americanos venía Buffalo Bill a caballo, con la barbita de chivo y el sombrero en la mano, los mechones de cabello flotando bajo la brisa. Luego la delegación de Hawai, con el rey Kamehamela en persona representando a Alí, Señor del Carnaval, con regio abandono, mientras sus súbditos, con *leis* recién hechos, bailaban ante él diciendo *aloha* a todos.

Era interminable. Bailarines de Ojai y del norte del estado de Nueva York, damas y caballeros de Annapolis, el Cuero, Texas, Turkey Trot, todos los clubs de desfiles de la antigua Nueva Orleans, antorchas encendidas, nobles que concedían favores a la multitud, el Rey de los Zulúes, y su corte cantando con suave tono: «Todo el mundo que era alguien lo dudaba ..»

Y vinieron las máscaras, que inundaron la calle al son de *Oh, las zapatillas doradas*. Había allí, celebrando el desfile, algo más viejo incluso que el país, la dulce danza de las máscaras, un paso que era joven cuando la humanidad también lo era y celebraba por primera vez el nacimiento de la primavera. Venían en primer lugar los clubs cuyos capitanes llevaban unas capas que valían el rescate de un rey —o la hipoteca de una casa— con cien pajes para llevarle la cola. Y a continuación los Payasos de la Libertad y demás cómicos, y finalmente las bandas fantasmales de instrumentos de cuerda cuyos sonos arrancaban lágrimas.

Johnny recordó el año 1944 en el que los viera desfilan por primera vez, viejos y jóvenes, porque los verdaderos «tiradores» estaban en la guerra. Y pensó también en algo que no debía estar en Broad Street de Filadelfia en el primer día de enero: hombres que desfilaban en coches porque —Dios nos perdone— no podían caminar.

Miró y vio que ahora sí había en realidad automóviles en la línea del desfile: heridos de la última guerra, un gran ejército y un hombre con las manos cruzadas sobre el puño del bastón. Johnny retuvo el aliento y aguardó. Cuando cada coche llegaba a la tribuna de los jueces se detenía en seco y todos bajaban. Ayudándose unos a otros conseguían arrastrarse por sí mismos ante la fila de jueces, el orgullo de cada club quedaba intacto.

Y a esto siguió otra maravilla..., pues ya no volvieron a los automóviles, sino que desfilaron por Broad Street.

Y luego venía el Boulevard Hollywood, representado como la avenida de Santa Claus, en la producción más fantástica que jamás se intentara en el mundo del cine. Había estrellas para todos los gustos, y regalos, presentes y caramelos para todos los niños, y para los niños mayores también. Cuando al fin llegó la carroza de Santa Claus, era demasiado grande para abarcarla con la vista, un auténtico iceberg, casi el mismo polo Norte, con John Barrymore y Mickey Mouse montados a cada lado de San Nicolás.

Y al final de aquel gran bloque flotante venía una figurita patética. Johnny se fijó y reconoció al señor Emmett Kelly, el más antiguo de todos los payasos en su papel de Willie el Agotado. Willie no se reía... ¡Oh, no!, estaba temblando. Johnny no supo si echarse a reír o a llorar. El señor Kelly siempre se había afectado de ese modo.

Y entonces llegaron los elefantes.

Elefantes grandes, elefantes pequeños, elefantes de tamaño medio, desde los Wrinkle de color rosa a los poderosos Jumbo, y con ellos los hombres más importantes: Chester Conklin, P. T. Barnum, Wallie Beery, Mowgli.

«Esto debe de ser Mulberry Street», se dijo Johnny.

Hubo una conmoción al otro lado del desfile; uno de los hombres trataba de librarse de algo. De pronto vio Johnny lo que era: el perro. Silbó y el animal se quedó confuso un instante, luego le vio, corrió y saltó a sus brazos.

—Tienes que quedarte conmigo —le dijo Johnny—. Podían haberte atropellado.

El perro le lamió la cara. Había perdido el traje de payaso, pero el gorrito puntiagudo aún le colgaba del cuello.

—¿Qué has estado haciendo —preguntó Johnny—, y dónde está tu dueña?

Los últimos elefantes se acercaban, en una triple fila arrastrando un gran carruaje. Sonó un cuerno de caza allá delante y el desfile se detuvo.

—¿Por qué se paran? —preguntó Johnny a un vecino.

—Espere un momento y lo verá.

El Gran Mariscal del desfile llegó corriendo a lo largo de las filas. Montaba un caballo negro y estaba espléndido con sus botas, pantalones blancos, levita y sombrero de copa. Miró en torno y se detuvo en seco delante de Johnny. Éste estrechó más al perro contra su pecho. El Gran Mariscal desmontó y se inclinó. Johnny volvió la cabeza para ver quién estaba a sus espaldas. El Mariscal se quitó el sombrero de copa y le miró a los ojos.

—¿Usted, señor, es el hombre que vende elefantes?

Era más una afirmación que una pregunta.

—¿Cómo? Sí.

—¡Saludos, Rey! Serena Majestad, su Reina y su corte le esperan.

El hombre se volvió ligeramente, como para indicarle el camino.

Johnny tragó saliva y tomó a Bindlestiff bajo el brazo. El Mariscal le llevó hasta el carruaje arrastrado por elefantes. El perro se deslizó de sus brazos y saltó al carruaje y al regazo de la señora. Ella le acarició y miró orgullosa, feliz, a Johnny Watts.

—¡Hola, Johnny! ¡Bienvenido a casa, cariño!

—¡Marta! —sollozó él, y el Rey vaciló y subió torpemente a su carruaje para abrazar a su Reina.

La voz dulce de un cuerno de caza sonó allá delante, y el desfile se puso en marcha de nuevo, siguiendo su camino interminable...

Todos vosotros zombies...

2217 ZONA DE TIEMPO V (ESTE) 7 noviembre 1970. Nueva York. «Café de Papá».

Estaba yo sacándole brillo a una copa de coñac cuando entró Madre Soltera, Observé la hora: 10.17 de la noche, zona cinco, o bien tiempo este, 7 de noviembre de 1970. Los agentes temporales siempre observan la hora y la fecha. Tenemos la obligación de hacerlo.

Madre Soltera era un hombre de veinticinco años, no más alto que yo, de rasgos inmaduros y temperamento irritable. No me gustó su aspecto —nunca me había gustado— pero yo estaba aquí para reclutarle; era mi muchacho. Le ofrecí mi mejor sonrisa de camarero.

Tal vez yo sea demasiado exigente. No es que fuera desagradable; le habían dado ese apodo por lo que él contestaba siempre que algún curiosón le preguntaba por su trabajo.

—Soy una madre soltera —y, si no es que sentía deseos de estrangularle, añadía—: ...a cuatro centavos la palabra. Escribo historias del corazón.

Si se sentía realmente asesino esperaba a que el otro hiciera alguna observación al respecto. Su estilo de lucha era criminal y bajo, como el de una mujer policía..., una de las razones por las que yo le buscara. Pero no la única.

Ahora estaba muy cargado y en su rostro se leía claramente que despreciaba a todos más de lo acostumbrado. Silenciosamente le serví una copa doble del Viejo Curalotodo y dejé la botella. Se la bebió y se sirvió otra.

Sequé la superficie de la barra.

—¿Cómo va el negocio de Madre Soltera?

Sus dedos se engarfiaron en torno a la copa y pareció a punto de tirármela. Busqué el garrote bajo la barra. En las manipulaciones temporales, uno trata de calcularlo todo, pero los factores son tantos que la experiencia aconseja no correr riesgos inútiles.

Le vi relajarse, al menos ese mínimo que uno aprende a observar en la escuela de adiestramiento del Departamento.

—Lo siento —dije—. Sólo preguntaba cómo le iba el negocio. Si quiere tradúzcalo por cómo está el tiempo.

Parecía amargado.

—El negocio va bien. Escribo esas cosas, ellos las imprimen y yo como.

Me serví una copa y me incliné hacia él.

—En realidad usted escribe muy bien —dije—. He leído unas cuantas historias. Tiene una intuición sorprendente, con un punto de vista femenino.

Era una metedura de pata pero había que arriesgarse, porque él no admitía nunca los seudónimos que utilizaba. Pero estaba lo bastante cargado para pescar sólo mis últimas palabras.

— ¡Punto de vista femenino! —repitió con un gruñido—. Sí, yo conozco muy bien ese punto de vista. A la fuerza.

— ¡Ah!, ¿sí? —dije, confuso—. ¿Por sus hermanas?

—No. No me creería aunque se lo contara.

—Vamos, vamos —contesté suavemente—, los camareros y los psiquiatras llegan a saber que no hay nada más extraño que la verdad. Mire, hijo, si usted oyera tantas historias como yo, bueno, se haría rico. Cosas increíbles.

—Usted no sabe ni lo que significa «increíble».

—¿Que no? Nada me asombra ya. Siempre he oído algo peor.

Gruñó de nuevo.

—¿Quiere apostar el resto de la botella?

—Le apostaré una botella llena.

Y coloqué una sobre la barra.

—Bien...

Hice señas al otro camarero para que se encargara del servicio. Estábamos en el extremo más alejado de la barra, un espacio con un solo taburete que yo me reservaba siempre llenando el mostrador de botes de huevos en salmuera y botellas. Algunos clientes se hallaban en el otro extremo observando el televisor, y alguien andaba buscando en la máquina de discos, El lugar que ocupábamos resultaba tan privado como una cama.

—De acuerdo —empezó—. En primer lugar, soy un bastardo Y lo digo en serio; mis padres no estaban casados.

—Sigue sin haber distinción —insistí—. Tampoco lo estaban los míos.

—Cuando

Se cortó de pronto y me lanzó la primera mirada cálida que había visto en sus ojos.

—¿Lo dice usted en serio?

—Ya lo creo. Cien por cien bastardo. En realidad —añadí—, nadie de mi familia se ha casado jamás. Todos bastardos.

—No intente tomarme el pelo. *Usted* está casado —y señalaba mi anillo.

—¡Oh, eso! —Se lo enseñé—, Parece un anillo de boda, pero sólo lo llevo para alejar a las mujeres. —Ese anillo es una antigüedad que le compré en 1985 a un compañero de operaciones; él lo obtuvo de la Creta precristiana—. El gusano Uroboros..., la Serpiente del Mundo que se muerde su propia cola, por siempre sin fin. Un símbolo de la Gran Paradoja.

Apenas la miró.

—Si realmente es usted bastardo, ya sabe cómo se siente uno. Cuando yo era una niña pequeña...

—¿Cómo? —chillé—. ¿Le he oído bien?

—¿Quién está contando esta historia? Cuando yo era una niña pequeña... Oiga, ¿es que nunca ha oído hablar de Christine Jorgenon? ¿O de Roberta Cowell?

—Ya, casos de cambio de sexo. ¿Está tratando de decirme...?

—No me interrumpa ni me haga preguntas, de lo contrario, no hablaré. Fui una niña abandonada, En mil novecientos cuarenta y cinco, contando apenas un mes, me dejaron en un orfanato de Cleveland. De pequeña envidiaba a los que tenían padres. Luego, cuando aprendí acerca del sexo, y créame. Papá, en un orfanato se aprende muy aprisa...

—Lo sé.

—...hice el juramento solemne de que mis hijos tendrían papá y mamá. Eso me mantuvo pura, toda una hazaña en aquel ambiente. Tuve que aprender a luchar para conseguirlo. Luego fui creciendo y comprendí que tenía muy pocas

oportunidades de casarme, por la misma razón por la que no había sido adoptada. —Gruñó—. Tenía cara de caballo, dientes torcidos, el pecho plano y el pelo liso.

—No parece más feo que yo.

— ¿Y a quién le importa el aspecto de un camarero? ¿O de un escritor? Pero la gente que quiere adoptar a una niña elige a las idiotas de ojos azules y rizos dorados. Más tarde los chicos quieren unos buenos pechos y una cara bonita que sepa decir, « ¡Oh, eres maravilloso!» —Se encogió de hombros—. No podía competir. Así que decidí unirme a las C.N.E.F.S.H.E.

— ¿Qué?

—Cuerpo Nacional de Emergencia Femenino, Sección de Hospitalidad y Entretenimiento, lo que ahora llaman «Ángeles del Espacio» Grupo Auxiliar, Legiones Extraterrestres.

Conocía ambos términos, una vez los hube sincronizado. Aunque ahora utilizamos un tercer nombre. Es ese cuerpo *élite* dentro del servicio militar: Orden de Hospitalidad Femenina para Confortar y Animar a los Astronautas. Las diferencias de vocabulario son uno de los mayores problemas para los saltos en el tiempo. ¿Saben ustedes que «estación de servicio» significaba en otro tiempo un lugar donde vendían pequeñas cantidades de gasolina? Una vez que me enviaron a la era de Churchill, una mujer me dijo: «Reúnete conmigo en la siguiente estación de servicio», y *no es lo que parece*, ya que en esa época no había camas en las estaciones de servicio.

Él seguía hablando.

—Era en aquellos momentos en que por vez primera confesaron que no era posible enviar a los hombres al espacio durante meses y años sin aliviarles esa tensión. ¿Se acuerda de cómo chillaron los puritanos? Eso mejoró mis oportunidades, pues las voluntarias eran escasas. Una chica tenía que ser respetable, preferentemente virgen (les gustaba enseñarles desde el principio), de una inteligencia superior a lo normal y emocionalmente estable. Pero la mayoría de las voluntarias eran viejas busconas, o neuróticas, que se desmoronaban a los diez días de estar lejos de la Tierra. De modo que no necesitaba ser guapa. Si me aceptaban, me arreglarían los dientes, me ondularían el pelo, me enseñarían a caminar, bailar, a saber escuchar a un hombre de modo que le agradara y todo lo demás, aparte de entrenarme para los deberes principales. Incluso utilizarían la cirugía estética si fuese necesario. Nada resultaba demasiado bueno para Nuestros Muchachos.

»Más aún: se aseguraban de que una no se quedara embarazada durante el entrenamiento, y una tenía casi la certeza de que se casaría al fin del servicio. Es lo mismo que ocurre hoy, las «Ángeles» se casan con los hombres del espacio..., hablan el mismo lenguaje.

»Cuando tenía dieciocho años me colocaron en una casa como "ayuda de la madre". Esta familia sólo quería una sirvienta barata, pero a mí no me importaba, ya que no podía alistarme hasta que no tuviera veintiún años. Hacía los trabajos de la casa e iba a la escuela nocturna, es decir, simulaba que me iba a continuar los estudios de escuela, superior, taquigrafía, etcétera, pero en cambio asistía a unas clases de Belleza y Encanto a fin de mejorar mis oportunidades para el alistamiento.

«Allí conocí a un rufián de la ciudad con sus billetes de cien dólares. —Hizo un gesto despectivo—. Le aseguro que aquel inútil tenía un montón de billetes de cien dólares. Me los enseñó una noche y me dijo que tomase los que quisiera.

«Pero no lo hice. Me gustaba. Era el primer hombre que había conocido y que se mostraba amable conmigo sin tratar de quitarme los pantalones. Pronto dejé de asistir a las clases para verle más a menudo. Fue la época más feliz de mi vida.

»Y luego, una noche, en el parque, sí me quitó los pantalones.

Se detuvo. Yo pregunté:

— ¿Y entonces?

— ¡Entonces, *nada!* Ya no volví a verle. Me acompañó a casa, me dijo que me amaba, me dio un besito de despedida... y ya no volvió. —Su rostro era muy grave— ¡Si le encontrara, le mataría!

—Bien —le dije con aire comprensivo—. Sé cómo se siente. Pero matarle..., sólo por hacer algo que es tan natural, hum... ¿Luchó usted?

— ¿Cómo? ¿Qué tiene eso que ver?

—Bastante. Tal vez él se merezca un par de brazos rotos por forzarla, pero...

—Se merece algo peor que eso. Espere hasta haber oído el final. En realidad evité las sospechas de todos y decidí que en el fondo había sido mejor. Realmente no le había amado, y probablemente jamás amaría a nadie, y ahora estaba más ansiosa que nunca de unirme a las C.N.E.F.S.H.E. No estaba descalificada, porque no insistían en que fuéramos vírgenes. Me alegré.

«Pero cuando las faldas empezaron a quedárase estrechas, lo comprendí.

— ¿Embarazada?

— ¡El muy bastardo me había dejado así! Las personas con quienes vivía no hicieron el menor caso mientras pude trabajar; luego me echaron y el orfanato no quiso aceptarme de nuevo. Aterricé en un hogar de caridad, rodeada por otras chicas con barriga, y limpié orinales hasta que me llegó la hora.

«Una noche me encontré en la mesa de operaciones con una enfermera al lado que me decía.

»—Relájese. Ahora, inspire profundamente.

»Me desperté en la cama, sin sentir nada del pecho para abajo. Entró el cirujano.

»— ¿Cómo se encuentra? —me preguntó alegremente.

»—Como una momia.

»—Naturalmente, está tan envuelta en vendas como una de ellas, y llena de drogas para que no sienta nada. Está bien..., pero una cesárea no es cosa de broma.

»— ¿Cesárea? —dije—. Doctor, ¿perdí al bebé?

»— ¡Oh, no! El bebé está muy bien.

»—Ya. ¿Niño o niña?

»—Una niña muy sana. Dos kilos cuatrocientos gramos.

«Me relajé. Ya era algo, el haber tenido una hija. Me dije a mí misma que me iría a algún otro lugar. Me pondría "señora", delante del nombre y convencería a la nena de que su papá había muerto... ¡Nada de orfanatos para *mi* niña!

»Pero el cirujano seguía hablando.

»—Dígame..., eh... —evitaba decir mi nombre—. ¿Ha pensado alguna vez que había algo raro en sus glándulas?

»Le dije:

»— ¿Cómo? Claro que no. ¿Qué se propone decirme?

«Vaciló.

»—Se lo diré todo; luego le daré una inyección para que se le pase el ataque de nervios. Porque va a tener uno.

»— ¿Por qué? —pregunté.

»— ¿Ha oído hablar de ese doctor escocés que fue mujer hasta los treinta y cinco años? Luego sufrió una operación y se convirtió legalmente y médicamente en hombre. Y se casó. Y todo fue bien.

»— ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

»—Eso es lo que yo digo. Usted es un hombre.

«Traté de incorporarme:

»— ¿Cómo?

»—Tómeselo con calma. Cuando la abrí me encontré con un lío. Hice venir al jefe de cirugía mientras sacaba a la niña, y celebramos consulta mientras usted estaba en la mesa de operaciones... Trabajamos durante horas para salvar lo que pudiéramos. Usted tenía dos juegos completos de órganos, ambos inmaduros, aunque el femenino estaba lo suficientemente desarrollado como para haber tenido un bebé. Ya no le serviría de nada en el futuro, así que se lo sacamos y arreglamos las cosas para que usted pudiera desarrollarse de modo adecuado como hombre, — Me puso la mano en la cabeza—. No se preocupe. Usted es joven, sus huesos se reajustarán, observaremos su equilibrio glandular y haremos de usted un magnífico muchacho.

»Yo empecé a llorar.

»— ¿Y mi nena?

»—Bien, no puede darle el pecho, no tiene bastante leche ni para un gatito. Si yo estuviera en su lugar no volvería a verla..., la entregaría para que la adoptaran.

»— ¡No!

»Se encogió de hombros.

»—La elección es suya, usted es su madre..., o mejor dicho, su padre. Pero no se preocupe ahora de eso; primero le pondremos bien a usted.

»Al día siguiente me dejaron ver a la niña y la vi a diario..., tratando de acostumbrarme a ella. Nunca había visto un bebé recién nacido, y no tenía idea de lo feísimos que son... Mi hija parecía un monito. Mis sentimientos pasaron a la fría decisión de conservarla. Pero cuatro semanas más tarde eso ya no tuvo importancia.

— ¿Por qué?

—Me la robaron.

— ¿Se la robaron?

Madre Soltera casi derribó la botella que habíamos apostado.

— ¡Secuestrada, robada de la sala de niños del hospital! —Respiraba con dificultad—. ¿Qué le parece, quitarle a un hombre lo único por lo que tiene interés de seguir viviendo?

—Repugnante —dije—. Permítame que le sirva una copa. ¿No hubo pistas?

—Nada que la policía pudiera encontrar. Alguien vino a verla afirmando ser su tío. Mientras la enfermera volvía la espalda, se largó con ella.

— ¿Y la descripción?

—Sólo un hombre, con una cara vulgar, como la suya o la mía.

—Frunció el ceño—. Yo creo que era el padre de la niña. La enfermera juró que era más viejo, pero probablemente iba caracterizado. ¿Quién más querría llevarse a mi nena? Las mujeres sin hijos suelen hacer a veces esos disparates... pero ¿quién supo jamás que lo hiciera un hombre?

— ¿Y qué fue de usted entonces?

—Once meses y tres operaciones más en aquel lugar horrible. A los cuatro meses empezó a salirme la barba, antes de salir de allí ya me afeitaba con regularidad... y no me cabían dudas de que era un hombre —sonrió amargamente—, porque ya les miraba los escotes a las enfermeras.

—Bueno —le dije—, me parece que salió bastante bien librado. Aquí está, un hombre normal, ganando buen dinero y sin problemas. Y la vida de una mujer no es tan fácil. Me miró.

— ¡Sí que sabrá usted mucho de eso!

— ¿Por qué lo dice?

— ¿Ha oído alguna vez esa expresión «una mujer arruinada»?

—Hum..., hace años. Actualmente no significa gran cosa.

—Pues a mí sí me arruinaron por completo como mujer. Aquel bastardo sí fue mi ruina, porque ya no era una mujer... y no sabía cómo ser hombre.

—Supongo que hay que acostumbrarse.

— ¡Y que lo diga! Y no me refiero al hecho de aprender a vestirse, o a no meterse en los lavabos de señoras. Todo eso lo aprendí en el hospital. Pero ¿de qué iba a *vivir*? ¿Qué trabajo podría conseguir? ¡Diablos, si ni siquiera sabía conducir un coche! No sabía nada de negocios, no podía hacer un trabajo manual, mi piel era demasiado delicada.

»Le odié también porque me había impedido unirme a las C.N.E.F.S.H.E., pero no llegué a comprender cuánto le odiaba hasta que traté de entrar en el Cuerpo Especial. Una mirada a mi vientre y me declaraban no apto para el servicio militar. El oficial médico me dedicó largo rato por pura curiosidad; había leído acerca de mi caso.

»De modo que cambié de nombre y me vine a Nueva York. Primero trabajé de cocinero; luego alquilé una máquina de escribir y traté de trabajar como estenógrafo público..., ¡qué risa! A los cuatro meses sólo había escrito a máquina cuatro cartas y un manuscrito. El manuscrito era *Cuentos de la vida real*, y no valía ni el papel que se utilizó, pero el tipo que lo escribiera consiguió venderlo. Lo cual me dio una idea, Compré un montón de revistas del corazón y las estudié. —Su gesto era cínico ahora—. Ya sabe, pues, de dónde saqué el auténtico punto de vista femenino para una historia de madres solteras... A través de la única versión que no he vendido: la verdadera. ¿Me he ganado la botella?

La empujé hacia él. También yo estaba trastornado, pero había trabajo que hacer. Le dije:

— ¿Todavía quiere ponerle las manos encima a aquel hijo de perra?

Sus ojos se iluminaron, un brillo salvaje.

— ¡Cuidado! —le dije—. ¡No se propondrá matarle!

Rió de modo muy desagradable.

—Póngame a prueba.

—Calma. Sé más al respecto de lo que usted cree. Puedo ayudarle. Porque sé dónde está.

Me agarró por encima de la barra.

— ¿Dónde está?

Le dije suavemente:

—Suélteme la camisa, hijito..., o aterrizará en el callejón y le diremos a los policías que se desmayó —y le mostré el garrote.

Me soltó.

—Lo siento. Pero, ¿dónde está? —Me miró—. Y ¿cómo sabe usted tanto?

—Todo a su tiempo. Hay informes: informes del hospital, informes del orfanato, informes médicos. La matrona de su orfanato era la señora Fetherage, ¿no es cierto? A ésta sucedió la señora Gruenstein, ¿verdad? ¿No se llamaba usted «Jane» de niña? Y de todas estas cosas no me dijo nada, ¿verdad?

Le había desconcertado, incluso asustado un poco.

— ¿Qué es esto? ¿Trata de buscarme problemas?

—Desde luego que no. Sólo deseo su propio interés. Puedo ponerle a ese tipo en las manos. Haga con él lo que le parezca..., y le garantizo que saldrá adelante con ello, Pero no creo que le mate. Estaría chalado si lo hiciera..., y usted no está chiflado. No del todo.

Rechazó la idea.

—No me venga con esas. ¿Dónde está?

Le serví una copa. Estaba borracho, pero la cólera le disipaba la borrachera.

—No tan aprisa. Yo hago algo por usted..., y usted hace algo por mí.

—Ya..., ¿qué?

—A usted no le gusta su trabajo. ¿Qué le parece una paga mejor, un trabajo seguro, una cuenta de gastos ilimitada, ser su propio jefe y disfrutar de numerosas y variadas aventuras?

Me miró fijamente.

—Pues le diría: ¡no me venga con cuentos chinos! Vamos, Papá..., que ese trabajo no existe.

—De acuerdo, enfoquémoslo de este modo: yo le entrego a ese hombre, usted arregla sus cuentas con él y luego prueba mi trabajo. Si no es tan bueno como yo afirmo..., bien, queda libre.

Estaba tambaleándose, la última copa había acabado con él.

— ¿Cuándo me lo entregaría? —preguntó con voz estropajosa.

—Si hacemos el trato..., ¡ahora mismo!

Extendió la mano:

— ¡De acuerdo!

Hice una seña a mi ayudante para que vigilara los dos extremos de la barra, anoté la hora —las.23.00— y empecé a pasar bajo la barra cuando la máquina de discos estalló con la canción: « ¡Yo soy mi propio abuelo! » El camarero de las mesas tenía órdenes de cargarla con Añejos discos norteamericanos y clásicos porque yo no podía soportar la «música» de los años setenta, pero ignoraba que ese disco estuviera en ella. Grité:

— ¡Paren eso! ¡Quítenlo y devuélvanle el dinero al cliente! —Añadí—: Voy al almacén de la parte de atrás, volveré dentro de un minuto.

Y me dirigí allí con Madre Soltera detrás.

Estaba al final del pasillo, enfrente de los lavabos; una puerta de acero cuya llave sólo teníamos el encargado de día y yo. Al fondo había otra puerta a una habitación interior, y de ésa sólo yo tenía la llave. Allí entramos.

Miró cansadamente los muros sin ventanas.

— ¿Dónde está?

—En seguida. —Abrí una caja que era lo único que había en la habitación. Era un equipo de transformación de campo de coordenadas, serie 1992, Mod. II, una preciosidad, sin partes móviles, con un peso de unos 23 kilos completamente cargada, y, por su forma, podría pasar por una maleta. La había ajustado exactamente ese mismo día; todo lo que tenía que hacer era retirar la red metálica que limita el campo de transformación. Cosa que hice.

— ¿Qué es eso? —preguntó él.

—Una máquina del tiempo —dije. Y arrojé la red sobre nosotros.

— ¡Eh! —gritó, echándose atrás. Hay toda una técnica para estos casos: ha de arrojarse la red de modo que el sujeto se eche atrás instintivamente *contra* ella; entonces se cierra la red por completo con los dos dentro, de lo contrario podrían quedar fuera las suelas de los zapatos o un trozo de pie, o llevarse un pedazo del suelo. Y ya no hace falta más habilidad. Algunos agentes engañan a los sujetos para meterlos en la red; yo siempre digo la verdad y utilizo ese instante de asombro total para darle al conmutador. Cosa que hice.

1030-V-3 abril 1963 Cleveland, Ohio, Edificio Apex.

— ¡Eh! —repitió—. ¡Quíteme esta maldita cosa de encima!

—Lo siento —me disculpé. Eso hice, guardé la red en la maleta y cerré—. Usted dijo que quería encontrarle.

—Pero, ¿me ha dicho que esto es una máquina del tiempo!

Le señalé una ventana.

— ¿Y le parece que estamos en noviembre? ¿O que esto es Nueva York?

Mientras él miraba desconcertado los árboles en flor y el tiempo primaveral, volví a abrir la maleta, saqué un paquete de billetes de cien dólares, y comprobé que la numeración y las firmas fueran compatibles con 1963, A los del Departamento Temporal no les importa cuánto dinero te gastes (no cuesta nada), pero les molestan los anacronismos innecesarios. Demasiadas equivocaciones y te hacen un juicio sumarísimo, enviando te por un año a un período desagradable, digamos 1974, con su racionamiento tan estricto y los trabajos forzados. Nunca cometo tales equivocaciones; el dinero estaba bien. El otro se volvió a mirarme y preguntó:

— ¿Qué es todo esto?

—Que él está aquí. Salga y búsquelo. Tenga, dinero para sus gastos —se lo entregué y añadí—: Arréglele las cuentas y luego le recogeré.

Los billetes de cien dólares tienen un efecto hipnótico en la persona que no está acostumbrada a ellos. Los estaba contando con aire de incredulidad cuando le llevé al vestíbulo y le dejé fuera, cerrando la puerta. El salto siguiente era fácil, apenas un pasito en una era.

1700-V-10 marzo 1964, Cleveland. Edificio Apex.

Habían metido una nota bajo la puerta diciendo que mi alquiler expiraba a la semana siguiente; por otra parte la habitación estaba igual que hacía un instante. En el exterior los árboles estaban desnudos y amenazaba la nieve. Me apresuré deteniéndome únicamente para tomar dinero contemporáneo y una chaqueta, abrigo y sombrero que dejara allí cuando alquilara la habitación. Ahora alquilé un coche, fui al hospital y necesité unos veinte minutos para aburrir a la enfermera hasta el punto de poder llevarme el bebé sin ser notado. Volví con él al Edificio Apex, La manipulación del dial sería ahora más complicada, ya que el edificio no existía aún en 1945. Pero yo ya lo había calculado de antemano.

0100-V-20 septiembre 1945, Cleveland. Motel Skyview.

El equipo de transformación de campo, el bebé y yo llegamos a un motel fuera de la ciudad. Anteriormente me registré como «Gregory Johnson, Warren, Ohio», así que nos hallamos en una habitación con las cortinas corridas, las ventanas cerradas, la puerta con el cerrojo pasado y el suelo libre para que hubiera el espacio necesario por si la máquina se agita al posarse. Porque puedes darte un buen golpe con una silla que esté donde no debiera estar; no por la silla, claro, sino por la vibración del campo.

No hubo problemas. Jane dormía profundamente, la saqué, la metí en una caja de verduras y la dejé en el asiento de un coche que dispuse de antemano. La llevé al orfanato, la dejé en los escalones, corrí dos manzanas hasta una «estación de servicio» (de las que sirven gasolina) y telefoneé al orfanato. Volví a tiempo de verles entrar la caja, puse de nuevo el coche en marcha y luego lo abandoné cerca del motel. Entré en la habitación y de nuevo salté en el tiempo hacia el Edificio Apex en 1963.

2200-V-24 abril 1963, Cleveland. Edificio Apex. Calculé muy justo el tiempo; la exactitud temporal depende de un pequeño margen, a excepción de cuando se vuelve a cero. Si lo había calculado bien. Jane estaría ahora descubriendo en el parque y en esta noche tranquila de primavera que ser una chica no era tan «bonito» como ella había pensado. Cogí un taxi hasta la casa en que ella vivía, le dije al taxista que esperara en la esquina y me oculté en las sombras.

De pronto los vi venir por la calle, cogiditos del brazo. Él la llevó hasta el porche de la vivienda y convirtió la despedida en un gran espectáculo, con un beso mucho más largo de lo que yo había esperado. Luego ella entró en la casa y él echó a andar por la acera. Me deslicé hasta ponerme a su lado y enlacé mi brazo con el suyo.

—Esto es todo —anuncié serenamente—. He vuelto para recogerle.

— ¡Usted! —dijo sin aliento.

—Yo. Ahora ya sabe quién es él..., y después que lo piense bien comprenderá quién es usted..., y si aún lo medita más a fondo comprenderá quién es el bebé... y quién soy yo.

No contestó. Estaba terriblemente asustado. Es natural que uno sufra una conmoción si le demuestran que no ha podido resistir el seducirse a sí mismo. Le llevé al Edificio Apex y de nuevo dimos el salto.

2300-VII-12 agosto 1985. Base subterránea de las Rocosas.

Desperté al sargento de guardia, le mostré mi carnet de identidad, y le dije al sargento que le diera una píldora para dormir y que lo reclutara por la mañana. El sargento parecía molesto, pero el rango es el rango, sea la era que sea, e hizo lo que le dije, pensando sin duda que la próxima vez que nos encontráramos tal vez fuese él el coronel y yo el sargento. Lo que a veces sucede en nuestro cuerpo.

— ¿Qué nombre? —preguntó.

Se lo escribí. Él alzó las cejas.

—Con que sí, ¿eh? Vaya...

—Usted límitese a hacer su trabajo, sargento. —Me volví a mi compañero—. Hijo, sus problemas han terminado. Está a punto de iniciar el mejor trabajo que un hombre tuvo jamás... Y lo hará bien. Lo sé.

—Pero...

—Nada de peros. Que duerma bien. Luego piense en la proposición. Le gustará.

— ¡Eso seguro! —asintió el sargento—. Míreme, nacido en mil novecientos diecisiete y todavía en marcha, aún joven y disfrutando de la vida.

Volví a la sala del salto y me dispuse a volver a cero, como estaba seleccionado de antemano.

2301-V-7 noviembre 1970. Nueva York. «Café de Papá».

Salí del almacén con una botella de Drambuie en las manos para explicar el minuto que había estado ausente, Mi ayudante aún seguía discutiendo con el cliente que insistía en escuchar *¡Yo soy mi propio abuelo!* Le dije:

— ¡Déjale que lo oiga y luego desenchufa la máquina!

Estaba muy cansado.

Es duro pero alguien debe hacerlo, y es muy difícil reclutar a nadie en estos últimos años, desde la Gran Equivocación de 1972. ¿Pueden pensar en algo mejor que seleccionar gentes disgustadas con la época en que viven y darles un trabajo bien pagado e interesante (aunque a veces peligroso) por una causa necesaria? Ahora ya sabe todo el mundo por qué quedó en nada la famosa Guerra Fracasada de 1963, y por qué no estalló la bomba que iba dirigida precisamente contra Nueva York, y por qué no llegaron a realizarse otras mil cosas tal y como estaba planeado..., todo fue arreglado por unos tipos como yo.

Pero no la Gran Equivocación del 72, eso no fue en absoluto culpa nuestra, y no puede remediarse; no hay paradoja que resolver. Una cosa es, o no es, ahora y para siempre, amén. Pero no habrá nada semejante; una orden fechada en «1992» tiene prioridad sobre cualquier otro año.

Cerré cinco minutos más pronto dejando en la registradora una carta en la que le decía al encargado de día que aceptaba su oferta; de modo que podía hablar con mi abogado. Yo me iba a tomar unas largas vacaciones. Tal vez el Departamento acepte o no estos pagos, pero siempre quieren que las cosas se dejen bien arregladas. Fui a la habitación del fondo del almacén y pasé a 1993.

2200-VH-12 enero 1993. Anexo del Cuartel General Temporal del subterráneo de las Rocosas.

Me presenté al oficial de guardia y luego me fui a mis habitaciones con el propósito de dormir toda una semana. Llevaba conmigo la botella que apostamos (después de todo yo la había ganado), y me tomé una copa antes de escribir mi informe. Sabía mal y me pregunté por qué me habría gustado alguna vez aquella marca. Pero era mejor que nada. No me gusta estar sobrio en exceso, entonces pienso demasiado. Pero no me tomé toda la botella tampoco; otros ven serpientes..., yo veo personas.

Escribí mi informe: cuarenta reclutamientos y todos aprobados por el Departamento de Psicología, contando el mío propio, que sabía sería aprobado también. Porque yo estaba allí, ¿no? Luego escribí una petición para que me asignaran a operaciones. Estaba harto de reclutar gente. Eché las dos cartas en el buzón y me dirigí a la cama.

Mi vista cayó sobre: *Los estatutos del tiempo*, que estaba sobre el lecho.

*Nunca hagas ayer lo que debe hacerse mañana.
Si al fin tienes éxito, no lo intentes de nuevo.
Un punto de unión en el tiempo salva nueve billones.
Una paradoja puede ser paradoctada.
Es más temprano cuando piensas.
Los antepasados no son más que personas.
Incluso Jove asiente.*

No me inspiraron tanto como me inspiraran cuando me reclutaron a mí, Treinta años subjetivos de saltos en el tiempo te dejan terriblemente agotado. Me desnudé y, cuando estuve totalmente desnudo, me miré el vientre. La cesárea deja una gran cicatriz, pero ahora soy tan peludo que no se la ve, a menos que uno la esté buscando.

Luego miré el anillo que llevaba en el dedo.

La Serpiente del Mundo que se muerde su propia cola. Para siempre y siempre... *Yo sé de dónde vengo yo... pero ¿de dónde vinieron todos ustedes, zombies?*

Sentí que me amenazaba un dolor de cabeza, pero los polvos para el dolor de cabeza es algo que nunca tomo. Lo hice una vez... y todos desaparecisteis.

Así que me metí en la cama y apagué la luz.

Vosotros no estáis aquí realmente, en absoluto. No hay nadie más que yo..., Jane..., aquí solo en la oscuridad.

¡Pero os echo terriblemente de menos!

Ellos

Ellos no lo dejaban solo.

Ellos nunca lo dejarían solo. Se daba cuenta de que era parte del plan en su contra. . No dejarlo nunca en paz, no darle nunca tiempo de pensar en las mentiras que le habían contado, tiempo para hallar las contradicciones, para encontrar por sí mismo la verdad.

¡Aquel maldito enfermero de la mañana! Había irrumpido con la bandeja del desayuno, despertándole y haciendo que olvidase su sueño. Si lograra recordar aquel sueño.

Alguien estaba abriendo el cierre de la puerta. Lo ignoró.

— ¿Qué tal, amigo? Me dicen que ha rehusado tomar el desayuno —la máscara profesionalmente amable del doctor Hayward se cernía sobre su cama.

—No tenía apetito.

—Pero eso no puede ser. Perderá fuerzas, y entonces no podremos curarlo del todo. Ahora levántese y vístase, y ordenaré que le preparen un ponche de huevo, ¡Vamos, sea buen chico!

Desabridamente, pero con menos ganas aún de discutir, salió de la cama y se puso la bata.

—Así está mejor —aprobó Hayward—. ¿Quiere un cigarrillo?

—No, gracias.

El doctor agitó la cabeza, asombrado.

—Que me aspen si logro entenderlo. La pérdida de interés por los placeres físicos no está de acuerdo con su tipo de caso.

— ¿Cuál es mi tipo de caso? —inquirió con voz átona.

— ¡No, no! —Hayward intentó parecer chistoso—. Si los médicos contasen sus secretos profesionales, se verían obligados a trabajar para ganarse la vida.

— ¿Cuál es mi tipo de caso?

—Bueno, la etiqueta poco importa, ¿no? Podría decírmelo usted a mí. Realmente, aún no sé nada de su caso. ¿No cree que ya va siendo hora de que hable?

—Jugaré una partida de ajedrez con usted.

—De acuerdo, de acuerdo —Hayward hizo un gesto de aceptación impaciente—. Hemos jugado al ajedrez cada día, durante una semana. Si habla, jugaré con usted.

¿Qué importaba? Si tenía razón, ellos ya sabían perfectamente que había descubierto su plan; no iba a ganar nada ocultando lo evidente. Dejaría que trataran de argüirle lo contrario. ¡Adelante sin contemplaciones! ¡Al infierno con todo!

Sacó las piezas y comenzó a disponerlas sobre el tablero.

— ¿Qué sabe sobre mi caso?

—Muy poco. El examen físico es negativo, El historial, negativo. Tiene usted un elevado nivel de inteligencia, como demuestran sus notas en los estudios y el éxito

en su profesión. Lapsus ocasionales de depresión, pero nada excepcional. La única información positiva fue el incidente que le llevó a venir aquí para un tratamiento.

—Que me trajeran, querrá decir. ¿Qué tiene eso de significativo?

—Bueno, por amor de Dios, amigo mío... Si se encierra en su habitación e insiste en que su mujer está urdiendo un plan en contra de usted, ¿se cree que la gente no se va a fijar en ello?

—Pero ella *estaba* urdiendo un plan en contra de mí..., igual que usted. ¿Blancas o negras?

—Negras... Esta vez le toca a usted atacar. ¿Por qué cree que estamos «urdiendo planes en contra de usted»?

—Es una larga historia que se remonta a mi primera infancia. No obstante hubo un incidente inmediato... —Abrió, avanzando el caballo del rey.

Hayward alzó las cejas.

— ¿Me ataca así?

— ¿Por qué no? Ya sabe que no me serviría de nada intentar hacerle la jugada del pastor.

El doctor se alzó de hombros y contestó a la apertura.

—Podríamos empezar por su primera infancia. Quizá nos dé más luz que los incidentes más recientes. De niño, ¿pensaba que le perseguían?

— ¡No! —se medio incorporó en la silla—. De niño estaba seguro de mí mismo. Entonces lo sabía, se lo aseguro, ¡lo sabía! La vida valía la pena, y lo sabía, Estaba en paz conmigo mismo y con lo que me rodeaba. La vida era buena y yo era bueno y suponía que los seres que me rodeaban eran como yo.

— ¿Y no lo eran?

— ¡En absoluto! Especialmente los niños. No supe lo que era la maldad hasta que me pusieron con otros «niños». ¡Esos pequeños monstruos! Y se suponía que tenía que ser como ellos, y jugar con ellos.

El doctor asintió.

—Lo sé. El estar en manada. Los niños pueden ser bastante salvajes a veces.

—No logra comprenderme. No se trataba de un salvajismo inconsciente; esos seres eran *diferentes*... No se parecían en nada a mí. Exteriormente eran como yo, pero *no* se me parecían. Si trataba de hablar con uno de ellos acerca de algo que realmente me importase, lo único que obtenía era una mirada de extrañeza y una risa burlona. Entonces, siempre hallaban algún modo de incordiar me por lo que había dicho.

Hayward asintió.

—Comprendo lo que quiere decir. ¿Qué me dice de los adultos?

—Ese era otro asunto, Al principio, a los niños no les importan los adultos... o, al menos, no me importaban a mí. Eran demasiado grandes, y no me molestaban, y estaban atareados con cosas que no tenían nada que ver con mi mundo. Solo comencé a preocuparme por ellos cuando me di cuenta de que mi presencia los afectaba.

— ¿Qué quiere decir?

—Bueno, cuando yo estaba presente, nunca hacían las mismas cosas que cuando no estaba.

Hayward lo miró con extrañeza.

— ¿No le parece demasiado aventurada esa afirmación? ¿Cómo sabe lo que hacían cuando usted no estaba?

Aceptó la objeción.

—Muchas veces interrumpían cosas al aparecer yo. Si entraba en una habitación, la conversación se detenía de pronto, y luego la reanudaban acerca del tiempo o alguna otra estupidez. Entonces me dediqué a esconderme, a mirar y escuchar. Los adultos no se comportaban de la misma manera en mi presencia que en mi ausencia.

—Creo que le toca mover a usted. Pero, escuche, amigo, eso fue cuando usted era niño. Cada niño pasa por esa fase. Ahora que es usted un hombre, debe comprender el punto de vista de los adultos. Los niños *son* seres extraños que deben ser protegidos, o al menos así lo creemos, de muchos de los problemas de los adultos. En ese asunto hay toda una serie de convencionalismos.

—Sí, sí —interrumpió impaciente—. Ya sé todo eso. No obstante, me di cuenta de lo bastante y me acordé de lo suficiente como para que nunca me pareciese estar claro después. Y eso me puso en guardia para darme cuenta de lo que siguió.

— ¿Qué fue? —Se percató de que la mirada del doctor se apartaba mientras él ajustaba la posición de una torre.

—Las cosas que veía hacer a la gente, y las cosas de las que les oía hablar, nunca tenían la más mínima importancia. *Debían* de estar haciendo algo más.

—No le comprendo.

—No me importa que no me comprenda, Le estoy contando todo esto a cambio de una partida de ajedrez.

— ¿Cómo es que juega tan bien al ajedrez?

—Porque es la única cosa del mundo en la que puedo ver todos los factores y comprender todas las reglas, Pero eso no importa... Lo cierto es que veía a mi alrededor aquella enorme fábrica, ciudades, granjas, industrias, iglesias, escuelas, casas, ferrocarriles, equipajes, montañas rusas, árboles, saxofones, librerías, gente y animales. Gente que se parecía a mí y que debería haber sido igual que yo, si lo que me contaban era cierto. Pero, ¿qué parecían estar haciendo? Iban a trabajar para ganar el dinero con que comprar la comida con que adquirir la energía con que ir a trabajar para ganar el dinero con que comprar la comida... hasta que se caían muertos. Cualquier pequeña variación de la conducta básica no importaba, pues siempre se caían muertos. Y todo el mundo trataba de decirme que yo debía hacer lo mismo. ¡A mí no me engañaban!

El doctor tomó una expresión que aparentemente intentaba mostrar una total derrota, y se echó a reír.

—No puedo discutir con usted. La vida parece ser así, y quizá sea tan fútil como usted dice. Pero es la única vida que tenemos. ¿Por qué no se decide a gozar de ella todo lo que pueda?

— ¡Oh, no! —Parecía tan hosco como testarudo—. No podrá hacerme tragar un sinsentido a base de reconocer que se ha quedado sin razones. ¿Que cómo lo sé? Porque todo este escenario complicado, todas esas bandadas de actores, nunca podrían haber sido puestas aquí tan sólo para gruñirse idioteces los unos a los otros. Acepto cualquier otra explicación, pero no ésa. Una locura tan enorme, tan compleja como la que se desarrolla a mi alrededor, tenía que estar planificada. ¡Y he encontrado el plan!

—Y ¿cuál es?

Se dio cuenta que, de nuevo, el doctor apartaba la mirada.

—Es una comedia que busca divertirme, ocupar mi mente y confundirme, mantenerme tan preocupado con los detalles que no tengo tiempo para pensar en el

significado oculto, Y todos ustedes están complicados en ello, todos y cada uno —agitó su dedo frente al rostro del doctor—. La mayor parte de ellos quizá sean autómatas indefensos, pero usted no lo es. Usted es uno de los conspiradores. ¡Lo han enviado como experto en soluciones para tratar de obligarme a volver a representar el papel que me ha sido asignado!

Vio que el doctor estaba esperando que se serenase.

—Tómesele con calma —logró decir finalmente Hayward—. Quizá todo sea una conspiración, pero, ¿por qué cree que ha sido usted seleccionado para ser objeto de una atención especial? Quizá sea una broma que nos están gastando a todos. ¿Por qué no podía ser yo otra de las víctimas como usted?

— ¡Lo atrapé! —apuntó un largo dedo a Hayward—. Ésa es la esencia del plan. Todas esas criaturas han sido dispuestas para que se me pareciesen de forma que me impidieran darme cuenta de que soy el centro de la situación. Pero he descubierto el hecho básico, el hecho matemáticamente incontrovertible de que soy único. Aquí estoy, sentado en el interior. El mundo se extiende desde mí hacia afuera. Yo soy el centro...

— ¡Tranquilo, amigo, tranquilo! ¿No se da cuenta de que el mundo también parece ser así para mí? Cada uno de nosotros somos el centro del universo...

— ¡No es cierto! Eso es lo que han estado tratando de hacerme creer, que soy uno más de los muchos millones similares a mí. ¡Mentira! Si fueran como yo, entonces podría comunicarme con ellos. Y no puedo. Lo he intentado una y otra vez, y no puedo. También he expuesto mis más profundos pensamientos, buscando algún otro ser que los compartiese, ¿Cuál ha sido la respuesta?: contestaciones falsas, incongruencias estremecedoras, obscenidades sin sentido. Lo he intentado. Se lo aseguro... ¡Por Dios, cómo lo he intentado! Pero no hay nada ahí afuera con que hablar... ¡Nada sino vacío y cosas distintas a mí!

—Espere un momento, ¿Quiere decir que piensa que no hay nadie aparte de usted? ¿No cree que yo tenga vida y sea consciente?

Miró seriamente al doctor.

—Sí, creo que usted probablemente vive, pero es uno de los otros: mis antagonistas, Y ustedes han dispuesto millares de otros a mi alrededor, cuyos rostros están en blanco, sin vida en su interior, y cuyas palabras son sonidos desprovistos de significado.

—Bien, entonces, si me concede que soy un ego, ¿por qué insiste en que soy tan diferente de usted mismo?

— ¿Por qué? ¡Espere!

Se apartó de la mesa de ajedrez y caminó hacia el armario, del que sacó el estuche de un violín.

Mientras estaba tocándolo, las arrugas de sufrimiento desaparecieron de su rostro y adquirió una expresión de relajada beatitud. Durante un rato volvió a capturar las emociones, pero no el conocimiento, que había poseído en sus sueños. La melodía pasó fácilmente de una proposición a otra con diáfana lógica. Terminó con una triunfante exposición de la tesis esencial y se volvió hacia el doctor.

— ¿Qué le parece?

—Bien. —Le pareció detectar un grado aún mayor de precaución en la actitud del doctor—. Es una pieza rara, pero notable. Es una pena que no se dedicase usted seriamente al violín. Se podría haber hecho una buena reputación. ¿Por qué no lo hace? Creo que podría lograrlo.

Se quedó en pie y contempló al doctor durante un largo rato, y luego agitó la cabeza, como tratando de aclararla.

—No vale la pena —dijo lentamente—, en lo más mínimo. No hay posibilidad de comunicación. Estoy solo. —Volvió a colocar el instrumento en su funda, y regresó al tablero de ajedrez—. Me toca a mí, ¿no?

—Sí. Vigile su reina.

Estudió el tablero.

—No es preciso. Ya no la necesito. Jaque.

El doctor interpuso un peón, para bloquear el ataque.

Asintió.

—Usa bien sus peones, pero ya he aprendido a anticiparme a su juego. Jaque de nuevo..., y mate, creo.

El doctor examinó la nueva situación.

—No —decidió—, No..., no del todo —se retiró de la casilla atacada—. Nada de jaque mate... Tablas, como mucho. Sí, otra vez tablas.

Estaba alterado por la visita del doctor. En lo básico, no podía estar equivocado, y sin embargo el doctor había señalado lagunas en la lógica de su posición. Desde un punto de vista lógico, todo el universo podía ser un fraude, llevado a cabo en contra de todo el mundo. Pero la lógica no significaba nada: la lógica en sí misma era un fraude, que partiendo de supuestos no confirmados era capaz de probar cualquier cosa, ¡El mundo es lo que es...! Y lleva su propia evidencia de ser un engaño.

Pero, ¿lo es? ¿En qué podía basarse? Podía trazar una línea entre los hechos conocidos y todo lo demás y entonces lograr una razonable interpretación del mundo, basada únicamente en hechos; una interpretación libre de las complejidades de la lógica y sin supuestos ocultos sobre puntos inciertos. Muy bien...

El primer hecho, él mismo. Se conocía a sí mismo directamente. Existía.

Segundos hechos: la evidencia que le proporcionaban sus «cinco sentidos», cualquier cosa que viera, oyera, oliera, saboreara y palpara por sí mismo, con sus sentidos físicos. Teniendo bien presente sus limitaciones, debía creer en sus sentidos. Sin ellos estaba totalmente solo, encerrado en un sarcófago de huesos, ciego, sordo, aislado, el único ser del mundo.

Y ese no era el caso. Sabía que no se inventaba la información que le facilitaban sus sentidos. Tenía que haber algo allí afuera, alguna otra cosa que produjese los entes que sus sentidos captaban. Todas las filosofías que presuponían que el mundo físico de su alrededor no existía sino en su imaginación eran puras charlatanerías.

Pero, fuera de esto, ¿qué? ¿Había terceros hechos de los que pudiera fiarse? No, no hasta el momento. No podía permitirse creer en nada que le dijeran, o que leyese, o que implícitamente se supusiese cierto acerca del mundo de su alrededor. No, no podía creer en nada de ello porque, en su conjunto, todo lo que le habían dicho y leído y explicado en la escuela era tan contradictorio, tan falto de sentido, tan totalmente loco que no podía ser creído a menos que se comprobara personalmente.

Un momento... El mismo contar esas mentiras, esas contradicciones sin sentido, era un hecho en sí, conocido por él directamente. En ese aspecto eran datos, probablemente datos muy importantes.

El mundo, tal como le había sido mostrado, era un fragmento de sinrazón, el sueño de un idiota. Y sin embargo, lo era en una escala demasiado grande como para no tener alguna razón. Regresó cansadamente al punto original: dado que el mundo no podía ser tan loco como parecía ser, necesariamente debía haber sido dispuesto para que pareciese loco, y así lograr apartarle a él de la verdad.

¿Por qué le habían hecho esto? Y, ¿cuál era la verdad tras la ficción? Debía de haber alguna pista en el mismo engaño. ¿Qué ovillo se deshilvanaba en todo ello? Bueno, en primer lugar le habían dado una superabundancia de explicaciones del mundo que lo rodeaba, filosofías, religiones, explicaciones de «sentido común». La mayor parte de ellas eran tan burdas, tan obviamente inadecuadas, o tan faltas de sentido, que apenas se las podía tomar en serio. Debían de haber confiado simplemente en que servirían para enmarañar aún más el asunto.

Pero había ciertos supuestos básicos comunes a los centenares de explicaciones de la locura de su alrededor. Debían de ser esos supuestos básicos los que se esperaba que creyese. Por ejemplo, había el concepto profundamente arraigado de que era un «ser humano» esencialmente similar a millones de otros a su alrededor y a otros miles de millones más del pasado y del futuro.

¡Eso era una tontería! Nunca, ni una sola vez, había logrado entrar en verdadera comunicación con todas aquellas cosas que se le parecían tanto, pero que eran tan diferentes. En la agonía de su soledad, hasta se había engañado a sí mismo para llegar a creer que Alice lo comprendía y era un ser como él. Ahora sabía que había suprimido y rehusado examinar millares de pequeñas discrepancias porque no podía ni pensar en volver a su completa soledad. Necesitó creer que su esposa era un ser vivo, animado, de su propia especie y que comprendía sus más íntimos pensamientos. Rehusó considerar la posibilidad de que ella fuera simplemente un espejo, un eco... o algo inimaginablemente peor.

Había encontrado una compañera, y el mundo era tolerable, aunque aburrido, estúpido y repleto de insoportables molestias. Se sentía moderadamente feliz y había apartado sus sospechas. Había aceptado, con bastante docilidad, la noria de la que se esperaba que tirase, hasta que un pequeño accidente mostró por un instante el fraude..., y entonces sus sospechas volvieron con fuerza arrolladora; el amargo conocimiento de su niñez había quedado confirmado.

Se daba cuenta de que había sido un estúpido al provocar tal alboroto acerca de ello. Si hubiera mantenido su boca cerrada no lo habrían recluido. Debería haber sido tan sutil y astuto como ellos, manteniendo sus ojos y orejas abiertos, y haberse enterado de los detalles y de las razones del plan en contra de él. Quizá hubiera aprendido cómo burlarlos.

Pero, ¿y qué si lo habían encerrado...? El mundo entero era un manicomio y todos ellos sus loqueros.

Una llave chirrió en la cerradura. Alzó la vista y vio a un enfermero que entraba con una bandeja.

—Aquí está su cena, señor.

—Gracias, Joe —dijo amablemente—. Déjelo por ahí.

—Esta noche hay películas, señor —prosiguió el enfermero—. ¿No le gustaría ir? El doctor Hayward dijo que usted podía...

—No, gracias. Prefiero no ir.

—Me gustaría que lo hiciera, señor —se dio cuenta, divertido, de la persuasiva solicitud del enfermero—. Creo que al doctor le gustaría que lo hiciera. Es una buena película. Hay un dibujo de Mickey Mouse.

—Casi logra convencerme, Joe —contestó con pasiva amabilidad—. Esencialmente, los problemas de Mickey son los mismos que los míos. No obstante, no voy a ir. No tienen por qué molestarse en pasar películas esta noche.

—Oh, en cualquier caso las pasarán. Muchos otros huéspedes irán a verlas.

— ¿De verdad? ¿Es un ejemplo de integridad, o está sólo manteniendo usted el engaño, al hablar conmigo? Si eso le causa molestias, Joe, no es necesario que siga fingiendo. Sé cuál es el juego. Si yo no voy, no hay ninguna necesidad de pasar las películas.

Le gustó la sonrisa con la que el enfermero contestó a su embestida. ¿Sería posible que aquel ser hubiera sido creado tal como parecía ser: enormes músculos, carácter flemático, tolerante, perruno? ¿O no había nada tras aquellos amables ojos, nada sino un reflejo robótico? No, era más probable que fuera uno de ellos, dado que se cuidaba tan directamente de él.

El enfermero se fue y él dedicó su atención a la bandeja de su cena, tomando los trozos de carne, ya cortados, con la cuchara, el único cubierto que le facilitaban. Sonrió de nuevo ante su precaución y cuidado por todos los detalles. Pero no había peligro, no destruiría aquel cuerpo mientras le sirviese para investigar la verdad del asunto. Aún había varias sendas de investigación diferentes a su alcance antes de que decidiera dar aquel paso, posiblemente irrevocable.

Tras la cena decidió ordenar mejor sus pensamientos escribiéndolos; obtuvo papel. Comenzaría por la exposición general de algún postulado común a los credos que le habían inculcado durante toda su «vida», ¿Vida? Sí, ese mismo serviría. Escribió:

«Se me dice que nací hace un cierto número de años y que moriré dentro de otros cuantos. Me han referido varios relatos poco plausibles para explicarme dónde estaba antes de nacer y lo que me sucederá después de morir, pero son mentiras burdas, que no tratan de engañar, sino de crear confusión. De todas las formas posibles, el mundo de mi alrededor me asegura que soy mortal, que no llevo aquí sino unos pocos años, y que dentro de unos pocos más habré desaparecido por completo, no existiré.

«ERROR: soy inmortal. Trasciendo este pequeño eje temporal. Un período de setenta años no es otra cosa que una fase más de mi experiencia. Sólo superada en certeza por los datos primarios de mi propia existencia, tengo la certidumbre, emocionalmente convincente, de mi propia continuidad. Quizás yo sea una curva cerrada, pero, cerrada o abierta, no tengo ni principio ni fin. La conciencia de uno mismo no es relativa; es absoluta, y no puede ser ni destruida ni creada. La memoria, en cambio, siendo un aspecto relativo de la conciencia, puede ser manejada y probablemente destruida.

»Es cierto que la mayor parte de las religiones que me han sido presentadas hablan de la inmortalidad, pero hay que fijarse en la forma en que hablan de ella. La forma más segura de mentir convincentemente es el decir la verdad de una forma no convincente. Ellos no quieren que crea en ello.

«Precaución, ¿Por qué han tratado con tanto empeño de convencerme de que voy a "morir" dentro de unos pocos años? Tiene que haber una razón muy importante. Supongo que deben de estar preparándose para algún tipo de cambio de primer orden. Puede ser crucialmente importante para mí el averiguar sus

intenciones acerca de esto... Probablemente tenga varios años durante los que alcanzar una decisión.

«NOTA: Debo evitar el usar los tipos de razonamiento que me han enseñado.»

El enfermero estaba de regreso.

—Su esposa está aquí, señor.

—Dígale que se vaya.

—Por favor, señor: el doctor Hayward se muestra ansioso porque la vea.

—Dígale al doctor Hayward que opino que es un excelente jugador de ajedrez.

—Sí, señor. —El enfermero esperó un momento—. Entonces, ¿no va a verla?

—No, no la veré.

Paseó alrededor de la habitación durante un rato después de que el enfermero hubiera salido, con la mente apartada de su recapitulación. Hasta el momento, habían jugado muy decentemente con él desde que lo habían traído allí. Se sentía satisfecho de que le hubieran permitido tener una habitación para él solo, y lo cierto era que contaba con más tiempo libre para meditar que el que le había sido posible dedicar fuera. Claro que llevaban a cabo esfuerzos constantes para distraerlo y mantenerlo atareado pero, mostrándose tozudo, podía saltarse las reglas y ganar cada día algunas horas que dedicar a la introspección.

Pero, ¡maldita sea...! Le gustaría que dejaran de usar a Alice en sus tentativas de apartarle de sus pensamientos. Aunque el intenso terror y revulsión que ella le había inspirado cuando redescubrió la verdad se convertía ahora en una simple sensación de repugnancia y disgusto hacia su compañía, era *no* obstante emocionalmente perturbador que se la recordasen, que le obligaran a tomar decisiones acerca de ella.

Después de todo, había sido su esposa durante muchos años. ¿Esposa? ¿Qué era una esposa? Otra alma como la de uno, un complemento, el otro polo necesario en una pareja, un santuario de comprensión y simpatía en las profundidades sin límites de la soledad. Eso es lo que había pensado, lo que había necesitado creer y había creído a pies juntillas durante años. La necesidad expectante de una compañía de su propia especie le llevó a verse a sí mismo reflejado en aquellos ojos y le hizo mostrarse poco crítico respecto a las incongruencias ocasionales de las respuestas.

Suspiró. Creía haberse desprendido de la mayor parte de las reacciones emocionales estereotipadas que le habían inculcado mediante preceptos y ejemplos, pero Alice le había calado en lo más hondo, totalmente, y aquello aún le dolía. Había sido feliz... ¿Y qué si había sido un sueño de drogadicto? Le habían dado un excelente, un bello espejo con el que jugar... ¡Y él había sido bien tonto al mirar tras del mismo!

Cansadamente, volvió a su recopilación.

«El mundo es explicado según una de estas dos formas: la del sentido común que dice que el mundo es más o menos como parece ser y que las conductas y motivaciones ordinarias del hombre son razonables, y la solución religioso-mística que dice que el mundo es puro sueño, irreal, insustancial, y que la realidad está en algún punto más allá.

» ¡MENTIRA!: ambas. El esquema del sentido común no tiene el más mínimo sentido. "La vida es corta y repleta de problemas. El hombre, nacido de mujer, nace a los problemas tal como las chispas saltan hacia arriba. Sus días son pocos y están contados. Todo es vanidad y vejación." Esas citas pueden que sean confusas e incorrectas, pero son una buena reproducción de la teoría del sentido común que dice que el mundo es tal cual parece. En un mundo así, el esfuerzo humano es más o menos tan racional como las ciegas acometidas de una polilla contra una bombilla. El "mundo del sentido común" es una ciega locura, salido de ninguna parte, que no va a ninguna parte, sin propósito alguno.

»En cuanto a la otra solución, parece superficialmente más racional dado que rechaza el mundo, totalmente irracional, del sentido común. Pero no es una verdadera solución racional, es sólo un apartarse de cualquier tipo de realidad, pues rehúsa creer en los resultados del único sistema directo de comunicación entre el ego y el Exterior. Ciertamente, los cinco sentidos son unos canales bien pobres de comunicación, pero son los únicos.»

Arrugó el papel y se alzó de la silla, de un salto. El orden y la lógica no servían..., su respuesta era correcta porque olía a correcta. Pero aún no la conocía por completo. ¿Por qué la enorme escala del engaño, las innumerables criaturas, continentes completos, la matriz, enormemente complicada y nimiamente detallada, de la loca historia, loca tradición, loca cultura? ¿Por qué preocuparse de algo más que de una celda y una camisa de fuerza?

Debía de ser, tenía que ser, porque era de la máxima importancia el engañarle completamente, pues un engaño menos absoluto no debía de servir. ¿Podría ser que no se atreviesen a dejarle sospechar su verdadera identidad, sin importarles lo difícil y complicado que tuviera que ser el fraude?

Tenía que saberlo. De alguna manera debía superar la decepción y ver lo que pasaba cuando no miraba. Había dado una ojeada; esta vez tenía que verlo bien, atrapar a los titiriteros en sus manipulaciones.

Evidentemente, el primer paso sería escapar de aquel manicomio, pero hacerlo tan astutamente que jamás lo viesen, nunca lo pudieran atrapar, no tuviesen una sola posibilidad de preparar el escenario frente a él. Esto sería difícil. Tenía que superarlos en astucia y sutileza.

Una vez estuvo decidido, pasó el resto de la tarde considerando la forma en que podría lograr su propósito. Parecía casi imposible: debía alejarse sin ser visto ni una sola vez y permanecer totalmente oculto. Debían perder completamente su pista de forma que no supieran dónde centrar sus engaños. Esto podría significar el sobrevivir sin alimentos durante varios días. Muy bien; podía hacerlo. No debía darles ningún previo aviso por un comportamiento o acción poco habituales.

Las luces parpadearon dos veces. Dócilmente se alzó y comenzó a prepararse para ir a la cama. Cuando el enfermero miró por la mirilla ya estaba en la cama, con la cara vuelta hacia la pared.

¡Alegría! ¡Alegría en todas partes! Era bueno el estar con su propia especie, el oír la música surgiendo de cada cosa viva, como siempre había hecho y siempre haría; era bueno el saber que todo vivía y era consciente de él, participaba de él, como él participaba del resto. Era bueno ser, bueno el conocer la unidad de muchos y la diversidad de uno. Había tenido un mal pensamiento, los detalles se le escapaban, pero ya había desaparecido..., nunca había *existido*; no había lugar para él.

Los sonidos de primera hora de la mañana de la sala adyacente penetraron en el cuerpo adormilado que le alojaba allí, y gradualmente le devolvieron la percepción de la sala del hospital. La transición fue tan suave que logró llevar consigo un recuerdo completo de lo que había estado haciendo y del porqué. Se quedó quieto, con una leve sonrisa en el rostro, y saboreó la tosca, pero no exenta de placer, languidez del cuerpo que usaba. Era extraño que hubiera olvidado, a pesar de sus trampas y estratagemas. Bueno, ahora que había recordado la clave, pronto arreglaría las cosas en aquel extraño lugar. Los llamaría inmediatamente y les anunciaría el nuevo orden. Sería divertido ver la expresión del viejo Glaroon cuando se diera cuenta de que el ciclo había terminado.

El clic de la mirilla y el rozar de la puerta al abrirse guillotinaron su tren de pensamientos. El enfermero de la mañana entró animadamente con la bandeja del desayuno y la colocó sobre la mesita incunable.

—Buenos días, señor. Hace un día hermoso y radiante... ¿Lo quiere en la cama?

¡No contestes! ¡No escuches! ¡Suprime esa distracción! Es parte de su plan. Pero ya era tarde, demasiado, tarde. Notó como resbalaba, caía, era arrancado de la realidad y devuelto al mundo del engaño en el que lo mantenían. Lo había perdido, perdido totalmente, sin una sola asociación a su alrededor en la que anclar su memoria. No le quedaba más que la sensación de una pérdida desconsoladora y el agudo dolor de una catarsis insatisfecha.

—Déjelo donde está. Ya me ocuparé de él.

—De acuerdo —el enfermero salió, cerrando la puerta de golpe y dando ruidosas vueltas a la llave.

Se quedó muy quieto durante un largo tiempo, con cada prolongación nerviosa de su cuerpo pidiendo alivio a gritos.

Al fin se levantó de la cama, aún miserablemente desconsolado, y trató de concentrarse en sus planes de fuga, pero el tirón psíquico que recibió al verse de regreso, tan repentinamente, de su plano de realidad, lo había perturbado emocionalmente. Su mente insistía en rumiar sus dudas en lugar de dedicarse a un pensamiento constructivo. ¿Era posible que el doctor tuviera razón, que no estuviera solo en aquel miserable dilema? ¿Estaba simplemente sufriendo una paranoia, una falsa ilusión de grandeza?

¿Podiera ser que cada unidad de aquel burbujeante conjunto que le rodeaba fuera la prisión de otro ego solitario: desvalido, ciego y mudo, condenado a una eternidad de miserable soledad? ¿Era la expresión de sufrimiento que había visto en el rostro de Alice el verdadero reflejo de un tormento íntimo, y no simplemente el resultado de una actuación cuyo fin era maniobrarlo a él, de acuerdo con sus planes?

Sonó una llamada en su puerta. —Entre —dijo sin alzar la vista. No le importaban sus idas y venidas.

—Querido... —una voz bien conocida habló lenta e indecisa.

— ¡Alice! —Se puso en pie inmediatamente, frente a ella—. ¿Quién te dejó entrar?

—Por favor, cariño, por favor... Tenía que verte.

—No hay derecho. No hay derecho —hablaba más para él que para ella. Y luego—: ¿Por qué viniste?

Se enfrentó a él con una dignidad que no había esperado. La belleza de su rostro infantil había sido estropeada por líneas y sombras, pero brillaba con inesperado coraje.

—Te quiero —le contestó ella suavemente—. Puedes decirme que me vaya, pero no puedes impedir que siga amándote y tratando de ayudarte.

Le dio la espalda en una agonía de indecisión. ¿Podiera ser que la hubiera juzgado mal? ¿Habría, tras aquella barrera de carne y símbolos sonoros, un espíritu que verdaderamente suspiraba por el suyo? Amantes susurrando en la oscuridad...

— ¿Comprendes, no?

—Sí, cariño mío, comprendo.

—Entonces nada de lo que pase puede importarnos, mientras estemos unidos y comprendamos.

Palabras, palabras, rebotando huecamente en una pared incólume...

¡No, no podía estar equivocado! La pondría a prueba de nuevo

— ¿Por qué me mantuviste en aquel trabajo en Omaha?

—Pero si yo no te hice permanecer en el trabajo... Únicamente te indiqué que deberíamos pensarlo dos veces antes de. .

—No importa. No importa.

Suaves manos y un dulce rostro impidiéndole con tranquila terquedad el hacer lo que su corazón le decía que hiciese. Siempre con la mejor de las intenciones, pero siempre de tal forma que nunca lograba del todo hacer las cosas tontas e irrazonables que él sabía que valían la pena. Apresúrate, apresúrate, apresúrate y lucha, con un jinete de rostro de ángel ocupándose de que no te detengas el tiempo suficiente para pensar por ti mismo...

— ¿Por qué trataste de impedir que volviera a la parte de atrás del piso de arriba, aquel día?

Ella consiguió sonreír, aunque sus ojos ya estaban derramando lágrimas.

—No sabía que realmente te importase. No quería que perdiésemos el tren.

Había sido un detalle sin importancia. Por alguna razón que no le resultaba clara ni a él mismo, había insistido en volver al piso de arriba, a su estudio, cuando estaban a punto de salir de casa para emprender unas cortas vacaciones. Estaba lloviendo y ella le había indicado que apenas si tenían tiempo de llegar a la estación. Él la había sorprendido, y se había sorprendido a sí mismo, al insistir en hacer lo que quería en circunstancias en las que nunca se había mostrado testarudo.

Llegó a empujarla a un lado para abrirse camino hacia las escaleras. Y aun así no habría tenido ninguna consecuencia si no hubiera alzado, sin necesidad alguna, la persiana de la ventana que daba a la parte trasera de la casa.

Era una cosa realmente sin importancia. Estuvo lloviendo, con fuerza, en la parte delantera. Desde esta ventana se veía un cielo claro y soleado, sin señales de lluvia.

Se había quedado allí un largo rato, contemplando el imposible resplandor del sol y reestructurando el cosmos en su mente. Examinó de nuevo sus dudas, suprimidas durante largo tiempo, a la luz de aquella pequeña pero totalmente inexplicable discrepancia. Luego se había vuelto y halló que ella estaba en pie tras de él.

Desde entonces intentó olvidar la expresión que sorprendió en su rostro.

— ¿Y qué me dices de aquella lluvia?

— ¿La lluvia? —repitió ella con voz débil y asombrada—. Pues sí, estaba lloviendo, naturalmente. ¿A qué te refieres?

—A que no estaba lloviendo en lo que se veía por la ventana de mi estudio.

— ¿Cómo? Pues claro que llovía. Advertí que el sol aparecía entre las nubes durante un momento, pero eso fue todo.

— ¡Tonterías!

—Pero, cariño, ¿qué tiene que ver el tiempo contigo y conmigo? ¿Qué importancia tiene, para nosotros, el que llueva o no? —Se le acercó tímidamente y deslizó una pequeña mano entre su brazo y su costado—. ¿Acaso soy responsable del tiempo?

—Creo que sí lo eres. Ahora, por favor, vete.

Se apartó de él, se secó desesperadamente los ojos, tragó saliva, y luego dijo con una voz que intentaba ser firme:

—De acuerdo, me iré. Pero recuerda... puedes volver a casa si lo deseas. Y yo estafé allí, si lo deseas. —Esperó un momento, y luego añadió titubeante—: ¿Querías... darme un beso de despedida?

Él no le respondió en forma alguna, ni con la voz ni con los ojos. Ella le miró, luego se giró, tanteó ciegamente la puerta y salió corriendo.

El ser al que conocía por Alice se dirigió al lugar de montaje sin detenerse en cambiar de forma.

—Es necesario suspender esta secuencia. Ya no soy capaz de influir en sus decisiones.

Lo habían estado esperando, y sin embargo se agitaron preocupados.

El Glaroon se dirigió al Principal de Manipulación:

—Prepárese a inyectar inmediatamente la línea de memorias seleccionada.

Luego, volviéndose hacia el Principal de Operaciones, el Glaroon le dijo:

—La extrapolación muestra que intentará escapar dentro de dos de sus días. Esta secuencia comenzó a degenerar a causa de su error al no extender aquella lluvia a todo su alrededor. Tenga más cuidado.

—Sería más simple si comprendiésemos sus motivaciones.

—En mi actitud de doctor Hayward, he pensado eso a menudo —comentó el Glaroon acerbamente—. Pero si comprendiésemos sus motivos seríamos parte de él. ¡Acuérdese del Tratado! Casi logró recordar.

El ser conocido como Alice habló:

— ¿No podría tener el Taj Majal en la siguiente secuencia? Por alguna razón, parece apreciarlo.

— ¡Está comenzando a ser asimilada!

—Quizá. No tengo miedo. ¿Lo recibirá?

—Será tomado en consideración.

El Glaroon continuó con sus órdenes:

—Dejen las estructuras en pie hasta la suspensión. La ciudad de Nueva York y la Universidad de Harvard están siendo desmanteladas en este momento. Apártenlo de esos sectores. ¡Muévanse!

Nuestra hermosa ciudad

Peter Perkins entró en el parking de servicio nocturno y gritó:

— ¡Eh, Papy!

El viejo encargado del aparcamiento alzó la vista y contestó:

—En seguida te atiendo, Pete.

Estaba rompiendo en tiras estrechas la página de dibujos de un periódico dominical. Un pequeño remolino danzaba en torno suyo, recogiendo los pedazos del viejo periódico y otros restos de basura y lanzándolos a la cara de los transeúntes. El viejo sostenía en las manos una larga tira de papel de brillantes colores.

—Vamos, Gatita —decía—. Vamos, Gatita.

El remolino vaciló, luego se alzó hasta formar una columna muy alta, saltó por encima de dos coches aparcados y aterrizó *sur le point*, muy cerca de él.

Parecía oler el ofrecimiento.

—Cógelo, Gatita —dijo el viejo, dulcemente, y dejó que la alegre tira de colores cayera de sus manos. El remolino la tomó y la hizo girar en su centro. El viejo partió otra tira, y otra más; el remolino las subió en tirabuzón entre la masa de papeles viejos y porquería que formaban su cuerpo visible. Alimentado por las corrientes de aire procedentes de los patios interiores de los altos edificios circundantes, su giro era más rápido y mayor su altura, y las tiras de colores iban subiendo hasta formar un remate, como un airoso tocado de cabeza.

El viejo se volvió sonriendo:

—A Gatita le gusta tener vestidos nuevos.

—Eh, tranquilo, Papy, que conseguirás que yo también me lo crea.

— ¿Cómo? No tienes por qué creer en Gatita. Puedes *verla*.

—Sí, ¡claro!, pero es que tú actúas como si ella, quiero decir «ello», entendiera lo que dices.

— ¿Aún no te lo crees?

La voz era amablemente tolerante.

— ¡Vamos, Papy!

—Déjame el sombrero. —Papy alzó la mano y lo cogió—. Toma, Gatita —dijo—. ¡Vuelve, Gatita!

El remolino giraba jugueteón sobre sus cabezas, a varios metros de altura. Ahora empezó a descender.

— ¡Eh! ¿Qué haces con mi sombrero? —preguntó Perkins.

—Un momento... Toma, Gatita.

El remolino bajó de pronto, dejando caer toda su carga. El viejo le entregó el sombrero. El remolino lo cogió y empezó a subir, una larga y rápida espiral.

— ¡Eh! —exclamó Perkins atónito—. Pero ¿qué te propones? Esto no tiene gracia... El sombrero me costó seis pavos, y no tiene más que tres años.

—No te preocupes —le tranquilizó el viejo—. Gatita te lo devolverá.

—Con que sí, ¿eh? Lo más probable es que lo deje caer en el río.

— ¡Oh! Gatita jamás deja nada si no quiere. Mira. —El viejo alzó la vista hacia donde bailaba el sombrero, junto al último piso del hotel, al otro lado de la calle—. Gatita, ¡eh, Gatita!, devuélvemelo.

El remolino vaciló, el sombrero bajó un par de pisos. Planeó, volvió a pararse, empezó a caer como de mala gana.

—Tráemelo aquí, Gatita.

El sombrero empezó a caer en espiral, acabando en un largo descenso en curva. Vino a darle a Perkins en la misma cara.

—Estaba tratando de ponértelo en la cabeza —le explicó el encargado—. Por lo general tiene mejor puntería.

— ¿De verdad?

Perkins recogió el sombrero y con la boca abierta se quedó mirando el remolino.

— ¿Convencido? —preguntó el viejo.

— ¿Convencido? Bueno, así, así. —Volvió a mirar el sombrero y de nuevo al remolino—. Papy, éste pide una copa para celebrarlo.

Entraron en el pequeño cobertizo del encargado del aparcamiento. Papy encontró unas copas. Perkins sacó una botella casi llena y sirvió dos buenos tragos. Se tomó el suyo, se sirvió otro y se sentó.

—El primero era en honor de Gatita —anunció—. Éste es para prepararme para el banquete del alcalde.

Papy soltó una risita comprensiva.

— ¿Tienes que informar de eso?

—Tengo que escribir una columna sobre *algo*, Papy. «Anoche el alcalde Hizzoner, rodeado de una brillante galaxia de aprovechados y sicofantes, fue objeto de una cena homenaje que celebraba...» Tengo que escribir algo, Papy; los clientes que pagan así lo esperan. ¿Por qué no me porto como un hombre y me declaro en huelga?

—La columna de hoy fue muy buena, Pete —le consoló el viejo.

Cogió un ejemplar del «Daily Forum». Perkins se lo quitó y pasó la vista por su propia columna.

—«Nuestra hermosa ciudad, por Peter Perkins —leyó, y más abajo—: ¿Cómo? ¿No hay tranvías de caballos? Pues por lo visto la tradición de nuestro paraíso cívico es que lo que era bueno para los padres fundadores sigue siendo bastante bueno para nosotros, ya que aún seguimos tropezando en el mismo bache en que el tío-abuelo Tozier se rompió una pierna en 1909. Reconforta saber que el agua del baño, una vez sale de la tina, no desaparece para siempre sino que vuelve a salir por el grifo de la cocina, menos pura, disimulado con cloro, pero la misma. (Nota: Hizzoner utiliza agua de manantial embotellada. Tengo que investigarlo.)

«Pero debo informar de un cambio tristísimo. Alguien ha terminado con los tranvías de caballos.

»Tal vez no lo crean. Nuestros medios de transporte público son tan escasos y lentos que quizás ustedes no lo hayan notado; sin embargo les juro que vi bajar uno por la Gran Avenida sin caballos de ninguna clase. Parecía ir impulsado por algún truco eléctrico de esos recién inventados...

«Incluso en la era atómica parece que son exagerados ciertos cambios. Yo animo a todos los ciudadanos...»

Perkins soltó un gruñido de disgusto.

—Esto es como atacar un fortín con rifles de aire comprimido, Papy, Esta ciudad está corrompida, y seguirá corrompida. ¿Por qué he de exprimirme los sesos a diario con tales tonterías? Pásame la botella.

—No te desanimes, Peter. El tirano teme más las burlas que las balas del asesino.

— ¿De dónde has sacado eso? De acuerdo, por lo visto no tengo gracia. He intentado quitarles del cargo a fuerza de ponerles en ridículo y no ha servido de nada. Mis esfuerzos son tan inútiles como las actividades de tu amigo, ese remolino derviche.

Las ventanas se agitaron bajo el impacto del viento.

—No hables de Gatita de ese modo —le avisó el viejo—. Es muy susceptible.

—Mis disculpas. —Se puso en pie y se inclinó hacia la puerta—. Gatita, perdóname. Tus actividades son más útiles que las mías. —Se volvió a su anfitrión—: Salgamos y hablemos con ella, Papy. Si tuviera valor, eso es lo que me gustaría hacer en vez de acudir al banquete del alcalde.

Salieron. Perkins cargó con los restos de la hoja de historietas de alegres colores. Empezó a romperla a tiras.

— ¡Eh, Gatita! ¡Eh, Gatita! ¡Toma, toma!

El remolino bajó y fue cogiendo los papeles a medida que él los iba rasgando.

—Todavía tiene los que tú le diste.

—Desde luego —asintió Papy—. Gatita es una urraca. Cuando algo le gusta, se lo guarda para siempre.

— ¿Y no se cansa nunca? Debe de haber algunos días en que no haga viento.

—En este lugar siempre hace viento. Es por la disposición de los edificios, y por la dirección de la Tercera Avenida que viene del río. Pero yo creo que ella oculta sus juguetes en los tejados de los edificios.

El periodista miró el remolino.

—Apuesto a que tiene allí periódicos de hace meses. Mira, Papy, veo ahí una columna sobre el servicio de recogida de basuras, y veo la falta de limpieza de nuestras calles. Me gustaría sacar a relucir periódicos de hace un par de años y afirmar que han estado rodando por la ciudad desde su publicación.

—Y ¿para qué vas a inventar la historia? —le preguntó Papy—. Veamos qué tiene Gatita. —Silbó suavemente—. Vamos, nena, deja que Papy vea tus juguetes.

El remolino fue calmándose y su contenido giró con menos rapidez. El encargado del aparcamiento cogió al vuelo un trozo de periódico.

—Aquí hay uno que tiene tres meses.

— Habremos de conseguir algo mejor todavía.

—Lo intentaré de nuevo. —Extendió la mano y cogió otro—. De junio pasado.

—Eso está mejor.

Un coche pidió servicio y el viejo salió corriendo. Cuando volvió, Perkins seguía observando la impresionante columna.

— ¿Ha habido suerte? —preguntó Papy.

—No me deja que los coja yo. Me los quita violentamente.

—Gatita traviesa... —murmuró el viejo—, Pete es un amigo nuestro. Pórtate bien con él.

El remolino pareció vacilar, inseguro.

—Está bien —dijo Perkins—, ella no lo sabía. Pero mira, Papy, ¿ves ese trozo, ahí arriba? Es una primera página.

— ¿Lo quieres?

—Sí, míralo bien..., los titulares dicen «DEWEY» o algo así. ¿Supones que estará volando por ahí desde la campaña del cuarenta y ocho?

—Podría ser. Gatita siempre ha estado en la ciudad, que yo recuerde. Y almacenando sus cosas. Espera un segundo. —Llamó suavemente. Poco después el periódico estaba en sus manos—. Ahora lo veremos.

Perkins le echó una ojeada.

— ¡Voy a ser senador dentro de nada! ¿Has visto esto, Papy?

Los titulares decían: «DEWEY CONQUISTA MANILA», y la fecha era «1898».

Veinte minutos más tarde aún seguían meditando en ellos mientras se bebían el resto de la botella de Perkins. El periodista contemplaba la hoja amarillenta y sucia.

— ¡No me digas que esto ha estado volando por encima de la ciudad durante el último medio siglo!

— ¿Por qué no?

— ¿Que por qué no? Bien, admitamos que no se han limpiado las calles en todo ese tiempo. Pero un papel no duraría tanto. El sol, la lluvia, etcétera.

—Gatita es muy cuidadosa con sus juguetes. Probablemente lo pone a cubierto cuando hace mal tiempo.

— ¡Santo cielo, Papy! No creerás realmente..., pero sí lo crees. Francamente, no me importa de dónde los sacó. La teoría oficial va a ser que este pedazo de periódico en particular estuvo dando vueltas por nuestras calles sucias sin que nadie lo viera ni lo recogiera durante los últimos cincuenta años. ¡Muchacho, voy a pasármelo en grande!

Enrolló cuidadosamente el fragmento y empezó a metérselo en el bolsillo.

— ¡Eh, no hagas eso! —protestó su amigo.

— ¿Por qué no? Voy a llevármelo para sacar una foto.

—No puedes. Pertenece a Gatita. Sólo me lo ha prestado.

— ¿Cómo? ¿Es que estás Chiflado?

—Se molestará si no se lo devolvemos. Por favor, Pete..., ella te dejará que lo mires siempre que quieras.

El viejo se mostraba tan turbado que Perkins se detuvo.

— ¿Y si nunca volvemos a verlo, eh? Toda mi historia va a basarse en él.

—Pero *a ti* no te sirve de nada; *ella* tiene que guardarlo para que tu historia sea verídica. No te preocupes. Yo le diré que no lo pierda por nada del mundo.

—Está bien..., de acuerdo.

Salieron al exterior y Papy habló ansiosamente a Gatita; luego le entregó el fragmento de 1898, Ella se lo llevó rápidamente hasta la parte superior de la columna. Perkins se despidió de Papy y empezó a salir del aparcamiento. De pronto se detuvo y miró en torno con aire desconcertado.

—Oye, Papy...

—Dime.

—Tú no crees de verdad que ese remolino esté vivo, ¿no es cierto?

— ¿Por qué no?

— ¿Que por qué no? ¡Y este hombre me dice que por qué no!

—Bueno —el viejo hablaba razonablemente—. ¿Cómo sabes *tú* que estás vivo?

—Bien, porque..., pues porque, yo..., bien, ahora que lo dices... —Se detuvo—. No lo sé. Me has vencido, amigo.

Papy sonrió.

— ¿Lo ves?—Sí, supongo que sí. Buenas noches, Papy. Buenas noches, Gatita. Se llevó la mano al borde del sombrero, y la columna de aire se inclinó.

El director del periódico envió a buscar a Perkins.

—Mira, Pete —dijo agitando ante él una hoja de papel verde de pruebas—, una broma es una broma, pero me gustaría ver algo escrito por ti que no estuviera concebido en una botella de ginebra.

Perkins miró las páginas que le mostraba. «NUESTRA HERMOSA CIUDAD, por Peter Perkins. Llamemos al viento con un silbido. Caminar por nuestras calles siempre supone una experiencia curiosa, incluso una aventura. Vamos siempre pateando basura, restos, montones de colillas de cigarrillos y otras cosas menos apetitosas que llenan las aceras, mientras recibimos en la cara algún *souvenir* un poco más alegre, como el confetti de las últimas fiestas, hojas ya muertas y otros fragmentos demasiado destrozados por el tiempo para poder identificarlos. Sin embargo yo siempre he supuesto que una buena limpieza cada siete años por lo menos renovaría el contenido de nuestras calles...»

La columna seguía hablando del remolino que aún conservaba un periódico de más de cincuenta años, y desafiaba a cualquier otra ciudad del país a que superara esa hazaña.

—Bueno ¿y qué pasa? —exigió Perkins.

—Meterse a conciencia con la basura de las calles está bien. Pete, pero hay que enfocarlo sobre una base realista.

Perkins se inclinó sobre la mesa.

—Jefe, esto es un hecho.

— ¿Cómo? No seas idiota, Pete.

—Y me llama idiota... Escuche.

Le relató paso a paso toda su experiencia con Gatita y con el periódico de 1898.

—Pete, tienes que estar borracho.

—Sólo café y zumo de tomate. Que me muera si no es cierto.

— ¿Y ayer? Apuesto a que ese remolino se metió en el bar contigo.

—Estaba completamente sobrio... —Perkins se detuvo, muy tieso y muy digno—. Ésa es mi historia. Imprimala o despídame.

—No seas así, Pete. No quiero despedirte. Sólo quiero una columna con sentido común. Saca a relucir algunos hechos sobre las horas de trabajo necesarias y el costo que supondría la limpieza de las calles en comparación con otras ciudades.

—Y ¿quién leería esa porquería? Venga a la calle conmigo. Yo le *demonstraré* los hechos. Espere un segundo..., me llevaré un fotógrafo.

Pocos minutos más tarde Perkins presentaba al director y a Clarence V. Weems a Papy. Clarence preparó la cámara.

— ¿Le saco una foto?

—Todavía no, Clarence. Papy, ¿puedes conseguir que Gatita nos de su pieza de nuevo?

—Pues claro que sí. —El viejo alzó la vista y silbó—. ¡Eh, Gatita, en con Papy!

Por encima de sus cabezas una ramalada de aire fue tomando forma, recogió algunos trozos de papel y restos de hojas y se colocó sobre el aparcamiento. Perkins examinó todo aquello.

—No lo ha traído —dijo en tono dolido.

—Nos lo traerá.

Papy se adelantó hasta que el remolino le envolvió. Los otros le veían mover los labios, pero no les llegaban las palabras.

— ¿Ahora? —preguntó Clarence.

—Todavía no.

El remolino se alzó hasta colocarse sobre un edificio adjunto. El director abrió la boca; la cerró de nuevo.

Gatita volvió pronto. Había dejado todo lo demás y sólo traía un pedazo de periódico: *el periódico*.

— ¡Ahora! —dijo Perkins—. Clarence, ¿puedes sacar una foto de ese periódico..., mientras está en el aire?

—Vale —dijo éste, alzando la cámara de alta velocidad—. Retírate un poco y aguántalo ahí —ordenó como si hablara con el remolino.

Gatita vaciló y pareció a punto de largarse.

—Tráelo lentamente, con calma, Gatita —apuntó Papy—, y vuélvelo..., no, no..., de ese lado no, del otro.

El periódico planeó y fue bajando lentamente junto a ellos, mostrando el titular.

— ¿Está ya? —preguntó Perkins.

—Vale —dijo Clarence—. ¿Es eso todo? —Se había vuelto al director.

—Vale..., digo, sí —respondió éste.

—Muy bien.

Clarence recogió la cámara y se alejó.

El director suspiró.

—Caballeros —dijo—, tomemos una copa.

Cuatro copas más tarde Perkins y su jefe seguían discutiendo. Papy se había ido.

—Sea razonable, jefe —decía Pete—, usted no puede imprimir un artículo sobre un remolino que vive. Se reirían de usted en toda la ciudad.

El director Gaines se irguió en toda su estatura.

—La política del «Forum» siempre ha sido imprimir todas las noticias, y publicarlas con toda sinceridad..., y nosotros la publicaremos. —Se relajó—, ¡Eh, camarero! Más de lo mismo..., y sin tanta soda.

—Pero es científicamente imposible.

—Tú lo has visto, ¿no?

—Sí, pero...

Gaines le detuvo.

—Pediremos al Instituto Smithsonian que lo investigue.

—Y se reirán de usted —insistió Perkins—. ¿Ha oído hablar alguna vez de hipnotismo de masas?

— ¿Cómo? No, eso no es la explicación. Clarence lo vio también.

— ¿Y qué prueba eso?

—Es evidente. Para ser hipnotizado hay que tener una mente. *Ipsa facto*.

—Querrá decir *Ipse dixit*.

—Deja de hipar, Perkins; no deberías beber durante el día. Ahora empieza otra vez y dilo despacio.

— ¿Cómo sabe usted que Clarence no tiene inteligencia?

—Demuéstramelo.

—Bien, está vivo..., luego ha de tener alguna especie de mente.

—Eso es exactamente lo que yo te decía: el remolino está vivo, por tanto tiene una mente. Perkins, si esos tipos de cara larga del Smithsonian insisten en su actitud tan poco científica, no lo aguantaré. El «Forum» no lo aguantará. Tú no lo aguantarás.

— ¿Que no?

—Ni por un minuto. Quiero que sepas que el «Forum» te apoya, Pete. Vuelve al aparcamiento y consigue una entrevista con ese remolino.

— ¡Pero si ya tengo una! Y usted no me dejó imprimirla.

— ¿Quién fue el que no te dejó? ¡Le despediré! Vamos, Pete. Haremos que estalle el escándalo en esta ciudad. Nada de vacilaciones. Tendrás la primera página. ¡A trabajar!

Se puso el sombrero de Pete y se largó a toda prisa a los lavabos.

Pete se sentó ante su mesa con una jarra de café, una lata de jugo de tomate y la última edición de la tarde. Bajo una fotografía a cuatro columnas del juguete de Gatita estaba su columna, trasladada a la primera página. Unas letras muy grandes decían al final: «*Vea Editorial, página 12*». En la página 12 un aviso del mismo tamaño le enviaban a «*NUESTRA HERMOSA CIUDAD, página 1*». Pasando eso por alto leyó: SEÑOR ALCALDE..., ¡DIMITA!

Soltó una risita mientras leía: «Un mal viento —simbólico de la suciedad espiritual que se esconde en los rincones más oscuros de nuestro Ayuntamiento— crecerá hasta alcanzar las propiedades de un ciclón y barrerá del cargo a una administración corrompida y desvergonzada». El editorial recalcaba que el contrato para la limpieza de las calles y la retirada de la basura estaba en manos del cuñado del alcalde, y sugería a continuación que el remolino podría darles un servicio mejor y más barato.

—Pete..., ¿eres tú? —preguntó por teléfono la voz de Papy—. Se me han llevado a la comisaría.

— ¿Por qué?

—Afirman que Gatita es una molestia pública.

—Voy en seguida.

Se detuvo en el departamento de arte, recogió a Clarence y salieron. Papy estaba sentado en la oficina del teniente, en la comisaría, con el gesto hosco. Perkins forzó su entrada.

— ¿Por qué le han traído aquí? —exigió, señalando a Papy con el dedo.

El teniente le miró con reproche.

— ¿Y por qué se mete en esto, Perkins? Usted no es su abogado.

— ¿Ahora? —preguntó Clarence.

—Todavía no, Clarence. Por la noticia, Dumbrosky..., yo trabajo para un periódico, ¿recuerda? Y se lo repito: ¿por qué le han traído aquí?

—Puso dificultades a un oficial en el cumplimiento de su deber.

— ¿Es eso cierto, Papy?

El viejo parecía disgustado.

—Ese tipo —e indicaba a uno de los policías— vino a mi aparcamiento y trató de quitarle ese periódico de la Bahía de Manila a Gatita. Le dije a ella que no se lo consintiera. Entonces él empezó a agitar la porra ante mis narices y me ordenó que se lo quitara yo. Así que le dije lo que podía hacer con su porra. —Se encogió de hombros—. Y aquí estamos.

—Comprendo —dijo Perkins, y se volvió a Dumbrosky—. Recibió una llamada del Ayuntamiento, ¿no es cierto? Y envió a Dugan para que hiciera el trabajo sucio.

Lo que no comprendo es por qué envió a Dugan, Me han dicho que es tan torpe que ni siquiera le dejan que ajuste las cuentas en su propio distrito.

— ¡Eso es mentira! —estalló Dugan—. Yo hago...

— ¡Cállate Dugan! —tronó su jefe—. Ahora veamos, Perkins..., usted se larga. Aquí no tiene ninguna historia.

— ¿Que no? —dijo Perkins suavemente—. ¿Las fuerzas de policía tratan de arrestar a un remolino y usted dice que no hay historia?

— ¿Ahora? —preguntó el fotógrafo.

— ¡Nadie trató de arrestar a un remolino! Vamos, ¡fuera!

—Entonces, ¿cómo es que acusa a Papy de obstruir la labor de un oficial? ¿Qué estaba haciendo Dugan... soltando una cometa?

—No está acusado de obstruir a un oficial.

— ¡Ah!, ¿no? Entonces, ¿por qué le han encerrado?

—No está encerrado. Sólo le retenemos para interrogarle.

—Ya. De modo que no está encerrado, ni detenido, ni acusado de ningún crimen, pero usted coge a un ciudadano y empieza a interrogarle estilo Gestapo. — Perkins se volvió a Papy—. No estás bajo arresto. Mi consejo es que te levantes y te largues por esa puerta.

Papy empezó a levantarse.

— ¡Eh! —El teniente Dumbosky saltó de la silla, cogió a Papy por el hombro y le sentó de un empujón—. Yo soy el que da las órdenes aquí. Tú te quedas...

— ¡Ahora! —aulló Perkins.

El *flash* de Clarence los dejó helados, Entonces Dumbrosky empezó otra vez.

— ¿Quién le ha dejado entrar? Dugan..., ¡coge esa cámara!

— ¡Narices! —soltó Clarence, manteniéndola fuera del alcance del policía. Los dos empezaron a bailar una especie de danza, Clarence en el centro y el otro dando saltos en torno.

— ¡Aguanta! —gritó Perkins—. Vamos, coja esa cámara, Dugan..., estoy deseando escribir la historia: «Teniente de policía destruye las pruebas de la brutalidad de la policía».

— ¿Qué quiere usted que haga, teniente? —le suplicó Dugan.

—Siéntate y cierra la boca, No utilice esa foto, Perkins..., se lo aviso.

— ¿De qué me avisa? ¿De que me hará bailar también con Dugan? Vamos, Papy. Vamos, Clarence —y se largaron.

«NUESTRA HERMOSA CIUDAD», decía el periódico el día siguiente. «El Ayuntamiento inicia la limpieza. Mientras los barrenderos de la calle disfrutaban de su siesta habitual, el teniente Dumbrosky, actuando por órdenes de la oficina de Hizzoner, inició el ataque de nuestro remolino de la Tercera Avenida. Le salió mal, ya que el patrullero Dugan no logró convencer al remolino para que entrara en el coche de la policía. Sin embargo Dugan no se dio por vencido; cogió a un ciudadano que estaba cerca, un tal James Metcalfe, encargado del aparcamiento, y se lo llevó preso como cómplice del remolino. Como cómplice de qué crimen, Dugan no lo dijo..., pero todo el mundo sabe que un cómplice es algo bastante malo. El teniente Dumbrosky interrogó a ese cómplice. Véase la fotografía. El teniente Dumbrosky pesa 97 kilos sin los zapatos. El cómplice pesa 53.

«Moraleja: No se metan entre piernas cuando el departamento de policía se ponga a jugar con el viento.

»P.S. Cuando esto entra en prensa, el remolino sigue guardando esa pieza de museo de 1898. Echen una mirada desde la esquina de la Tercera Avenida y Main

Street, Será mejor que se apresuren... Dumbrosky confía en arrestar a alguien de un momento a otro.»

La columna de Pete seguía atacando a la administración al día siguiente:

«Los archivos perdidos. Es molesto saber que, si el Gran Jurado necesita algún documento, seguro que se habrá traspapelado antes de poder presentarlo como prueba. Sugerimos que Gatita, nuestro remolino de la Tercera Avenida, sea contratada por la ciudad como empleado extraordinario del archivo, y se le entregue cualquier documento que vaya a necesitarse más tarde. Podría presentarse al examen civil especial del que se echa mano para recompensar a los fieles..., ese examen que nadie hace jamás.

»En realidad, ¿por qué reducir a Gatita a un trabajo tan puramente administrativo? Ella es muy constante... y se aferra a todo lo que coge, Nadie podrá discutir que esté menos cualificada que algunos oficiales de la ciudad de los que hemos tenido.

« ¡Votemos a Gatita para alcalde! Es un candidato ideal, tiene esa característica de humanidad tan imprescindible, no le importa correr de un lado a otro, siempre va dando vueltas en círculos, sabe tirar basura, y la oposición no puede achacarle nada deshonesto.

»En cuanto a la especie de alcalde que sería, hay una vieja historia, que contó Esopo, sobre el Rey Leño y el Rey Cigüeña. Ya estamos hartos del segundo. Y acogeríamos con gusto al primero.

»Memorándum para Hizzoner: ¿qué se hizo de aquellas mejoras en el pavimento de la Gran Avenida?

»P.S. Gatita aún tiene el periódico de 1898 a disposición de todos. Deténganse y léanlo antes de que nuestro Departamento de Policía halle el modo de intimidar a un remolino.»

Pete tomó a Clarence y se fue con él al aparcamiento. El lugar estaba vallado ahora, un hombre en la verja les entregó dos tickets pero rechazó el dinero. Dentro encontró un gran círculo de gente con Gatita y Papy en el centro. Se abrieron camino entre la multitud hacia el viejo.

—Parece que estás ganando dinero, Papy.

—Así debería ser, pero no. Intentaron cerrar mi negocio por la mañana, Pete. Querían que pagara cincuenta dólares como impuesto por exhibición circense, y que pagara beneficios además. De modo que dejé de cobrar los tickets..., pero les sigo la pista. Y luego les demandaré.

—No conseguirás nada; no en esta ciudad. Pero no importa. Vamos a atacarles hasta que se rindan.

—Eso no es todo. Esta mañana intentaron apresar a Gatita.

— ¡Ah!, ¿sí? ¿Quién? ¿Cómo?

—Los policías. Aparecieron con una de esas máquinas de aire a presión que se utilizan para ventilar las alcantarillas, y la conectaron al contrario para que succionara con toda fuerza. La idea era aspirar a Gatita en su interior, o por lo menos coger lo que ella llevaba.

Peter silbó.

—Tenías que haberme llamado.

—No hizo falta. Se lo avisé a Gatita y ella guardó en algún lugar ese papel de la Guerra Española y luego volvió. Te aseguro que le encantó. Circuló por esa máquina unas seis veces, como si estuviera en el tiovivo. Entraba y salía más feliz y contenta

que nunca. Sin embargo la última vez le cogió la gorra al sargento Yancel, y con ella hizo que se atascara la máquina. Se disgustaron y se fueron.

Pete soltó una carcajada.

—Insisto en que debías haberme llamado. Clarence hubiera sacado una foto estupenda.

—La saqué —dijo Clarence.

—¿Cómo? No sabía que hubieras estado aquí.

—Tampoco me lo preguntó.

Pete le miró.

—Clarence, encanto, la idea de una foto de noticias es publicarla, no ocultarla en el departamento de arte.

—Está encima de su mesa.

—Oh. Bien, pasemos a otro tema. Papy, me gustaría poner un gran anuncio aquí.

—¿Por qué no? ¿En qué consistiría?

—«Gatita para alcalde... Cuartel General de la Campaña del Remolino.» Pondremos un gran cartelón en la esquina del aparcamiento, donde puedan verlo por ambos lados. Va bien con..., ¡vaya! ¡Tenemos compañía! —e inclinó la cabeza hacia la entrada.

Había vuelto el sargento Yancel.

—Muy bien, muy bien —decía—. Adelante. Despejen esto. —Él y tres soldados ordenaban a los espectadores que salieran del aparcamiento. Pete se acercó a él.

—¿Qué ocurre, Yancel?

Éste se volvió a mirarle.

—Ah, es usted, ¿eh? Bien, pues usted también. Tenemos que vaciar este lugar. Emergencia.

Pete miró por encima del hombro.

—¡Será mejor que te lleves a Gatita, Papy! —gritó—. Ahora, Clarence.

—Ya lo cogí.

—Muy bien —dijo Pete—. Ahora, Yancel, dígame qué acabamos de fotografiar para que le pongamos el título más correcto.

—Se cree muy listo, ¿verdad? Pues será mejor que se larguen usted y sus amigos si no quieren que les partamos la cabeza. Vamos a colocar un *bazooka*.

—¿Que van a colocar un *qué*?

Incrédulo, Pete miró hacia el coche de la patrulla. Pero era cierto: dos de los guardias estaban descargando un *bazooka*.

—Sigue disparando, hijito —dijo Pete a Clarence.

—Vale —respondió éste.

—Y deja de hacer globitos con el chicle. Ahora mire, Yancel..., yo no soy más que un periodista. ¿Qué diablos significa esto?

—Quédese por aquí y lo averiguará, tipo listo. —Yancel se alejó—. De acuerdo, vosotros primero... Comenzad a disparar.

Uno de los policías alzó la vista.

—¿Disparar a qué, sargento?

—¿No estuviste en los *marines*...? Al remolino, por supuesto.

Papy se inclinó hacia Pete.

—¿Qué están haciendo?

—Empiezo a comprenderlo, Papy, ordena a Gatita que se aleje de aquí. Creo que se proponen lanzar un proyectil a través de ella. Podría destrozar su estabilidad dinámica, o algo por el estilo.

—Gatita está segura. Le dije que se escondiera. Pero esto es una locura, Pete. Deben de estar totalmente chiflados, chalados, locos de atar.

—¿Y qué ley dice que un policía ha de estar cuerdo para estar en las fuerzas?

—¿Qué remolino, sargento? —preguntaba el del *bazooka*. Yancel empezó a decírselo con todo ímpetu; luego se desilusionó al comprender que no había ningún remolino a la vista.

—Espera —le indicó, y se volvió a Papy—. ¡Tú! —chilló—, ¡tú alejaste a ese remolino! ¡Ordénale que vuelva!

Pete sacó el cuaderno.

—Esto es muy interesante, Yancel. Su opinión profesional es que se le pueden dar órdenes a un remolino como si fuera un perro amaestrado. ¿Es ésa la posición oficial del Departamento de Policía?

—Yo..., ¡sin comentarios! Cállese o yo le haré callar.

—Faltaba más, Pero usted tiene apuntado ese cañón de modo que, después que el proyectil pase por el remolino, si es que pasa, vaya a caer justo sobre el Ayuntamiento. ¿Es esto un complot para asesinar a Hizzoner?

Yancel se volvió bruscamente, luego dejó que su mirada siguiera una trayectoria imaginaria.

—¡Eh, idiotas! —gritó—. ¡Apuntad esa cosa hacia el otro lado! ¿Es que queréis cargaros al alcalde?

—Así está mejor —dijo Pete al sargento—, Ahora lo tienen apuntado sobre el banco First National.

Yancel examinó de nuevo la situación.

—Apuntad donde no haga daño a nadie —ordenó—. ¿Tengo yo que pensar por todos vosotros?

—Pero, sargento...

—¿Qué?

—*Apúntelo usted*. Nosotros lo dispararemos.

Pete les observaba.

—Clarence —suspiró—, quédate por aquí y saca una foto cuando lo vuelvan a meter en el coche. Será dentro de cinco minutos. Papy y yo estaremos en el bar «La Hora Feliz». Saca una foto en la que salga la cara de Yancel.

—Vale —dijo Clarence.

El siguiente artículo de «NUESTRA HERMOSA CIUDAD» llevaba tres fotos y se titulaba: *La policía declara la guerra al remolino*. Pete cogió un ejemplar y salió hacia el aparcamiento, con el propósito de enseñárselo a Papy.

El viejo no estaba allí. Ni Gatita tampoco. Miró por el vecindario, metiendo la cabeza en los restaurantes y bares. No hubo suerte.

Se dirigió de nuevo al edificio del «Forum» diciéndose que Papy estaría de compras, o en el cine, Volvió a su mesa, trató en vano varias veces de iniciar la columna del día siguiente, arrugó y tiró los papeles y se fue al departamento de arte,

—¡Eh, Clarence!, ¿has estado hoy en el aparcamiento?

—No.

—Papy ha desaparecido.

— ¿Y qué?

—Que te vengas. Tenemos que encontrarle.

— ¿Por qué?

Pero le acompañó con la cámara.

El aparcamiento seguía desierto, sin Papy, sin Gatita..., no había ni siquiera una débil brisa. Pete se alejó.

—Vamos, Clarence, di, ¿qué estás fotografiando ahora?

Clarence tenía la cámara enfocada hacia el cielo.

—No puedo sacar nada. No hay buena luz.

—Pero ¿qué era?

—El remolino.

— ¿Cómo? ¿Gatita?

—Podría ser.

—Aquí, Gatita. Ven, Gatita.

El remolino bajó hacia él, giró más aprisa y recogió un pedazo de cartón que había dejado caer. Le dio unas vueltas; luego se lo lanzó al rostro.

—Eso no tiene gracia, Gatita —se quejó Pete—. ¿Dónde está Papy?

El remolino volvió planeando hacia él. Le vio recoger de nuevo aquel cartón.

— ¡No, no! —gritó, y trató de cogerlo a su vez.

El remolino le venció. Se lo subió a unos treinta metros y luego lo devolvió. El cartón vino a darle de lado en el puente de la nariz.

— ¡Gatita! —gritó Pete—. ¡Deja de jugar!

Era un aviso impreso, a tamaño cuartilla. Evidentemente había estado clavado en algún sitio; se veían unos desgarrones en los cuatro ángulos. Decía: «EL RITZ-CLASICO», y debajo «Habitación 2013. Sencilla: 6 dólares. Doble: 8 dólares». Y luego venía una lista impresa con las normas del hotel.

Pete lo miró y frunció el ceño. De pronto lanzó una sonrisa al remolino. Inmediatamente Gatita le echó el viento al rostro.

—Vamos, Clarence —dijo con gran animación—. Nos vamos al Ritz-Clásico, habitación dos cero uno tres.

—Vale —dijo Clarence.

El Ritz-Clásico era un hotel pobretón, favorecido por las parejas dudosas. Pete evitó la recepción utilizando la entrada del sótano. El ascensorista miró a Clarence con su cámara y dijo:

—No, no, amigo. Nada de casos de divorcio en este hotel.

—Tranquilo —le dijo Pete—. No es una cámara de verdad. Sólo pasamos marihuana de contrabando. La llevamos aquí.

— ¿Por qué no me lo dijo? No tienen por qué esconderla en esa cámara. Pone nerviosa a la gente. ¿Qué piso?

—El veintiuno.

El ascensorista les subió allí sin detenerse en ningún piso, ignorando las demás llamadas.

Bajaron un piso por las escaleras y buscaron la habitación 2013. Con cautela, Pete intentó girar la manilla. La puerta estaba cerrada con llave. Llamó, no obtuvo respuesta. Aplicó la oreja a la puerta y creyó oír algún movimiento en el interior. Dio un paso atrás frunciendo el ceño.

Clarence dijo:

—Acabo de recordar algo.

Y se alejó corriendo. Volvió a toda prisa con un hacha de incendios.

— ¿Ahora? —preguntó a Pete.

—Una idea soberbia, Clarence. Todavía no.

Pete volvió a golpear en la puerta y gritó:

— ¡Papy! ¡Eh, Papy!

Una mujer grandota, con un batín rosa enguatado, abrió una puerta a sus espaldas.

— ¿Cómo es posible dormir aquí? —preguntó, furiosa.

Pete dijo:

—Cállese, señora, que estamos transmitiendo.

Escuchó. Esta vez se oyó el ruido de lucha y luego un grito:

— ¡Pete! ¡Pe...!

— ¡Ahora! —dijo éste.

Clarence atacó la puerta.

La cerradura saltó al tercer golpe. De un salto entró Pete. Clarence tras él. Tropezó con alguien que salía y cayó al suelo. Cuando se levantó vio a Papy tirado sobre la cama. Trataba de librarse de una toalla que le habían atado sobre la boca.

Pete se la quitó.

— ¡Cógelos! —chilló Papy.

—En cuanto te suelte.

—No estoy atado, Se me llevaron los pantalones. Muchacho, creí que no llegabas nunca.

—Gatita necesitó un buen rato para que yo lo entendiera.

—Ya les tengo —dijo Clarence—. A los dos.

— ¿Dónde? —preguntó Pete.

—Aquí —y le dio un cariñoso golpecito a la cámara, sonriendo orgullosamente.

Pete consiguió callarse lo que iba a decirle y corrió a la puerta.

— ¡Por ahí se han ido! —gritó la gorda, señalando.

Pete echó a correr, dobló el ángulo y en ese instante vio que el ascensor se cerraba.

Pete se detuvo, desconcertado por la multitud que había ante el hotel. Miraba inseguro en torno cuando Papy le cogió del brazo. — ¡Ahí! ¡Ese coche! El vehículo que Papy señalaba, arrancó en ese instante con un chirrido y salió a toda velocidad. Pete abrió la portezuela del taxi más cercano.

— ¡Siga a ese coche! —gritó.

Todos se metieron dentro.

— ¿Por qué? —preguntó el taxista.

Clarence levantó el hacha de incendios.

— ¿Ahora? —preguntó.

El taxista cedió.

—Olvidelo —dijo—, sólo era una broma.

Y salió tras el coche.

Su habilidad fue de gran ayuda en las calles del centro, pero el conductor del otro coche torció bruscamente en la Tercera y se dirigió hacia el río. Corrieron tras él, apenas separados unos cincuenta metros, y con el tráfico aullando tras ellos, y luego se encontraron en la autopista, donde no había límite de velocidad. El taxista volvió la cabeza.

— ¿No viene el camión con las cámaras?

— ¿Qué cámaras?

— ¿Cómo? ¿No es esto una película?

— ¡Santo cielo, no! Ese coche va lleno de secuestradores. ¡Más aprisa!

— ¿Un secuestro? No quiero parte en él —y frenó en seco.

Pete sacó el hacha y le dio un golpecito con ella.

— ¡Adelante!

El coche ganó velocidad de nuevo, pero el taxista protestó:

—Con este trasto no los cogeremos. Tienen más potencia que yo.

Papy cogió a Pete del brazo.

—Ahí está Gatita.

— ¿Dónde? Bueno, eso no importa ahora.

— ¡Más despacio! —gritó Papy—. ¡Gatita! ¡Eh, Gatita..., por aquí!

El remolino fue bajando y se puso a su paso. Papy le gritó:

— ¡Mira, nena! Ese coche..., ahí delante..., ¡cógelo!

Gatita parecía confusa, insegura, Papy lo repitió y ella se alejó..., como un remolino. Fue ascendiendo, cogiendo muchos papeles y porquería al avanzar.

La vieron venir de frente y darle al coche por delante, lanzando todos aquellos papeles a la cara del conductor. El coche se desvió; ella atacó de nuevo. El coche vaciló, se subió por la acera, tropezó contra la barandilla para peatones y dio contra el poste de un farol.

Cinco minutos más tarde, y después de haber dejado a Gatita y a Clarence con el hacha de incendios vigilando a dos tipos que sufrían de quemaduras, de múltiples contusiones y de conmoción, Pete introducía una moneda en el teléfono de la gasolinera más próxima. Marcó larga distancia.

—Déme el número de secuestros del F.B.I. —exigió—. Ya sabe, Washington D. C, sección de secuestros.

— ¡Santo cielo! —dijo la operadora—. ¿Le importa que escuche?

— ¡Déme ese número!

—Inmediatamente.

Pronto contestó una voz.

—Departamento Federal de Investigación.

—Quiero hablar con Hoover. ¿Qué? De acuerdo, de acuerdo, hablaré con usted. Escuche: esto es un caso de secuestro. De momento los tengo en conserva pero, a menos que uno de sus muchachos de la oficina local llegue pronto, no habrá un caso de secuestro..., no si los policías de la ciudad llegan primero. ¿Cómo?

Pete se calmó y explicó quién era, dónde estaba y los aspectos menos increíbles de los sucesos que habían llevado a la presente situación. El tipo del Gobierno le interrumpió cuando le pedía que se dieran prisa, y le aseguró que ya se lo estaba notificando a la oficina local.

Pete volvió junto al vehículo destrozado en el instante en que el teniente Dumbrosky salía del coche de la policía, Pete corrió hacia allí.

— ¡No lo haga, Dumbrosky! —gritó.

El policía vaciló.

— ¿Que no haga qué?

—No haga nada. El F.B.I. está en camino..., y usted se halla implicado. No lo empeore.

Señaló a los dos gorilas. Clarence estaba sentado sobre uno de ellos y apoyaba el hacha contra la espalda del otro.

—Esos pájaros ya han cantado. La ciudad va a saltar por los aires. Si se apresura, tal vez pueda tomar el avión para México.

Dumbrosky le miró.

—Se cree muy listo —dijo con aire dudoso.

—Pregúnteles. Han confesado.

Uno de los gorilas levantó la cabeza.

—Nos amenazaron —gruñó—. Deténgales, teniente. Nos insultaron.

—Adelante —dijo Pete alegremente—. Cójanos a todos... juntos. No podrá soltar a esa pareja antes de que el F.B.I. les interrogue. Tal vez pueda ir arreglando el alegato para la defensa.

— ¿Ahora? —preguntó Clarence.

Dumbrosky giró en redondo.

— ¡Suelte ese hacha!

—Haz lo que dice, Clarence. Ten la cámara dispuesta para sacar una foto en cuanto llegue el ejército.

— ¿No habrá llamado al ejército?

—Mire a sus espaldas.

Un sedán azul oscuro se detuvo suavemente y bajaron de él cuatro hombres delgados y de aire eficiente. El primero dijo: — ¿Hay aquí alguien llamado Pete Perkins?

—Yo —dijo Pete—. ¿Le importa que le abrace?

Era después de anochecido, y el aparcamiento estaba abarrotado y rebosante de ruidos. Se había levantado una tribuna para el nuevo alcalde y los distinguidos visitantes; frente a ella había una banda de música y al otro lado un gran anuncio luminoso: EL HOGAR DE GATITA. CIUDADANA HONORARIA DE NUESTRA HERMOSA CIUDAD.

En un círculo vallado, en el centro del aparcamiento, Gatita saltaba, giraba y se balanceaba. Pete estaba a un lado del círculo con Papy frente a él. En torno al círculo se hallaban los niños.

— ¿Preparados? —gritó Pete.

— ¡Preparados! —contestó Papy. Juntos Pete, Papy y los niños empezaron a tirar serpentinas hacia el centro del círculo. Gatita se retorció, recogió las cintas y fue colocándose las en torno.

— ¡Confetti! —gritó Pete. Cada uno de los niños lanzó un saquito hacia el remolino... y muy poco llegó al suelo.

— ¡Globos! —gritó Pete—. ¡Luces!

Cada uno de los niños empezó a inflar globos, todos ellos de alegres colores. En cuanto los inflaban se los lanzaban a Gatita. Los reflectores se pusieron en marcha. Gatita se transformó en un surtidor de colores, de varios pisos de altura.

— ¿Ahora? —preguntó Clarence.

— ¡Ahora!

...Y construyó una casa torcida

En todo el mundo, los americanos tienen fama de chiflados.

Por lo general ellos suelen dar motivos para tal acusación, aunque siempre señalan a California como el foco de la infección. Los californianos afirman con toda seriedad que esa mala fama se deriva únicamente de la actuación de los habitantes de Los Ángeles. Y si se apremia a éstos admiten que es cierto, pero explican a toda prisa:

—Se trata de Hollywood. No es culpa nuestra..., nosotros no lo buscamos. Hollywood empezó a crecer por casualidad.

Y a los de Hollywood no les importa, se enorgullecen en ello. Si el visitante está interesado le llevan hasta Laurel Canyon «donde se retienen a los casos violentos». Y los que viven en ese Cañón: mujeres de piernas morenas, hombres vestidos de calzón corto, Siempre ocupados en construir y reconstruir sus casas rústicas, miran con desprecio a las aburridas criaturas que viven en pisos y atesoran en sus corazones la secreta convicción de que ellos, y sólo ellos, saben vivir.

La Avenida Con Vistas a la Montaña es el nombre de un cañón lateral que sale retorciéndose de Laurel Canyon. Y en lo más alto de la Avenida, en el número 8775, enfrente de la Ermita —la original Ermita de Hollywood—, vivía Quintus Teal, arquitecto.

Incluso la arquitectura del sur de California es diferente. Los perros calientes se venden en una estructura en forma de perrito y que lleva ese nombre: «El Cachorro». Los helados surgen de un cono gigante de estuco blanco, y los anuncios en neón dicen: « ¡Adquiera el Hábito del Chile!», en los tejados de unos edificios donde es indudable que se vende dicha salsa. Bajo las alas de aviones trimotores de transporte se vende gasolina y aceite y se regalan mapas de carreteras, mientras que las habitaciones para los turistas (que se inspeccionan de hora en hora para que nada les falte) están situadas en la cabina del mismo avión. Tal vez estas cosas resulten sorprendentes o divertidas para los turistas, pero los residentes de la localidad, que caminan sin nada a la cabeza bajo el sol de California, lo toman como lo más natural.

Quintus Teal juzgaba débiles, vacilantes y tímidos los esfuerzos en arquitectura de sus colegas.

— ¿Qué es una casa? —preguntó Teal a su amigo Homer Bailey.

—Bueno... —admitió éste con cautela—, hablando en términos generales siempre he considerado una casa como un lugar en el que guarecerse de la lluvia.

— ¡Qué idiotez! Eres tan absurdo como todos ellos.

—No dije que la definición estuviera completa...

— ¿Completa? Ni siquiera vas por el buen camino. Con ese punto de vista aún seguiríamos viviendo en cuevas. Pero no te culpo —continuó Teal con aire magnánimo—. No eres peor que todos esos zopencos dedicados a la arquitectura. Incluso los Modernos..., todo lo que hicieron fue abandonar la escuela del Pastel de Boda en favor de la Escuela de la Estación de Servicio, pero de corazón son tan

conservadores y tradicionales como un tribunal del condado. ¡Neutra! ¡Schindler! ¿Qué tienen esos tipos? ¿Qué tiene Frank Lloyd Wright que no tenga yo?

—Comisiones —contestó sucintamente su amigo.

— ¿Eh? ¿Qué dices? —Teal vaciló ligeramente en plena verborrea, por dos veces trató de empezar y al fin lo consiguió—. Comisiones. De acuerdo. Y ¿por qué? Porque yo no creo que una casa tenga que ser una cueva tapizada. Porque yo la considero una máquina para vivir, un proceso vital, algo dinámico y vivo, que cambie según el estado de ánimo del que la habita..., no un ataúd de tamaño grande, estático y muerto. ¿Por qué tienen que constreñirnos los conceptos heredados de nuestros antepasados? Cualquier idiota con cierto dominio de la geometría descriptiva puede diseñar una casa del estilo corriente. ¿Acaso la geometría estática de Euclides es lo único en matemáticas? ¿Hemos de descartar por completo las teorías de Picard-Vessiot? Y ¿qué hay de los sistemas modulares? Por no mencionar las ricas sugerencias de la estereoquímica. ¿Es que no hay lugar en la arquitectura para la transformación, para la homomorfología, para las estructuras de acción?

—Que me cuelguen si lo sé —contestó Bailey—: Para lo que yo entiendo de esto, igual podrías estar hablando de la cuarta dimensión.

— ¿Y por qué no? ¿Por qué habíamos de limitarnos a la...? ¡Oye! —se interrumpió y miró a la distancia—. Homer, creo que has dado en el clavo. Después de todo ¿por qué no? Piensa en las infinitas posibilidades de la articulación y la relación en cuatro dimensiones. ¡Qué casa, qué casa...!

Se quedó inmóvil, sus ojos pálidos y salientes parpadeando pensativamente.

Bailey se adelantó y le cogió del brazo.

—Deja eso. ¿De qué diablos estás hablando? El tiempo es la cuarta dimensión, y no puedes clavar clavos en eso.

Teal se encogió de hombros, rechazándole.

—Claro, claro, el tiempo es *una* cuarta dimensión, pero yo estoy pensando en una cuarta dimensión espacial, como la longitud, la anchura y la altura. Nada mejor para la economía de materiales y la conveniencia de la disposición. Por no decir nada del ahorro del terreno... Se podría construir una casa de ocho habitaciones en el solar que ocupa ahora una casa de una sola habitación. Como un tesseracto.

— ¿Qué es un tesseracto?

— ¿Es que no fuiste a la escuela? Un tesseracto es un hipercubo, una figura cuadrada con cuatro dimensiones, como un cubo tiene tres y un cuadrado tiene dos. Mira, te lo demostraré.

Teal corrió a la cocina de su apartamento y volvió con una caja de palillos que derramó sobre la mesa, apartando a un lado los vasos y la botella de ginebra Holland casi vacía.

—Necesito plastilina. Tenía un poco por aquí la semana pasada. —Rebuscó en un cajón de su mesa de trabajo cubierta de papeles, en un ángulo del comedor, y encontró un poco de arcilla de modelar—. Aquí está.

— ¿Qué vas a hacer?

—Te lo demostraré.

Teal tomó a toda prisa unas cuantas pellas de barro y las redujo a unas bolitas tan pequeñas como guisantes. Pegó cuatro de ellas a unos palillos y los unió en un cuadrado.

—Mira. Ahí hay un cuadrado.

—Desde luego.

—Otro como éste, cuatro palillos más, y tendremos un cubo.

Los palillos estaban dispuestos ahora como una caja cuadrada, un cubo, las bolitas de barro uniendo las esquinas.

—Ahora hacemos otro cubo como el primero y con eso tenemos ya dos lados del tesseracto.

Bailey le ayudó a confeccionar las bolitas de arcilla para el segundo cubo, pero se distrajo con la sensación sensual de aquella materia tan dúctil y empezó a esculpir por su cuenta.

—Mira —dijo levantando en alto su esfuerzo, una figura diminuta—. La gitana Rosa.

—Más bien parece Gargantúa; buena compañera para ti. Ahora presta atención. Abres un ángulo del primer cubo, engranas el segundo cubo en ese ángulo y luego lo cierras. Entonces coges ocho palillos más y unes el fondo del primer cubo con el fondo del segundo, de sesgo, y la parte superior del primero con la parte superior del segundo del mismo modo.

Lo hizo rápidamente mientras hablaba.

—Y ¿qué se supone que es eso? —preguntó Bailey con aire suspicaz. —Un tesseracto, ocho cubos que forman los lados de un hipercubo de cuatro dimensiones.

—A mí me parece más una pelea de gatos. De todas formas ahí sólo tienes dos cubos. ¿Dónde están los otros seis?

—Utiliza la imaginación, hombre. Considera la parte superior del primer cubo en relación con la parte superior del segundo; ése es el cubo número tres. Luego los dos fondos cuadrados, luego las caras frontales de cada cubo, las caras posteriores, la cara de la derecha, la de la izquierda..., ocho cubos —los iba señalando.

—Ya. Los veo. Pero siguen sin ser cubos, son..., ¿cómo se dice?..., prismas. Ésos no son cuadrados. Están sesgados.

—Eso es porque tú los miras así, en perspectiva. Si dibujaras un cubo en un papel, los lados cuadrados estarían inclinados, ¿verdad? Eso es perspectiva. Cuando se mira una figura cuatridimensional en tres dimensiones, por supuesto que parece torcida. Sin embargo, todos siguen siendo cubos.

—Tal vez lo sean para ti, amigo, pero a mí me parecen torcidos.

Teal ignoró las objeciones y continuó:

—Ahora considera todo esto como la estructura de una casa de ocho habitaciones. Tenemos una en la planta baja, para la entrada, servicios y garaje. Luego hay seis habitaciones que salen de ella en el piso siguiente, salón, comedor, baño, dormitorios, etcétera, y finalmente en la parte superior, completamente independiente y con ventanas en los cuatro lados, está tu estudio. ¡EA!, ¿qué te parece?

—Me parece que tienes la bañera colgando en el techo del salón. Esas habitaciones están tan entrelazadas unas con otras como las patas de un pulpo.

—Sólo en perspectiva, sólo en perspectiva. Mira, lo haré de otro modo para que puedas verlo.

Esta vez Teal hizo un cubo de palillos, luego hizo otro con mitades de palillos y lo fijó exactamente en el centro del primero, uniendo los ángulos del cubo más pequeño al grande con trocitos de palillo.

—Ahora el cubo grande es la planta baja, el pequeño cubo en el interior es tu estudio en el piso superior, los seis cubos que los unen son las habitaciones, ¿lo ves?

Bailey estudió la figura y luego meneó la cabeza.

—Yo sigo viendo sólo dos cubos, el grande y el pequeño. Los otros seis parecen pirámides ahora, en vez de prismas, pero desde luego no son cubos.

—Claro, claro, ahora lo ves con una perspectiva distinta, ¿no lo comprendes?

—Bueno, quizá. Pero esa habitación en el interior... Está completamente rodeada por esos como se llamen. Creí entender que tenía ventanas en los cuatro lados.

—Y las tiene..., sólo que parece como si estuviera rodeada. Ese es el rasgo principal de la casa que es un tesseracto: una total exposición exterior para cada habitación, sin embargo cada muro sirve para dos habitaciones, y una casa de ocho habitaciones no exige más que el solar de una casa de una habitación. Es revolucionario.

—Eso por decirlo suavemente. Tú estás chiflado, amigo. No se puede construir una casa así. Esa habitación interior está en el interior y ahí se quedará.

Teal le miró tratando de controlar su exasperación.

—Los tipos como tú son los que mantienen la arquitectura en la infancia. ¿Cuántos lados cuadrados tiene un cubo?

—Seis.

—¿Cuántos de ellos son interiores?

—Bueno, ninguno de ellos. Todos están en el exterior.

—De acuerdo. Ahora escucha: un tesseracto tiene ocho lados cúbicos..., *todos en el exterior*. Obsérvame. Voy a abrir este tesseracto como puede abrirse una caja cúbica de cartón hasta que quede plana. De ese modo verás los ocho cubos.

Trabajando con toda rapidez construyó cuatro cubos, apilándolos uno sobre otro en una torre vacilante. Luego construyó cuatro cubos más que se proyectaban de las cuatro caras exteriores del segundo cubo de la pila. La estructura vaciló un poco debido a las uniones tan débiles de las bolitas de barro, pero se mantuvo: ocho cubos en una cruz invertida, una cruz doble, ya que los cuatro cubos adicionales salían en cuatro direcciones diferentes.

—¿Lo ves ahora? Se apoya en la habitación de la planta baja, los siguientes seis cubos son las habitaciones para vivir, y ahí está tu estudio, en la parte superior.

Bailey miró esta figura con más aprobación.

—Por lo menos puedo entenderlo, ¿Dices que esto es un tesseracto también?

—Esto es un tesseracto desarrollado en tres dimensiones. Para reunirlo de nuevo se une el cubo superior bajo el cubo inferior, se doblan estos cubos laterales hasta que se unen al superior, y ya está. Todo esto se hace plegándolo merced a una cuarta • dimensión, por supuesto, sin distorsionar ninguno de los cubos ni doblar uno dentro de otro.

Bailey estudió aquella estructura vacilante.

—Mira —dijo por fin—, ¿por qué no abandonas la idea de doblar todo esto con una cuarta dimensión, de todas formas imposible, y construyes una casa así?

—¿Cómo que es imposible? Se trata de un sencillo problema matemático...

—Calma, calma, amigo. Será muy sencillo en matemáticas, pero jamás conseguirías que te aprobaran esos planos para la construcción. No hay cuarta dimensión, olvídale. Ahora bien, esta clase de casa... podría tener algunas ventajas.

Más controlado, Teal estudió el modelo.

—Hum..., tal vez tengas razón. Podríamos contar con el mismo número de habitaciones y ahorrar la misma cantidad de terreno.

Sí, y esa cruz central podría orientarse hacia nordeste, sudoeste, etcétera, de modo que cada habitación recibiera la luz del sol a lo largo de todo el día. Ese eje central está muy bien dispuesto para la calefacción central. Pondremos el comedor hacia el nordeste y la cocina al sudoeste, con grandes ventanales en todas las habitaciones. De acuerdo, Homer. ¡La haré! ¿Cuándo quieres que te la construya?

— ¡Un momento! ¡Un momento! Yo no dije que fueras a construirla para mí.

—Pues claro que sí. ¿Para quién si no? Tu esposa quiere una casa nueva. Ahí la tienes.

—Pero mi esposa quiere una casa estilo georgiano.

—Eso no es más que una idea suya. Las mujeres no saben lo que quieren.

—Mi esposa sí lo sabe.

—No es más que la idea que le ha metido en la cabeza un arquitecto anticuado. Ella conduce un coche nuevo, ¿no es verdad? Y viste a la última moda..., pues ¿por qué habría de vivir en una casa del siglo dieciocho? Esta casa será incluso más moderna que el modelo de este año, es una casa del futuro. Será la comidilla de la ciudad.

—Bien..., tendré que hablar con ella.

—Nada de eso. Le daremos una sorpresa, Toma otra copa.

—De todas formas no podemos hacerlo ahora. Mi esposa y yo nos vamos mañana a Bakersfield. La compañía inaugura un par de pozos.

—Bobadas. Ésa es precisamente la oportunidad que necesitamos. Será una sorpresa para cuando volváis. Fírmame ahora mismo un cheque y tus preocupaciones han terminado.

—No debería hacer una cosa así sin consultarle. A ella no le gustará.

— ¡Eh!, de todas formas, ¿quién lleva los pantalones en tu casa?

El cheque se firmó hacia la mitad de la segunda botella.

Las cosas se hacen con rapidez en el sur de California. Las casas corrientes suelen construirse en un mes. Debido al entusiasmo apasionado de Teal, aquel tesseracto fue alzándose vacilante hacia el cielo no ya en semanas sino en días, y el segundo piso en forma de cruz empezó a proyectarse hacia los cuatro rincones del mundo. Con respecto a estas habitaciones salientes tuvo al principio ciertos problemas con los inspectores, pero utilizando soportes extraordinariamente resistentes y repartiendo dinero pudo convencerles de la solidez de aquella obra de ingeniería.

Según establecieron de antemano, Teal detuvo su coche ante la residencia de los Bailey, al día siguiente de su regreso a la ciudad. Se lanzó a improvisar con su claxon de dos notas; Bailey asomó la cabeza por la puerta principal.

— ¿Por qué no tocas el timbre?

—Demasiado lento —contestó Teal con animación—. Yo soy un hombre de acción. ¿Está dispuesta tu esposa? ¡Ah, aquí está! ¡Bienvenida! ¡Bienvenida al hogar! ¿Sabe que tenemos una sorpresa para usted?

—Ya conoces a Teal —dijo Bailey, algo incómodo. La señora Bailey hizo un gesto despectivo.

—Le conozco. Iremos en nuestro propio coche, Homer.

—Desde luego, cariño.

—Buena idea —asintió Teal—. Es más potente que el mío, así que llegaremos antes. Yo conduciré, conozco el camino.

Le arrebató las llaves a Bailey, se metió en el asiento del conductor y puso el motor en marcha antes de que la señora Bailey pudiera reaccionar.

—No debe preocuparse por mi modo de conducir —le aseguró Teal volviendo la cabeza mientras lanzaba el potente coche avenida abajo y se introducía en el tráfico de Sunset Boulevard—. Todo es cuestión de energía y de control, un proceso dinámico, y eso es precisamente lo mío... Jamás he tenido un accidente grave.

—No tendrá más que uno —dijo ella mordazmente—. ¿Quiere prestar más atención en el tráfico, por favor?

Trató él de explicarle que la buena conducción no era cuestión de vista sino de la integración intuitiva de cursos, velocidades y probabilidades, pero Bailey le cortó en seco.

— ¿Dónde está la casa, Quintus?

— ¿La casa? —preguntó la señora Bailey con suspicacia—. ¿Qué dices de una casa, Homer? ¿Has hecho algo sin consultarme?

Intervino Teal con sus mejores modales diplomáticos.

—Desde luego es una casa, señora Bailey. ¡Y qué casa! Una sorpresa para usted, de un marido devoto. Espere a verla y...

—Ya lo creo que la veré —dijo secamente—. ¿De qué estilo es?

—Esta casa crea un nuevo estilo. Es más moderna que la televisión, más moderna que la próxima semana. Hay que verla para apreciarla. A propósito —continuó a toda prisa para evitar cualquier interrupción—. ¿Advirtieron ustedes el terremoto de anoche?

— ¿Terremoto? ¿Qué terremoto? Homer, ¿es que hubo un terremoto?

—Sólo uno muy pequeño —continuó Teal—, hacia las dos de la madrugada. Si yo no hubiera estado despierto, tampoco lo habría notado.

La señora Bailey tembló:

— ¡Oh, qué región tan espantosa! ¿Pero tú oyes, Homer? Podíamos haber muerto en la cama, y sin enterarnos siquiera. ¿Por qué te permití que me persuadieras de dejar Iowa?

—Pero, cariño —protestó él con aire de impotencia—, si fuiste tú la que quisiste venir a California. No te gustaba Des Moines.

—No hay por qué volver a hablar de eso —dijo ella con firmeza—. Tú eres el hombre, y tenías que haber previsto estas cosas. ¡Terremotos!

—Mire, eso es algo que no tiene usted que temer en su nueva casa, señora Bailey —le dijo Teal—. Está a prueba de terremotos; cada una de sus partes está en perfecto equilibrio dinámico con todas las demás.

—Bien, eso espero. ¿Dónde está esa casa?

—Justo al dar la vuelta a esta curva. Ahí tiene el anuncio.

Una enorme flecha señalaba uno de esos anuncios que proclamaba con letras excesivamente grandes y brillantes incluso para el sur de California:

¡LA CASA DEL FUTURO!
COLOSAL... SORPRENDENTE... REVOLUCIONARIA
¡Vea cómo vivirán sus nietos!
Q. Teal, arquitecto

—Por supuesto, quitaremos eso en cuanto ustedes tomen posesión —añadió apresuradamente al observar su expresión.

Pasada la curva detuvo bruscamente el coche ante la casa del futuro.

—Voilà!

Y escudriñó sus rostros buscando la respuesta.

Bailey miraba en torno con incredulidad y su esposa con manifiesto disgusto. Veían una simple masa cúbica, con puertas y ventanas pero sin más rasgos arquitectónicos que unos motivos decorativos de complicados diseños matemáticos.

—Teal —preguntó lentamente Bailey—, ¿qué te propones?

Teal esquivó la mirada de sus amigos y se volvió también hacia la casa. Había desaparecido la absurda torre de la que se proyectaban las habitaciones a la altura del segundo piso. Nada quedaba de las siete habitaciones construidas sobre la planta baja. Nada quedaba a excepción de la única que se apoyaba en los fundamentos.

— ¡Santo cielo! —chilló—. ¡Me han robado!

Y echó a correr.

Pero no le sirvió de nada. Ya la examinara por delante o por detrás, la casa era la misma: las otras siete habitaciones habían desaparecido, se habían desvanecido por completo. Bailey le alcanzó y le cogió del brazo.

—Expílicate. ¿Qué significa eso de que te han robado? ¿Cómo explicas semejante engendro? Esto no es lo que acordamos.

— ¡Pero yo no lo hice así! Construí lo que teníamos planeado, una casa de ocho habitaciones en forma de un tesseracto desarrollado. Pero me han saboteado, ¡eso es! ¡Y por envidia! Los otros arquitectos de la ciudad no se han atrevido a dejarme terminar el trabajo. Sabían que ya no los contrataría nadie si yo tenía éxito.

— ¿Cuándo estuviste aquí por última vez?

—Ayer tarde.

— ¿Y todo estaba bien entonces?

—Sí. Los jardineros estaban terminando su tarea.

Bailey miró en torno, el paisaje impecablemente terminado.

—No comprendo que puedan desmantelar siete habitaciones, llevándoselas en una sola noche y sin estropear el jardín.

Teal miró en torno también.

—No me lo parece. No lo entiendo.

La señora Bailey se reunió con ellos.

—Bueno, ¿es que se han olvidado de mí? Ya que estamos aquí podemos examinarla, aunque te lo aviso, Homer: no va a gustarme.

—Sí, claro —asintió Teal sacando del bolsillo una llave con la que abrió la puerta principal—. A lo mejor encontramos algunas pistas.

El vestíbulo de entrada estaba en perfecto orden, los muros corredizos que lo separaban del garaje estaban retirados y permitían ver todo el compartimiento.

—Esto parece estar bien —observó Bailey—. Subamos al tejado a ver si averiguamos lo sucedido. ¿Dónde está la escalera? ¿Es que se la han llevado también?

— ¡Oh, no! —denegó Teal—. Mira... —apretó un botón bajo el conmutador de la luz; un panel se corrió en el techo y de allí descendió sin el menor ruido un tramo de escalones ligeros y elegantes. La estructura era de duraluminio, los escalones de plástico transparente. Teal rió como un niño que ha realizado con éxito un truco de magia, mientras la señora Bailey se deshelaba perceptiblemente.

Era hermoso.

—Encantador —admitió Bailey—. Sin embargo no parece que suba a ninguna parte.

— ¡Oh, eso...! —Teal siguió su mirada—. Esa trampilla se levanta sola en cuanto uno llega a la parte superior. El hueco de una escalera resulta ya un anacronismo. Vamos.

Según predijera, el techo que remataba la escalera fue corriéndose ante ellos mientras subían, lo que les permitió cruzar el umbral, aunque no, como habían creído, para salir al tejado sobre la única habitación. Se encontraron en el centro de una de las cinco habitaciones que constituían el segundo piso de la estructura original.

Por primera vez en su vida, Teal no supo qué decir. Bailey le imitó, mordiendo el cigarro. Todo estaba en perfecto orden. Ante ellos, a través de las puertas abiertas y unas particiones transparentes, estaba la cocina con todos los electrodomésticos más modernos, todo metálico, un mostrador impecable, luces ocultas, disposiciones funcionales. A la izquierda el comedor, formal y a la vez gracioso y hospitalario, aguardaba a los invitados, los muebles dispuestos como para una exposición.

Aun antes de volver la cabeza, Teal tuvo la seguridad de que el salón y el despacho habrían cobrado también vida, sustancial e imposible.

—Bien, debo admitir que todo esto es encantador —aprobó la señora Bailey—, y que la cocina resulta incluso «demasiado» linda, para expresarlo con palabras..., aunque desde el exterior jamás habría adivinado que hubiera tanto sitio en el segundo piso de esta casa. Claro que habrá que hacer algunos cambios. Este escritorio... si lo corriéramos allá y pusiéramos aquí el sofá...

—Espera, Matilda —interrumpió Bailey bruscamente—. ¿Cómo lo explicas, Teal?

— ¡Vaya, Homer Bailey! La misma idea de...

—Cállate, dije. Bien, Teal, habla.

El arquitecto vagaba de un lado a otro.

—Casi temo decirlo. Subamos arriba del todo.

— ¿Cómo?

—Así.

Tocó otro botón. Otra escalera de tonos más oscuros, pero gemela de aquel puente ligero que les permitiera ascender desde la planta baja, les ofrecía acceso al siguiente piso. Subieron por ella, la señora Bailey sin dejar de hablar, y se encontraron en el dormitorio principal. Las cortinas estaban corridas, como también lo estuvieran en el piso inferior, pero la luz se encendió automáticamente. Teal activó inmediatamente el conmutador que puso en movimiento otro tramo de escaleras y subieron a toda prisa al estudio del último piso.

—Oye, Teal —sugirió Bailey cuando hubo recuperado el aliento—. ¿Podemos salir al tejado desde esta habitación? Así podríamos examinar el exterior en torno.

—Pues claro, es una plataforma observatorio.

Subieron el cuarto tramo de escaleras, pero cuando cruzaron la trampilla del techo se encontraron no sobre el tejado, *sino en la habitación de la planta baja por donde habían entrado en la casa.*

El rostro de Homer Bailey se volvió de un gris ceniciento.

— ¡Ángeles del cielo! —gritó—. Este lugar está embrujado. Vamos, salgamos de aquí.

Cogiendo del brazo a su esposa abrió de par en par la puerta principal y se lanzó hacia fuera.

Teal estaba demasiado preocupado para molestarse por esa huida. Había una respuesta a todo esto, una respuesta en la que no podía creer. Pero se vio forzado a

interrumpir sus elucubraciones debido a unos gritos roncós que le llegaban de alguna parte sobre su cabeza. Hizo bajar la escalera y corrió hacia arriba. Bailey estaba en la habitación central inclinado sobre la señora Bailey, que se había desmayado. Teal se dirigió al bar situado en el ángulo y sirvió tres dedos de coñac en una copa que entregó a Bailey.

—Toma, dáselo.

Bailey se lo bebió.

—Era para la señora Bailey —dijo Teal.

—No me discutas —gruñó Bailey—, y tráele otro.

Teal tuvo la precaución de servirse también uno antes de volver con una dosis bien calculada para la esposa de su cliente. Llegó junto a ella en el instante en que abría los ojos.

—Tome, señora Bailey —dijo suavemente—. Esto hará que se sienta mejor.

—Jamás tomo alcohol —protestó, pero se lo bebió de un trago.

—Ahora díganme qué pasó —sugirió Teal—. Pensé que se habían ido los dos.

—Y nos fuimos... Salimos por la puerta principal y nos encontramos aquí, en el salón.

— ¡No me digan! Bien, esperen un minuto.

Teal fue al vestíbulo y descubrió que el gran ventanal, a un extremo de la habitación, estaba abierto. Miró con cautela a través de él. No se veía la campiña de California sino la habitación del piso bajo..., o un facsímil del mismo. No dijo nada. Regresó a la escalera por la que había subido y que dejara abierta y miró por ella. La habitación del piso bajo estaba en su sitio. Sin saber cómo, aquello se las había arreglado para estar en dos lugares diferentes a la vez, y en dos niveles distintos.

Volvió a la habitación central y se sentó frente a Bailey en un sillón bajo y profundo, mirándole por encima de sus rodillas huesudas.

—Homer —dijo inexpresivamente—. ¿Sabes lo que ha sucedido?

—No, pero si no lo averiguo pronto, algo más sucederá.

—Homer, esto es una vindicación de mis teorías. Esta casa es un auténtico tesseracto.

— ¿De qué habla, Homer? —intervino la señora Bailey.

—Espera, Matilda. Vamos, Teal, ¡eso es ridículo! Aquí nos has hecho unos cuantos trucos y eso no lo aguanto. Le has dado a mi esposa un susto de muerte, y a mí me has puesto nervioso. Todo lo que quiero es salir de aquí, sin más trampas en el techo ni bromas pesadas.

—No quieras hablar por mí, Homer —le interrumpió la señora Bailey—. Yo no me he asustado, tan sólo me sentí mareada por un momento. Es el corazón; en mi familia todos estamos delicados y somos muy impresionables. Ahora, eso del tesse..., explíquese, señor Teal. Hable.

Él le explicó su teoría sobre la casa todo lo mejor que pudo, con sus frecuentes interrupciones.

—Tal como yo lo entiendo, señora Bailey —terminó—, esta casa, aunque perfectamente estable en tres dimensiones, no lo es en cuatro dimensiones. Yo construí una casa en forma de tesseracto desarrollado, pero algo sucedió, como si la empujaran por un lado, y se cerró en su forma normal..., se plegó sobre sí mismo.

—De pronto chasqueó los dedos—. ¡Ya lo tengo! ¡El terremoto!

— ¿El terremoto?

—Sí, sí, el pequeño temblor de tierra que sufrimos la noche pasada. Desde un punto de vista cuatridimensional, esta casa era como un plano en equilibrio sobre

uno de sus bordes. Un pequeño empujón y se cayó, se plegó sobre sí misma por sus uniones naturales y se convirtió en una figura cuatridimensional estable.

—Y tú que presumías de lo segura que era esta casa.

—Y es segura..., en tres dimensiones.

—No diría yo que una casa es segura si se pliega al menor temblor de tierra —comentó Bailey furioso.

— ¡Pero mira a tu alrededor, nombre! —protestó Teal—. Nada se ha estropeado, ni siquiera se ha roto un vaso. La rotación a través de una cuarta dimensión no puede afectar a una figura tridimensional, lo mismo que no puedes hacer saltar las letras por mucho que agites un papel impreso. Si hubieras dormido aquí anoche, ni te habrías despertado.

—Eso es lo que me da miedo, precisamente. Y a propósito, ¿has pensado ya el truco para sacarnos de esta trampa?

— ¿Cómo? ¡Oh, sí! Ustedes empezaron a salir y aterrizaron aquí de nuevo, ¿no? No habrá problemas. Si entramos, luego podremos salir. Lo intentaré.

Antes de terminar de hablar estaba ya en pie y bajando las escaleras a toda prisa. Abrió de par en par la puerta principal, dio un paso y se encontró cara a cara a sus amigos en el segundo piso.

—Bien, parece que hay un pequeño problema —dijo con calma—, un simple problema técnico..., pero siempre podemos salir por una ventana.

Corrió los largos cortinajes que cubrían las ventanas del vestíbulo superior. Y de pronto se detuvo.

—Vaya, esto es interesante..., muy interesante —dijo.

— ¿Qué ocurre? —preguntó Bailey acercándose a él.

—Esto.

La ventana daba directamente al comedor, en vez de al exterior. Bailey volvió al punto en que el vestíbulo superior y el comedor se unían con la habitación central, en ángulo recto.

—Pero eso no puede ser —protestó—. Esa ventana queda situada a unos cincuenta o sesenta metros del comedor.

—No en un tesseracto —le corrigió Teal—. Observa.

Abrió la ventana y paseó por ella, hablando por encima del hombro mientras lo hacía.

Desde el punto de vista de los Bailey, Teal simplemente desapareció.

Pero no desde su propio punto de vista. Tardó algunos segundos en recuperar el aliento. Luego se desprendió con cautela del rosal en el que había venido a caer y tomando mentalmente buena nota de no volver a encargarse de un paisaje que incluyera plantas con espinas. Miró en torno. Estaba fuera de la casa. La masa impresionante de la habitación de la planta baja se alzaba ante él. Al parecer había caído del tejado.

Regresó corriendo a la casa, abrió de par en par la puerta principal y se lanzó escaleras arriba.

— ¡Homer! —gritó—. ¡Señora Bailey! ¡Encontré la salida!

Bailey pareció más enojado que satisfecho de verle.

— ¿Qué te ocurrió?

—Caí fuera. He estado fuera de la casa. Ustedes pueden hacer lo mismo..., sólo tienen que saltar por esos ventanales, Pero tengan cuidado con el rosal..., tal vez tengamos que construir otra escalera.

— ¿Cómo volviste a entrar?

—Por la puerta principal.

—Entonces saldremos por allí. Vamos, cariño.

Bailey se caló el sombrero y bajó las escaleras del brazo de su esposa.

Teal se reunió de nuevo con ellos en el vestíbulo superior.

—Podía haberte pronosticado que no resultaría —declaró—. Ahora atención a lo que tenemos que hacer. Tal como yo lo entiendo, en una figura cuatridimensional el hombre tridimensional tiene dos elecciones cada vez que cruza una línea de unión, como un muro o un umbral. Por lo general hará un giro en ángulo recto a través de la cuarta dimensión, sólo que con sus tres dimensiones él no lo advertirá. Miren. —Cruzó la misma ventana por la que había caído un momento antes. Salió por ella y llegó al comedor, donde se detuvo sin dejar de hablar—. Me fijé en el punto al que iba a ir y llegué donde me proponía. —Volvió a entrar en el vestíbulo—. La vez anterior no me fijé y pasé a través del espacio normal hasta caer fuera de la casa. Debe tratarse de orientación inconsciente.

—Pues me niego a depender de la orientación inconsciente.

—No hará falta, será algo automático. Y ahora para salir de la casa... Señora Bailey, si quiere ponerse aquí, de espaldas a la ventana, y saltar hacia atrás, estoy seguro de que aterrizará en el jardín.

El rostro de la señora Bailey expresó su opinión acerca de Teal y de sus ideas.

—Homer Bailey —dijo con voz aguda—, ¿vas a quedarte ahí y dejarle que me sugiera...?

—Pero, señora Bailey —intentó explicar Teal—, podemos atarle una cuerda y bajarla.

—Olvidalo, Teal —le interrumpió bruscamente Bailey—. Debemos encontrar otro modo mejor. Ni mi esposa ni yo estamos dispuestos a saltar.

Teal se sintió momentáneamente enojado y a esto siguió un breve silencio. Bailey lo rompió con un:

— ¿No has oído eso, Teal?

— ¿Oír qué?

—Alguien hablando en la distancia. ¿Crees que puede haber alguien más en la casa que nos está gastando una broma?

— ¡Oh, eso es imposible! Yo tengo la única llave.

—Pues yo también estoy segura —confirmó la señora Bailey—. Los he oído desde que entramos. Voces. Homer, ya no puedo soportar más. Haz algo.

—Vamos, vamos, señora Bailey —le tranquilizó Teal—, no se preocupe. No puede haber nadie más en la casa, pero la exploraré y me aseguraré. Homer, quédate aquí con tu esposa y vigila las habitaciones de este piso.

Pasó del salón a la habitación de la planta baja, y de allí a la cocina, y luego al dormitorio. Éste le volvió al salón por una ruta en línea recta, es decir, siguiendo en línea recta todo el viaje volvió al lugar del que había partido.

—No hay nadie por ahí —informó—. Abrí todas las puertas y ventanas al pasar..., excepto ésta.

Se adelantó hacia la ventana opuesta a aquella por la que cayera recientemente y corrió los cortinajes.

Vio a un hombre de espaldas a él, a cuatro habitaciones de distancia. Abrió de un tirón el ventanal y lo cruzó chillando:

— ¡Ahí va! ¡Al ladrón!

Evidentemente, aquella figura le oyó, porque huyó precipitadamente. Teal le persiguió, todos sus miembros unánimemente activos, a través del salón, la cocina,

el comedor, el salón, habitación tras habitación. Sin embargo, a pesar de sus improbables esfuerzos, no parecía acortar la distancia de cuatro habitaciones que el otro le llevaba de ventaja.

Vio que el perseguido saltaba torpemente pero sin vacilación sobre el alféizar bajo de un ventanal, y que al hacerlo perdía el sombrero. Cuando Teal llegó al punto en que el sombrero cayera, se detuvo y lo recogió, contento de esa excusa para detenerse y recuperar el aliento. Se hallaba de regreso en la habitación central.

—Temo que se me ha escapado —admitió—. De todas formas aquí está su sombrero. Tal vez podamos identificarle.

Bailey cogió el sombrero, lo miró; luego gruñó despectivamente y se lo colocó a Teal en la cabeza. Le encajaba perfectamente. Con aire desconcertado, Teal se quitó el sombrero y lo examinó. En la tira manchada de sudor estaban las iniciales Q. T. Era el suyo.

La comprensión de lo sucedido fue reflejándose lentamente en el rostro de Teal. Volvió al ventanal y miró la serie de habitaciones por las que había perseguido al misterioso desconocido. Le vieron agitar los brazos.

— ¿Qué haces?

—Vengan a verlo.

Los dos se unieron a él y miraron donde Teal les indicaba. Cuatro habitaciones más allá vieron de espaldas a tres figuras, dos hombres y una mujer. El más alto y delgado de los hombres agitaba los brazos estúpidamente.

La señora Bailey chilló y se desmayó de nuevo.

Minutos más tarde, una vez la señora Bailey volvió en sí y se encontró recuperada, Bailey y Teal se hicieron cargo de la situación.

—Teal —dijo aquél—, ya no voy a perder más tiempo echándote la culpa; las recriminaciones son inútiles, y estoy seguro que tú no planeabas que sucediera esto, pero tienes que comprender que estamos en un apuro muy grave. ¿Cómo vamos a salir? Parece que tendremos que quedarnos aquí hasta morirnos de hambre. Cada habitación lleva a otra.

— ¡Oh, no es tan grave! Yo salí una vez, ya sabes.

—Sí, pero no puedes repetirlo. Lo intentaste.

—De todas formas no hemos probado todas las habitaciones. Aún queda el estudio.

—Sí, claro, el estudio. Ya pasamos por allí cuando entramos sin detenernos. ¿Crees que podremos salir por sus ventanas?

—No te hagas demasiadas ilusiones. Matemáticamente tiene que dar a las cuatro habitaciones de este piso. Sin embargo no hemos abierto esas ventanas, tal vez deberíamos intentarlo.

—De todas formas no puede hacernos daño. Cariño, creo que sería mejor que te quedaras aquí y descansaras...

— ¿Quedarme sola en este lugar horrible? ¡Ni lo pienses!

Antes de terminar de hablar, la señora Bailey se había levantado ya del sillón en que se recuperara del desmayo.

Subieron al otro piso.

—Ésta es la habitación interior, ¿verdad, Teal? —preguntó Bailey mientras cruzaban el dormitorio principal y subían hacia el estudio—. Quiero decir que era el

cubo pequeño en aquel diagrama, el que estaba en el centro del gran cubo y completamente rodeado.

—Eso es —asintió Teal—. Bien, echemos una mirada. Me figuro que la ventana da a la cocina.

Cogió la cuerda de la persiana y tiró de ella.

Pero no. Una horrible sensación de vértigo se apoderó de ellos. Involuntariamente se echaron al suelo agarrándose desesperadamente al borde de la alfombra para no caer.

— ¡Ciérrala! ¡Ciérrala! —gimió Bailey.

Dominando en parte un temor atávico y primitivo, Teal consiguió volver a la ventana y bajar de nuevo la persiana. La ventana daba hacia abajo, y no hacia fuera, y además desde una altura terrorífica.

La señora Bailey se desmayó de nuevo.

Teal volvió con más coñac mientras Bailey le frotaba las muñecas. Cuando recobró el sentido, Teal fue con cautela a la ventana y alzó la persiana unos centímetros. De rodillas aún, estudió la escena. Se volvió a Bailey.

—Mira esto, Homer. A ver si lo reconoces.

—Homer Bailey, ¡no te atrevas a acercarte ahí!

—Espera, Matilda, tendré cuidado.

Bailey se unió a él y miró cuidadosamente al exterior.

— ¿Lo ves? Es el Edificio Chrysler, tan seguro como que yo soy Teal. Y ahí está el East River, y Brooklyn.

Miraban directamente hacia abajo desde lo alto de la fachada de un edificio extraordinariamente alto. A cierta distancia, una ciudad que parecía de juguete, pero que era real, se extendía ante ellos.

—Me figuro que estamos mirando desde lo alto del Empire State Building, desde algún punto por encima de su torre.

— ¿Qué es esto? ¿Un espejismo?

—No lo creo. Es demasiado perfecto. Creo que el espacio se ha plegado también a través de la cuarta dimensión y que estamos mirando por encima de él.

— ¿No lo estamos viendo en realidad?

—Ya lo creo que lo vemos, No sé qué sucedería si saltáramos por esta ventana, pero personalmente no deseo probarlo. Sin embargo, ¡qué vista, muchacho, qué vista! Probemos las otras ventanas.

Se aproximaron a la ventana siguiente con más cautela, por suerte para ellos, pues aquello era aún más desconcertante, más capaz de hacerles perder la razón que la vista desde la terrible altura de un rascacielos. Era un simple paisaje marino, el mar abierto y el cielo azul, pero el océano estaba donde debía estar el cielo, y al revés. Esta vez estaban bastante predisuestos, pero los dos se sintieron vencidos por el mareo a la vista de las olas rompiendo por encima de su cabeza. Bajaron la persiana rápidamente, sin que la señora Bailey tuviera oportunidad de preocuparse por ello.

Teal miró la tercera ventana.

— ¿Vamos a probarla, Homer?

—Bueno..., no quedaremos satisfechos si no lo hacemos. Con cuidado.

Teal alzó la persiana algunos centímetros. No vio nada. La levantó un poco más..., todavía nada. Lentamente la subió hasta que toda la ventana quedó abierta. Y miraron a... la nada.

Nada, nada en absoluto. ¿De qué color es la nada? ¡Qué idiotez! ¿De qué forma es? La forma es un atributo de *algo*. Aquello no tenía profundidad, ni forma. Ni siquiera negrura. Era la *nada*.

Bailey mordía el cigarro.

—Teal, ¿qué deduces de todo esto?

La indiferencia y seguridad de Teal estaban ahora realmente agitadas.

—No lo sé, Homer, en verdad que no lo sé. Pero supongo que sería mejor condenar esa ventana, —Contempló por un instante la persiana ya bajada—. Creo que tal vez hemos mirado a un lugar donde *no existe* el espacio. Miramos en torno a un ángulo cuatridimensional y en el que no hay nada. —Se frotó los ojos—. Tengo jaqueca.

Esperaron un momento antes de probar la cuarta ventana. Como una carta aún sin abrir, tal vez no contuviera malas noticias. La duda les permitía abrigar esperanzas. Finalmente la tensión les resultó abrumadora y Bailey tiró personalmente del cordón, a pesar de las protestas de su esposa.

No era tan malo. Un paisaje se extendía ante ellos, y además en forma correcta, y a tal nivel que el estudio parecía hallarse en la planta baja. Pero indudablemente no era muy acogedor.

Un sol ardiente caía de plano desde un cielo de color limón. El terreno parecía abrasado, de un tono oscuro, estéril e incapaz de tener vida. Pero sí había vida, árboles extraños y achaparrados que alzaban sus brazos retorcidos al cielo, "y unas cuantas hojas espinosas crecían al extremo de aquellas ramas de formas extrañas.

— ¡Santo cielo! —suspiró Bailey—. ¿Qué lugar es ése?

Teal meneó la cabeza con mirada preocupada.

—Ni la menor idea.

—No parece un lugar de la Tierra. Se diría más bien de otro planeta. Marte, quizá.

—No podría decirlo. Pero, ¿sabes una cosa, Homer?, podría ser algo peor que eso, peor que otro planeta, quiero decir.

— ¿Cómo? ¿Qué insinúas?

—Podría estar totalmente fuera del espacio. No estoy seguro en absoluto de que ése sea nuestro sol. Parece demasiado brillante.

La señora Bailey se unió tímidamente a ellos y ahora miraba la tan absurda escena.

—Homer —murmuró en voz muy baja—, esos árboles tan horribles... me aterran.

Él le golpeó suavemente la mano.

Teal trataba de abrir la ventana.

— ¿Qué haces? —rugió Bailey.

—Pensé que si sacaba la cabeza por la ventana podría mirar en torno y averiguar algo más.

—Bien, de acuerdo —gruñó Bailey—. Pero ten cuidado.

—Lo tendré. —Abrió apenas una rajita y olió el aire—. Al menos el aire huele bien. — Y la abrió del todo.

Su atención se distrajo antes de que pudiera llevar a cabo su plan. Un temblor, como el primer síntoma de una náusea, sacudió todo el edificio durante un largo segundo y luego se interrumpió.

— ¡Un terremoto! —exclamaron todos a la vez.

La señora Bailey echó los brazos en torno al cuello de su marido.

Teal tragó saliva y se controló diciendo:

—No pasa nada, señora Bailey. La casa es perfectamente segura. Ya se sabe que son de esperar algunos temblores después de un terremoto como el de anoche. —Sus rasgos acababan de adoptar una expresión tranquilizadora cuando vino la segunda conmoción. Ésta no fue tan suave, sino un terremoto auténtico.

Todo californiano posee un reflejo primitivo profundamente arraigado. Los terremotos originan en él una claustrofobia tan terrible ¡que se ve obligado a *lanzarse locamente al exterior!* Incluso el *boy-scout* más perfecto empujará a una ancianita y la echará a un lado para escapar. Figura en los informes que Teal y Bailey aterrizaron sobre la señora Bailey. Luego ella debió de haber saltado la primera por la ventana. Pero no puede atribuirse a caballerosidad este orden de preferencia, por lo que habremos de suponer que ella ocupaba la mejor posición para saltar.

Se incorporaron a la vez, recobraron un poco el ánimo y se sacudieron la arena de los ojos. La primera sensación fue de alivio al notar la sólida arena del desierto bajo los pies. Luego Bailey observó algo que les obligó a levantarse, y detuvo en seco el torrente de palabras que la señora Bailey se disponía a lanzar.

— ¿Dónde está la casa?

Había desaparecido. No había ni señales de ella. Se hallaban en el mismo centro de una gran llanura desolada, el paisaje que vieran desde la ventana. Pero, aparte de los árboles torturados y retorcidos, nada había a la vista sino aquel cielo de un tono amarillento y el globo del sol cuyo calor infernal era ya casi insufrible.

Bailey miró lentamente en torno, luego se volvió al arquitecto.

— ¿Qué me dices de eso, Teal?

Su voz era terrible.

Éste se encogió de hombros, impotente.

—Ojalá lo supiera. Ojalá pudiera siquiera estar seguro de que nos hallamos en la Tierra.

—Pero aquí no podemos quedarnos. Sería una muerte segura. ¿En qué dirección partimos?

—En cualquiera, supongo. Nos guiaremos por el sol.

Habían recorrido una distancia indeterminada cuando la señora Bailey exigió un descanso. Se detuvieron. Teal dijo a Bailey en un aparte:

— ¿Alguna idea nueva?

—No, no..., ninguna. Escucha, ¿no oyes algo?

Teal escuchó.

—Quizás..., aunque tal vez sea mi imaginación.

—Suena como si fuera un coche. ¡Mira, es un coche!

Llegaron a la carretera caminando menos de cien metros. El vehículo resultó ser una camioneta vieja y asmática, conducida por un rancharo. Se detuvo al verles hacer señas.

—Nos hemos perdido. ¿Puede ayudarnos?

—Bien. Suban.

— ¿Hacia dónde se dirige?

—A Los Ángeles.

— ¿Los Ángeles? Oiga, ¿qué sitio es este?

—Bueno, se encuentran exactamente en medio del Bosque Nacional Joshua-Tree.

El regreso fue tan deprimente como la retirada de Moscú. Los Bailey se sentaron en la cabina con el conductor, mientras Teal sufría solo los bruscos saltos en la parte trasera de la camioneta y trataba de protegerse la cabeza del sol. Bailey le dio una propina al amistoso ranchero para que se dirigiera en primer lugar hacia la casa, y no porque quisiera verla de nuevo, sino con objeto de recoger el coche.

Al fin el ranchero tomó la curva que les volvía al lugar de donde habían partido. Pero la casa ya no estaba allí.

Ni siquiera estaba la planta baja. Se había desvanecido. Los Bailey, interesados aun a despecho de sí mismos, registraron en los cimientos junto con Teal.

—¿Qué respuesta puedes dar a esto, Teal? —preguntó Bailey.

—Debe de haber sido que, con el último terremoto, ha ido a caer a otra sección del espacio. Ahora comprendo que debí anclarla a los cimientos.

—Eso no es todo lo que tenías que haber hecho.

—Bueno, no veo la razón para tanto disgusto. La casa estaba asegurada y hemos aprendido muchísimo. Hay posibilidades, hombre, ¡posibilidades! Ahora tengo ya una idea magnífica, nueva, revolucionaria para una casa...

Evitó el golpe a tiempo. Teal era siempre un hombre de acción.

FIN